



Julián Diamante

Con ocasión del fallecimiento de Julián Diamante, el escritor y periodista Carlos Gurméndez publicó una nota en la que recordaba:

Julián Diamante Cabrera, doctor ingeniero de caminos, canales y puertos, durante la guerra civil trazó planes militares para la defensa de Madrid, participando en la fortificación de Somosierra, sierra de Cabrera y Ciudad Universitaria. Nombrado mayor jefe del Batallón de Puentes nº 3, su intervención fue muy importante en la operación del paso del Ebro. El Batallón de Puentes nº 3 fue condecorado con la medalla del Valor Colectivo.

Julián Diamante, padre del director de cine Julio Diamante, era un hombre riguroso, notable matemático, con intereses culturales muy amplios. Sus excepcionales cualidades humanas despiertan el aprecio y admiración de cuantos le hemos conocido en aquellas reuniones semanales de los años de la posguerra en Labra, famosa taberna madrileña donde había sido fundada la UGT.

(El País, 28 de abril de 1993)

Estas memorias dan testimonio de muchos hechos —una veces importantes; otras, anecdóticos pero significativos— de la guerra de España, así como de la intervención de algunos personajes bien conocidos, pero también de otros muchos a los que se les escapa del olvido.

DE MADRID AL EBRO. MIS RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

DE MADRID AL EBRO

MIS RECUERDOS DE LA
GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Julián Diamante

Mayor-Jefe del Batallón de Puentes nº 3



© De «De Madrid al Ebro. Mis recuerdos de la Guerra Civil Española» y de la Introducción: Julio Diamante Stihl

EDITA:



FUNDACIÓN INGENIERÍA Y SOCIEDAD

E.T.S.I. de Caminos, C. y P.

C/ Profesor Aranguren, s/n

Ciudad Universitaria – Madrid 28040

Tlf. 91 336 66 76

mt16@caminos.upm.es

Diseño, maquetación y producción gráfica:
Pardetres.net

I.S.B.N.: 978-84-614-9866-6

D. L.: M-19.167-2011

Julián Diamante Cabrera

Mayor-Jefe del Batallón de Puentes nº 3

Ingeniero de Caminos

DE
MADRID
ALEBRO

MIS RECUERDOS DE LA
GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Prólogo de Luis Otero Fernández
Introducción y notas de Julio Diamante

- ÍNDICE -

Prólogo. Recuperando la Memoria	7
Introducción. Recuérdalo tú	11
Primera Parte. Un ingeniero en la Defensa de Madrid	47
Capítulo I – El 17 de Julio de 1936	49
Capítulo II – Francisco Parrella	53
Capítulo III – José Orad de la Torre	55
Capítulo IV – Mi bautismo de fuego	59
Capítulo V – El alivio de un blanco viviente	63
Capítulo VI – A fortificar Somosierra	65
Capítulo VII – El Sindicato de Arquitectura e Ingeniería	73
Capítulo VIII – El 7 de noviembre	81
Capítulo IX – El sindicato durante el asedio	87
Capítulo X – El Canal durante el asedio	93
Capítulo XI – Madrid durante el asedio	101
Capítulo XII – Mis últimos días en el Canal	107
Segunda Parte. Un Mayor al servicio del Ejército español	109
Capítulo XIII – El viaje a Valencia	111
Capítulo XIV – Barcelona	113
Capítulo XV – Lérida	115
Capítulo XVI – La retirada de Aragón	121

Capítulo XVII – Prosigue la retirada	127
Capítulo XVIII – Formación del Batallón	135
Capítulo XIX – En campaña	143
Capítulo XX – Al Grupo de Ejércitos	149
Capítulo XXI – Intermedio sentimental	153
Tercera Parte – El Batallón de Puentes nº 3 en la Batalla del Ebro	155
Capítulo XXII – Al Ebro	157
Capítulo XXIII – El Paso del Ebro	161
Capítulo XXIV – Incidentes en los medios de paso	171
Capítulo XXV – Idilio bucólico	177
Capítulo XXVI – De nuevo en el Ebro	181
Capítulo XXVII – Las delicias de Capua	187
Capítulo XXVIII – Al infierno	195
Capítulo XXIX – Camino del cautiverio	203
A manera de Epílogo	209
Colofón	213

- Prólogo -

RECUPERANDO LA MEMORIA

LUIS OTERO FERNÁNDEZ

Este libro recoge los acontecimientos vividos por su autor, Julián Diamante Cabrera, entre el 17 de julio de 1936 (desencadenamiento de la Guerra Civil), hasta el día del mes de febrero de 1939 en que quedó prisionero del ejército franquista tras la derrota de las tropas republicanas en las que estaba encuadrado como Mayor Jefe del Batallón de Puentes n.º 3.

El relato, en un estilo sencillo pero muy descriptivo, comprende todas las acciones, aventuras y desventuras del narrador, desde el cumplimiento inicial de sus obligaciones como ingeniero de Caminos, Canales y Puertos en el Canal de Lozoya (actualmente de Isabel II) hasta su alistamiento en el ejército de la República como ingeniero militar y sus notables actuaciones en fortificaciones y pasos de ríos, culminadas como participante con grandes responsabilidades en la importante batalla del Ebro, último intento de truncar el curso adverso de la contienda por parte del ejército republicano.

Como encuadramiento necesario de este período de la vida de Julián Diamante, el libro comienza con una introducción escrita por Julio Diamante, hijo y depositario de las memorias del autor, que nos permite conocer la personalidad de éste y sus vicisitudes anteriores y posteriores al período de guerra. Así podemos saber de la prisión y la marginación padecidas durante el franquismo, no sólo por el autor de los Recuerdos, sino también por su padre, igualmente ingeniero de Caminos leal al gobierno legítimo de la República, y encarcelado asimismo por ello, al final de la guerra, hasta fallecer en prisión en 1945.

Estas *Memorias* son, sin duda, una aportación muy valiosa a la historia de la terrible guerra civil española. En su parte inicial se describe el ambiente del Madrid, sede del gobierno legítimo, que tuvo que atender desde el primer momento al mantenimiento de los servicios básicos y de la vida ciudadana, al

mismo tiempo que a la movilización necesaria para hacer frente a las tropas sublevadas, y en ambos aspectos el relato de Julián Diamante, con su visión como técnico y, sobre todo, como ciudadano comprometido con la defensa de la legalidad y de los valores de la convivencia, nos ilustra y describe perfectamente lo que estaba sucediendo, en un estilo sencillo, conciso, lleno del más fino sentido del humor a pesar de la gravedad de la situación.

De igual forma, a medida que, con el transcurso del tiempo se iba agravando la contienda y ello obligaba a una cada vez mayor movilización militar, las nuevas situaciones van quedando reflejadas en la narración. Así, Julián Diamante nos describe con igual sencillez y también trascendencia, su encuadramiento en el ejército, reclamado como técnico experimentado y eficaz para prestar sus servicios en las unidades de ingenieros militares. De esta forma nos da a conocer cantidad de datos y descripciones de enorme valor para el conocimiento de la historia militar, tanto bajo el punto de vista táctico y estratégico como técnico castrense, en momentos en que la preparación de armamento y material bélico por parte de las grandes potencias para el próximo conflicto mundial era evidente.

Es también sumamente interesante el conocimiento que podemos adquirir con la lectura de este texto del ambiente político tan plural y complejo de la República en guerra, reflejado en la participación en los combates de unidades militares no adscritas al ejército regular, sino a partidos y sindicatos (Partido Comunista, UGT, CNT), lo que sin duda reforzaba el carácter popular de la resistencia, pero también facilitaba divisiones y desorganización, cuestiones poco convenientes para el éxito en el campo de batalla. Todo ello es reflejado y enjuiciado, sin ningún sectarismo, pero con preocupación de ciudadano, por encima de todo leal al sistema republicano.

Por otra parte, también es abundante e imparcial la información que recibimos de gran cantidad de personas, civiles y militares, adscritas a la política y a la milicia en todas las formas antes referidas, que tuvieron relación de cualquier clase con Diamante durante toda la contienda, humanizando de esta forma el relato histórico, que en consecuencia no queda en una mera relación de sucesos. Por supuesto no se ocultan crueldades y arbitrariedad que evidentemente existieron en la zona republicana, sobre todo al comienzo de la guerra, pero también se describen en contraposición comportamientos impecables de muchos defensores de la legalidad.

Es sin duda sumamente ilustrativo del carácter cruel, arbitrario y destructor del nuevo sistema dictatorial implantado desde el comienzo de la guerra en las zonas de España que iban cayendo bajo el dominio franquista, conocer algunas referencias que Julián Diamante recoge en su relato, pero, sobre todo, detenernos en la relación pormenorizada que en la introducción hace su hijo de la formación del procedimiento sumarísimo de urgencia, abierto por el Consejo de Guerra Permanente contra él en 1941 por el delito de AUXILIO

A LA REBELIÓN (idéntico delito fue aplicado a todos los españoles que habían sido leales al Gobierno legítimo de la Nación).

Merece la pena leer detenidamente todos los indicios utilizados por el Consejo (reseñados en la mencionada Introducción), para emitir su veredicto de culpabilidad y condena a prisión, por lo que aquí sólo recordaremos algunos especialmente grotescos como «manifestó su entusiasmo... (por la causa de la rebelión roja)... tocándose con mono» o «...en Canales de Lozoya (su trabajo)... trataba despectivamente a los compañeros tenidos por derechistas...». Aunque Julián Diamante obtuvo la libertad pocos años después («libertad vigilada»), hasta 1971 no obtuvo la readmisión en el Cuerpo de Ingenieros de Caminos, del que había sido expulsado desde su prisión al final de la guerra.

No cabe duda de que cuando, en los tiempos actuales, desde ámbitos políticos y sociales influyentes se discute el derecho de recuperación a la memoria histórica de los hechos aberrantes sucedidos desde el 18 de Julio de 1936 hasta la recuperación de la democracia en 1977, se está negando por un lado el derecho de todas las personas que sufrieron tan flagrante injusticia a recuperar públicamente su imagen, y por otro impidiendo la necesidad pedagógica de que las nuevas generaciones conozcan con todo detalle los extremos a que puede llegarse cuando se olvidan y atacan los principios fundamentales de la convivencia y los derechos humanos.

El interés de la Introducción de Julio Diamante no sólo radica en la aportación de datos y reflexiones sobre la figura de su padre, sino también en la gran cantidad de juicios de valor, recuerdos históricos y descripción documental sobre todo el período republicano, antes y durante la guerra, así como sobre la dictadura posterior. De esta forma podemos contar con una visión muy completa, desde luego apasionada y nada neutral (como en justicia corresponde a tan larga sucesión de acontecimientos), de la vida española durante la mayor parte del siglo XX.

Su recuerdo de tantas figuras clave en el mayor intento histórico de transformación de la secular violencia y corrupción de la política española a un sistema democrático, como fue la Segunda República, y del fracaso de las acciones de gobierno y legislación emprendidas entonces, mediante el procedimiento habitual utilizado en nuestra Historia por la poderosa Reacción para evitar cualquier cambio en las relaciones de poder económico, político y social, nos da muchas claves para entender, no sólo aquel período, sino también las dificultades y carencias de la transición posterior a la muerte de Franco, e incluso de nuestra flamante democracia actual del siglo XXI.

Seguramente el conocimiento, estudio y reflexión de las aportaciones como las que hemos comentado de Julián y Julio Diamante a la Memoria común, podría ser el camino más seguro y pacífico a la construcción de un futuro en que la convivencia de los españoles se base únicamente en la justicia, la libertad y la paz.

- Introducción -

RECUÉRDALO TÚ



La Segunda República se esforzó en regenerar la vida española mediante unas reformas fundamentales a favor de la libertad, la cultura, las condiciones de vida de obreros y campesinos, la autonomía de las regiones.

INTRODUCCIÓN. RECUÉRDALO TÚ

Presidente: Don Blas Navarro García
 Vocales: Don José Rodríguez del Valle
Don Sebastián Fernández Repat
Don Bartolomé Parra Navarro
 Vocal Ponente: Don Blas García Gutiérrez

SENTENCIA - En la Plaza de Madrid, a 24 de Noviembre de 1941. Reunido el Consejo de Guerra Permanente núm. uno para ver y fallar la causa núm. 55.046 que por el procedimiento sumario de urgencia se ha seguido contra el procesado JULIAN DIAMANTE CABRERA, de 54 años, natural y vecino de Madrid, casado, ingeniero, hijo de Julio y Matilde.

Ellos mayores de edad penal y cuyas demás circunstancias constan en el presente sumario.
 Dada cuenta de los autos por el Sr. Secretario, oídos los informes del Ministerio Fiscal y de la Defensa, y manifestaciones de los procesados, presentes en el acto de la vista, y

RESULTANDO: probado y así lo declaró el Consejo que el procesado JULIAN DIAMANTE CABRERA, afiliado a la Asociación de Amigos de la Unión Soviética desde el año 1.932 en que se fundó, y al Sindicato Nacional de Arquitectura Ingeniería (afiliado a la U.G.T.) en Marzo de 1.936; al iniciarse la Rebelión roja prestaba sus servicios como Ingeniero en los Canales de Lozoya y desde los primeros momentos manifestó su entusiasmo por esta causa, tomándose con mono y portando pistola. Fue nombrado Presidente del Comité de Vecinos de la casa en que vivía por su probada afición a la causa rebelde y el más caracterizado dentro de los vecinos afectos a esta causa. Continúa en las oficinas de los Canales de Lozoya, tratando despectivamente a los trabajadores tenidos por derechistas; al ser movillado su reemplazo fue nombrado Comandante de Ingenieros, tomando parte en la construcción de puentes sobre el río Ebro que sirvieron para la contraofensiva roja, continuando al frente de su Batallón hasta ser hecho prisionero en el avance sobre Cataluña. Mantuvo buena conducta con los soldados tenidos por derechistas y favoreció a algunas personas de orden.

CONSIDERANDO: que los anteriores hechos revisten los caracteres del delito de AUXILIO A LA REBELION MILITAR, previsto y penado en el párrafo 1.º del art. 240 del C.P.M. De cuyo delito es autor el inculcado por participación directa y material en los hechos. No siendo de apreciar la concurrencia de circunstancias modificativas de responsabilidad criminal, y por estimar el Consejo que los hechos cometidos se comprenden, por analogía, en los del inciso IV de las Instrucciones de 25 de Enero de 1.940, debe imponerse la pena de DOCE AÑOS Y UN DIA DE reclusión menor y accesorias legales, siéndole a rebono todo el tiempo de prisión preventiva.

CONSIDERANDO: que como derivado de la criminal se declara la responsabilidad civil del inculcado, pero para determinar su cuantía se estará a lo dispuesto en la Ley de 9 de Febrero de 1.940.

VISTOS: los artículos citados, demás aplicables y O. de 25 de Enero de 1.940.

F A L L A M O S

que debemos condenar y condenamos al procesado JULIAN DIAMANTE CABRERA, a la pena de DOCE AÑOS Y UN DIA de reclusión menor y accesorias legales correspondientes, siéndole a rebono todo el tiempo de prisión preventiva sufrida. Para determinar la cuantía de la responsabilidad civil se estará a lo dispuesto en la Ley de 9 de Febrero de 1.940.

Así por esta nuestra sentencia, lo pronunciamos, mandamos y firmamos.

Carlos de la Valle *José María de la Cruz*
Bartolomé Parra *Juan C. Pacheco*

- Introducción -

RECUÉRDALO TÚ

JULIO DIAMANTE

«Recuérdalo tú
y recuérdalo a otros...»

LUIS CERNUDA

Soy hijo de Julián Diamante Cabrera (1906-1993), y nieto de Julio Diamante Menéndez (1876-1945). Mi padre —Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos— trabajó durante los primeros años de la II República Española en Cádiz, donde yo tuve el privilegio de nacer, pero, posteriormente fue trasladado al Canal de Lozoya —hoy Canal de Isabel II— en Madrid. Simpatizaba con diversas formaciones de izquierdas —Izquierda Republicana, Partido Socialista, Partido Comunista y UGT— pero no pertenecía a ningún partido político. Sin embargo, como ciudadano responsable, identificado con el progreso que significaba la República, no dudó en oponerse a la sublevación.

Participó en las fortificaciones de Somosierra, en la defensa de Madrid y, más tarde, fue nombrado Mayor-Jefe del Batallón de Puentes nº 3, que mereció, por su heroico comportamiento en la batalla del Ebro, la Medalla al Valor Colectivo.

Su padre, Julio Diamante Menéndez, también Ingeniero de Caminos, militaba y llegó a ser presidente de Izquierda Republicana. Además, durante la II República fue Jefe del Circuito Nacional de Carreteras, cargo que ejerció tanto antes como durante la guerra.

Tanto el uno como el otro, por su lealtad a la República —es decir, al Gobierno legítimo de España— fueron víctimas de la represión franquista.

Yo, niño de la guerra —tenía cinco años cuando estalló— iba de la mano de mi madre o de mi abuela a visitarles en sus respectivas prisiones. Visitas muy dolorosas, difíciles de olvidar.

No entendía por qué personas tan evidentemente buenas estaban encarceladas. Mi madre, por el deseo de evitarme problemas, me decía, a manera de explicación, que ambos eran unos «idealistas». Pero yo no acababa de comprender que el ser un idealista mereciera castigo.

Después fui aprendiendo en carne y alma lo que había sido la *Cruzada* y lo que era el franquismo ordinario y cotidiano. Hoy podría hablar largamente de ese aprendizaje, pero me limitaré aquí a escribir unas cuantas líneas, que sirvan para enmarcar la memoria de mi padre, que va de 1936 a 1939, y de forma colateral recordar la figura de Julio Diamante Menéndez, mi abuelo.

HISTORIA Y MEMORIA

Historia y Memoria mantienen el recuerdo.

La Historia es, ante todo, dato y reflexión.

La Memoria es, ante todo, vivencia.

La vivencia enriquece y da cuerpo, humanidad, al dato.

El imperativo verso de Cernuda: «Recuérdalo tu y recuérdalo a otros...» tiene hoy una vigencia absoluta porque parece que se sufre una *desmemorización colectiva* respecto a un trágico capítulo de la historia de España.

Se hace necesario un revivir de la memoria ya que durante cuarenta años nuestra historia fue escrita casi exclusivamente por los golpistas vencedores, que se encargaron de disfrazar y tergiversar los hechos. La tergiversación comenzaba mediante el empleo de las palabras *nacionales y rojos, zona nacional y zona roja, ejército nacional y ejército rojo, etc...*

¿Por qué razón habían de llamarse *nacionales* los del bando sedicioso, alzados frente al orden y la legalidad, y *rojos* a todos los que defendían, desde posturas políticas muy diversas, a la República Española, es decir, al Gobierno elegido democráticamente por el pueblo español?

¿Por qué se calificaba como *Cruzada* una guerra que no hubiera podido desarrollarse por los facciosos sin la intervención de los moros del Cuerpo de Regulares y de los nazis, que de cristianos no tenían nada?

Pero es que, incluso después de la muerte de Franco, plumas y voces simpatizantes de la aventura nacionalcatolicista continuaron alimentando una visión deformada y deformante de la República, de la guerra y de la era franquista. Por otra parte, en la *Transición*, desde las fuerzas democráticas predominó el silencio o el enjuiciamiento sumamente suave y benévolo del golpe y del comportamiento durante la guerra y la posguerra de sus autores. ¿Razón? El dictador había desaparecido pero permanecía activo su aparato de Estado. El Ejército continuaba siendo «el ejército de Franco», ya que en él habían sido depurados o fusilados todos los militares leales a la República. España no era un país que poseyera un ejército, sino un ejército —brazo armado de otros po-



*Una escuela de Madrid en 1936, antes del golpe faccioso.
«Si cae —digo, es un decir— si cae
España de la tierra para abajo, niños
¿cómo vais a dejar de crecer!»*

César Vallejo

deres— que poseía un país. Habían pasado muchos años desde la contienda, pero el Régimen continuaba siendo esencialmente el mismo. Sólo muy al final del franquismo, alentados por el aroma de los claveles de la revolución portuguesa, un grupo de militares de la UMD (Unión Militar Democrática) se atrevieron a expresar sus sentimientos progresistas, y por ello fueron *adecuadamente* castigados.

Otro tanto ocurría con los Cuerpos de Seguridad del Estado —guardias, policías...— incluyendo a la tristemente famosa Brigada Político-Social. Aquellos cuerpos que habían permanecido mayoritariamente leales, como el de Carabineros y el de Guardias de Asalto, habían sido liquidados.

El dictador, a diferencia de Hitler o Mussolini, había muerto en la cama. Pero el franquismo no había muerto con él. Fueron necesarios muchos esfuerzos y bastante sangre —matanza de Atocha, Vitoria, etc.— para alcanzar la democracia. Algo que se olvida con frecuencia. Porque eran muchos, muchísimos, los cómplices y beneficiarios de la dictadura. Y, lógicamente, temían que se les hiciera rendir cuenta de sus responsabilidades. Eran muchos y detentaban mucho poder los que deseaban la prolongación del Régimen; o sea, un franquismo sin Franco.



En la mayor parte de España el pueblo y los militares leales consiguieron dominar a los insurrectos (Barcelona, 19 de julio de 1936. Imagen del documental “La vieja memoria” de Camino). La ayuda de la Italia fascista y la Alemania nazi convertiría un golpe militar fallido en una guerra de larga duración.

En aquellas circunstancias, para evitar un nuevo golpe, algo que —como vino a demostrar el 23-F el teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero, con su asalto al Congreso de los Diputados— era posible, la oposición democrática se comportó con prudencia, renunciando a depurar responsabilidades de los colaboradores del franquismo, como se procuró hacer en Alemania, y como hubiese sido justo, equitativo y saludable.

Hoy, treinta años más tarde, en una situación mas normalizada es lógico que, al cumplirse el setenta aniversario de la sublevación y el inicio de la guerra, se haya producido una amplia decisión de enriquecer la memoria histórica y recordar aquel bárbaro genocidio.

No se trata, como algunas voces interesadas afirman, de volver a abrir heridas cicatrizadas, ya que las heridas nunca llegaron a cerrarse. Y considero que todos o la inmensa mayoría de cuantos se interesan por revivir la memoria lo que pretenden es, fundamentalmente, algo tan necesario para una convivencia democrática como establecer la verdad. Y al mismo tiempo, como corolario, el reconocimiento del honor y la dignidad de los que, por oponerse

a un golpe de Estado ilegítimo, fueron privados de sus derechos, de la libertad o de la vida.

Así se harían en cierta manera realidad las emocionadas y emocionantes palabras de Antonio Machado: «...hemos perdido la guerra, pero humanamente no estoy tan seguro... quizá la hemos ganado...».

LA CALUMNIADA II REPÚBLICA ESPAÑOLA

La historia contada por los «historiadores» (?) franquistas puede dividirse en tres capítulos que son tres grandes embustes: la falsa visión de la II República, la falsa visión de la guerra y la falsa visión de la postguerra, periodo este último que en realidad se extiende, con las necesarias modificaciones lampedusianas, hasta la muerte del dictador.

El primer gran embuste del franquismo —fundamental para justificar lo injustificable, es decir, el golpe de 1936— era dejar sentado como dogma que la paz era imposible en un país sumido en el caos, el desorden y la violencia por los errores y defectos de la República.

Sin embargo, lo cierto es que el golpe militar no se produjo por los errores de nuestra República sino por todo lo contrario: fueron los aciertos y logros de ella los que provocaron el *cuartelazo*. A su llegada al poder, la II República se encontró con una auténtica *España negra*, con muchos y muy serios problemas. Los que la lúcida mirada de Pierre Vilar en su libro *La guerre d'Espagne*, denomina «grandes desequilibrios». Desequilibrios sociales: problemas agrarios (latifundios, minifundios...); estructuras incoherentes de la industria. Desequilibrios regionales: por lengua, pasado, estructura social, nivel de desarrollo... Desequilibrios espirituales: una iglesia solidaria con las clases conservadoras; incendio de iglesias como desafortada respuesta; el dogma como base del pensamiento y del comportamiento. Sólo desde el más irracional asalto a la razón se podía hablar de «complot marxista-judeomasónico», cóctel abracadabrante.

A estos problemas o *graves desequilibrios* se enfrentó el gobierno republicano con decisión y elevado idealismo. Y siempre por métodos democráticos, pretendió regenerar la vida española mediante unas reformas fundamentales a favor de la libertad, de la educación, de la cultura, del laicismo, de las condiciones de vida de obreros y campesinos, de la autonomía de las regiones...

Todo ello significó un gigantesco salto en el progreso de la nación. Algo intolerable para la oligarquía agraria, financiera e industrial que, con el sector mayoritario de un ejército con larga tradición en *pronunciamientos* (término español utilizado internacionalmente) como instrumento, la bendición del sector más reaccionario de la Iglesia, y la abrumadora ayuda de la Alemania nazi y la Italia fascista, se encargaría de decapitar aquel admirable acontecimiento.

INTRODUCCIÓN. RECUÉRDALO TÚ

Don Manuel Azaña resumió la situación con palabra justa: «Estamos... delante de este fenómeno histórico grandioso del acceso al poder de clases sociales españolas que hasta ahora estuvieron desprovistas de él».

Pero como señala Gabriel Jackson en *La república española y la guerra civil*: «...no hay clase de seres humanos más crueles que los pertenecientes a una clase dominante amenazada, que se cree una élite natural desde el punto de vista histórico, económico y cultural, y que se siente desafiada por una masa obstinada que ya no reconoce sus privilegios».

O sea, como decía la copla:

«Esta tierra que no es mía
esta tierra que es del amo
la riego con mi sudor
la trabajo con mis manos.
Pero dime, compañero,
si estas tierras son del amo
¿por qué nunca lo hemos visto
trabajando en el arado?»



Intelectuales y artistas de muchos países se esforzaron en defender a la República. El cineasta Joris Ivens y el escritor Hemingway visitando el frente en Madrid, para la realización de la película "Tierra de España".

La reacción no aceptó nunca una Constitución que definía España como «una república de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia».

Dentro de la derecha, algunos pretendían restaurar por la violencia la monarquía:

«En esta república laica
gobernada por tanto masón
rezamos para que nos mande
un Borbón, un Borbón, un Borbón.»

Otros, agrupados en la CEDA, vitoreaban a Gil Robles, al grito de resonancias mussolinianas de: «¡Jefe! ¡Jefe! ¡Jefe!».

Y otros, abiertamente, deseaban imponer una dictadura fascista.

El golpe se quiso justificar a partir de dos hechos: la revuelta de 1934 y el asesinato de Calvo Sotelo. Falso lo primero porque antes de la revuelta de octubre —reprimida con gran dureza— ya se había producido en agosto de 1932 la *sanjurjada*. Que Sanjurjo no fuera fusilado tras el *putsch* demuestra la generosidad de la República, en contraste con la facilidad con que fueron fusilados generales como Romerales, Batet, etc., por los franquistas.

Asimismo falso lo segundo: antes del asesinato de Calvo Sotelo —que fue precedido por el asesinato del Teniente Castillo, republicano— ya estaban desde mucho tiempo atrás urdidos los planes de la sublevación.

Los seudohistoriadores franquistas y algunos *revisionistas* herederos suyos continúan actualmente defendiendo la tesis de que España era víctima del desgobierno, de la anarquía, con un gobierno revolucionario dominado por los comunistas.

Frente a estas tesis, es demostrativo señalar que en la España de 1931 los concejales republicanos eran 34.388, los socialistas 413 y los comunistas 67. Cuando los comunistas crecieron fue precisamente durante la guerra provocada por los facciosos, y ese crecimiento se debió sobre todo al prestigio adquirido por su buena organización y su disciplina, creando el Quinto Regimiento, del que saldrían las Columnas de Acero, etc...

Al estallar la guerra el gobierno estaba formado por partidos republicanos, era moderado e impecablemente democrático. Si pecó de algo fue de ingenuidad. Gabriel Jackson demuestra una acertada visión de lo que significó la II República cuando dice: «...la República no fue, ni mucho menos, tan caótica como afirman sus detractores. Estableció una libertad política e intelectual absoluta y celebró elecciones con recuento honrado de votos por primera vez en la historia de España. Separó la Iglesia del Estado, una medida necesaria en cualquier país que pretenda ofrecer libertad de ideas a sus ciudadanos, y logró poner en marcha la autonomía catalana como primer paso hacia el reconocimiento de la diversidad cultural de España. Reconoció los derechos

de los trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo. Abrió 7.000 escuelas públicas y estableció las bases del primer sistema de salud pública de la historia española...

Por último, la República inició una reforma agraria que no cubrió del todo las necesidades de los campesinos sin tierra, pero sí instauró el principio de que la tierra cultivable debía estar a disposición de quienes producían alimentos y materias primas.

No está mal, sobre todo si se tiene en cuenta que todo eso se hizo pese a la depresión económica mundial de los años treinta y frente a la oposición constante de las clases dirigentes tradicionales».

Como afirma Rosa Regás: «Fueron sólo cinco años, es cierto, pero fue el más bello y colosal impulso modernizador y democratizador que había vivido el país en toda su historia». Y añade: «...con tan asombrosos resultados que algunos de ellos no se han vuelto a alcanzar ni siquiera hoy, setenta y cinco años después de proclamarse la República».

LA TERGIVERSACIÓN DE LA GUERRA DE ESPAÑA

Como ya advertí al comienzo, intento enmarcar la Memoria de mi padre en la trágica realidad en que se vieron inmersos los españoles.

La tergiversación de la imagen de la II República tenía que ser inevitablemente acompañada por una presentación deformada y deformante de la Guerra Civil.

A la denominación Guerra Civil considero preferible la de Guerra de España, ya que la lucha que se libró en este país tuvo una significación fascismo-antifascismo que iba más allá de un conflicto nacional y así fue entendido internacionalmente. Por ejemplo, el gran poeta negro norteamericano Langston Hughes, corresponsal del periódico *The Afro-American*, titulaba uno de sus artículos: «España desgarrada entre el fascismo y la democracia».

La bárbara destrucción de Guernica mostró la verdadera faz del fascismo. George L. Steer, corresponsal de *The Times*, relataba: «El bombardeo sobre esta ciudad abierta duró exactamente tres horas y cuarto, durante las cuales una poderosa flota de aviones formada por tres modelos alemanes, los bombarderos Junkers y Heinkel y los cazas Heinkel, no cesaron de lanzar bombas de hasta 1.000 libras (453,6 kg.), sobre el pueblo, además de alrededor de 3.000 proyectiles incendiarios de aluminio de dos libras (0,907 kg.). Mientras tanto, los aviones de caza sobrevolaban desde el centro de la ciudad para ametrallar a los civiles que se refugiaban en los campos.

(...) Por la forma de la ejecución y la escala de la destrucción producida y asimismo por la elección de su objetivo, el bombardeo sobre Guernica no tiene parangón en la historia militar. Guernica no es un objetivo militar. La ciudad es-



La jerarquía eclesiástica apoyó el levantamiento faccioso calificándolo como «Cruzada».

tá lejos de los frentes. El objetivo del bombardeo fue, al parecer, la desmoralización de la población civil y la destrucción de la cuna de la raza vasca».

La destrucción de Guernica realizada por la aviación alemana está plenamente acorde con la filosofía del *terror saludable*, anunciada por Mola y desarrollada por los sediciosos desde el inicio de la sublevación.

Los exégetas del franquismo se dividen en dos grupos: los que explican que la guerra fue una lucha de buenos (los franquistas, claro) contra malos (los rojos), y los que, aparentemente más objetivos pero en el fondo sólo más astutos, afirman que fue de malos contra malos. Unos y otros, mediante estrategias distintas, persiguen lo mismo: disfrazar el verdadero planteamiento de la cuestión: el enfrentamiento fue de golpistas contra ciudadanos que defendían el gobierno legítimo. Fue también un claro ejemplo de lucha de clases, desencadenado por la oligarquía, opuesta al proceso de modernización política, social y económica iniciado por la República. Por ello, tampoco es muy feliz la expresión *confrontación fratricida*, de perniciosa ambigüedad.

Los defensores del *alzamiento* también gustaron y gustan decir que con la *Cruzada* se pretendía imponer el orden frente al terror. Es cierto que hubo terror en ambas zonas pero el planteamiento y comportamiento fue radicalmente distinto.

En este sentido, el historiador británico Antony Beevor afirma: «Los republicanos intentaron poner orden y evitar la barbarie. Los militares rebeldes, en cambio, alentaron el horror».

Por su parte Gabriel Jackson considera que: «...los Gobiernos, de Madrid y de Burgos tenían una actitud fundamentalmente distinta en cuanto al asesinato como instrumento político. En la zona republicana, los dirigentes políticos se apresuraron a escribir en la prensa y hablar en la radio para condenar sin restricciones los *paseos*. Los tres gobiernos de guerra, los de Giral, Largo Caballero y Juan Negrín trabajaron sin descanso para restaurar una policía civil y procedimientos judiciales y carcelarios normales.

(...) En los territorios controlados por el Gobierno de Burgos, la ejecución sumaria de masones, comunistas, dirigentes sindicales, maestros acusados de difundir propaganda izquierdista, campesinos y obreros sospechosos de oponerse a la dictadura que estaba ‘salvando a España del bolchevismo’, era política corriente. Hubo militares decentes que intentaron contener a los *escuadrones de la muerte*, pero los generales Franco, Mola y Queipo de Llano, junto con sus partidarios en la Iglesia y en organizaciones laicas, no hablaron jamás de restringir las purgas sangrientas».

El terror programado desde la cúpula rebelde era utilizado como instrumento destinado a paralizar a la población.

Terror y barbarie iban hermanados. Los famosos gritos de Millán Astray y sus secuaces —¡Viva la muerte! y ¡Abajo la inteligencia!— revelaban un auténtico asalto a la razón. Entre las celebraciones conmemorativas que se hacen en este aniversario, la Universidad Complutense organizó una exposición con el título: *La destrucción de la ciencia en España. La depuración de la Universidad de Madrid en la dictadura franquista*. Resultaría oportuno montar otra que se titulase *La destrucción de la cultura en España*.

La preocupación y la inquietud que la República sentía por el despliegue cultural y educativo del país es un hecho constatado. El pabellón español de la Exposición Internacional de París es un símbolo de los valores intelectuales y humanistas de la II República. Diseñado por Luis Lacasa y Josep Lluís Sent, albergó no sólo el Guernica de Picasso, sino también otras espléndidas obras de vanguardia, como las esculturas *El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella* de Alberto y *La Montserrat* de Julio González. *El payés catalán en revolución* de Joan Miró y los fotomontajes de José Renau.

Como hecho cultural la *guerre d'Espagne* tuvo un valor universal, sostiene Pierre Vilar. Los nombres de los intelectuales y artistas, españoles y de todo el mundo, que lucharon y dieron su vida en algunos casos —sirva de ejemplo Gerda Taro, Charlie Donnelly, Hans Beimler— son saberes en estos tiempos casi de divulgación. Las actividades culturales, a pesar de las dificultades impuestas por la guerra, se multiplicaban: *Altavoz del Frente*, *Las guerrillas del Teatro*, las revistas *El mono azul* y *Hora de España*, *Las milicias de la cultura*...

Y la voz del gran bajo negro Paul Robeson cantaba:

«Los cuatro generales
que se han alzado
para la Nochebuena
serán ahorcados.
Franco, Sanjurjo, Mola
y Queipo de Llano.»

También símbolo, pero de significación contraria, constituyen los edificios destruidos de la Ciudad Universitaria de Madrid, calificada como *La Ciudad del Saber*, o las heridas sufridas por los libros de sus bibliotecas que testimonian, según se ha comprobado, que las balas de los insurrectos sólo se detenían hacia la página 350.

La causa republicana fue apoyada por el alma popular. Sólo así se comprende que los facciosos que contaban con la mayor parte del ejército y con, aproximadamente, 70.000 regulares moros, 75.000 soldados de la Italia fascista, 20.000 de la Alemania nazi, más una ingente cantidad de aviones, artillería y blindados de estas dos potencias, necesitaran tres años para vencer a los leales, cuando éstos sólo recibieron ayuda de los voluntarios de las Brigadas Internacionales y de los envíos de armas de la Unión Soviética, envíos que no sólo eran enormemente inferiores a los de Alemania e Italia sino que, además, encontraban extremas dificultades para llegar a manos de sus destinatarios, lo que no ocurría en el campo contrario.

La lucha de los defensores de la República —militares leales, milicianos, gentes del pueblo— fue grandiosa. El sumarse a ella la generosa y heroica ayuda de los brigadistas internacionales añadió una nota de solidaridad internacional que terminó por convertir la guerra de España en una de las páginas más inolvidables del siglo XX en la lucha por las libertades.

«Venís desde muy lejos más esta lejanía
¿qué es para vuestra sangre que canta sin fronteras...»
recitó Rafael Alberti.

La defensa de Madrid hace pensar en las palabras de Ilya Ehrenburg: «Nunca hubiese creído que pudiese haber tantos héroes en el mundo. Vivían a mi lado, iban a su trabajo, reían en los cines, sufrían penas de amor».

«...héroes que parió la nada
dejando sin movimiento
el monte, el campo, el aliento
de la paz y la labor
iban a unir su valor
en el 5º Regimiento»
testimonia Miguel Hernández.



“Voluntarios de las Brigadas Internacionales caídos como héroes por la libertad del pueblo español, el bienestar y el progreso de la Humanidad”. (Cementerio de Fuencaerral) “Venís desde muy lejos mas esta lejanía ¿qué es para vuestra sangre que canta sin fronteras?...” Rafael Alberti.

El Madrid de 1936, símbolo para el mundo de la lucha contra el fascismo, y por ello aborrecido por los *nazi-onaes*, se ganó con justicia el título de *Capital de la Gloria*.

Antonio Machado dejó escrito:

«¡Madrid, Madrid!, qué bien tu nombre suena
rompeolas de todas las Españas.
La tierra se desgarrá, el cielo truena
tú sonrías con plomo en las entrañas.»

Otra página memorable es la escrita por el ejército republicano en el Ebro, que significó el último y desesperado esfuerzo por salvar la República, y que si no consiguió vencer, dada la desigualdad de fuerzas —130.000 soldados de infantería frente a 185.000 en las filas franquistas; 285 piezas de artillería frente a 550; 200 aviones frente a 600; 60 carros de combate frente a 200— permanece como ejemplo de coraje y voluntad de resistencia.

De ambos episodios, la defensa de Madrid y la batalla del Ebro, ha guardado merecido recuerdo el cancionero popular.

«Si me quieres escribir
ya sabes mi paradero
en el frente de Madrid
primera línea de fuego.»

Canción esta que renueva su contenido en la batalla del Ebro:

«Si me quieres escribir
ya sabes mi paradero
en el frente de Gandesa
primera línea de fuego.
Aunque me tiren el puente
y también la pasarela
me verás pasar el Ebro
en un barquito de vela.
Diez mil veces que lo tiren
diez mil veces lo reharemos
tenemos cabeza dura
los del Cuerpo de Ingenieros.»

Y a los sonos de esta canción, tan apropiada en este caso, nos llega el relato y la memoria de la experiencia vivida por el ingeniero y Mayor Julián Diamante.

MEMORIA DE JULIÁN DIAMANTE CABRERA

Cuando mi padre me entregó esta memoria, en 1981, la leí con interés y cariño. Pero, bien porque el aire del tiempo fuera otro o por mis muchas y urgentes ocupaciones, no pensé en su publicación, limitándome a conservarla como un entrañable bien familiar.

Sin embargo, al releerla recientemente me ha parecido que, al margen de sentimientos personales, puede contribuir a enriquecer el conocimiento de algunos hechos o acontecimientos. Por ejemplo, los momentos que siguen a la caída del Cuartel de la Montaña; los problemas vinculados a la distribución de agua en Madrid; el caos provocado por la sublevación; la fortificación de Somosierra —«¡A la sierra!», gritaba el pueblo de Madrid mientras acudía a detener a las huestes de Mola...—; la formación de las B.O.F., Brigadas Obreras del Frente; el Sindicato de Arquitectura e Ingeniería; el entusiasmo popular cuando los aviones soviéticos —los Polikarpov I-15 y I-16, bautizados cariñosamente como *los chatos y los moscas*— protegen el cielo de Madrid; la emoción producida por la llegada de la 1ª Brigada Mixta y especialmente por la de la Brigada Internacional, inyección de moral al ver voluntarios de

unos setenta países que, cantando *La Internacional* en todas sus lenguas, venían a dar la vida en una lucha contra el fascismo («los gobiernos pueden ser cobardes y viles pero los pueblos están con nosotros», se dice que pensaron los madrileños); el metro como espacio protector y acogedor ante los bombardeos, dormitorio nocturno para muchos; el arriesgado corte de agua al Hospital Clínico, ocupado por insurrectos; la guerra de las minas; los cines, palacios de las pipas de girasol, proyectando películas de Chaplin o de los Hermanos Marx, junto a los clásicos del cine soviético como *El acorazado Potemkin* y *La línea general* de Eisenstein, *Tchapaiev* de los hermanos Vassiliev, *El circo* de Grigori Alexandrov, *Los marineros de Cronstadt* de Efim Dzigán o filmes de contenido social como *Carbón (la tragedia de la mina)* de Pabst; la hambruna en Madrid, simbolizada por la amenaza anónima de matar a los perritos de una vecina por parecer imperdonable mantener chuchos en un tiempo tan duro (apenas recuerdo este caso; sí en cambio, el de otra señora que tenía un gatito muy cariñoso y la desagradable impresión que me produjo ver un día el pellejo del pobre gato, arrojado entre la basura por quien lo había devorado); el cuidado de la República por los monumentos, cubriendo, por ejemplo, a *La Cibeles*, calificada como *La linda tapada*, y a *Neptuno*, que pasó a ser *El emboscado*; los problemas derivados de la falta de gasolina (algo que no ocurrió en la zona ocupada por los insurrectos, que era abastecida generosamente por la Texas Oil y otras grandes empresas petrolíferas norteamericanas); la formación del Batallón de Puentes Pesados N° 3; la decisiva batalla del Ebro y los problemas de construcción de los puentes, descritos con una precisión excepcional (parece oportuno y divertido recordar que algunos técnicos facciosos opinaron que los puentes del Ebro eran tan buenos que no podían deberse a los *rojos* españoles y se los atribuyeron a ingenieros soviéticos, incluso, se referían a ellos como *los puentes rusos*); la tristeza por la noticia de la retirada de los internacionales; los dramáticos coletazos finales previos a la derrota.

Contemplo con ternura el episodio sentimental de mi padre en San Vicente de Llobregat, rebautizado Castellet de Llobregat, que justifica por su soledad familiar, ya que mi madre no accedió a reunirse con él. Estaba muy dolida porque no entendía que mi padre hubiera marchado voluntariamente al frente, abandonándonos en Madrid, a ella y a mí. Realmente, la vida de Pilar, mi madre, fue bastante dura: cada mañana o, mejor dicho, cada madrugada caminaba, cruzando Cuatro Caminos —zona peligrosa por su proximidad a la Ciudad Universitaria— para procurar conseguir algo de comida en Tetuán.

Nuestra casa, en Cristóbal Bordiú, no quedaba lejos del frente. Mi padre cuenta cómo una granada de artillería estalló en un piso vecino. Por mi parte, recuerdo, ya al final de la guerra, el fuego cruzado entre *casadistas* —Casado, Miaja y Besteiro soñaban ingenuamente que era posible pactar con Franco una *rendición digna*— y comunistas que, fieles a Negrín, querían resistir.

Unos y otros, parapetados en sendos esquinazos de la calle. Una imagen: al final de la guerra las contraventanas de metal que tenían nuestras ventanas, acabaron hechas un colador por los balazos y la metralla.

Asimismo, me parece enriquecedora la amplia galería de personajes de mayor o menor relevancia, rescatando a muchas personas olvidadas pero dignas de ser recordadas, un poco de acuerdo con la filosofía de Bertolt Brecht cuando, en un poema, se interroga:

«El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él sólo?
César venció a los galos.
¿No llevaba, al menos, un cocinero con él?
Felipe de España lloró cuando su flota
fue hundida. ¿Fue el único en llorar?»

Los hechos que se relatan en esta Memoria van acompañados de una nutrida nómina de personajes, algunos muy conocidos como Miaja, Vicente Rojo, Enrique Lister, Tagüeña, Juan Negrín o Lluís Companys, presidente de la Generalitat.

Pero aparecen también militares leales como Paco Galán, hermano del héroe de Jaca; los generales Juan Hernández Sarabia, Pedro de la Cerda, Carlos Bernal, José Riquelme y Sebastián Pozas; los tenientes coroneles Antonio Ortega y Lafuente; el coronel Adolfo Prada; el comandante Ardid; los mayores Víctor Martín Elvira, Bobadilla, Barrachina, Antonio Vidal; el capitán Gallo; el jefe de la brigada Martínez Aragón; los italianos mayor Lorito y mayor Mazzoli; el consejero ruso Namovski; los ministros Antonio Velao, Julio Just, Ramón González Peña y Miratvilles, de la Generalitat; contertulios del Sindicato Nacional de Arquitectura e Ingeniería, como los arquitectos Manuel Sánchez Arcas, Vicente Eced y Luis Lacasa y los ingenieros de caminos José Armero, Francisco Durán, Francisco Romero Gil, Federico Molero, José Hierro, Bolinaga, Zaldúa, Juan Bautista Diamante, mi tío; los ingenieros industriales Armando y Avelino Arriola, Fidel Moncada, Rafael Pastor, Luis Eced, los Carretero, padre e hijo; el artillero Alonso; el torrero de faros Sánchez Elorza; el secretario del Sindicato, Ordóñez...

Otros ingenieros de caminos como mi abuelo, Julio Diamante Menéndez, Francisco Parrella, José Orad de la Torre y Eduardo Fungairiño (los tres del Canal de Lozoya), Patricio de Azcárate, Alberto de los Mozos, Antonio Valencia, Ramón Martorell, los mayores Llabrés, Gubern y Belón; los arquitectos Álvaro Botella y Fernando Bello; los ayudantes de Obras Públicas José López Cuesta y Ángel Práxedes; los capataces del Servicio de Distribución Domínguez y Nieto; los topógrafos Cerro, Carro, Manzanet y los hermanos Barco; el matemático Pipaón y el doctor Alfonso Tortosa, jefe de Sanidad de la 3ª Brigada de Carabineros.

INTRODUCCIÓN. RECUÉRDALO TÚ

Por supuesto, son muchos los miembros del Batallón de Puentes nº 3 que aparecen en el relato, entre ellos: el comisario político Solans y Eugeni Bonet, su ayudante; los capitanes Óscar Coll y Cobertera; los tenientes Antonio Martínez Durante, Barberó, Marín, Santapáu, José García Suárez, Cubilledo, Casado y Zapata; los sargentos Alcalde, Rafael, Rafael Busutil, Mas, los cabos Francisco Alamán, Mozos, Hernández y Paz; el doctor Jané y el alférez practicante Emilio Segarra; los chóferes Juan Baró, Vicente Gracia y Pedro Esbert (*Popeye*). No faltan en la relación algunos intervinientes del bando contrario como el alférez provisional Manuel Medina, el mariscal Graziani y un *feldwebel* alemán; ni tampoco algunos personajes un poco sorprendentes como la jovencita con fusil en Guadarrama, el chófer negro del Rolls-Royce incautado, el *superviviente* o el *camaradín*, dinamitero asturiano.

ÚLTIMAS NOTICIAS DEL BATALLÓN

Años más tarde, el Mayor Diamante se enteraría de la suerte de algunos de los miembros de su Batallón.

Desde Darnius, un grupo formado por el Teniente Santapáu, el Sargento Mas, el chófer Baró y el Sargento Busutil, que es quien relató la historia a mi padre, se dirigieron en un coche hacia la frontera con Francia.

Iban envueltos en dudas ya que por una parte les llegaban noticias vagas de que la guerra había terminado, pero por otra, no cesaba el rumor del frente, de la aviación y de la artillería. Por la carretera, una gran masa de soldados huyendo. Al llegar a un lugar con un desnivel escarpado tuvieron que abandonar el coche y, tras recoger la impedimenta (ropas, víveres...) echarse a andar campo a través.

En el Pirineo durmieron en una cueva de pastores y contrabandistas de la frontera. Seguían escuchándose disparos de fusil y ametralladora. Al día siguiente, alcanzaron Francia.

Vigilados por soldados franceses, fueron obligados a marchar en pelotón hacia un campo de concentración. Otros soldados, senegaleses, a caballo, acechaban una posible fuga.

Al atravesar las calles de los pueblos, hombres, mujeres y niños se apiñaban para ver la caravana interminable de derrotados. Pasaron cerca del campo de Argelés, pero estaba repleto y les mandaron a otra playa más arriba de la costa.

Finalmente llegaron al campo de concentración de Saint Cyprien. Allí se encontraron con muchos pontoneros del Batallón.

El viento mistral soplabla día y noche. El agua, que se extraía de pozos improvisados, era salobre e hizo estragos entre los exiliados. No en vano este campo, tras la guerra del 14 se había llamado Campo de la Muerte.

Lograron levantar rudimentarias tiendas de campaña con palos, trozos de madera y despojos arrancados a los camiones semiabandonados que había

junto al campo, aprovechando la noche para burlar la vigilancia de los senegaleses.

Las tiendas, ligeros armazones, apenas impedían que las lluvias les calasen hasta los huesos. Para evitar la peligrosa humedad del suelo, conseguir un colchón, aunque fuera viejo y sucio, era un lujo enorme.

Una tarea cotidiana era realizar minuciosamente la labor del despiojamiento. Se trataba de aligerar un poco las ropas, ya que exterminar a los bichos era imposible.

Otro problema era buscar un lugar para las deposiciones, ya que todo el campo estaba lleno de inmundicias.

El desayuno era lo mejor. Sobre todo si, a cambio de billetes de series admitidas por los franquistas, podía comprarse leche condensada para añadir unas cucharadas al café o aceite de cacahuetes para hacer un poco más sabrosas las rebanadas de pan.

Se esforzaban en conseguir algún ejemplar de *La Dépêche* de Toulouse, para saber noticias de España. Y se asombraban de que continuase la resistencia en el centro.

Dentro del campo, se dispuso un recinto especial para los que manifestaban su deseo de volver a España inmediatamente. En torno a las alambradas que rodeaban dicho recinto, se situaban los prisioneros más agresivos para lanzar improperios a los que calificaban de *fachas*.

Más adelante, comenzaron a construirse barracones y la comida fue mejorando algo.

Al núcleo de unos cuarenta hombres que componían el resto de lo que fue el Batallón de Puentes nº 3 les unía, como un vestigio de jefatura, el recuerdo del Mayor por su trato cordial y su heroísmo sereno y silencioso en el frente. Todos hubieran deseado verlo allí, entre ellos, para animarles con su presencia.

Así, el espíritu de Cuerpo creado en el batallón sobrevivió en los campos de concentración franceses, incluso bajo las más duras condiciones de vida.

Mientras esto ocurría, Julián Diamante estaba en el campo de concentración de Avilés, de donde, algo más tarde, saldría para la cárcel El Coto de Gijón.

LA PAZ DE FRANCO

Unamuno había advertido a Millán Astray: «Venceréis pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir, y para persuadir, necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pedirnos que penseis en España».

Y César Vallejo, en un maravilloso poema, ya había profetizado:

INTRODUCCIÓN. RECUÉRDALO TÚ

«Si cae —digo, es un decir— si cae
España, de la tierra para abajo,
niños, ¡cómo vais a dejar de crecer!
(...) Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto
hasta la letra en que nació la pena.»

Si la guerra había demostrado la crueldad franquista, la posguerra vino a demostrar que esa crueldad podía ser superada. El último parte concluía diciendo: «La guerra ha terminado». Pero no era verdad.

Parafraseando a Clausewitz, se podría decir que la posguerra española fue la continuación de la guerra por otros medios. El 18 de julio de 1938, Azaña finalizaba en Barcelona un discurso con una llamada al cese de la guerra, ofreciendo y pidiendo: «Paz, piedad, perdón». Tres palabras que Franco no conoció jamás.

Por eso, convirtió la posguerra en tiempo de silencio y muerte, de miseria física, intelectual y moral.

Para rememorar aquel periodo con humor, aunque sea negro, conviene recordar el chotis dedicado a *La Pepa*, o sea la pena de muerte, que entonces entonaban los presos en las cárceles de Madrid y que decía:

«Es la Pepa una gachí
que está de moda en Madrid,
y que «tíe» predilección
por los rojillos.

Cuando viene esa mujer
a Torrijos o a Porlier
a cualquiera se le arruga
el solomillo.

Y como es caprichosa
a veces se presenta
y para divertirse
se lleva a veinte o treinta.

Y como del paseo
no suelen regresar,
yo con mucho cachondeo
así suelo cantar.

¡Pepa! ¡Pepa!
¿dónde vas con tantísimo tío?

¡Pepa! ¡Pepa!
Que te vas a meter en un lío.

Y si sigues de ese modo
y no quieres tú parar
dejarás vacíos
Aranjuez y El Escorial.»

Blas de Otero pedía la paz y la palabra, y se interrogaba:

«Pregunto, me pregunto, ¿qué es España?
¿Una noche emergiendo entre la sangre?»

Y la palabra de César Vallejo resonaba como un eco trágico:

«(...) Si cae España...
niños, ¡cómo vais a cesar de crecer!»

De la Edad de Plata de la cultura española se había pasado a la depuración de 50.000 maestros.

La aniquilación del pensamiento progresista y mantener al pueblo en la incultura era fundamental para hacer imposible la repetición de 1931, y que los resultados de las urnas no volvieran a poner en peligro *la España eterna*.

Uno de los fines fundamentales que perseguían los facciosos era borrar las huellas del liberalismo, del socialismo, del laicismo, de la liberación de la mujer, de la culturización de la clase obrera y del campesinado, que con tanto entusiasmo y buena voluntad había iniciado la II República.

Era también tiempo de mentira. Durante muchos años, el Régimen defendió tesis como que Guernica había sido destruida por dinamiteros *rojos*, o que la inconcebible carnicería de Badajoz era un invento.

Se procedía sistemáticamente a la ocultación de la verdad. El historiador Paul Preston explica que para obtener datos en el franquismo tenía que sobornar a los archiveros.

Pero la realidad era tan terrible que, en ocasiones, los datos de *fuentes oficiales*, aunque amañados o suavizados, eran reveladores.

Así, Carlos Jiménez Villarejo —fiscal de sala, hoy jubilado— en su trabajo *Memoria social y democrática*, señala que según declaración del Director General de Prisiones, Ángel B. Sanz, los presos políticos el 7 de enero de 1940 eran 270.719; así como que, según cifras facilitadas por el Ministerio de Justicia del Régimen, los presos políticos fallecidos, entre los que se incluía a los ejecutados tras un proceso y a los muertos en las cárceles desde abril de 1939 al 30 de junio de 1944, eran 192.684. A esas cifras habría que añadir

los 30.000 desaparecidos según la evaluación del Consejo de Europa. Son datos que «expresan sin paliativos, un genocidio». Genocidio que el franquismo pretendía ocultar bajo una capa de falsa legalidad. Pues como dice el magistrado del Tribunal Supremo José Antonio Martín Pallín: «La obsesión por eliminar cualquier vestigio de la denostada ‘democracia partitocrática’ llevó a los asesores jurídicos de los vencedores a construir un entramado de leyes, aparentemente formales, pero carentes de la más mínima legalidad». Y añade que: «los consejos de guerra sumarísimos son nulos de pleno derecho e incompatibles con las normas del Derecho Internacional de los Derechos Humanos» («Cautivos y desarmados», *El País*, 1 abril 2006).

Tanto mi padre como mi abuelo fueron juzgados por este sistema. Por su parte, Jiménez Villarejo considera que sería procedente la *anulación* de los Consejos de Guerra. Y señala que otros instrumentos esenciales de la represión constituidos por la dictadura fueron el Tribunal de Represión de la Masonería y del Comunismo y los Tribunales de Responsabilidades Políticas. Destaca como inconcebible que, en el primero de aquellos tribunales, Franco nombraba al Presidente y a sus miembros, que debían ser «un General del Ejército», «un Jerarca de Falange Española Tradicionalista y de las JONS» y dos letrados, lo que constituía la más absoluta negación del Estado de Derecho. De similar naturaleza eran los tribunales establecidos por la ley de 9 de febrero de 1939, de responsabilidades políticas, tribunales integrados por responsables políticos de la dictadura, por falangistas y por militares, con la colaboración de la magistratura.

Vale la pena recordar que la Ley de Responsabilidades Políticas ordena que: «Se entenderán comprendidos en esta sanción los siguientes partidos y agrupaciones: Acción Republicana, Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Federal, Confederación Nacional del Trabajo, Unión General de Trabajadores, Partido Socialista Obrero, Partido Comunista, Partido Sindicalista de Pestaña, Federación Anarquista Ibérica, Partido Nacionalista Vasco, Acción Nacionalista Vasca, Solidaridad de Obreros Vascos, Esquerra Catalana, Partido Galleguista, Partido Obrero de Unificación Marxista, Ateneo Libertario, Socorro Rojo Internacional, Partido Socialista Unificado de Cataluña, Unión de Rabassaires, Acción Catalana Republicana, Partido Catalanista Republicano, Unión Republicana de Cataluña, Estat Catalá, todas las logias masónicas y cualesquiera otras entidades, agrupaciones o partidos filiales o de análoga significación a los expresados...».

Esta negación de partidos y sindicatos que no fueran *su* partido y *su* sindicato, eran lo que Franco entendía por *democracia orgánica*, aunque resulta más adecuado calificarlo como fascismo puro y duro. Sarcásticamente, Vázquez Montalbán profetizaba que en una enciclopedia futura el retrato de Franco podía ser: «Gobernante autoritario que salvó a España de la II

Guerra Mundial y de la amenaza comunista, que puso las bases para el desarrollo económico y la entrada en Europa».

Algo que, bromas aparte, puede ser creído por las generaciones venideras si no queda bien aclarada la responsabilidad que el *Caudillo* tuvo en la muerte o los sufrimientos de tantos españoles y en que España permaneciera durante décadas en el atraso cultural, científico y económico que todos padecemos.

El Decreto de la *Unificación* fue un astuto invento de Franco para, así unidos y confundidos, controlar a los dos partidos no ilegalizados, integrados *bajo su jefatura*. En él está escrito: «El Jefe responde ante Dios y ante la Historia». Pues bien, ya es hora de que responda ante la Historia.

Queden para el pasado las palabras de turiferarios como Ernesto Giménez Caballero: «Es el Hijo del Padre Todopoderoso. La estilográfica más poderosa de España. Es su falo incomparable»; o el Cardenal Eijo Garay: «Nunca he inensado con tanta satisfacción como lo hago con Su Excelencia».

Y recuérdese en cambio cómo el franquismo mantuvo una constante siniestra: Franco llegó al poder matando y continuó matando hasta el fin de sus días. Dos meses antes de morir aún llevaba a cabo sus últimas ejecuciones.

LA BALANZA DE LA INJUSTICIA: PROCESO DE JULIÁN DIAMANTE

Al margen de la inquietante y violenta cotidianeidad del franquismo ordinario, he tenido el triste privilegio de vivir desde niño en mi entorno familiar dos dramas: el encarcelamiento de Julián Diamante Cabrera, posteriormente a la dureza de la vida en el frente, reflejada en su Memoria, y el encarcelamiento y muerte de Julio Diamante Menéndez, mi abuelo.

La Memoria de Julián Diamante termina cuando, tras ser detenido en San Sadurní de Noya, le llevan prisionero camino del campo de concentración de Avilés. Después del cual recorrió sucesivamente las cárceles de El Coto de Gijón, Conde de Toreno, Yeserías, Santa Rita y la Colonia Penitenciaria de Toledo.

El proceso de Julián Diamante me parece paradigmático, aunque sospecho que la mayor parte de los procesos celebrados en la posguerra lo son también.

De entrada, es irritante el lenguaje utilizado: «dicho individuo», «su actuación delictiva», «comandante rojo», «si prestó su adhesión al *Gobierno* marxista o a las autoridades rojas», etc.

Como puede leerse en la sentencia que, en la Introducción, encabeza este libro, el Consejo de Guerra Permanente (¡qué bello título!) falló el 24 de noviembre de 1941 la causa que por el procedimiento sumarísimo de urgencia se había seguido contra Julián Diamante Cabrera. El Consejo —integrado por un presidente, tres vocales y un vocal ponente— declara que resulta probado que el procesado:

1. Estuvo afiliado a la Asociación de Amigos de la Unión Soviética desde el año 1932 en que se fundó.

2. Asimismo, estuvo afiliado al Sindicato Nacional de Arquitectura e Ingeniería (afecto a la UGT), en marzo de 1936.
3. Al iniciarse la rebelión roja, desde los primeros momentos manifestó su entusiasmo por esta causa, tocándose con mono y portando pistola.
4. Fue nombrado presidente del Comité de Vecinos de la casa en que vivía por su probada afección a la causa rebelde.
5. Continuó en Canales de Lozoya, tratando despectivamente a los compañeros tenidos por derechistas.
6. Al ser movilizado su reemplazo fue nombrado Comandante de Ingenieros, tomando parte en la construcción de puentes sobre el río Ebro que sirvieron para la contraofensiva roja, continuando al mando de su Batallón hasta ser hecho prisionero en el avance sobre Cataluña.
7. Observó buena conducta con los soldados tenidos por derechistas y favoreció a algunas «personas de orden».

Además, en otro documento, se le acusa de haber sido también «jefe a pie de obra de la 1ª Brigada para fortificar Somosierra».

A partir de estos puntos, el Consejo *considera* que «los anteriores hechos revisten los caracteres del delito de AUXILIO A LA REBELIÓN MILITAR», por lo que debe imponerse al acusado la pena de doce años y un día.

Dentro de la *patafísica* franquista, capaz de convertir al rey Ubu en personaje cartesiano, el acusado debió considerarse afortunado por dicha pena, ya que, por las mismas razones, podía haber sido condenado a treinta años o a muerte, como muchos casos hay que así lo prueban.

Entre los documentos relativos a este caso de que dispongo, aparece una hoja, dirigida al señor Juez Instructor de los expedientes de depuración del personal del Cuerpo de Ingenieros de Caminos, que informa sobre la declaración jurada de don Santiago E. S. (como aquí no se trata de un ajuste de cuentas, pongo únicamente las iniciales de los apellidos), que califica a Julián Diamante como *muy rojo*. Muy interesante me parece una serie de «Fichas de Acusación» del Ministerio de Obras Públicas que apostillan esto. En cada ficha figura por una cara el nombre del acusado y debajo la «Acusación» y en la otra cara viene escrito el nombre, edad y domicilio del acusador o acusadora. No llevan fecha.

Son 16 fichas que recogen —respeto ortografía y sintaxis— las declaraciones siguientes:

- Andrés G. V. Acusación: «Comunista muy destacado; según informes estuvo en las operaciones del Ebro de Capitán-Ingeniero, uno de los que tendieron los puentes cuando pasaron los Rojos».
- María Teresa B. F. Acusación: «Comunista. Comandante del Ejército rojo, dirigió las obras del puente sobre el Ebro y fue felicitado por Miaja por su actuación».

MIS RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Mod. 17 - G

Ministerio de OBRAS PÚBLICAS

Datos sobre el acusado (1)

Apellidos DIAMANTE CABRERA
 Nombre Julian
 Profesión Ingenieros de caminos Edad _____
 Domicilio _____
 ¿Está en zona liberada? _____

Acusación (2)

De filiación comunista, marchó voluntario con los rojos obteniendo el grado de Comandante. Se dice que fué quien firmó los planes de los puentes sobre el Ebro.

(1) _____
 (2) _____

Mod. 17 - G

Ministerio de Obras Públicas

Datos sobre el acusado (1)

Apellidos Diamante Cabrera
 Nombre Julian
 Profesión Ingeniero de Caminos Edad _____
 Domicilio Maudes, 9
 ¿Está en zona liberada? Si

Acusación (2)

Comunista. Comandante del Ejército rojo, dirigió las obras del puente sobre el Ebro y fue felicitado por Miaja por su actuación.

Mod. 17 - G

Ministerio de Obras Públicas

Datos sobre el acusado (1)

Apellidos Diamante
 Nombre Julian
 Profesión Ingeniero Canales Lozoya Edad _____
 Domicilio _____
 ¿Está en zona liberada? _____

Acusación (2)

Comunista muy destacado; según informes estuvo en las operaciones del Ebro de Capitán-Ingeniero, uno de los que tendieron los puentes cuando pasaron los Rojos.

(1) Los datos que se ignoren se dejarán en blanco.
 (2) Concretarse todos aquellos hechos que conozca sobre la actuación del acusado.

Algunas fichas de acusación. Un par de líneas de los "acusadores" bastaban para hacer peligrar la libertad e incluso la vida del "acusado" (en este caso; Julián Diamante Cabrera).

- Vicente F. F. Acusación: «Militante comunista me consta ser elemento muy contrario al Movimiento Glorioso nacional. Diversas veces le he visto discutir con D. Jesús S. O. y afearle este sus ideas comunistas con energía y claridad».
- Agustín A. A. Acusación: «De filiación comunista, marchó voluntario con los rojos obteniendo el grado de Comandante. Se dice que fue quien firmó los planos de los puentes sobre el Ebro».
- Juan R. de la M. Acusación: «Miembro del Partido comunista, ha actuado intensamente como comandante del ejército rojo. Dicen que firmo los planos del paso del Ebro por ejército rojo».
- Ángeles G. G. Acusación: «Comunista, dirigió las obras de puentes sobre el Ebro».
- Rufina C. C. Acusación: «Muy izquierdista y perteneciente al partido comunista».
- Andrés R.M. Acusación: «Comandante de Ingenieros del ejército rojo y conocido en Canales como persona de izquierdas».
- Alfonso P-Ch. Acusación: «Perteneciente al Partido Comunista trabajó cuanto pudo por el mismo».
- Salvador R. y G. de la M. Acusación: «Comandante de Fortificaciones del ejército rojo».
- Ángel S. A. Acusación: «Comandante de ingenieros del ejército rojo, pertenecer al partido comunista propagandas comunistas dentro de las oficinas».
- Lucía H. B. Acusación: «Perteneía al partido comunista».
- Aurora P.C. Acusación: «Este camarada desde que le conozco (hace bastante tiempo) ha sido comunista y desde el Glorioso Movimiento Nacional se puso a las órdenes del gobierno rojo prestándole toda clase de servicios».
- Zoilo C.S. Acusación: «Este, es comunista. En los nueve años que le conozco, ha demostrado mucho interés por el comunismo y se dice que ha firmado los planos confeccionados por los franceses para el cruce del EBRO por los rojos, por lo que le condecoraron con la medalla del valor. Se dijo que su padre voló un gran puente por la sierra, que detuvo al ejército del Gral. Mola hacia Madrid».
- Nazario V. C. Acusación: « Comandante de fortificaciones del ejército rojo voluntario».
- Isabel P-Ch. Acusación: «Perteneciente al partido comunista, gran propagador de sus ideas y marchó al frente é hizo una gran labor como ingeniero a favor de los rojos».

El propio Consejo de guerra debió ser consciente de la escasa seriedad de este bagaje acusatorio ya que, por ejemplo, en ningún momento da por probada la pertenencia de Julián Diamante al partido comunista y se limita a cul-



Julián Diamante en la Colonia Penitenciaria de Toledo, para la “redención” de su pena por el trabajo. El haber recorrido diversas cárceles no le había hecho perder la sonrisa.

parle de afiliación a la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, lo cual es una necesidad ya que muchas destacadas figuras de la cultura se inscribieron en dicha asociación, que además en los años en que él cotizó —1933 y 1934— tenía un carácter eminentemente cultural.

También resulta estúpida la acusación de que se tocaba con mono y portaba pistola, puesto que ni una ni otra cosa deberían resultar chocantes, teniendo en cuenta que como responsable del Servicio de Distribución de agua en Madrid debía pasar la mayor parte del tiempo en las calles y lugares con presencia de elementos incontrolados a raíz del golpe sedicioso. Sin olvidar la posible intervención de los siniestros *pacos* quintacolumnistas o la necesidad de acercarse en ocasiones a zonas cercanas al frente. Además, nadie indica que haya utilizado la pistola en alguna ocasión.

La acusación de haber sido nombrado Presidente del Comité de Vecinos de la casa en que vivía es también absurda. De hecho, el 1º de marzo de 1940, el Jefe de casa de F.E.T. y de las JONS de Cristóbal Bordiú número 9, Gabino Abajo Álvarez, había declarado que «don Julián Diamante Cabrera desempeñó por algún tiempo el cargo de presidente del Comité de Vecinos de dicha casa... requerido para ello por varios vecinos. Puedo asegurar que en el tiempo que el señor Diamante desempeñó el cargo, ningún vecino de los que habitaban... fue objeto de persecución o vejación alguna por parte de don Julián Diamante».

Así, uno tras otro, los puntos acusatorios se muestran necios y falsos. Pero cuando la acusación adquiere tintes kafkianos, que resultarían cómicos si no fueran trágicos, es al considerar que el procesado es culpable de AUXILIO A LA REBELIÓN MILITAR, jugando con un cambio de papeles mediante el cual los golpistas autores de la rebelión, con un cinismo abrumador, atribuyen al contrario el desafuero cometido por ellos.

El día 4 de febrero de 1942, Julián Diamante ingresa en las Colonias Penitenciarias de Toledo «para extinguir su pena por el trabajo». Ya antes de la condena, en junio de 1939, había sido *separado* y dado de baja en el Cuerpo de Ingenieros.

En 1944 tiene que comenzar a prestar servicio como simple ingeniero subalterno en la empresa Talleres Grasset.

En octubre de 1945 se halla en situación de «libertad vigilada», observando una «conducta moral no vituperable».

Posteriormente, inicia un decidido esfuerzo, que va a mantener durante largos años, para poder reincorporarse al Cuerpo de Ingenieros de Caminos. Algo que él considera una reivindicación.

En 1954, Julián Diamante formula una instancia solicitando le sea instruido expediente de depuración.

En septiembre de 1964 solicita que «al final del Escalafón (de Ingenieros de Caminos) se incluya el nombre del que suscribe y de los restantes ingenieros de Caminos, Canales y Puertos que se encuentren en análogas circunstancias».

En 1965, Juan Font, Coronel del Cuerpo de Ingenieros de Construcción del Ministerio del Ejército certifica que Julián Diamante durante 1942 y 1943 prestó sus servicios como ingeniero de la Agrupación que realizó las obras de la Academia de Infantería de Toledo y «su comportamiento fue tan extraordinario que difícilmente puede superarse». Ese mismo año, el director de Talleres Grasset, don Carlos de Aguinaga, certifica que «por su capacidad técnica y dotes de mando Julián Diamante había sido ascendido a Subdirector técnico».

En febrero de 1966, Julián Diamante, que alcanzará ese año el grado de Doctor-Ingeniero, escribe una solicitud «confiando se tenga en cuenta que desde la terminación de la Guerra he dedicado todo mi trabajo y estudio a mi perfeccionamiento profesional y a la reconstrucción de la Patria. Espero se me permita, ahora que me encuentro en los umbrales de la vejez, retornar al Cuerpo Nacional de Ingenieros de Caminos que agrupa a mis mejores amigos».

En 1966, el Consejero de la Sección de Puertos y Señales Marítimas, Alejandro Benito Castresana, declara que Julián Diamante Cabrera «procuró ayudar en todo lo posible a todos los componentes que por sus ideas políticas se encontraban en situación apurada y difícil». En términos semejantes se expresan en esa fecha los ingenieros de caminos Antonio Navarro Reverter y Santiago Gose Fernández.



Julio Diamante Menéndez, padre de Julián Diamante, fue durante la República y la guerra el jefe del Circuito Nacional de Carreteras. Condenado a veinte años y un día, acabaría muriendo encarcelado.

En abril de 1966 el Ingeniero Instructor, Eugenio de la Sal Crespo, propone la reincorporación en el Cuerpo de Ingenieros.

En 1968, Julián Diamante presenta escrito «denuncia de mora»: señala que el 23 de junio de 1965 solicitó que le fuera instruido expediente de depuración y a pesar del tiempo transcurrido nada se le ha notificado.

Como respuesta, el 5 de mayo de 1969, el Ministerio de Obras Públicas declara: «la inadmisibilidad del presente recurso contencioso-administrativo entablado por Julián Diamante Cabrera contra la desestimación presunta por silencio administrativo».

El 23 de julio de 1971 el Consejo de Ministros acuerda la readmisión en el Cuerpo.

En 1973, Julián Diamante es nombrado Jefe del Negociado de Normas de Materiales e Instrucciones Técnicas. Ha logrado al fin reintegrarse al Cuerpo de Ingenieros, pero ha tardado en ello treinta y cuatro años. Poco después, el 20 de marzo de 1976, causa baja «por cumplirse la edad reglamentaria para la jubilación forzosa».

No menos paradigmático y aún más cruel que el proceso de Julián Diamante Cabrera es el de su padre Julio Diamante Menéndez, pero como en esta Memoria no tiene un papel especialmente destacado, me limitaré a un breve comentario.

Miembro de Izquierda Republicana de la que fue durante cierto tiempo Presidente, y de profesión ingeniero de Caminos, Julio Diamante Menéndez fue durante la República y la Guerra el Jefe del Circuito Nacional de Carreteras, cargo de gran responsabilidad, por lo que tuvo que acompañar al Gobierno cuando éste se trasladó de Madrid a Valencia. Aunque, al parecer, podía haber partido justo antes de finalizar la guerra, tomó la decisión de permanecer en España, siendo hecho prisionero.

Como yo tenía cinco años cuando él partió de Madrid, cuando realmente le conocí fue después de la guerra, al acompañar a mi abuela a visitarle en al-



Sopa del Auxilio Social franquista. El gobierno de los sublevados significó largos años de represión y miseria para el pueblo español.

gunas de las cárceles en que estuvo. Fue, por su serenidad y firmeza, la primera persona que realmente me impresionó en mi vida. Las visitas a mi padre, quizá por ser más joven y bromista, me impresionaban menos. Mi abuelo, al igual que mi padre, debió ser de una bondad excepcional.

Régulo Martínez, que perteneció a Izquierda Republicana y años más tarde fue presidente honorario de Acción Republicana Democrática Española (ARDE), cuenta en su libro *Republicanos de catacumbas*: «estando saboreando el café con leche y un par de bollos que mi inolvidable hermana me había llevado, vi cruzar por la galería (de Gobernación) a don Julio Diamante, personalidad destacada de Izquierda Republicana y con el que me convenía cambiar impresiones, ya que él fue quien intentó con su ayuda precisamente librar de las manos de los incontrolados que por aquel entonces —me refiero en los primeros meses de la guerra— propinaban con indiscutible pasión los llamados *paseos*, tomándose lo que ellos creían justicia, a la catalana.

Ya ha pasado a la historia, desgraciadamente, don Julio Diamante, y digo desgraciadamente porque reunía unas cualidades cívicas y personales nada corrientes. Siendo masón de categoría y de religión protestante desde muy joven, tanto por su categoría como ingeniero de los llamados ‘firmes especiales’, como por su responsabilidad bien administrada como alto dirigente republicano había derrochado el bien a su alrededor, sin distinción de colores ni ideologías».

Este último punto es confirmado por los testigos que cita el Tribunal, calificados como «personas de intachable conducta, de ideas derechistas y muy adictos a nuestra Santa causa» (30 de junio de 1939. Año de la Victoria). Así, don Manuel R., además de favores personales que debe agradecer a don Julio Diamante, dice: «que favoreció y auxilió al personal a sus órdenes siempre que estuvo comprometido por las persecuciones marxistas». Pero añade: «Es pública la actuación política del señor Diamante... por lo cual me es imposible avalar la conducta política».

Don Francisco O. indica que «por su mediación conseguí que fueran puestos en libertad dos hijos míos que fueron detenidos el 8 de noviembre de 1936, y que mereciéndome muy buen concepto como persona, no puedo avalar su conducta político-social».

Don Francisco C. Informa de que «las dos veces que fui detenido en julio y septiembre de 1936, recibí ayuda para que me pusieran en libertad de don Julio Diamante Menéndez... pero no puedo avalar su conducta político-social por ser públicamente conocido como persona de izquierdas».

Tras estas declaraciones, efectuadas todas ellas en agosto de 1939, resulta evidente que la única *culpa* política que podía achacarse a mi abuelo era la de ser «persona de izquierdas».

Sin embargo, fue condenado a la pena de veinte años y un día. En sus últimos años estaba tan gravemente enfermo, en gran medida por las penosas



Muchos años después de la guerra, Julián Diamante, continuaba reuniéndose con antiguos miembros de su Batallón. En esta ocasión con el teniente Martínez Durante, el comisario político Solans y el chófer Vicente Gracia.

condiciones de su encarcelamiento, que el médico de la prisión indicó en más de una ocasión la necesidad de que fuera convenientemente hospitalizado. Recomendaciones que caían en saco roto. Ya en condiciones de extrema gravedad fue enviado a un hospital para ser operado. De allí, muerto, se le envió a su casa. De manera que ni siquiera su último suspiro lo dio en libertad.

El día 27 de febrero de 1945, o sea trece días después de su muerte, acaecida el 14 de febrero, una nota oficial le informaba de que ya sólo le faltaban por cumplir once años, dos meses y veintiséis días, «dejando por consiguiente extinguida la condena dicho reo el 9 de marzo de 1956».

HASTA EL ÚLTIMO SUSPIRO

Julián Diamante poseía un carácter extremadamente cordial y bondadoso. Esto hacía que tuviera amistades entre gentes de muy diversa condición. Pero la más estrecha vinculación la tuvo con dos grupos de amigos.

Uno de éstos lo constituían varios miembros del que había sido su Batallón. Como la mayor parte de ellos vivían fuera de Madrid, tenían que reunirse en

algún lugar, generalmente de Barcelona o Valencia. Durante uno o dos días, entre paseos y comidas, recordaban el pasado o cambiaban impresiones sobre el presente. Después, entre abrazos, se despedían hasta el próximo encuentro. Algunos de los más habituales eran: Solans, el comisario político; el Teniente Antonio Martínez Durante, el Sargento Rafael Busutil, el Cabo Francisco Alamán y el chófer Vicente Gracia.

El segundo grupo de amigos estaba formado fundamentalmente por personas que habían conocido bien las cárceles del franquismo. Mantenían una tertulia en Madrid, celebrando una comida sencilla cada sábado. El lugar de reunión era habitualmente la taberna Labra, en la que una placa recuerda: «El 2 de mayo de 1879, careciendo los trabajadores de libertad para reunirse y asociarse, se fundó clandestinamente el Partido Socialista Obrero Español».

Aunque la asistencia solía ser nutrida, había algunos nombres que marcaban el carácter del grupo. Entre estos participantes dignos de ser destacados estaban, además de Julián Diamante, el doctor Alfonso Tortosa, que había sido jefe de Sanidad en la 3ª Brigada de Carabineros; el doctor Baldomero Cordon, teniente de Estado Mayor en el III Cuerpo de Ejército del Centro; Paco Herrero, también médico y capitán de Estado Mayor en la misma unidad; el escritor y periodista Carlos Gurméndez; Manuel Pipaón, capitán de Artillería; el arquitecto Fernando Bello y Celestino García *Tino*, oficial del Ejército Republicano, un asturiano grande y hercúleo que, a pesar de hablar tan poco que en broma se le llamaba *Castelar*, era personaje entrañable y esencial en esta cita semanal.

Algunas veces aparecía también por la tertulia el biólogo Faustino Cordon, hermano de Baldo, que poseía una mente de una lucidez impresionante. Otras, venía a tomar café Antonio Buero Vallejo, que había sido compañero de cárcel de mi padre y de mi abuelo. Yo tuve el privilegio de que, desde poco después de salir de prisión, mi padre cogió la costumbre de llevarme a estas comidas de los sábados. Y digo privilegio porque para mí, que era entonces un adolescente, casi un niño, estas reuniones fueron la mejor escuela que he tenido, tanto por el humanismo que predominaba en las opiniones como porque, siempre desde un pensamiento de izquierdas, se conjugaban diversas posturas, lo que me curó para el futuro de dogmatismos y sectarismos.

Don Julián murió en la noche del 8 al 9 de abril de 1993 hacia la una de la madrugada.

Carlos Gurméndez publicó en el diario El País una bastante amplia nota necrológica que, tras valorar altamente su intervención en la guerra durante la defensa de Madrid y muy especialmente en la operación del paso del Ebro, finalizaba: «Julián Diamante, padre del director de cine Julio Diamante, era un hombre riguroso, severo consigo mismo, notable matemático, con intereses culturales muy amplios. Sus excepcionales cualidades humanas des-

INTRODUCCIÓN. RECUÉRDALO TÚ

piertan el aprecio y la admiración de cuantos le hemos conocido en aquellas reuniones semanales de los años de la posguerra en Labra, famosa taberna madrileña donde había sido fundada la UGT»*.

Hasta el último suspiro Julián Diamante Cabrera, mantuvo una admirable lucidez mental y una no menos admirable fidelidad a los ideales auténticamente democráticos. Un par de horas antes de su fallecimiento habíamos estado filosofando en torno a algunos problemas que le preocupaban de España y del mundo. Durante aquella conversación, estuve sentado a la izquierda de mi padre, como hacía habitualmente, ya que oía muy mal por el oído derecho a consecuencia de un puñetazo que le habían dado en un interrogatorio en la Dirección General de Seguridad.

Sobre la mesilla de noche quedaron sus últimas lecturas: un libro de Noam Chomsky y un volumen, en inglés, de las obras completas de las aventuras de Sherlock Holmes.

[*] Hay versiones que afirman que en Labra no sólo se fundó el Partido Socialista Obrero Español sino también la Unión General de Trabajadores

CRONOLOGÍA

- 1931.** 14 abril. Proclamación de la Segunda República Española.
- 1932.** 10 agosto. Sublevación de Sanjurjo.
9 septiembre. Ley de Reforma Agraria.
- 1933.** 29 septiembre. José Antonio Primo de Rivera funda la Falange.
19 noviembre. La derecha triunfa en las elecciones.
- 1934.** 5-8 febrero. Huelga general y revueltas en Asturias y Cataluña.
- 1936.** 16 febrero. Victoria del Frente Popular.
12 julio. El teniente Castillo, miembro de la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA), es asesinado por pistoleros de extrema derecha.
13 julio. En respuesta al asesinato de Castillo, guardias de asalto detienen a Calvo Sotelo, jefe del Bloque Nacional, de extrema derecha. Uno de los guardias le mata de un tiro.
17 julio. Sublevación en Marruecos, que inmediatamente irá acompañada de otros levantamientos contra la República en diferentes puntos de España.
18 julio. Dimite Casares Quiroga.
19 julio. Por encargo de Azaña, José Giral forma nuevo gobierno.
20 julio. Toma del Cuartel de la Montaña por los leales. Se constituye el 5º Regimiento.
24 julio. Los golpistas constituyen una Junta Militar presidida por Cabanellas.
14 agosto. Toma de Badajoz por los rebeldes. Tremenda masacre.
3 septiembre. Caída de Talavera.
4 septiembre. Azaña encarga formar gobierno a Largo Caballero.
28 septiembre. Los insurrectos toman Toledo.
1 octubre. Franco es nombrado por los rebeldes Generalísimo y Jefe del Estado Español.
5 noviembre. El Gobierno de la República se traslada a Valencia.
7 noviembre. Se inicia la batalla de Madrid.
- 1937.** 1 enero. Pastoral del cardenal primado Isidro Gomá «Catolicismo y Patria».
5 febrero. Se inicia la batalla del Jarama.
8 febrero. Caída de Málaga.

INTRODUCCIÓN. RECUÉRDALO TÚ

- 8 marzo. Se inicia la batalla de Guadalajara.
19 abril. La Unificación. En el bando franquista habrá un único partido: Falange Española Tradicionalista y de las JONS.
- 26 abril. Bombardeo de Guernica por la Legión Cóndor alemana.
- 3 mayo. Enfrentamientos del PSUC, la UGT y la Generalitat con POUM y anarquistas.
- 17 mayo. Juan Negrín constituye un nuevo gobierno.
31 mayo. La flota alemana bombardea Almería.
19 junio. Caída de Bilbao.
5 julio. Se inicia la batalla de Brunete.
31 octubre. El Gobierno de la República se instala en Barcelona.
- 1938.** 22 febrero. Caída de Teruel.
3 abril. Caída de Lérida.
15 abril. Las tropas franquistas alcanzan la costa mediterránea a la altura de Vinaroz, partiendo en dos la zona republicana.
1 mayo. Negrín da a conocer los 13 puntos para la victoria.
25 de julio. Se inicia la batalla del Ebro.
30 septiembre. Acuerdos de Munich: Francia e Inglaterra admiten todas las exigencias de Hitler.
28 octubre. Retirada de las Brigadas Internacionales.
16 noviembre. El ejército de la República se repliega en el Ebro.
- 1939.** 15 enero. Caída de Tarragona.
26 enero. Caída de Barcelona.
5 febrero. Azaña se instala en París.
11 febrero. Siempre defendiendo el espíritu de resistencia, Negrín reúne a las Cortes en el castillo de Figueras.
27 febrero. Francia e Inglaterra reconocen a Franco.
28 febrero. Azaña dimite de la presidencia de la República.
5 marzo. Golpe de Estado del coronel Casado y formación de un Consejo de Defensa contrario a Negrín.
Combates en Madrid entre casadistas y comunistas, que no quieren aceptar la rendición incondicional.
28 marzo. Las tropas franquistas entran en Madrid.
1 abril. Último parte de guerra de Franco: la guerra ha terminado.
Comienza la posguerra.

- Primera Parte -

UN INGENIERO EN LA
DEFENSA DE MADRID



PRIMERA PARTE. UN INGENIERO EN LA DEFENSA DE MADRID

Cartel de la defensa de Madrid.

- Capítulo I -

EL 17 DE JULIO DE 1936

Como hace unos días dije a mi hijo Julio, no tengo más remedio que poner en el papel mis recuerdos sobre la guerra.

Durante ella, aunque es innegable que, como todo soldado, busqué una evasión de la terrible realidad en mis ratos libres, la verdad es que pesaron sobre mí graves y en ocasiones insoportables responsabilidades.

Evitando entrar en consideraciones sobre los sucesos que precedieron a la guerra y que condujeron inevitablemente a la misma, que es tarea asaz ambiciosa para mi inexperta pluma, iniciaré mi historia el día 17 de julio de 1936 en cuya tarde asistí a un entierro en la Almudena con mi padre y don Antonio Velao, que después fue Ministro de Obras Públicas. Entre el grupo de personas congregadas en el cementerio, que era bastante numeroso, comenzaron a correr rumores de que se había sublevado el Ejército de África. El ambiente político había estado tan cargado los días precedentes que la sensación era casi de alivio al ver que se iba a la lucha abierta.

Sin embargo, aquella misma noche, la radiodifusión desmentía los rumores de sublevación en Marruecos y daba tal sensación de tranquilidad que al día siguiente, sábado 18, emprendía yo alegremente mi habitual viaje de *weekend* hacia las Navas del Marqués, donde estaban veraneando mi esposa Pilar y mi hijo que contaba entonces cinco años. Después de cenar, comenzamos a escuchar la radio y entonces nos dimos cuenta de la magnitud de la catástrofe que se había desencadenado sobre España; la radio de Madrid emitía arengas de todos los dirigentes políticos de izquierda llamando a las armas a sus correligionarios, de los sindicatos dando órdenes a sus afiliados, mientras las radios de Sevilla, Valladolid y Burgos nombraban incesantemente las quintas que eran llamadas a prestar servicios.

Decidí regresar inmediatamente a Madrid y, como el primer tren disponible era un automotor que partía a primera hora de la mañana de Navalperal de Pinares y pasaba unos minutos después por las Navas, a la mañana si-

guiente nos levantamos con el alba y emprendimos Pilar y yo la marcha hacia la estación, que está bastante lejos del pueblo, quiso la fatalidad o la buena estrella, luego diré el porqué de mi duda, que en el camino a través del bosque Pilar sufriese una caída y se torciese un tobillo; esto nos retrasó y cuando llegamos a la vista de la estación fue para ver con desesperación al automotor que partía con dirección a Madrid.

Como yo en aquel entonces estaba destinado en el Canal de Isabel II (entonces denominado Canales del Lozoya) como ingeniero auxiliar en un servicio tan vital como Distribución, todo mi afán era reintegrarme a mi puesto de trabajo, por lo que nos acercamos a la estación para inquirir cuándo habría posibilidad de efectuar el viaje, pero la respuesta fue que aquel era el último tren que partía para Madrid ya que las comunicaciones estaban cortadas desde Navalperal hacia el Norte. Regresamos al chalet que teníamos alquilado, que se llamaba «La Amapola» y en el curso del domingo 18 no encontramos medios para que yo regresase a Madrid. En llevar conmigo a Pilar y Julito ni pensé, pues consideraba que en el pueblo estarían tranquilos, mientras en Madrid era de esperar que hubiese lucha; la radio hablaba del ataque a Campamento, del asedio del cuartel de la Montaña, mientras en las Navas se respiraba una paz bucólica, aunque engañosa, como veremos más adelante.

Fui a buscar al encargado del chalet Juan Azañedo, hombre grueso y de buen carácter, a quien yo creía de la misma cuerda que los propietarios —que eran de extrema derecha— por lo que me limité a decirle que como funcionario del Estado tenía la obligación de reintegrarme a mi destino y que no dejase de avisarme si sabía de algún medio para regresar a Madrid. Años más tarde pude ver que estaba equivocado de medio a medio, pues cuando quise citarle como testigo de que yo no podía haber intervenido en el asalto al cuartel de la Montaña me dijeron que había sido fusilado por los nacionales.

Por la noche me avisó Azañedo de que a la mañana siguiente muy de madrugada salía un camión de Cebreros cargado de leche desde las Navas para Madrid; a él acudí, pero antes de montar me acompañó Azañedo a la Alcaldía para que me diesen un salvoconducto. Cuando llegamos al Ayuntamiento reinaba una actividad febril, estaban repartiendo escopetas entre los mozos del pueblo y cargando cartuchos con postas loberas, había allí un guardia civil que era el único que quedaba en las Navas pues los demás habían marchado a concentrarse por orden de la jefatura de Ávila; más tarde me enteré de que ése fue el único superviviente, pues los que marcharon cayeron en una emboscada tendida por las milicias ferroviarias en Navalperal de Pinares y fueron exterminados.

Al subir a la cabina del camión encontré, además del conductor, al General don Pedro de la Cerda que iba a presentarse en el Ministerio de la Guerra por si se requerían sus servicios: era don Pedro de edad avanzada pero simpático y de un valor a toda prueba, como demostró aquella mañana, y fue para

mí una compañía de inapreciable valor en aquellos momentos, no sólo por lo grato de su conversación, sino por las muestras de serenidad que en todo momento debe aparentar un militar, que me sirvieron para ir habituándome a lo que me esperaba.

Al llegar al Escorial encontramos la primera patrulla de control; estaba formada por obreros acompañados por algún guardia de asalto y provistos de un armamento heteróclito. Hicieron descender a cinco o seis hombres que venían montados en la caja del camión y no traían salvoconductos; al General y a mí que lo mostramos nos permitieron continuar. De estas patrullas encontramos más de media docena antes de llegar a Madrid; en todas poco más o menos la escena era la misma: el camión se detenía e inmediatamente se abrían las puertas y entraban por ellas los cañones de tres o cuatro fusiles apuntándonos al vientre; entonces el General muy digno decía: «no juguéis con esto muchachos», y con la palma de la mano desviaba suavemente el cañón del fusil que le había caído en suerte. El efecto era inmediato, los protagonistas se daban cuenta de lo melodramático de su gesto y lo sustituían por una sonrisa; cuando al hacernos abrir los maletines aparecía en el mío una novela policiaca de Ellery Queen titulada *El caso de las piernas bonitas* en cuya portada la hermosa cliente de Perry Mason exhibía generosamente las suyas, llegaba el momento del cachondeo y de que nos dejaran seguir nuestro camino.

A medida que nos acercábamos a la capital las noticias iban siendo más alarmantes: ya en Las Rozas habían visto a la aviación bombardeando la colina de Príncipe Pío; se trataba del asalto al cuartel de la Montaña.

La opinión del General La Cerda era pesimista en cuanto a los resultados del asalto al cuartel, decía que se trataba de un edificio muy sólido y que si los sitiados estaban decididos a la resistencia, podían acasamatarse y prolongar el asedio mientras no les faltasen víveres. Los hechos vinieron a mostrar que la mayor parte de la guarnición, los soldados de reemplazo, estaban trabajados políticamente o eran indiferentes, pues bastaron dos cañones ligeros y unas cuantas bombas lanzadas por aviones civiles desde la puerta de la cabina, para dar al traste en pocas horas con lo que pudo haber sido otro ejemplo de la tenaz pugna sostenida en el Simancas de Gijón o en el Alcázar de Toledo.

Cuando llegamos a Madrid, el camión se detuvo frente a la estación del Norte y, al subir por la cuesta de San Vicente pude ver que todo había terminado; los asaltantes del cuartel se dispersaban ya por las calles adyacentes; unos llevaban fusiles, otros sables, algunos cargaron con un tambor y hasta pude ver a uno que llevaba bajo el brazo un libro de contabilidad. Todos los automóviles que pasaban iban llenos de hombres armados con fusiles, parapetados tras colchones de lana sacados Dios sabe de dónde; sus costados ostentaban inscripciones —UHP, UGT, CNT, FAI, PC— según la filiación de sus ocupantes, y circulaban incesantemente sin saber adónde ni a qué iban.

- Capítulo II-

FRANCISCO PARRELLA

Acudí directamente a las oficinas del Canal, en la calle de Santa Engracia, esquina a José Abascal, y me presenté al jefe del Servicio de Distribución, don Francisco Parrella.

Era este don Francisco hombre inteligentísimo pero excéntrico; había estudiado la carrera en los tiempos de mi padre, que le estimaba mucho; por entonces sus condiscípulos le apodaban el *Lobo* y más tarde Walt Disney vino a darles la razón, pues su célebre lobo de *Los tres cerditos* era el retrato clavado de nuestro hombre. Aunque era el autor de todos los proyectos que por entonces se estaban ejecutando en el Canal, no se trataba apenas con los demás ingenieros, solamente se explayaba conmigo y con dos ayudantes de Obras Públicas que trabajaban con él desde hacía mucho tiempo: don Ignacio Arana y don Ángel Práxedes. A las señoritas de la oficina, que entonces eran numerosas, jóvenes y la mayor parte bastante agraciadas no las podía ver; solterón empedernido, el único tipo de mujer que le atraía era el de las cocineras metidas en carnes que iban con la cesta al brazo al mercado de la Corredera. Supongo que a las de los restantes mercados de la Villa tampoco les haría ascos, pero he citado ése porque como las oficinas del Canal habían estado hasta hace poco antes en la calle de la Luna esquina a Tudescos, era por su proximidad el campo de acción o territorio de caza de don Francisco; éste que era entonces hombre adinerado, pues nada más por los proyectos que redactó para Saltos del Alberche había percibido más de medio millón de pesetas, cantidad en aquellos tiempos muy respetable, tenía dos automóviles *Packard* idénticos, tipo torpedo (o sea, abiertos con capota de lona); uno de ellos lo tenía en servicio y el otro de repuesto, montado sobre tacos de madera para evitar que sufrieran los neumáticos. Apenas los sacaba a la calle, solamente cuando estaba galanteando a alguna de sus ninfas de fogón los usaba para deslumbrarla. Vestía usualmente con desaliño y cuando quería alabar a una persona el mejor calificativo para él era el de «bohémio», pues éste era

el estado ideal en su filosofía; usaba en invierno una capa española color marrón, recuerdo de sus tiempos de estudiante, y se envolvía en ella *mefistofélicamente* cuando salía de conquista. En verano acostumbraba a bajarse los pantalones para estar más fresco, por lo que en su despacho utilizaba una mesa cerrada por los laterales para disimular esta higiénica costumbre.

Cuando tenía que escribir un oficio sobre algún asunto espinoso lo hacía a propósito con palabras rebuscadas, tomadas del castellano antiguo, para tomar el pelo de antemano a la Superioridad que debía descifrarlo. Decía que en una discusión por escrito nunca se deben exponer los argumentos, sino que se deben reservar los más importantes para dejarlos caer como mazas cuando replique el adversario, y que los escritos propios deben ser como el cristal, que aunque se quiera arañar con las uñas resbala y no tiene punto a donde asirse. Aprendí mucho de él en lo que se refiere a la correspondencia oficial, lo que unido a lo aprendido en Cádiz del Ingeniero Director del Puerto don Juan Romero Carrasco, que, en otro estilo, gitaneaba con la pluma que daba gusto, me ha servido de mucho en el transcurso de mi vida.

Encontré a Parrella contemplando el mapa que publicaba toda la Prensa, mostrando la forma en que había quedado dividida España; a primera vista no podía parecer más optimista, pero ya a la clara visión de aquél se dio cuenta de que no era oro todo lo que relucía y que, si bien los republicanos dominaban las capitales de provincia más populosas, los nacionales ocupaban nudos de comunicaciones de gran importancia estratégica, disponían desde el primer momento de un ejército disciplinado que, aunque reducido en número, traería en jaque a las bisoñas milicias y antes de que éstas pudiesen estructurarse la situación militar podía dar un cambio trascendental.

Los hechos vinieron a dar la razón a don Francisco, que era muy versado en cuestiones militares, pues había comenzado sus estudios en la Academia de Artillería pero, cuando vio que la disciplina militar no se había hecho para él, dejó los estudios castrenses y se presentó a ingreso en la Escuela de Caminos; en esta ocasión mostró que las enseñanzas que recibiera en los albores de sus estudios militares no fueron vanas.

- Capítulo III -

JOSÉ ORAD DE LA TORRE

Por el propio don Francisco me enteré del triste fin de otro ingeniero del Canal, también de fuerte personalidad, don José Orad de la Torre que junto a su hijo, fueron las dos primeras bajas sufridas por el personal de aquel organismo del Estado en la dura contienda que comenzaba.

Orad de la Torre era hermano del oficial de artillería que manejó las dos piezas que ayudaron a expugnar el cuartel de la Montaña con gran habilidad, cambiándolas de emplazamiento a cada disparo para que el enemigo no pudiese tener seguridad sobre el número de cañones atacantes. Ambos hermanos eran socialistas desde su juventud y don José había permanecido varios años expulsado del Cuerpo Nacional de Ingenieros de Caminos por razones políticas, logrando su reingreso bastante después del advenimiento de la República. Era un hombre alto, apoplético, de pelo rizado, apasionado y entusiasta en sus ideas y partidario acérrimo de Largo Caballero que era el jefe de uno de los grupos en que estaba escindido el partido socialista y que tanto contribuyeron a esterilizar la labor de este partido; el más importante entre los de la izquierda tanto por lo numeroso como por las personalidades que de él formaban parte, y sobre todo por el apoyo de la central sindical UGT de tanto arraigo entre las masas trabajadoras de Madrid, Asturias y Vascongadas.

Los principales de estos grupos eran: el de Besteiro, especie de sociedad fabiana, que agrupaba a los catedráticos y otros intelectuales del partido que vivieron en el limbo durante el transcurso de la guerra; el de Indalecio Prieto, formidable polemista parlamentario y escritor temible, pero oportunista cien por cien, partidario del régimen de empresa y cacique electoral a la antigua usanza; y el que podríamos denominar «municipal», integrado por los concejales del Ayuntamiento de Madrid, de los que los más destacados eran Muíño y Saborit y en el que podríamos incluir también a Trifón Gómez; hombres que



La defensa de Madrid, Imagen de un documental de Roman Karmen.

disfrutaban de buenos cargos, conocían todo el subsuelo de la política municipal y eran, por eso mismo, pasteleros a ultranza; el de los «bonzos» sindicales, formado por los directivos de los sindicatos de la UGT, a los que mantenían en la disciplina del partido socialista por el procedimiento de los *grupos sindicales* de los que más adelante hablaremos; y finalmente el de los más apasionados y extremistas que se agrupaban alrededor de Largo Caballero, al que la prensa comunista jaleaba llamándole el *Lenin español*. No duró mucho ese idilio pues, en cuanto quiso tener criterio propio como ministro, pasó a ser execrado por los que antes le colmaban de ditirambos.

Orad de la Torre, que como dijimos pertenecía a este último grupo, comenzó a actuar desde el primer momento del alzamiento; su primera actuación consistió en reunir a los miembros del Sindicato Nacional de Arquitectura e Ingeniería, que había sido fundado por él, desgajándolo del Sindicato de Oficios Varios, llamado familiarmente *La Varia* entre los habituales de la Casa del Pueblo y, que agrupaba a un puñado de arquitectos, ingenieros, peritos, ayudantes y topógrafos, entre los cuales desde unos meses antes, cuando

las cosas comenzaron a ponerse feas, me contaba yo, que no asistí a tal reunión por encontrarme en las Navas del Marqués como antes he relatado. En esa reunión se acordó que, dado lo inadecuado del local del que el sindicato disponía en el edificio de la calle del Piamonte —en la que estaba instalada la Casa del Pueblo— para el cumplimiento de las múltiples tareas que en la guerra habían de incumbir a los técnicos españoles, procedía incautarse del local del Instituto de Ingenieros Civiles que en aquel entonces ocupaba un piso en el edificio del Banco de Vizcaya. Tomada esta decisión fue llevada a la práctica seguidamente, trasladándose al Banco de Vizcaya y tomando la directiva del sindicato posesión del local sin resistencia.

A renglón seguido, enterado de que se había puesto cerco a las tropas de Campamento, corrió al Canal y dispuso que una camioneta con un grupo de obreros a cuyo frente se pusieron él y su hijo, partiese para cortar el suministro de agua. Así se hizo, y cuando a poco de efectuar la operación, descansaban en pie junto a la camioneta, un disparo de artillería hecho por los sitiados alcanzó de lleno al padre y al hijo dejándolos muertos en el acto. Cuando del despacho de Parrella pasé al mío lo primero que vi sobre la mesa fue una nota de Orad de la Torre, diciéndome que en cuanto llegase me pusiese en contacto con él; pensé con melancolía que, de no haber sido por el fin de semana en las Navas, acaso en aquellos momentos fuese yo en lugar de don José Orad el que ocupase una mesa en el Instituto Anatómico Forense.

El entierro fue emocionante, lleno de fervor popular. Tras los automóviles de las personalidades oficiales, de los amigos y compañeros, desfilaron las camionetas del Servicio de Distribución cargadas de obreros empuñando fusiles, cada una con su fusil ametrallador emplazado sobre la cabina; las pancartas y banderas rojas ondeaban mientras los féretros descendían cubiertos por la roja enseña de la UGT. Si al apasionado luchador que fue Orad de la Torre le hubiese sido dado presenciar su sepelio no habría podido desear ceremonia más de acuerdo con la esencia de su personalidad.

- Capítulo IV -

MI BAUTISMO DE FUEGO

Mi familia se había quedado en las Navas, donde yo la creía más segura pues en Madrid aun había *pacos* aislados que disparaban desde las azoteas, así que me fui a vivir a casa de mis padres en la calle de la Magdalena número 17, caserón antiguo pero espléndido con catorce habitaciones espaciosas; vivían allí también mi hermana Carmen, soltera entonces, y mi hermano Juan Bautista que era también ingeniero del Canal. Mis hermanos Fernando y Julio estaban en Cuenca con mis tías Esther y María, el segundo de vacaciones y el primero aún convaleciendo de una afección tuberculosa que le había obligado a pasar más de dos años en un sanatorio de la sierra.

Recibimos de Cuenca la noticia de que Fernando, alistado de grado o por la fuerza en las milicias conquenses, había salido para el Guadarrama. Mis padres acogieron esta noticia con la natural angustia pues, dado su delicado estado de salud, era de temer una recaída si estaba por muchos días sometido a la dura vida de campaña y me pidieron que fuese a buscarle. Gestionó mi padre del General Hernández Sarabia, Ministro de la Guerra, un salvoconducto en el que se me autorizaba a circular por los frentes de combate y, provisto de tan indispensable documento, salí en un coche del Circuito Nacional de Carreteras, del que mi padre era ingeniero director, en dirección a Guadarrama.

Ya al pasar por Villalba oímos cañoneo y Julio el conductor, excelente mecánico y gran persona pero tan poco bregado en lides bélicas como yo, andaba con la mosca en la oreja y con razón pues, apenas entramos en el pueblo de Guadarrama, nos dimos cuenta de que las piezas de artillería de que disponía la Academia de Segovia estaban ejecutando una clase práctica bombardeando con notable precisión el blanco constituido por el pueblo. En las calles no había más que algunos soldados del Regimiento N° 1 que, hasta el advenimiento de la República se había denominado el *Inmemorial del Rey*, que se refugiaban como podían tras las esquinas. Me apeé del automóvil para

CAPÍTULO IV. MI BAUTISMO DE FUEGO

preguntar a los soldados si estaban por allí las milicias de Cuenca y me contestaron que no, en vista de lo cual me volví hacia el coche, pero cuál no sería mi consternación al ver que Julio, estimando sin duda que a pesar de la fama de la sierra, aquellos aires no eran muy saludables, había tomado *la del humo* dejándome en aquel fregado. Lo peor del caso era que me encontraba en la encrucijada de cuatro carreteras: la que sube al alto del León, la de regreso a Madrid, la del Escorial y la que va a Navacerrada y Cercedilla.

La primera podía desecharse pues se dirigía directamente a las posiciones del enemigo y no había yo apreciado en Julio alientos heroicos como para emprender ese camino, pero los otros tres que ante mí se abrían eran igualmente probables; tras corta vacilación me decidí por el último, porque el vehículo estaba en esa dirección cuando lo abandoné, y naturalmente erré. Después de correr más de un kilómetro me convencí de que no había sido aquel el camino elegido por Julio para su retirada estratégica.

Entonces pensé que, guiado por la dulce llamada del hogar, habría emprendido regreso a Madrid y volví sobre mis pasos para cruzar el pueblo; tarea ardua, ya que continuaba el ejercicio práctico de tiro y telemetría y los eminentes profesores de la Academia se mostraban competentes en la materia en un grado que resultaba bastante molesto. Corriendo tras el estallido de cada granada y lanzándome al suelo cuando oía silbar la siguiente, conseguí por fin atravesar el pueblo.

Mi impresión de este primer contacto con el frente fue que el efecto de la artillería es mucho menos espectacular e impresionante de cómo lo presenta el cine. Tan sólo se oye el silbido, luego la explosión de la granada y finalmente el tintineo de la metralla al chocar con el adoquinado; nada de aquellas llamaradas, aquellas nubes de humo y proyecciones de piedras y tierra por los aires; un ligero olor a trilita quemada y se acabó. Esta es la gran ventaja del cine, que nos prepara para situaciones tan terroríficas que ante ellas las de la vida real nos parecen bastante corrientitas y así, sin pretenderlo, está formando generaciones de héroes en serie, puesto que el cine es espectáculo de masas.

Otra cosa que me impresionó en aquella carrera con *plongeurs* a través del pueblo fue ver a la puerta de un chalet a una muchacha muy distinguida, jovencita, con aspecto de estudiante, morenita, regordeta y peinada con dos coletas; que vestía camisa blanca y pantalón largo gris con tirantes que, en medio de aquel infierno, estaba de centinela haciendo guardia con un fusil más alto que ella; siempre me he preguntado quién sería aquella chiquilla y qué es lo que alojaría aquel chalet tan celosamente guardado; pero lo cierto es que entonces estaba tan ocupado en salvar mi precioso pellejo que no se me ocurrió preguntárselo.

En las afueras del pueblo, donde ya no caían obuses, encontré a mi buen Julio que se creía allí más seguro. Si por aquel entonces hubiese tenido yo la

experiencia que conseguí más adelante, le hubiese explicado que situado allí, sin ocultarse a la vista de los observatorios enemigos, estaba expuesto a que tomándole por un coche del Estado Mayor o de un puesto de mando cambiaran la dirección de tiro, concentrándolo sobre él para pulverizarlo en pocas andanadas, pero como mi ignorancia era tan grande como la suya me limité a decirle que regresábamos a Madrid, pues no quería perder la ocasión de vivir para contar a mi familia y amigos las peripecias de este bautismo de fuego.

Al día siguiente apareció por casa de mis padres mi hermano Fernando; según contó, las milicias de Cuenca habían actuado en la Sierra del Guadarrama por la parte de Siete Picos, y habían vuelto a Madrid a descansar después de unos días de duros combates. Aclarada su situación de enfermo, volvió a Cuenca donde poco después ocupó como abogado una plaza en el Tribunal Tutelar de Menores.

- Capítulo V -

EL ALIVIO DE UN BLANCO VIVIENTE

El comienzo de la guerra abierta, que para todos fue una tragedia, representó para mí un alivio por las especiales circunstancias que en mi caso concurrían.

Existían entonces en Madrid dos centrales sindicales: la Unión General de Trabajadores (UGT), orientada por el partido socialista y la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), vagamente inspirada en los ideales de la Federación Anarquista Ibérica (FAI); dentro de la gran variedad de matices y tendencias, en la primera predominaba aquel obrerismo de *cuello duro* del que fue prototipo Pablo Iglesias, mientras en la segunda, junto a idealistas a lo *Bakunin* se agrupaban demagogos arribistas dispuestos a todo con tal de medrar políticamente. Sólo así se explica que, en días tan graves para el Régimen como los de todo el mes que precedió a la iniciación del Movimiento, la CNT hubiese declarado en Madrid una huelga general del ramo de la construcción que contribuía a enrarecer el ambiente y favorecía por tanto a los enemigos de la República.

Los obreros de la UGT no secundaron la huelga, pero eran obligados a cesar en su trabajo por las coacciones y amenazas de que eran objeto por parte de los afiliados a la CNT, entre los que figuraban los acreditados pistoleros de la FAI, expertos en el manejo de la *Star*, que no sé por qué era la marca de pistola preferida para dirimir las diferencias en cuestiones sociales.

Los operarios del Servicio de Distribución del Canal, cuya principal misión era reparar las averías de la red, no pertenecían al sindicato de la construcción sino al de agua, gas y electricidad y por tanto no estaban en huelga, ni los de la UGT ni los de la CNT; sin embargo, cuando salían a la calle a reparar una avería de importancia, como fueron la de la plaza de Puerta Cerrada o la de la calle de Larra, se veían al poco tiempo rodeados de tipos patibularios que les invitaban cortésmente a abandonar el trabajo, ya que para reparar las roturas era preciso levantar el pavimento y abrir zanjas, trabajo que correspondía, a su juicio, al ramo de la construcción y cuya ejecución consideraban una labor de esquiroles.

Como en realidad, ni los mismos que ejercían la coacción se tragaban tan burdo razonamiento, era totalmente inútil pretender convencerles de su falsedad, que ya conocían. Lo que ocurría era que los cortes de agua prolongados originaban protestas en el vecindario, malestar que era aireado por la Prensa, y esto era precisamente lo que buscaban los dirigentes de la huelga al ver que ésta se prolongaba sin resultado, sin darse cuenta de que la causa de esta prolongación era que los patronos eran a su vez los primeros interesados en que la huelga se hiciese interminable para conseguir el descrédito del Gobierno, del que la mayor parte de ellos eran enemigos declarados.

Ante esta situación la actitud del Gobierno era indecisa: en lugar de reparar las averías con tropas de ingenieros, asesoradas por el personal técnico del Canal, se limitaba a dar ordenes a la Dirección para que los obreros saliesen a reparar las roturas. Los obreros no se negaban a salir, pero regresaban tan pronto como comenzaban las coacciones; se les propuso salir acompañados por la fuerza pública, pero a esto se negaron en redondo porque dijeron que indudablemente no les ocurriría nada en el tajo, pero que nadie les garantizaba que no iban a ser acribillados cuando regresasen solos a sus casas. En este punto de los razonamientos, a alguien —¡Dios le perdone!— se le ocurrió una idea feliz, el verdadero huevo de Colón para situación tan delicada: como el quid de la cuestión era que los obreros no tenían afición al deporte del tiro al blanco hasta el punto de servir de diana a los pistoleros, lo ideal era que fueran acompañados de un *blanco viviente* una especie de *funcionario-pararrayos* que, llegado el caso, atrajese sobre sí la tempestad de plomo de las famosas armas de Eibar.

Aunque contemplado a distancia parezca inverosímil, esta fue la inusitada petición que los obreros hicieron al director y que fue —¡cómo no! ante las iras ministeriales — aceptada en el acto, designándose para tan grata misión al ingeniero auxiliar del Servicio de Distribución, que era precisamente el cargo que desempeñaba mi humilde persona.

En cinco o seis ocasiones hube de representar este papel y a nadie extrañará que, cuando con la guerra franca el peligro se hizo general, en vez de concentrarse con preferencia en mi modesta persona, experimentase una sensación de alivio.

Lo más notable fue que la huelga de la construcción continuó aún bastantes días después del 18 de julio, e incluso algunos de sus protagonistas intentaron impedir la reparación de la tubería que abastecía al cuartel de Milicias de la calle de Santa Engracia. ¡Puede comprenderse mi satisfacción al ver salir una patrulla de soldados con casco de acero, bayoneta calada y bombas de mano en la cintura y dispersar, con su sola presencia, a aquella patulea de inconscientes que, en plena guerra civil, no estaban preocupados más que con su *huelgucecita* que ya se había quedado enana!.

- Capítulo VI -

A FORTIFICAR SOMOSIERRA

A los pocos días recibí un aviso del sindicato para que me presentase a las seis de la mañana en el domicilio social que, como antes he dicho, estaba en un piso del edificio del Banco de Vizcaya. Cuando llegué allí vistiendo mono azul y tocado con boina, uniforme indispensable a los civiles para circular sin problemas y más a hora tan temprana, fui recibido por el secretario Ordóñez, que me informó de que la UGT había decidido organizar unas brigadas para construir fortificaciones donde lo estimase conveniente el mando militar y había pedido al sindicato que proporcionase los técnicos precisos para encuadrarlas.

Ordóñez era un ingeniero industrial, nieto del célebre ministro Romero Robledo, conocido en el comienzo de su vida política como *El pollo antequerano* que se hizo famoso en su época por su habilidad como electorero, llegando a convertirse en el prototipo del pucherazo, el chanchullo y la coacción organizada desde el poder como medios para conseguir una adecuada mayoría parlamentaria. El nieto, muy inteligente, aunque afiliado al partido socialista, tan opuesto en ideología al de su abuelo, tenía una tendencia congénita a utilizar los mismos métodos en las elecciones sindicales; más adelante volveremos sobre sus actividades y las de otros conspicuos dirigentes.

Seguidamente pasamos al salón-bar en el que estaban reunidos los técnicos elegidos. De momento se trataba de formar dos brigadas para fortificar las dos zonas que en aquellos días ofrecían más peligro para la seguridad de la capital: Somosierra y el alto del León; para la primera se había designado como jefe y enlace con el mando militar a Paco Durán, ingeniero de caminos, simpático, deportista, antiguo portero del Atlético de Madrid, de carácter efusivo y cordial, en contraste con su compañero de profesión designado para jefe y enlace de la segunda —Federico Molero—, alto y delgado, de perfil qui-jotesco y carácter reconcentrado. Se me había atribuido el cargo de jefe a pie de obra de la primera brigada mientras para la segunda se había nombrado a

José Armero, uno de los ingenieros de caminos más eminentes, profesor de la Escuela Especial del Cuerpo, conocido internacionalmente, tipo perfecto del sabio siempre abstraído en sus lucubraciones.

Durante la espera Armero me habló con clarividencia, diciéndome que el alzamiento nos destrozaría la carrera, profecía que los hechos posteriores vinieron a comprobar. Durán se entretuvo en proponernos las siglas que deberíamos emplear para designar a las nuevas brigadas, adoptándose por fin la abreviatura BOF (Brigadas Obreras del Frente) elección que resultó muy acertada pues, unos meses después, las brigadas obreras fueron militarizadas y convertidas en Batallones de Obras y Fortificaciones, con lo que las siglas resultaron ser de doble uso, al igual que las gabardinas reversibles.

Poco después llegaron dos comandantes de ingenieros, don Patricio de Azcárate y don Alberto de los Mozos, para instruirnos y acompañarnos los primeros días; ambos eran de los retirados por la ley de Azaña, que fue uno de los más funestos errores cometidos por la República. Según dicha ley se dejó a todos los generales, jefes y oficiales que eligieran libremente entre jurar lealtad al Régimen o retirarse percibiendo todo el sueldo. La idea no podía ser más noble ni la intención más generosa, pero la consecuencia en este país, dado a la picaresca, resultó ser que los militares enemigos del Régimen fueron precisamente los que encontraron justificaciones de conciencia para jurar una lealtad *sub conditione* que en el fondo no sentían, mientras los relativamente escasos afectos a la República encontraron la ocasión de abandonar los cuarteles, donde los compañeros les hacían la vida imposible, dedicándose a ocupaciones civiles. Estos retirados por la ley Azaña, junto a los artilleros destituidos por don Miguel Primo de Rivera con ocasión de *la noche de San Juan* y a los carabineros, que no dependían del Ministerio de la Guerra sino del de Hacienda, formaron un núcleo importante de los profesionales que organizaron el ejército popular.

A don Patricio de Azcárate ya le conocía como contratista del Canal del Este, que debía unir los depósitos 52 y 62 de los Canales de Lozoya; pertenecía a la familia del célebre don Gumersindo de Azcárate y era hermano de don Pablo, que fue más tarde embajador en Londres; alto, esbelto y canoso ofrecía el aspecto típico del oficial inglés, siempre correcto y elegante aun vistiendo el mono como en aquella ocasión.

Don Alberto de los Mozos era muy alto, pero desgarrado y flaco, con aspecto y cara de fraile ascético; muy competente en su profesión y con grandes dotes de profesor, en cuatro palabras nos hacía comprender claramente cualquier cuestión de las que se planteaban.

Después de un cambio de impresiones, tomamos los automóviles y partimos cada grupo hacia su respectivo destino. Nuestros dos coches enfilaron por la carretera de Francia hacia Somosierra, ondeando banderas rojas emblema de la UGT. Los camiones que conducían a los obreros habían salido anteriormente y, cuando les adelantamos, les dimos instrucciones de que



7 de noviembre de 1936 en Madrid

se detuvieran en La Cabrera mientras nosotros proseguíamos a ponernos en contacto con el mando.

Al llegar a Lozoyuela nos dimos cuenta de que el frente estaba próximo; milicianos sentados en las aceras, guardias civiles llevando de la brida de rengados caballos, el oficial que salió de una casa con el uniforme cubierto de polvo y los ojos inyectados en sangre por falta de sueño nos lo hicieron comprender.

Nos informaron de que el enemigo ocupaba los altos de Somosierra, siendo su posición clave el Cerro de Piñuécar; frente a ellos los nuestros se mantenían en el pueblo de Buitrago, apoyando su ala derecha en la presa de Puentes Viejas y la izquierda en Garganta de los Montes y Canencia. El puesto de mando estaba situado en El Portachuelo, punto más alto de la carretera que desde allí baja en fuerte pendiente hasta Buitrago.

Pronto alcanzamos el puesto de mando, que era una pequeña choza de pastor construida de piedra en seco con techumbre de ramaje; su interior estaba dividido en dos por un cañizo, a uno de cuyos lados se había instalado la central telefónica del servicio de transmisiones, mientras del otro quedaban dos colchonetas donde reposaban el jefe del sector, General Bernal, y su jefe de Estado Mayor Comandante Jurado.

Era don Carlos Bernal de edad avanzada y mediana estatura, fuerte, enjuto y tostado por el sol, tipo característico del militar «africano», procedía de ingenieros y era muy jovial; vestía, cuando le encontramos, traje de paisano negro con rayitas blancas y se cubría con un sombrero de dril de los que se usaron en Marruecos en la campaña del 21. Comentó humorísticamente los mensajes radiotelegráficos del enemigo en los que el general Mola pedía a su cuartel general que le informase del número de divisiones que tenía enfrente, cuando en realidad Bernal no disponía con regularidad y de un modo permanente más que de unos mil hombres del ejército regular, a los que vinieron a unirse novecientos pertenecientes a las recién organizadas Compañías de Acero que ocupaban Buitrago, mandados por Paco Galán, hermano del legendario Fermín Galán, héroe y víctima de la sublevación de Jaca.

Lo que ocasionaba la perplejidad de Mola era que todos los días a primera hora de la mañana, utilizando automóviles requisados, se trasladaba a la sierra una muchedumbre de milicianos y tomaban posiciones al azar, siguiendo únicamente su capricho, como si se tratase de una partida de caza, con la consecuencia de que cuando el mando enemigo, que tomaba la guerra en serio, emprendía una operación cualquiera, se encontraba con que salían tiros de todas partes y creía hallarse ante un numeroso ejército, cuando en realidad aquello era poco más que una jira campestre, cuyos partícipes se apresuraban a volver a Madrid en cuanto comenzaba a caer la tarde para tener tiempo de presumir un rato en las terrazas de Recoletos o en los cafés de la calle Alcalá y de la Gran Vía.

El Comandante Jurado, otro veterano de la guerra de África, era de mediana edad, corpulento y muy competente; procedía de Artillería y fue más tarde jefe de la DECA en Barcelona. Vestía poco más o menos como su jefe y daba muestras de la fatiga que le originaba la continua tensión a que se hallaban sometidos.

En un lugar próximo estaban emplazadas dos piezas del 15,5 que de cuando en cuando, no con mucha frecuencia, porque la munición escaseaba, disparaban sobre las posiciones enemigas. A pocos pasos del puesto de mando un joven Teniente de Ingenieros, al frente de unos pocos zapadores, estaba construyendo un refugio constituido por una trinchera cubierta con troncos, tierra y sacos terreros, que poco después tuvimos ocasión de inaugurar, pues un biplano comenzó a evolucionar sobre El Portachuelo y ante el temor de un ataque, nos apresuramos a meternos en la zanja. El avión dio unas cuantas vueltas, lanzó dos bombas pequeñas, que no hicieron más que ruido, y regresó satisfecho a sus líneas.

El General nos ordenó fortificar las laderas de la sierra de La Cabrera, a caballo sobre la carretera, posición que dominaba los llanos entre este punto y Lozoyuela y podía constituir una segunda línea de defensa.

Regresamos a La Cabrera y comenzamos los trabajos; Paco Durán regresó a Madrid para dar cuenta de lo acaecido y con nosotros quedó don Pachi, como cariñosamente llamábamos al Comandante Azcárate. La posición consistía en una línea de trincheras unida mediante traveses con una serie de nidos de ametralladoras. En aquella fecha todavía se utilizaba la trinchera continua, al estilo de la Primera Guerra Mundial; los nidos de ametralladoras en buena técnica deberían haberse situado detrás de la línea de trinchera, para disparar por encima de ésta, pero en este caso los situamos a la inversa, habida cuenta de que a las tropas bisoñas les asusta que las máquinas hagan fuego por encima de sus cabezas. Como subalternos llevaba a un ingeniero de caminos, Francisco Romero Gil, y a tres ayudantes, uno de montes y dos de obras públicas, recién salidos de la Escuela; el primero, López Cuesta, era hijo de un ayudante del Canal, de los otros dos siento no recordar los apellidos pues eran dos muchachos estupendos aunque de temperamentos totalmente opuestos; uno de carita redonda, siempre muy optimista y sonriente, mientras el otro parecía la contrafigura de Alberto Mozos, con su larga nariz y su cara ascética. Romero Gil era una síntesis de los dos, con la nariz tan larga como el segundo y el carácter tan jovial como el primero; en cuanto a López era un gran chico, guapo, buen tipo, bonachón y de genio apacible.

El personal enviado por la UGT era un conjunto heterogéneo de albañiles, canteros, mamposteros, pintores, soldadores, estuquistas y demás especialistas del gremio de la construcción, amén de unos cuantos pertenecientes al sindicato de hostelería que se encargaban de la intendencia. Como en La Cabrera había bastantes hotelitos de veraneo que quedaron desocupados al comienzo de las hostilidades, nos alojamos en ellos, con la ventaja de que muchos tenían las despensas bien repletas, lo que vino a suplir las normales deficiencias de la intendencia en los primeros días.

Un curioso episodio vino ya a mostrar lo que luego fue asaz patente en el curso de la contienda: lo falaz de las especialidades y la extraordinaria capacidad de adaptación del obrero español. El terreno donde habíamos de abrir la trinchera era en muchos sitios granito en el que no podía excavarse y hubo que sustituir la zanja por parapetos de piedra en seco; recorriendo luego la obra, encontramos una zona donde los parapetos estaban esmeradamente terminados y preguntamos qué grupo los había construido, pensando lógicamente que serían los canteros o los mamposteros; pues bien, con gran asombro, nos enteramos de que habían sido ¡los pintores!

Otro acontecimiento chusco ocurrió al día siguiente: estábamos comiendo en uno de los chalets, cuando llegó sofocado uno de los jefes del grupo, que modestamente se había prendido unos galones de sargento, casi sin aliento, nos dijo que nos atacaban desde Cabanillas de la Sierra, o sea por la retaguardia. Como nuestros hombres no disponían más que de picos y palas (poco más tarde fueron apodados las brigadas de Juan Simón) salimos corriendo

hacia el Ayuntamiento, donde nos habían dicho que se guardaban cincuenta fusiles para organizar la resistencia pero, antes de llegar a los umbrales del municipio, tuvimos noticias más exactas de lo que ocurría: aquella mañana nuestros hombres habían encontrado un toro y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le habían dado muerte entregándolo seguidamente a los cocineros para mejorar el rancho; los vecinos de Cabanillas, que eran los dueños de la res, habían tomado los fusiles que también se habían enviado a aquel término municipal, y empuñándolos venían sobre La Cabrera disparando a diestro y siniestro dispuestos a tomar fiera venganza del desafuero. Don Pachi a medida que oía el relato se iba congestionando, incapaz de creer que aquellas cosas pudiesen ocurrir en una unidad bajo su mando; inmediatamente ordenó al pseudosargento que saliese del pueblo con bandera blanca a parlamentar con los atacantes e invitarles a que destacasen una comisión para tratar con ella. Al poco llegó el grupo de enfurecidos campesinos y Azcárate les entregó un vale para que fuesen a cobrar en Intendencia, con lo que se apagó la furia bélica y marcharon tan amigos.

Al día siguiente pasó por allí Largo Caballero, de paisano y con boina; estuvo examinando las trincheras en construcción, elogió a sus compañeros de gremio (él figuraba en la UGT como estuquista) y comentó que aquello parecía la guerra europea, fue vitoreado por el personal y continuó su viaje hacia el frente. Por la tarde despedimos a don Patricio, que debía regresar a Madrid, y recibimos al Oficial de Ingenieros que venía a sustituirle como nuestro asesor. Era el Teniente Collar que, por estar desempeñando el cargo de pagador en el cuartel del Conde-Duque, no se había visto implicado en los sucesos de los primeros días del alzamiento y luego se había presentado en el Ministerio de la Guerra desde donde nos lo enviaron; era una buena persona y simpatizamos con él enseguida, sin importarnos cuál fuese su afiliación política.

Al anoecer pasaron numerosos autocares cargados de hombres armados hasta los dientes, con grandes patillas de hacha y gorros cuarteros rojinegros. Era una de aquellas columnas que organizaba por entonces la CNT —creo que se llamaba Columna Del Rosal— cuya disciplina distaba mucho de ser ejemplar. La madrugada siguiente los vimos volver en sentido contrario y luego nos enteramos de lo acontecido.

Nada más llegar al Portachuelo, los jefes de grupo se presentaron al General Bernal, con grandes pistolones al cinto, para exigirle que les diese camisas, jamones y otras lindezas para su tropa. El General les contestó: «Mirad muchachos: me he pasado la vida en Marruecos, teniendo que ir a parlamentar con los moros en sus aduares y tomando el té con ellos en sus jaimas, mientras se divertían haciendo sonar los cerrojos de sus fusiles, así que no voy a asustarme ahora por vuestras pistolitas; de modo que podéis volver por donde habéis venido e ir a tomar posiciones a Torrelaguna, en la otra margen del río Lozoya, a no ser que preferáis que os mande fusilar».

Con ello se terminó el incidente y al día siguiente recibimos instrucciones de don Carlos Bernal en el sentido de que no se nos ocurriese reconstruir el puente sobre el aliviadero de la presa de Puentes Viejas, que unía ambas orillas del río, pues prefería tener lo más lejos posible a tan indeseables amigos.

Otro día, a la hora de comer se nos ocurrió abrir una lata de dos kilos de atún en escabeche que habíamos encontrado en la despensa del chalet y con gran desilusión la encontramos agusanada; el Teniente Collar, acaso queriendo presumir un poco, dijo: «en Marruecos éste era el plato del día» y se llevó a la boca una buena porción de atún con sus correspondientes habitantes. Yo, comprendiendo que había que dar ejemplo, hice de tripas corazón y engullí a mi vez un buen bocado, visto lo cual los tres ayudantes se lanzaron como lobos y dieron cuenta del contenido de la lata en un santiamén.

Poco después llegó la orden de que regresase a Madrid; según me enteré más tarde, Parrella había hecho ver al Delegado del Gobierno en el Canal, señor Torres Campaña, que era mucho más importante para la defensa de Madrid mantener el suministro de agua que cualquier fortificación y le había convencido para que me reclamase al Ministerio de la Guerra.

Al llegar a la capital me encontré con la grata sorpresa de que mi esposa y mi hijo habían conseguido regresar de las Navas del Marqués; según me contaron, pocos días después de mi partida llegaron los nacionales (los fascistas se les llamaba entonces en nuestra zona) procedentes de Ávila y los mozos del pueblo huyeron a los bosques. Luego aparecieron las milicias ferroviarias y los nacionales evacuaron el pueblo llevándose con ellos a muchos veraneantes que así lo desearon. Entonces se organizó un tren para Madrid en el que Pilar, Julito y la sirvienta lograron ocupar plaza después de mucha discusión, diciendo que eran de Izquierda Republicana, el partido de Azaña en el que militaba mi padre.

Reunidos pues, nos fuimos a vivir a nuestro piso de la calle de Cristóbal Bordú, esquina a Alenza, donde permanecí hasta mi incorporación a filas. En este capítulo he pretendido dar una pequeña idea del ambiente en el frente de Somosierra; por las conversaciones que mantuve luego con los que habían ido a Guadarrama me enteré de que por allí las cosas eran totalmente diferentes. El General Riquelme, que mandaba aquel sector, se había instalado en el sanatorio con su Estado Mayor, todos correctamente uniformados e incluso con profusión de fajines rojos o azules según los casos; esto viene a mostrar los diversos aspectos que ofreció la guerra en su principio, hasta que se fueron sedimentando y uniformando sus muy variados componentes.

- Capítulo VII -

EL SINDICATO DE ARQUITECTURA E INGENIERÍA

Hasta mi definitiva incorporación al ejército en febrero de 1938, todas las tardes pasaba un rato en el local del sindicato en el edificio del Banco de Vizcaya. Disponía este local de un bar muy confortable con amplia barra y cómodos butacones donde se podía hacer tertulia y escuchar la radio, en especial las emisoras nacionales para comparar sus noticias con las del parte oficial, deporte que hubiese resultado demasiado peligroso practicado en un domicilio particular.

Es esto una prueba de la moral muy alta que entonces existía en la zona republicana, pues las autoridades del sindicato no tenían ningún inconveniente en que se escuchasen los exabruptos de Queipo de Llano que, más que otra cosa, provocaban la burla de los oyentes. He de hacer presente aquí, para los que no puedan recordar aquellos días, que uno de los aciertos más logrados en el campo republicano fue el hallazgo del locutor que transmitía los partes de guerra; desde la frase lapidaria «Nunca pasa nada, y si pasa... ¡No importa!» hasta el final de la emisión «Comaradas radioyentes ¡Salud!», su voz vibrante era capaz por sí sola de colmar de entusiasmo y optimismo a cuantos le escuchaban.

Muerto por la causa Orad de la Torre, quedó al frente del sindicato el vicepresidente Virgilio Isa, un topógrafo de mediana edad, alto y enjuto, antiguo militante socialista, adusto en demasía para conseguir hacerse simpático al aluvión de técnicos que vinieron en masa a inscribirse para obtener un carnet sindical.

Del secretario Ordóñez ya hemos hablado anteriormente; para mostrar una vez más su *carácter decidido* relataremos aquí una anécdota que lo refleja. Poseía el título de piloto civil y, a los pocos días de iniciarse el movimiento, le encargaron trasladar el autogiro La Cierva a Albacete; hay que tener en cuenta que jamás había tripulado un autogiro y que la maniobra de este apa-

rato es totalmente distinta a la de un avión, hasta el punto de que para aterrizar hay que accionar los mandos en forma tal que en el avión representaría estrellarse sin remedio. Ordóñez, provisto sólo de conocimientos teóricos sobre el funcionamiento del autogiro se elevó sin arredrarse, siguió luego por encima de la línea del ferrocarril hasta Albacete y logró aterrizar sin más que ligeras averías.

Los restantes dirigentes eran: el tesorero, Orcazarán, viejo militante, hombre de pocas palabras y carácter retraído que, para acentuar aun más estas características, usaba una gorra de plato *a lo Stalin* y el vocal Mesto, topógrafo jovial y dionisiaco que se encargó de la administración del economato que se montó junto al salón de actos.

El encargado del bar del Instituto era un hombre muy distinguido, de aspecto nórdico, rubio y esbelto, educadísimo, casado con una mujer morena, con tipo de actriz trágica del cine italiano, en contraste con el de la sirvienta, que era una morenaza basta, opulenta y frescachona que acabó liándose con Mesto, con quien la encontré en Barcelona meses más tarde.

Entre los contertulios habituales figuraban los ingenieros de caminos Armero, Durán, Molero y Romero Gil, que ya antes hemos mencionado, así como Bustelo y Cruz que se había encargado de continuar redactando la *Revista de Obras Públicas*; aparecía por allí con cierta frecuencia Alejandro Benito Castresana que como tesorero de la Mutualidad siguió cumpliendo abnegadamente, en tan difíciles circunstancias, su labor de ayuda a las viudas y a los huérfanos de los compañeros fallecidos. Mi hermano Juan, que se había incorporado al ejército y estaba encargado de volver a poner en funcionamiento la antigua «maquinilla» de Colmenar, también asistía regularmente hasta que fue trasladado a Andalucía.

De los ingenieros industriales recuerdo a los hermanos Armando y Avelino Arriola, los Carretero, padre e hijo, los hermanos Carrilero, Ángel de Gregorio Nieto, Fidel Moncada, Rafael Pastor, Luis Eced y otros cuyos nombres siento no hayan permanecido en mi memoria. Los arquitectos Lacasa, Sánchez Arcas y Vicente Eced, el artillero Alonso, el torrero de faros Sánchez Elorza, los ayudantes de obras públicas Gonzalo de Ulloa Jalvo, llamado familiarmente *el comendador*, que luego fue presidente del sindicato, Martínez Palacios, Ángel Práxedes, Sol Poblete y otros muchos concurrían también a estas tertulias.

Finalmente asistía un grupo numeroso de topógrafos entre los que figuraban los hermanos Barco, Cerro, Yebra, Carro, Egido, Cespí, Manzanet, Claudín, etc., que actuaron muy activamente, unos en cartografía y otros formando parte del Grupo de Información de Artillería que se constituyó más adelante bajo el mando de Armero.

Asimismo varios topógrafos trabajaron en el replanteo de las minas que se perforaron para atacar el Alcázar de Toledo y siempre recordaré la noche del

27 de septiembre en que uno de ellos regresó derrengado, cubierto de polvo, diciéndonos que Toledo había caído.

Naturalmente, entre tanta gente y en época tan movida, se comentaron una infinidad de sucesos y anécdotas, de las que relataré algunas de las que han quedado más grabadas en mi recuerdo. Un buen día apareció por el sindicato Ángel de G. Nieto, acompañado de su esposa, ambos cargados de maletas; acababa de destrozarse el piso una granada de artillería y no tenían de momento donde alojarse. Rápidamente se les habilitó una yacija, tras los cajones de carne polaca, y allí vivieron unos cuantos días, hasta que encontraron mejor acomodo.

Con este motivo se comentó la odisea de uno de los topógrafos a quien también le ocurrió recibir en su domicilio la visita de un obús del 15,5, con la suerte de que éste no estalló. Despabilados por el ruido vieron el agujero en el muro pero no encontraron el causante hasta que, tras mucho buscar, vieron la ojiva del pepino que asomaba por debajo de una cama; entre él y uno de sus hermanos cogieron el proyectil con mil precauciones, lo cargaron en el automóvil y se presentaron con él en la comisaría más próxima. Los guardias, enterados del extraño huésped que pretendían encajarles, les echaron con cajas destempladas; continuaron dirigiéndose a varios centros oficiales y en todas partes los expulsaban de mala manera, pues nadie quería hacerse cargo de tan mortífero cargamento, hasta que, por fin, alguien les informó de que debían dirigirse a la Maestranza de Artillería en la calle del Pacífico. Al llegar allí encontraron un cachazudo sargento que, con la mayor indiferencia, abrazó el proyectil contra su abultado vientre y lo arrojó despectivamente a un regular montón que ya tenía, exclamando «¡uno más!»

A los pocos días del comienzo del Movimiento el número de afiliados ascendió rápidamente a más de un millar, como antes dije, la mayor parte venía por obtener un carné sindical que les sirviese de garantía; era pues preciso organizar la protección de estos nuevos afiliados. De ello se encargó el torrero Sánchez Elorza a cuya disposición se puso un coche conducido por uno de los hermanos Barco. En cuanto se recibía noticia de que había sido detenido algún miembro del sindicato, el buen Sánchez que, con sus gafas de gruesos cristales, su gran pistolón del nueve largo en bandolera, su cazadora de cuero marrón y su inseparable boina, tenía un aspecto de revolucionario impresionante; se desplazaba rápidamente en el vehículo de Barco que, aullando con su bocina, ondeante la roja enseña de la UGT, llegaba al centro donde se había efectuado la detención y, de no haber pruebas concluyentes en su contra, exigía la libertad del detenido en nombre del sindicato. Muchos son los que le deben haberse ahorrado muchas horas de inquietud, si no algo peor.

Cuando, transcurridas unas semanas, comenzaron a escasear los combustibles en los mercados y tiendas, los sindicatos comenzaron a recibir víveres para sus afiliados; se organizó un economato, del que como antes dije se hizo

cargo Mesto, y cada 15 ó 20 días se hacía un reparto de existencias a los socios. No era una solución pero sí una ayuda apreciable y lo fue aún más cuando, asediado Madrid, las comunicaciones con el resto de la zona se hicieron más y más difíciles.

Los nuevos afiliados que poseían algún arma y temían tener un disgusto si se la encontraban en su casa, se apresuraron a traerla al sindicato. Reunimos allí un verdadero arsenal en el que junto a pistolas automáticas modernas — *Astra*, *Star*, *FN*, algunas *Parabellum* o *Máuser* con culatín, una *Campogiro*, varias *Bergmann*— había también revólveres *Colt* del 38 y del 45, un *avispero*— primitivo revólver de seis cañones— y, como pieza de museo, una pareja de pistolas de duelo con cachas de nácar y primorosamente cinceladas, con su estuche de cuero que contenía todos los accesorios: pólvora, balines, fulminantes, etc. ¡Una verdadera maravilla!

Cuando la Sociedad de Naciones tomó el acuerdo de *No Intervención*, ante los resultados de esta medida, Paco Durán propugnaba rodar una película de propaganda en la que se mostrase el paralelismo de nuestra guerra con la guerra de Troya pues, como se recordará, *La Ilíada* comienza con una reunión solemne de los dioses que se comprometen formalmente a no intervenir en el conflicto, a pesar de lo cual inmediatamente comienzan a ayudar a helenos o a teucros según sus simpatías. Desgraciadamente esta idea no llegó a llevarse a cabo.

Cuando Romero Gil regresó después de haber dejado terminadas las fortificaciones de La Cabrera, fue enviado a fortificar Talavera de la Reina y debió de hacerlo muy bien ya que cuando los nacionales ocuparon dicha plaza el 3 de septiembre, su prensa publicó a los cuatro vientos que habían encontrado allí unas fortificaciones tan perfectas que demostraban, por su estilo, que habían sido dirigidas por oficiales franceses y checos.

Algunos días después se le ordenó marchar con su flamante Batallón de Obras y Fortificaciones a fortificar Maqueda, donde ocurrió un gracioso incidente. Guarnecía esta plaza un batallón reclutado entre los horteras madrileños que ostentaba el pomposo título de *Los Leones Rojos* y el 22 de septiembre, en el momento en que llegaba Romero Gil con sus hombres, reinaba en el pueblo la mayor confusión pues corrían voces de que atacaba la caballería mora, que fue el *coco* durante toda la retirada de las fuerzas milicianas desde Mérida hasta Madrid. Los milicianos trepaban atropelladamente a sus camiones preguntando a gritos «¿queda algún león?». Romero Gil no se inmutó, subió al castillo provisto de unos prismáticos y oteó el horizonte, no se vislumbraba indicio alguno de ataque enemigo por lo que regresó al pueblo, equipó de punta en blanco a su gente, con monos, botas, gorros, cantimploras y demás efectos que encontró en un bien surtido almacén abandonado por los *Leones* en su precipitada huida, y emprendió tranquilamente a pie la retirada hacia su base de partida, ya que de nada hubiesen servido las fortificaciones

sin fuerzas que las defendiesen, puesto que sus hombres sólo disponían de picos y palas.

El episodio, aparte de su gracia, es interesante por ser característico de aquella larga retirada y mostrar la eficacia de la guerra psicológica. Unidades que mostraron luego un denodado valor en la defensa de Madrid huían como conejos ante fantasmas tales como la legendaria *caballería mora* de cuya verdadera eficacia militar y trágico fin hablaremos más adelante.

Por aquellos días se presentó en el sindicato mi compañero de promoción José Hierro que estaba destinado en la Diputación de Segovia y había sido sorprendido por el alzamiento en Madrid, adonde vino a pasar el fin de semana con su mujer, encantadora aunque de origen humilde, con la que se había casado en secreto para evitar la oposición de su acaudalada familia. Se había presentado en el Ministerio de Obras Públicas pero, precisamente a causa de lo destacado de su familia, encontró dificultades para obtener un cargo; como me constaba, por lo que antes he dicho, que por el contrario era hombre de espíritu francamente liberal le propuse alistarse como oficial en uno de los Batallones de Obras y Fortificaciones o en alguna de las nuevas Compañías de Carreteras que se estaban formando y para las cuales, era el sindicato quien proponía la oficialidad. Le pareció bien la proposición y entonces le puse en contacto con Paco Durán y se hicieron grandes amigos; más adelante los volveremos a encontrar en el curso de esta narración.

Otros dos compañeros que vagaban también como almas en pena por los pasillos del sindicato eran Bolinaga y Zaldúa. El primero se dedicaba a contratista y naturalmente se había quedado sin contratos, era un vasco robusto, tremendamente eficaz; Zaldúa también era de origen vasco pero del tipo despistado, de lo que veremos más adelante pruebas bien palpables, y creo que este despiste era la causa de encontrarse sin empleo. De pronto se me presentó ocasión de encajar a los dos; recibimos en el sindicato una llamada del entonces Ministro de Obras Públicas, Julio Just, un valenciano que, como casi todos los políticos de entonces, quería jugar a militar; se había recibido una petición del General Asensio solicitando que se fortificase con urgencia una línea entre Villaluenga y Villaseca de la Sagra y el Ministro deseaba que el sindicato le enviase técnicos que se encargasen de dirigir esta tarea. Me presenté en el Ministerio donde el Ministro me dijo que al día siguiente debía presentarme en Yuncos y me puso en contacto con Miñana, Director General; le dije a éste que disponía de dos ingenieros de caminos que, una vez puestos de acuerdo con el capitán de Ingenieros que nos esperaba en Yuncos, podían dirigir el trabajo, pero que necesitaba personal obrero; Miñana me respondió que precisamente por eso nos habían llamado, pues creían que a un sindicato de la UGT le sería más fácil solicitarlo de los restantes. Le dije que necesitaba un coche y me prometió tenerlo a mi disposición en la madrugada del día siguiente. Regresé al sindicato, localicé a Bolinaga y Zaldúa que se mostraron

conformes, e iniciamos las gestiones para encontrar personal; llamamos en vano a varios sindicatos de la UGT pero todos dieron pretextos para no facilitarlo. Por fin, alguien recordó que el 5º Regimiento estaba formando unas Compañías de Fortificación; telefoneamos y en efecto, con la eficacia que siempre mostró esta unidad, puso a nuestra disposición 200 hombres y los camiones precisos para su transporte.

Al rayar el siguiente día, nos presentamos los tres en el Ministerio de Obras Públicas, que entonces estaba en el magnífico edificio que hay frente a la estación de Atocha, y preguntamos por el coche. En cuanto nos lo echamos a la cara pudimos apreciar el humorismo de Miñana que nos había designado un coche magnífico, procedente de requisa, pero que nadie en el Ministerio se atrevía a utilizar; era un Rolls-Royce, propiedad de un aristócrata, de un modelo llamativo: mientras el conductor o *chauffeur* como se le llamaba entonces iba a la intemperie, la parte posterior era descapotable. Por si esto fuera poco el conductor, que había sido requisado con el vehículo, era un negro, lo que en aquel entonces era el colmo de la elegancia.

Aventurarse con aquel automóvil tan *chic* por entre las turbas callejeras armadas requería de valor a toda prueba. Afortunadamente pronto salimos de Madrid y emprendimos la ruta de Toledo; el conductor negro, Juanito, resultó ser la mar de simpático y el viaje en aquel maravilloso coche era un placer para nosotros, entusiastas del automovilismo.

Sin novedad llegamos a Yuncos y, tras un rato de espera, apareció el oficial de ingenieros, Antonio Espinar, andaluz moreno y dicharachero, que se dispuso a acompañarnos.

En este momento apareció corriendo un miliciano, gordo y bien cebado, dando gritos de «que viene la aviación» que habrían sembrado el pánico entre otros milicianos que allí había de no ser por la serenidad de Espinar que le paró los pies, le llamó cobarde y le dijo que, antes de gritar, había que cerciorarse de lo que en realidad ocurría.

Por fortuna se trataba de la menguada *gloriosa*, que así es como designábamos a la aviación republicana, en contraste con la *poderosa*, calificativo aplicado a la nacional; estas dos palabras muestran por sí solas la correlación de fuerzas aéreas. En aquellos días la desproporción no era aún tan grande, sin embargo, como llegó a ser más adelante; la media docena de cazas triplanos, junto a dos *Douglas* comerciales de la LAPE, regresaban de efectuar un *raid* sobre las líneas enemigas, más que nada para elevar un poco la moral de las fuerzas republicanas que, a las ordenes del Coronel Mena, resistían en Olías del Rey.

Nos trasladamos seguidamente a la fábrica de cementos Asland en Villanueva de la Sagra; en lo alto del cerrete que constituye la cantera de caliza estaban emplazados dos cañones del 7,5. Esta media batería podía batir eficazmente toda la amplia llanura que ante ella se extendía hasta más allá de

Mocejón y Magán y la línea de fortificaciones que ahora se pretendía construir debía servir para albergar a las fuerzas de infantería que debían proteger dichos cañones de la amenaza de un movimiento envolvente por el lado de Villaseca. Una vez vista la ubicación más adecuada para las trincheras en aquel paraje, fuimos a campo traviesa hasta Villaseca para ir señalando los puntos a fortificar, mientras el coche fue dando un rodeo para esperarnos en el mencionado pueblo.

Cuando llegamos a él nos encontramos con que la población civil lo había evacuado, a excepción del Comité que, como el capitán de un buque, no quería abandonar hasta el último momento la nave en trance de naufragio. Con filosofía aldeana, habían deseado pasar lo mejor posible estas últimas horas en el pueblo y, previa la precaución de dejar en las afueras a un vigía provisto de catalejo, se habían reunido en la Casa Consistorial donde estaban asando sus últimos pollos y conejos para darse un festín. Nos invitaron a compartir su yantar lo que aceptamos gustosos, pues eran las dos de la tarde y el paseo nos había abierto el apetito.

Cuando más a gusto estábamos, engullendo aquellas tajadas succulentas, llegó corriendo el vigía diciendo que se aproximaba la caballería mora. Le pedimos el catalejo y salimos a ver lo que ocurría; vimos entre Mocejón y Magán una espesa nube de polvo, pero Espinar nos hizo observar que en ella no se vislumbraba ningún brillo metálico, lo que hubiese sido muy extraño de tratarse de una fuerza de caballería.

En vista de ello, decidimos esperar un rato hasta poder apreciar de qué se trataba. Poco después tuvimos la explicación; los vecinos de Mocejón habían decidido también evacuar y se llevaban por delante a todos sus mulos que eran los que habían armado aquella polvareda.

Una vez tranquilizados proseguimos el banquete y, terminado éste, regresé a Madrid dejando allí a Bolinaga y Zaldúa en espera de los camiones que tenían que llenar con los hombres del 5º Regimiento. Éstos llegaron puntualmente y las trincheras fueron excavadas pero, no sé por qué causa, los cañones fueron retirados y las trincheras no llegaron a ser guarnecidas por lo que resultó inútil aquella magnífica posición que, bien defendida, hubiese podido dificultar considerablemente el avance de las fuerzas nacionales sobre Madrid.

Pocos días después, orientados por otro oficial de ingenieros llamado Fraile, estuvimos Bolinaga, Zaldúa y yo estudiando la forma de fortificar el barrio de Entrevías, pues se barruntaba el inminente asalto a Madrid. Después Bolinaga y Zaldúa quedaron incorporados al Ejército donde ambos alcanzaron más tarde la asimilación de Teniente Coronel.

Al acercarse el enemigo a Madrid, comenzaron los bombardeos aéreos sobre la Capital para minar la moral de ésta. Solamente se respetó el barrio de Salamanca; en cambio un día se castigó duramente la zona de las calles de

Fuencarral y Corredera Baja; otro día le toco el turno a Cascorro donde recuerdo un edificio que quedó cortado de arriba abajo, con todos los enseres intactos en la parte que quedó en pie, de tal guisa que semejaba una casa de muñecas gigantesca.

En otra ocasión, una bomba de gran potencia destrozó totalmente la iglesia de San Sebastián y otra cayó en la calle inmediata, abriendo un cráter de más de cuatro metros de diámetro y rompiendo la tubería de la conducción de aguas, reparación a la que tuvimos que acudir con urgencia. Por fortuna esta reparación fue fácil, rápida y exenta de riesgo. No así la de la avería que unos días después se produjo en la arteria de la calle de Carretas, que es una tubería de fundición de 90 centímetros de diámetro, alojada en una galería de ladrillo; una bomba análoga a la anterior hizo que la solera de la galería se hundiese quedando tres de los tubos de fundición completamente en el aire, sostenidos solamente por los manguitos de plomo que hacen cierre entre el enchufe y el cordón; aquello se sostenía por un verdadero milagro y no se podía pensar en cortar el agua en la arteria pues ésta era una operación que requería por lo menos dos horas. Había que calzar inmediatamente los soportes de la tubería, con el riesgo de que, si ésta se rompía, se produjera la inundación inmediata de la galería con grave peligro para el personal, pues el pozo de bajada más próximo se encontraba a más de cien metros de distancia.

Consciente de la responsabilidad que asumía, estuve todo el tiempo que duró la operación acompañando a los obreros que hubieron de efectuarla y conmigo estuvo el Ayudante de Obras Públicas don José López Cuesta a quien rindo aquí tributo de admiración.

Estas incursiones aéreas, si bien no lograron doblegar la moral del pueblo de Madrid, constituían una preocupación constante ante la amenaza de los trimotores *Junkers*, las *pavas* los llamaban los castizos, que sin nada eficaz que se les opusiese pasaban, volando lentamente a baja altura, derramando su mortífera carga. Por eso fue inenarrable el júbilo con que la población madrileña acogió, un día a finales de octubre, la aparición en el cielo de una docena de pequeños biplanos de caza, primer envío de la Unión Soviética, que se lanzaron en piruetas acrobáticas contra la manada de las *pavas* y en un santiamén las pusieron en fuga. El gracejo madrileño inmediatamente inventó un sobrenombre para los nuevos aparatos y por todas partes se oía «¡Olé los chatos!» Y con el apodo de *los chatos* quedaron en toda la zona republicana. Por su parte los nacionales los bautizaron con el nombre de *los ratas*; sirva esto de explicación para cotejar con algún relato de aquella procedencia.

- Capítulo VIII -

EL 7 DE NOVIEMBRE

Un buen día estaba en Molinero, tomando lo que entonces pasaba por un café, con don Antonio Velao y con mi padre, cuando Velao nos dio la noticia de que el enemigo había llegado a Getafe y que el Gobierno estaba considerando la posibilidad de trasladarse a Valencia. Efectivamente al día siguiente se hizo público que el Gobierno había marchado y que se había constituido una Junta de Defensa de Madrid, presidida por el General Miaja, en la que tenían representación todos los partidos políticos y organizaciones que apoyaban al Gobierno de la República. Miaja instaló su cuartel general en los sótanos del Ministerio de Hacienda, recintos abovedados que constituían un buen refugio antiaéreo; colaboraba con él el General Cardenal, vejete simpático que conservaba el humor en los peores momentos, y ambos se dispusieron a organizar la defensa de Madrid ya que la Junta, disintiendo de la opinión del Gobierno había decidido la resistencia a ultranza.

Mucho se ha discutido sobre si fue o no un acierto la decisión de defender Madrid. Opinan algunos que ello obligó a dejar inmovilizada la mayor parte de las fuerzas de la República con las cuales, de no tener este cometido, habrían podido formar un potente ejército de maniobra que hubiese dado mucho que hacer al enemigo. Es indudable que las experiencias de la II Guerra Mundial han venido a confirmar este punto de vista pero, en aquel entonces, estábamos influidos por el modelo de la guerra del 14, hasta el punto de que una de las consignas era «Resistir es vencer»; solamente mucho más tarde el genio militar de Vicente Rojo vino a mostrar la eficacia del ejército de maniobra y la importancia de no perder la iniciativa en ningún momento. Sin embargo, es indudable que, en aquellos momentos, la caída de Madrid hubiese sido un desastre desde el punto de vista político y habría acabado de derrumbar la moral de las fuerzas que venían retirándose desde Extremadura; por ello creo que fue un acierto la decisión de resistir a toda costa, aunque fue en cambio un error persistir en ella más tarde, pues una vez que se había mostra-



Soldados de la República guardando el famoso Puente de los Franceses.

do al mundo que Madrid era capaz de resistir y aun de infligir un duro castigo a aquellas tropas que venían desde Extremadura cosechando una serie de triunfos en Mérida, Talavera, Maqueda, Toledo, etc.; destruyendo la leyenda de invencibles de que venían precedidas, era llegado el momento de trasladar a Levante a todos los hombres en edad militar, a todos los obreros especializados, a todas las personas comprometidas políticamente, procediendo finalmente a organizar la evacuación de las fuerzas militares, previa retirada en buen orden de las que defendían los accesos por el Norte, que eran en su mayor parte tropas veteranas de la mejor calidad.

De esta forma, se habría traspasado al enemigo el grave problema de alimentar el millón de bocas improductivas que en Madrid quedaron, en gran parte simpatizantes con los nacionales y, en parte mucho mayor formada por *apolíticos*, eufemismo con que siempre se ha designado en nuestro país al conjunto de pancistas, mangantes, chaqueteros y demás egoístas de mal vivir que, si en tiempo de paz son difícilmente tolerados, en tiempo de guerra, cuando tantos y tantos compatriotas daban en uno u otro bando ejemplos de abnegación y heroísmo, no merecían ni el pan que se llevaban a la boca.

El 6 de noviembre las tropas nacionales ocuparon Carabanchel y Villaverde planteándose ya de cara el problema de defender Madrid, para lo que se contaba con mucha gente bisoña, mucho entusiasmo y muy pocos medios. Contaré lo que vi u oí en aquellos días para dar una idea del ambiente que reinaba en el Foro, como llaman los castizos madrileños a su patria chica.

La radio no cesaba de lanzar al éter llamamientos para que los afiliados a los diferentes sindicatos se personasen con toda urgencia en los locales de los mismos a fin de recibir armas e instrucciones. Todo esto no era más que una *guerra psicológica* para que el enemigo creyese que iba a encontrar una fuerte resistencia, pues armas había pocas, municiones ninguna y en cuanto a las instrucciones no había muchas que dar en tales circunstancias.

En lo que respecta al Sindicato Nacional de Arquitectura e Ingeniería cursó el día 6, por correo, una citación a sus afiliados para que se concentrasen en el local del Banco de Vizcaya, a la que respondieron nada más que los incondicionales, que eran poco más o menos los que cité en su momento, a excepción de los que ya estaban encuadrados en unidades militares, los restantes, con uno u otro pretexto no aparecieron por allí.

Los congregados hacíamos de tripas corazón, para aparentar serenidad, pues bien sabíamos que aquella noche se jugaba el destino de Madrid, nos repartimos las armas, más o menos de museo, que había en depósito en la Secretaría y esperamos los acontecimientos comentando la situación.

Manzanet, que estaba en el servicio de cartografía con Miaja, contó la conversación telefónica mantenida por éste, sentado a la mesa frente a Cardenal, con el responsable de un sector de Villaverde: «Hay que resistir a toda costa» — decía Miaja, «No tenemos municiones» — contestaba el otro; «Armado

las bayonetas» —insistía Miaja, «Es que tampoco tenemos bayonetas». Ésas eran las condiciones en que había que resistir la embestida de unas columnas que venían embriagadas de triunfo.

No sé cómo se habló de Molero y alguien contó sus actividades durante el día. Había hecho cargar sobre las camionetas del Canal los tubos más gordos que encontró en los almacenes que, tapados artísticamente con lonas, simulaban cañones de grueso calibre u otras temibles máquinas infernales y se dedicó a recorrer con ellos las calles, en todas direcciones, para dar la sensación de un abundante y potente material de guerra, con el doble objeto de levantar la moral de las fuerzas propias y, al mismo tiempo, de impresionar a los numerosos agentes del espionaje enemigo y contribuir así a crear la imagen de que iban a encontrar una considerable resistencia.

De pronto llegaron al sindicato unas cajas de bombas de mano; las abrimos presurosos para ver de qué se trataba y encontramos unos artefactos de fabricación casera consistentes en trozos de tubo de calefacción, de unos 20 centímetros, en los que se habían torneado unas estrías para que rompiesen más fácilmente, rellenos de dinamita y provistos de un trocito de mecha de unos 5 centímetros para que estallasen pronto.

Se me puso la carne de gallina al pensar que con tan primitivas armas y unos cuantos revólveres viejos hubiésemos de enfrentarnos con las aguerridas y perfectamente armadas tropas del enemigo si éstas llegaban a penetrar hasta el centro de la capital.

Por fortuna, los nacionales pecaron de prudentes; aquella noche un tabor de regulares llegó hasta la plaza de Legazpi pero, al encontrar ante sí la ciudad enorme, oscura, silenciosa, amenazadora y enigmática optó por retirarse y esperar el alba para atacar con mayores garantías.

También se infiltraron las fuerzas enemigas en la Ciudad Universitaria llegando hasta el Hospital Clínico, e incluso algunos moros atrevidos se aventuraron hasta la calle de Alberto Aguilera, donde uno de ellos se desorientó y fue a refugiarse en un portal donde el valiente portero, enardecido por la voluntad de resistencia que entonces rezumaba Madrid, entabló con él una terrible lucha cuerpo a cuerpo y le dio muerte a navajazos. En el sindicato pasamos aquella noche retrepados en los butacones o tumbados por los rincones en interminable espera y tuve tiempo de recordar el curioso episodio de las troneras. Unos días antes, cuando los nacionales se aproximaban peligrosamente a Madrid, cierto jefe militar pidió al ministerio de Obras Públicas que le proporcionase unos marcos de madera que, colocados delante de las trincheras y recubiertos con sacos terreros, formaban unas aspilleras que permitían disparar con mayor sensación de seguridad. El Ministro, Julio Just, me llamó a su despacho y me encargó que buscase aserraderos capaces de cortar en un día toda la madera necesaria que debía ser llevada luego al patio trasero del Ministerio donde carpinteros, enviados por el sindicato de la madera, pro-

cederían a armar los marcos para remitirlos seguidamente a los frentes. Me entrevisté enseguida con Miñana y le expuse que necesitaba un coche para recorrer todos los talleres importantes del ramo y tratar de dar satisfacción al Sr. Ministro; comencé inmediatamente este recorrido y tropecé con la dificultad de que las dimensiones de los marcos, que figuraban en un croquis que me habían facilitado, requerían escuadras que no son corrientes en los pinos de Soria ni de Balsain, que eran los que había en existencia. Como no había tiempo de consultar si podían modificarse las dimensiones del croquis, me recorrí todo Madrid hasta encontrar un aserradero donde tenían algún resto de pinos del Norte, siempre más caros pero que podían valer, y en donde se presaron a dejar todo el trabajo en curso para realizar aquella labor urgentísima.

Quedé tan tranquilo por haber cumplido mi misión y cuál no sería mi sorpresa cuando, un par de días después, recibí un severo réspice porque el Excmo. Sr. Ministro había recibido la factura de la serrería y la había encontrado cara. ¡Sin comentarios!

Por fin llegó la aurora y, asomándonos a las ventanas vimos con júbilo y alivio filas interminables de carros militares, tirados por mulos y ostentando en ambos costados banderas tricolores, que subían lentamente por la calle de Alcalá hacia la Gran Vía. Era la impedimenta de la 1ª Brigada Mixta que, junto con la Brigada Internacional, había llegado aquella misma noche, procedente de Albacete, donde se habían organizado seis brigadas de este tipo, núcleo inicial para ir convirtiendo las milicias en un ejército regular y disciplinado.

Esta 1ª Brigada venía mandada por Líster y, en días sucesivos fueron llegando la 2ª (Martínez de Aragón), la 4ª (Arellano) y la 5ª (Sabio) que, unidas a las fuerzas milicianas mejor encuadradas como la columna Mangada, la columna Ortega y las unidades del 5º Regimiento, formaron el núcleo militar de la resistencia. En el 5º Regimiento se habían integrado los restos de las Compañías de Acero, a las que Luis de Tapia dedicó sus célebres versos: «Las Compañías de Acero cantando a la lucha van...» que las hicieron legendarias, por el valor mostrado en los primeros días de la contienda.

De este modo, esa noche se decidió el destino de Madrid: cuando, al día siguiente los nacionales pretendieron entrar por la Ciudad Universitaria tropezaron con la Brigada Internacional y cuando la legendaria caballería mora atacó, a galope tendido, en la Casa de Campo, fue recibida por las ametralladoras de la columna Mangada y se produjo el fenómeno natural en tal choque, que tan magistralmente describe Bernard Shaw en su comedia *Héroes*. En un solo día terminó la leyenda y casi la existencia física de la terrible caballería mora y, aquella misma tarde, en todos los bares de la capital, los milicianos presumían mostrando gummies arrebatadas a los moros y botellas de coñac de las que llevaban en el arzón.

- Capítulo IX -

EL SINDICATO DURANTE EL ASEDIO

Al convertirse Madrid en ciudad asediada se organizó en el sindicato una guardia permanente, durante el día estaba la directiva y por la noche quedaba un retén nocturno formado por cuatro afiliados de confianza que se turnaban, siendo siempre el mismo grupo para cada día de la semana.

De estos grupos, el que se hizo más célebre fue el llamado *la guardia de los miércoles*: lo formaban Vicente Eced, joven arquitecto ya célebre por ser obra suya el edificio Carrión que contra la costumbre imperante en aquel tiempo ostentaba un enorme bigote; Manzanet el topógrafo, gordo y majestuoso, que por su trabajo en cartografía era el que contaba más chismes del alto mando; el artillero Alonso, que nunca supimos claramente qué papel desempeñaba, y mi hermano Juan Bautista, que por entonces estaba dedicado a poner en funcionamiento el antiguo ferrocarril de vía estrecha Madrid-Fuencarral-Colmenar Viejo, llamado vulgarmente *la maquinilla*, que llevaba ya varios años fuera de uso.

Los componentes de esta guardia se habían comprometido a agenciarse, para su día de servicio, una botella de licor cada uno, lo que durante el asedio no era nada fácil y, en cuanto los restantes afiliados desfilaban hacia sus respectivos domicilios y les dejaban solos, comenzaban una partida de mus que duraba hasta que se agotaban las cuatro botellas disponibles, momento en el que se encontraban en la mejor disposición para descabezar un sueñecito, tumbados en los amplios sillones de que disponía el local, con lo que se les hacía cortísimo el tiempo que faltaba hasta que, al rayar el alba, los despertaba el personal de limpieza.

En cuanto a mí, me correspondió la *guardia de los martes*, de la que además formaban parte: Práxedes, el pelirrojo y rechonchete ayudante de Obras Públicas; Sánchez Elorza, el torrero de faros que, como antes relatamos, era una versión moderna de los frailes de La Merced y finalmente Cerro, topogra-

fo simpático y cordial que rezumaba bondad por todos sus poros. Sin llegar a los extremos orgiásticos de los miércoles, solíamos pasarlo bastante bien. Jugábamos nuestra partidita de tute, compartíamos luego las modestas viandas que cada cual había podido aportar para la cena, bebíamos lo que podíamos, escuchábamos luego alguna de las aventuras de Sánchez Elorza en su rescate de cautivos y finalmente nos tumbábamos en los confortables divanes para pasar la noche.

Aparte de estas guardias, los conspicuos nos reuníamos todas las tardes en el sindicato para cambiar impresiones sobre la marcha de las operaciones y escuchar las emisoras de la zona nacional, como ya antes hemos contado.

Una tarde llamaron por teléfono a Ordóñez desde la Casa de Socorro, diciendo que se había presentado allí un señor con síntomas de intoxicación y preguntando cuál era el contenido de una damajuana que había en el cuarto de aseo. La bombona contenía lejía y así se hizo saber. Hechas las pertinentes averiguaciones resultó que un afiliado, hombre chiquitín, barbudo, bigotudo, anticlerical de los del Motín y el Cencerro y sobre todo buen aficionado al mosto, estaba el pobre sediento de vino por las dificultades con que, a causa del asedio, se conseguía el precioso líquido; al ver en el sindicato una marraja no pensó otra cosa sino que perteneciese al economato y estuviese repleta de tintorro y sin encomendarse a Dios ni al Diablo (se lo prohibían sus principios) se atizó un buen trago. Como inmediatamente comenzó a sentir las molestias consiguientes, no atreviéndose a confesar su travesura, marchó rápidamente a la Casa de Socorro de donde, sometido a un lavado de estómago, pudo salir sin graves consecuencias.

Esta anécdota refleja en caricatura, la penuria que en alimentos y bebidas se padeció en Madrid durante más de dos años.

Fundamental para la marcha de los sindicatos de la UGT y su orientación por el partido socialista era la formación de los grupos sindicales; estaban éstos constituidos por los militantes y simpatizantes de dicho partido que, puestos de acuerdo para asistir a las asambleas y votar en masa, se llevaban siempre el gato al agua. En nuestro sindicato el gran muñidor era Ordóñez y nos invitó a los componentes de la guardia de los martes a incorporarnos al grupo sindical socialista; Práxedes y Sánchez Elorza se inscribieron, pero Cerro y yo después de meditarlo, decidimos afiliarnos al grupo de oposición sindical que agrupaba a todos los demás partidos políticos.

Como en las oficinas se había implantado la jornada intensiva para evitar los desplazamientos, siempre peligrosos por las granadas de artillería e incluso por las balas de fusil perdidas, teníamos las tardes libres.

Afortunadamente, por mi cargo, disponía de un pase del Metro y las horas que no pasaba en el sindicato las dedicaba a pasear en sus trenes de un extremo a otro de Madrid. De este modo pasaba el tiempo en un refugio seguro, distraído, contemplando los tipos humanos que por allí desfilaban, que eran

pintorescos tanto por su carácter como por su indumentaria. Recuerdo el caso de una señora y su hija de unos veinte años, ambas miserablemente vestidas, como las circunstancias aconsejaban, pero que a la larga olían a *gente bien*. Se detuvo el tren en la estación que hoy se llama de General Mola pero que en aquel entonces ostentaba el nombre de Príncipe de Vergara, en recuerdo del General Espartero, y la joven exclamó: «Mamá, Príncipe de Vergara», pero la madre, a quien aquello de príncipe debió sonarle acusadoramente aristocrático, aprovechando que los rótulos de la estación estaban abreviados, se apresuró a reprenderla diciendo «Pe de Vergara, niña, pe de Vergara». Casi caí muerto de risa.

Con la llegada de los nacionales a las puertas de Madrid cambió totalmente la fisonomía de la población; se hizo más seria, más consciente, más decidida. Los arribistas y aventureros marcharon en su mayor parte tras el Gobierno, se acabaron las parrandas callejeras, los asaltos domiciliarios y la mayor parte de los *paseos*; la autoridad de la Junta de Defensa fue imponiéndose y las personas que quedaron fueron acoplándose a diversos cometidos: los ingenieros industriales pasaron casi todos a la Subsecretaría de Armamento, Fidel Moncada pasó a dirigir la Siderúrgica del Mediterráneo en Sagunto, Pastor a un taller de montaje y reparación de carros blindados en Alcalá de Henares. Los topógrafos se incorporaron en su mayoría al grupo de información de artillería que como dijimos había formado Armero, al que se unieron también muchos estudiantes de Ciencias y Arquitectura, como Pipaón, Bello, Flores y otros, muchos de los cuales llegaron luego a mandar unidades. La principal misión de este grupo era la localización de las piezas enemigas que hacían fuego sobre Madrid, tarea que se llevaba a cabo por sus equipos ópticos y acústicos. El óptico dispuso una serie de observatorios en los edificios más altos de la capital, de los cuales el más importante estaba instalado en la azotea de la Telefónica, que era por aquel entonces el edificio más descollante; había otros en lo alto de la torre de Santa Cruz y demás puntos destacados. En cada observatorio se había emplazado un teodolito de los que se habían requisado en diversos organismos y, enlazados por teléfono, dos de los observadores podían determinar los respectivos azimutes de una pieza y localizarla en el plano por intersección de las rectas correspondientes.

Más sofisticado era el método acústico para el que se instalaron micrófonos en lugares convenientes, enlazados todos ellos con la estación central que fue situada en los sótanos de la Telefónica. La diferencia entre los tiempos que tardaba una detonación en ser acusada por dos de los micrófonos permitía dibujar en el plano una hipérbola en la que había de encontrarse la pieza; como existían muchos micrófonos podían trazarse varias hipérbolas cuya intersección señalaba inexorablemente la ubicación del cañón enemigo, permitiendo así el oportuno fuego de contrabatería. El principio del mé-

todo es sencillo pero es preciso disponer de micrófonos adecuados y de un aparato capaz de medir las diferencias de tiempo en centésimas de segundo. Como por el acuerdo de *no intervención* no se podía adquirir ningún material de guerra, todo hubo de improvisarse: se requisaron micrófonos de los que usaba en aquella época la industria del cine y se cambiaron las membranas, para las cuales hubo que investigar cuál era el material más conveniente para reproducir las vibraciones de muy baja frecuencia producidas por el disparo de cañón; paradójicamente se encontró que lo mejor era una lámina finísima de plomo. Más difícil era conseguir un oscilógrafo de bucle que, a la altura a que se encontraba la electrónica, era el aparato más adecuado para la representación gráfica de las ondas explosivas y medida sobre ella de los tiempos. Afortunadamente pudo encontrarse en una clínica un electrocardiógrafo, instrumento muy similar, que se trasladó a la Telefónica quedando así completo el equipo acústico que prestó los señalados servicios.

Enterado sin duda el enemigo de estas actividades en el señero edificio de la Telefónica lo eligió como blanco predilecto de su artillería, hasta tal punto que el gracejo madrileño lo bautizó con el nombre de *el chito*. Como las piezas disparaban desde el Oeste, las granadas que no hacían blanco en el chito iban a caer en la plaza vieja de Bilbao (hoy de Vázquez de Mella) que recibió inmediatamente el remoquete de *el guá*.

La Compañía Telefónica Nacional de España, a pesar de su denominación, era propiedad de una empresa norteamericana a la que no hizo ninguna gracia el bonito juego del *chito* y el *guá*. Se produjo la correspondiente reclamación diplomática y el Gobierno se comprometió a indemnizar a la Compañía por todos los daños que se originasen en el edificio y, para llevar cuenta detallada de ellos, designó al comandante de ingenieros Don Antonio Valencia, que instaló su despacho en la propia Telefónica y diariamente señalaba en los planos del inmueble los boquetes que en él iban abriendo los *pepinos* y redactaba un informe en el que se detallaba cuidadosamente su forma y dimensiones; se hizo amigo de los del sindicato y, por las tardes, venía un rato de tertulia al local del Banco de Vizcaya.

Concurría con regularidad a esta tertulia un topógrafo de edad madura a quien llamábamos el *superviviente*; este señor estaba destinado en Ávila al estallar la guerra y, por ser conocidas sus ideas izquierdistas, fue detenido por un grupo de falangistas e iba a ser fusilado; cuando le trasladaban en automóvil a las afueras, para darle el paseo, se arrojó del coche rodando por un terraplén y, aprovechando la oscuridad de la noche, se internó en la maleza. Como por su profesión era gran conocedor del terreno, pudo atravesar las líneas y llegar hasta Madrid a pie, completamente extenuado, presentándose en el sindicato donde fue recibido con la alegría que era de suponer.

Triste fue la noticia de la muerte de Carretero hijo; este valiente muchacho, recién terminada la carrera de ingeniero industrial, se había incorporado

a las milicias y, cuando realizaba una misión de enlace en el Parque del Oeste, su vehículo fue alcanzado por una granada de artillería que lo destruyó. Poco después murió, también en acción de guerra el topógrafo Carro.

Una tarde, al llegar al edificio del Banco de Vizcaya, encontré la puerta del sindicato cerrada. Extrañado pulsé el timbre y, al abrirse la puerta, me encontré con las bocas de cuatro fusiles apuntándome; unos cuantos afiliados se encontraban de cara a la pared amenazados por media docena de milicianos, con aspecto de facinerosos y pañuelos rojinegros al cuello. Me di cuenta de lo ocurrido: el edificio del Círculo de Bellas Artes, situado enfrente, estaba ocupado por la CNT, salvo la torre en la que el Ejército había emplazado una ametralladora antiaérea Skoda. A los confederales habíales resultado sospechosa aquella tertulia que podían observar desde sus ventanas y no habían discurrido cosa mejor que enviar a aquellos jayanes para que nos llevasen detenidos a la «checa» que tenían instalada, para decidir allí si nos daban el *paseo*.

Afortunadamente el secretario Ordóñez, que como antes dijimos era hombre decidido y enérgico, no perdió la cabeza; en cuanto se dio cuenta de lo que ocurría se encerró en su despacho y, antes de que los invasores pensasen en forzar la puerta, consiguió telefonar a Valentí, que mandaba una de las brigadas de seguridad de la UGT.

Pocos momentos después irrumpía en el local una veintena de hombres, armados con metralletas, a cuyo frente venía García, un veterano comunista primo lejano de Pilar, a quien pocos días antes había tenido ocasión de conocer con motivo de la detención de su hermano Emilio Stihl que, por haber ostentado la nacionalidad alemana hasta poco antes de la guerra, había resultado sospechoso; hube de buscar por ello el apoyo de los hermanos García para poder probar su inocencia ante el Tribunal Popular, como por fin logramos.

En un instante se invirtió la situación: los cenetistas fueron desarmados y García pidió a Ordóñez instrucciones sobre lo que debía hacer con ellos, pero Ordóñez se sintió generoso y dijo que los dejaran volver a Bellas Artes. Con esta prudente decisión se zanjaron las diferencias entre ambos edificios y no volvieron a suscitarse incidentes.

Ocasionalmente visitaba el sindicato un teniente coronel profesional, apellidado Lafuente, que estaba un tanto majareta. Un día se le ocurrió dar un susto a los nacionales que operaban en Somosierra, cuya posición principal era el cerro de Piñuécar; nuestro amigo consiguió una pieza de montaña y los mulos para su transporte y, sin infantería que le protegiera, llegó hasta la Puebla de la Sierra y emplazando el cañón en una altura próxima para aprovechar la ventaja que le daba una mayor cota, comenzó a disparar sobre el cerro de Piñuécar; claro es que a la media hora se le acabaron los proyectiles que había podido acarrear y hubo de emprender velozmente el regreso antes de que el enemigo que, efectivamente, en un principio había quedado perplejo ante aquel inesperado bombardeo pudiese reaccionar, localizarle y darle el

CAPÍTULO IX. EL SINDICATO DURANTE EL ASEDIO

consiguiente disgusto. Es una muestra más de cómo era la guerra en su principio cuando cada cual la hacía un poco por su cuenta.

- Capítulo X -

EL CANAL DURANTE EL ASEDIO

Al comenzar el asedio de Madrid, las oficinas del Canal situadas en la calle de Santa Engracia (luego Joaquín García Morato) quedaron expuestas a gran peligro pues, ocupado el Hospital Clínico por los nacionales, las balas disparadas desde allí venían a lo largo de la calle de Cea Bermúdez, a atravesar, silbando ominosamente, los jardines que rodeaban el edificio.

No es que fuera cosa nueva para el personal del Canal escuchar el silbido de las balas, pues desde que estalló el *movimiento*, sus jardines habían sido objetivo preferente de los numerosos *pacos* que proliferaron en los primeros días; pero hasta entonces el peligro era escaso.

Prueba de ello era la aparente serenidad con que el sargento de carabineros de la guardia permanente que al mando de un teniente había sido asignada al Canal, salía a pasear por el jardín cuando había *hule*, según decía el, para tratar de localizar a los que disparaban. Sin embargo, dado el trato que recibió después de la guerra, más bien me inclino a creer que estaba de acuerdo con los *pacos* y se exhibía, sin riesgo alguno, para crearse así una aureola de héroe.

El Director del Canal era don Eduardo Fungairiño, ingeniero afamado, autor de la primera canalización del Manzanares y del célebre taquímetro autorreductor Mendizábal-Fungairiño, pesadilla de los estudiantes de topografía pocos años antes. Era hombre muy católico, lo que en aquel tiempo, aunque ahora parezca raro, era sinónimo de derechista a machamartillo, pero era al mismo tiempo de carácter blando, incapaz de negar nada a nadie, y esta debilidad, que en tiempos normales le hubiese llevado al fracaso debido a la multitud de intereses que siempre han girado en torno al Canal, fue entonces su salvación: a los pocos días de comenzada la guerra fue declarado cesante por desafecto al régimen, lo que le hubiera dejado en posición muy peligrosa en aquel Madrid, donde abundaban los *paseos*, pero en cuanto se enteraron los obreros, a los que nunca había sido capaz de negar nada, se reunieron en asamblea conjunta UGT y CNT y acordaron ir a buscarle a su casa para traerle *sobre el pavés* repo-

niéndole en su cargo, saltando sobre la autoridad del Ministro. Hasta tal punto había llegado la dejación de atribuciones de la autoridad civil. Más adelante veremos otras muestras de estas indecisiones ministeriales.

Había en el Canal tres ingenieros auxiliares con quienes me unían lazos de compañerismo y amistad. Uno de ellos, Sánchez Ocaña, fue también declarado cesante por considerársele *lerrouxista*; su situación era muy delicada, como antes hemos expuesto. Paradójicamente era el más democrata y campechano de los ingenieros de la empresa; con mucha frecuencia jugábamos partidas de bolos con los mecánicos de la elevadora así como con otros obreros aficionados a este deporte, y si se había hecho socio del Círculo Radical era solamente porque allí se jugaba al tresillo, distracción a la que era muy aficionado. Cuando se puso en contacto con los dirigentes de la UGT para exponerles su caso, no quisieron saber nada; en vista de ello un buen día me consultó y yo, que tan bien le conocía y tanto le apreciaba, le aconsejé que se dirigiese a los obreros que militaban en la CNT. Esta central sindical, que en Madrid tenía menos efectivos, estaba deseosa de conseguir nuevos afiliados y no miraba con tanta escrupulosidad sus antecedentes, Mi consejo tuvo éxito y, respaldado por los confederales, pudo incorporarse al ejército, siendo poco después destinado a Andalucía con el grado de Teniente Coronel.

Lo más absurdo del caso es que este muchacho que era apolítico y sólo se presentó voluntario para salvar su vida, como fue reconocido por el consejo de guerra que una vez terminada la contienda le absolvió, fue rechazado en el Canal por sus propios compañeros algunos de los cuáles, más cucos, habían logrado conservar sus puestos como «afectos» a la República y a pesar de todo se permitían juzgarle.

Otro, Navarro Reverter, pudo permanecer en el cargo por pertenecer a la Derecha Regional Valenciana, cuyo presidente, Luis Lucia, había hecho profesión de adhesión a la República, pero se daba cuenta de que su situación era muy precaria y en una ocasión me dijo que sus suegros, que eran súbditos argentinos, iban a embarcar en Alicante; comprendí que era una consulta velada y le aconsejé que, si tenía posibilidad, les acompañase. Así lo hizo y he de hacer constar que, después de la guerra siempre pude encontrar en él un buen amigo que me ayudó en momentos decisivos.

Finalmente el tercero, García Agustí, tuvo la suerte de ser trasladado recientemente desde Valladolid por su amistad con Fungairiño, su ideología era desconocida para el resto del personal; gracias a ello y a la decidida protección que en todo momento le dispensó el Director pudo permanecer en su puesto por toda la duración del conflicto y continuar luego en el Canal, llegando a desempeñar la dirección del mismo hasta su jubilación.

En cuanto a episodios por aquellos días, recuerdo que ocupado el Hospital Clínico por las fuerzas nacionales, se me dio la orden de que cortase el agua

a dicho edificio. Esto era más fácil de decir que de realizar pues, si bien por la galería de servicio de la calle de Cea Bermúdez podía llegarse hasta muy cerca del registro donde estaba instalada la llave de paso de la toma, había que salir por un registro de la galería y alcanzar el de la toma, que quedaba a unos diez metros, todo ello frente a la hosca fachada de ladrillo rojo del Clínico que se adivinaba erizada de fusiles. Acompañado por Domínguez, un valiente capataz de Distribución, recorrimos la galería y llegamos hasta el registro fatídico; por él salió el capataz y yo me creí obligado, para mantener la moral, a permanecer asomando medio cuerpo mientras él efectuaba la operación. De puro milagro los ocupantes del Clínico debían estar descansados o entretenidos en menesteres más perentorios y nos dejaron actuar sin efectuar un solo disparo. ¡Pero el miedo que pasamos fue de campeonato!

Como digo al principio de este capítulo, nuestra permanencia en las oficinas de Santa Engracia llegó a hacerse insostenible y se planteó la necesidad de evacuarlas. La mayor parte de los servicios se trasladaron a un señorial palacio en la calle de Villanueva esquina con Serrano, pero los de Distribución y Facturación hubieron de instalarse en el edificio de Señales Marítimas, en la calle de Alcalá esquina a Jorge Juan, que aún se conserva actualmente y es fácil de reconocer coronado como está por un castillete metálico que soporta una linterna de faro.

El edificio era un antiguo palacete que había sido utilizado por el rey Alfonso XIII para sus escauceos galantes y, posteriormente, sus ocupantes habían tenido el buen gusto de hacer en él un verdadero museo marítimo; en todos los despachos había brújulas, relojes de bitácora, boyas, linternas de faro, luces de posición rojas y verdes, motores, bicheros, remos, salvavidas y toda suerte de cartas geográficas. Para mí, que había pasado mi infancia en una ciudad tan marinera como Alicante y los dos primeros años de ingeniero en el casticísimo puerto de Cádiz, aquel ambiente era de verdadera maravilla; tanto que llegó a inspirar mi escaso numen poético y, antes de abandonarlo para incorporarme a filas, no pude por menos que dedicarle unos versos que decían:

«Oficina de Alcalá
¡qué pronto te dejaremos!

Tú, que fuiste escenario
de aventuras palatinas,
nos recibiste cordial
entre tus brisas marinas.

Y encontramos acogida
y hallamos dulce afección
junto a tus veinte relojes
que al unísono latían
como un solo corazón.

CAPÍTULO X. EL CANAL DURANTE EL ASEDIO

Tus linternas traen aromas
impregnados de salobre
cual las auras de las playas
donde las barcas reposan
dando lascivas al viento
sus anchos vientres de cobre.

Tus balizas nos recuerdan
los esteros gaditanos,
las bahías levantinas
y las desembocaduras
de los ríos asturianos.

Tus luces de enfilación
evocan la algarabía
de botes engalanados
que, en alegre procesión,
con farolillos colgados,

hacían brillar la ría
en la fiesta del Patrón.

Adiós; pronto marcharemos
y tendremos que dejar
esta casa que, a Castilla,
nos trae un brazo de mar.

Y con él, olor de algas
y sonar de caracolas
y siluetas de delfines
que ágiles brincan, jugando,
en las crestas de las olas.

Mas alguna vez oiremos
el son de tus radiofaros,
como alegre invitación
a navegar por los mares
eternos de la ilusión.»

Como las brigadas de obreros del servicio de Distribución podían ser requeridas urgentemente por las noches, se montó una guardia de dos técnicos que se turnaban cada noche, durmiendo en la oficina. A mí me correspondió como compañero don Ángel Práxedes, un Ayudante de Obras Públicas bajito, robusto y pelirrojo. Era éste un socialista entusiasta a pesar de lo cual había sido detenido poco antes por elementos de la FAI bajo la acusación de haber proyectado una silla eléctrica para ejecutar obreros; no sé de dónde pudo salir tan burda patraña. Menos mal que, enterados a tiempo sus compañeros, pudieron pedir a los propios trabajadores del Canal, que le conocían bien, que gestionaran su liberación; intervino el Comité y, efectivamente, poco después estaba de nuevo entre nosotros.

La noche que nos tocaba de guardia nos dábamos un festín, para aquellos tiempos: tortilla de habas regadas con vino tinto. ¿Que de dónde salía el vino? Ésta fue una de mis más felices ocurrencias; resulta que entre las tropas del Jarama se presentaron algunos casos de cólera y el Estado Mayor solicitó del Canal que se enviase a Arganda, todos los días, un camión cisterna de agua del Lozoya. No poseíamos camiones cisterna pero, en el taller que Boeticher y Navarro tenía en la calle de Fernández de la Hoz, se ofrecieron a construir rápidamente una cisterna elíptica que pudiese montarse sobre uno de los chasis de que disponíamos; en tanto, provisionalmente montamos un depósito paralelepípedo sobre una plataforma de camión y comenzamos a

efectuar viajes a diario. El conductor del camión me hizo saber que las bodegas de Arganda estaban abarrotadas de vino, que no tenía salida por la falta de camiones. Inmediatamente le di orden de que en el próximo viaje regresase cargado de vino y así continuamos, trayendo cada día 3.000 litros que inmediatamente eran repartidos en el economato del Canal. Fue un recurso para todo el personal de la empresa, pues el vino podía ser cambiado a trueque por otros alimentos que de otra forma no podían conseguirse.

Una ventaja de esta oficina era que muy cerca, en la calle Goya casi esquina a Alcalá, abrieron un bar que expedía un excelente vermut blanco muy frío que resultaba delicioso. La única pega era que, de cuando en cuando, se presentaba la policía y, a todo el que no exhibía la documentación en regla, se lo llevaban para, en el mejor de los casos, alistarlo en un batallón de fortificaciones.

El 9 de abril del 37 oímos un estruendo formidable; subimos a la terraza y vimos a toda la aviación republicana, que pasaba tronando sobre la oficina. Había comenzado el ataque al Garabitas: cinco días duró la operación sin resultado positivo.

En cierta ocasión llamaron al Director porque, a causa de los mosquitos, que proliferaban en el lago de la Casa de Campo, se habían presentado algunos casos de paludismo entre las tropas que guarnecían este sector. Fungairiño, que era una autoridad en la materia pues este problema se le había presentado en la construcción de algunos embalses, me pidió que le acompañase hasta el lago; allí fuimos recibidos por el Estado Mayor de la brigada a quien don Eduardo aconsejó espolvorear la superficie de las aguas con *verde de París* (arsenito de cobre) y el consejo debió de dar buen resultado, pues no volvieron a insistir.

Como en Madrid la guerra se hizo de posiciones, las trincheras llegaron a tener ciertas comodidades; allí donde era posible incluso pudieron disponer de agua corriente. Una vez tuvimos que ir al barrio de Usera para instalarles el servicio de agua; nos recibió el ayudante del comandante de la brigada que, a imitación del *Campesino*, se había dejado una bien poblada barba. Terminada la operación nos invitaron a tomar un par de huevos fritos, con pan de munición, manjar de dioses en aquella época.

No tan grata resultó nuestra visita a la Universitaria; las trincheras excavadas por delante de la Facultad de Medicina disponían incluso de duchas, pero un buen día un proyectil rompió la tubería de alimentación y, desde la 2ª Brigada Mixta, llamaron al Canal para que alguien fuese a repararla. La operación sólo podía ser hecha de noche, pues con luz nos hubiesen acribillado desde el Clínico.

Llegamos pues al chalet de Catalina Bárcena, donde estaba instalado el puesto de mando. Allí encontramos al jefe de la brigada, Martínez de Aragón, que pocos días después resultaría muerto en acción; estaba correctamente

CAPÍTULO X. EL CANAL DURANTE EL ASEDIO



El terror y la ira por el bombardeo de los facciosos.

uniformado y lucía una barba muy cuidada. Nos recibió cordialmente y ordenó a su ayudante que nos acompañase.

Mandaba a los obreros que habían de efectuar la reparación un capataz apellidado Nieto, cenetista entusiasta y bueno de verdad; era bondadosísimo y valiente donde los haya, y gracias a su ayuda pude salir con bien de aquella aventura.

La noche era oscura, como boca de lobo, y la lluvia caía incesante; nos hundíamos en el barro y la marcha era penosísima porque las botas de goma se pegaban al suelo y cada paso exigía un esfuerzo considerable.

Afortunadamente, en un principio el ambiente era pacífico y se pudo llevar a cabo la reparación sin gran dificultad, pero, tan pronto como emprendimos el regreso, sonó un tiro y se organizó el *cacao*.

Es curioso el fenómeno que se presentaba en un frente estabilizado, como era aquél; había horas enteras de absoluta tranquilidad pero tan pronto como sonaba un tiro, le contestaba otro, a éste otros cuatro y así, en progresión geométrica, el estruendo se iba extendiendo por todo el perímetro de Madrid; comenzaban seguidamente a repiquetear las ametralladoras y poco después resonaban los estampidos de las granadas de mano y de los morteros hasta que, de pronto, dándose cuenta todos de que estaban consumiendo munición en vano, volvía a hacerse el silencio.

Pues bien, un barullo de esta índole fue el que se organizó a nuestra vuelta; las balas silbaban por todos lados a nuestro alrededor y nosotros sin poder correr, teniendo que despejar los pies del suelo a cada paso. Yo, torpe como siempre, me fui quedando rezagado y gracias a Nieto, que tiró materialmente de mí, conseguí llegar al puesto de mando. Cuando poco después me encontré en casa, con los pies sumergidos en un barreño de agua caliente, encontré mi hogar más acogedor que nunca.

Con motivo de otras reparaciones, no tan dramáticas, tuve ocasión de conocer también al Coronel Prada, con su eterno gorro cuartelero, al célebre Teniente Coronel Ortega, siempre tocado con su boina vasca, y a algunos otros jefes militares de los que fueron noticia por entonces.

La última reparación a la que asistí fue la de la tubería que iba alojada en la acera del puente Reina Victoria, frente a la ermita de San Antonio, puente al que yo tenía en mucha estima por haber sido construido por don Cayetano Rodríguez Noguera, gran amigo de mi padre y madrileño castizo con domicilio en la calle de Toledo. ¡Ahí es nada!

El problema era difícil porque como los nacionales tenían su cabeza de puente un poco más al norte, batían con fuego de ametralladoras todo el curso del río desde sus casamatas.

La tubería era de fundición y, para su arreglo, hubiese sido preciso ir abriendo la acera con un compresor hasta encontrar la rotura y, una vez hallada ésta, colocar un manguito y fundir plomo para rellenar sus dos enchufes.

Toda esta operación era a todas luces imposible, aún de noche, por el ruido y resplandor que necesariamente hubiesen sido detectados por el enemigo; había por tanto que buscar otra solución.

Afortunadamente existía una llave de paso en cada estribo del puente y pudimos, cerrándolas, dejar sin servicio todo el tramo que iba por debajo del piso y sustituirlo por una tubería de caña de hierro negro de 3 pulgadas colocada directamente encima de la acera. Esta tubería, una vez conocida la longitud exacta, podía llevarse cortada a la medida y montarse en silencio y casi a tuestas, pues sus empalmes pueden hacerse con manguitos roscados. La faena se llevó a cabo en una noche oscura, sin más luz que la de una linterna de bolsillo, y terminó felizmente.

Lo más pintoresco de esta anécdota es que esta tubería, colocada allí de modo provisional, permanecía aún dando servicio en el año 70, obstruyendo el paso de los peatones por la acera, sin que mis sucesores en el servicio de Distribución se hubiesen enterado de que, debajo de la misma, existía otra conducción que, con una reparación insignificante, hubiera podido sustituirla.

Otra avería que pudo acarrear graves consecuencias fue la que se produjo en la calle del Factor, delante del edificio que hasta entonces había ocupado la Embajada de Italia. A consecuencia de una fuga de agua se había originado uno de esos socavones que ya son clásicos en Madrid, pero éste era muy grande, hasta el extremo de que, al hundirse el pavimento, había caído al fondo un coche Fiat de siete plazas. Acudimos a examinar la catástrofe López Cuesta, Pardo y yo; íbamos en un Packard del Canal, tipo «torpedo» o sea descubierto con capota de lona, conducido por Julián, el chofer más viejo y experto. Cuando, después de haber visto el panorama, volvíamos a la calle Mayor oímos el silbido inconfundible de un proyectil de artillería; nos echamos al suelo, oímos un estruendo formidable y nos envolvió una nube de humo y polvo. Ante nosotros, a menos de dos metros, una granada del 7,5 había ido a estrellarse contra el zócalo de la embajada, a un metro de altura aproximadamente.

Por fortuna para nosotros, los cascos de metralla pasaron sobre nuestras cabezas y fueron a herir a varias personas en la acera opuesta y a destrozar la capota del coche aparcado allí, que quedó literalmente hecha unos zorros. Salió Julián que se había refugiado en un portal inmediato y, visto que el motor funcionaba, nos trasladamos rápidamente a un bar de la Plaza Mayor para atizarnos unos tragos que nos repusiesen del susto.

- Capítulo XI -

MADRID DURANTE EL ASEDIO

Madrid durante el asedio conservaba casi su fisonomía habitual; las calles se veían concurridas aunque la mayor parte de los peatones formaban colas para conseguir algún artículo, sin arredrarse por explosión más o menos, los cines continuaban funcionando, tapizados con una espesa alfombra de pipas de girasol. Pudieron verse entonces muchas películas soviéticas como *El Acorazado Potemkin*, *La línea general*, *Tchapaieff*, *El circo*, etc., así como otras de tipo social, por ejemplo *Carbón*. Recuerdo que la noche que fui a ver esta última al cine Rialto me encontré a la salida con un fuerte bombardeo de artillería sobre aquel trozo de la Gran Vía; como habíamos de cruzarla para alcanzar la boca del Metro, salíamos en pequeños grupos por la puerta lateral que da a la calle de la Flor Alta y allí esperábamos a que cayeran las cuatro granadas que cada vez disparaba la batería y, aprovechando el intervalo requerido para la carga, corríamos como galgos a sumergirnos en la seguridad del Metro.

A estas horas ya mucha gente, que temía dormir en sus casas, bajaba sus colchones a los andenes del Metro para pasar allí la noche y había que atravesar entre los lechos improvisados para ocupar plaza en el tren.

Estos bombardeos no eran continuos, por fortuna, y a veces incluso había que provocarlos, como ocurrió con motivo de la visita de Mr. Atlee, jefe de la oposición laborista en el Reino Unido. Tenía este líder político anunciada su llegada para las diez de la mañana y era preciso darle una impresión trágica del conflicto para tratar de conseguir la simpatía de la opinión británica. Al rayar el alba todas las baterías republicanas comenzaron a disparar sobre el campo enemigo, como si se estuviera preparando un ataque; como es natural, al cabo de algún tiempo ya estaba respondiendo la artillería nacional y en el momento en que Mr. Atlee hacía su entrada en Madrid era recibido con una aparatosa lluvia de proyectiles artilleros de todos los calibres, a pesar de lo cual no varió un ápice la firme decisión

británica de continuar la política de *no intervención*, o sea de garantizar el triunfo de Franco, fuertemente respaldado por la intervención de alemanes e italianos.

No sólo las personas se refugiaban, había que proteger también los tesoros artísticos: los mejores cuadros del Museo del Prado fueron cuidadosamente embalados y enviados al extranjero, el propio museo fue protegido con sacos terreros, alrededor de los más valiosos monumentos se construyeron recintos de ladrillo que se macizaron con tierra. El gracejo popular apodó por ello a la Cibeles *la Linda Tapada* y a Neptuno *el Emboscado*. *La Fuente de las Cuatro Estaciones* y demás monumentos ocultos recibieron análogos apelativos cariñosos que siento no recordar.

Mi hermana Carmen al comenzar la guerra se incorporó como enfermera a la Cruz Roja y fue destinada al hospital de sangre instalado en los locales del Casino de Madrid. Un día trajeron allí, desde la parte de Guadalajara a un teniente médico de carabineros con una perforación de estómago al que daban por desahuciado. Le pusieron en un cuarto aparte, para que acabase tranquilo, y asignaron su cuidado a Carmen.

Gracias a su robusta constitución y a los cuidados de que fue objeto, José Cerrada se salvó y, cuando mi padre fue trasladado a Valencia, Carmen le dijo que ella se quedaba en Madrid porque iba a casarse con su paciente y, a pesar de las prudentes recomendaciones que recibió diciéndole que debía esperar al fin de la contienda, no cejó en su propósito y poco después contraía matrimonio en la iglesia evangélica de la calle de la Beneficencia, que permaneció abierta al culto durante toda la guerra.

Cerrada fue destinado a un hospital instalado en la cuesta del Zarzal pero, al poco tiempo, no pudiendo hacerse solidario de las irregularidades de los que lo administraban, solicitó ser enviado de nuevo al frente. Se le destinó entonces a la 3ª Brigada de Carabineros y allí conoció al jefe de sanidad de la brigada, Alfonso Tortosa, que era un tipo de antología; médico titular de Masanasa, al comienzo de la guerra se trasladó a Valencia y se unió a las milicias donde tuvo una actuación destacada hasta que se le destinó como médico a la citada brigada. De una gran cultura literaria y muy extrovertido, enseguida simpatizó con mi cuñado que también tenía un carácter muy expansivo; estaba casado con una mujer inteligentísima, Milagros Escales, que le acompañaba a todas partes.

A los pocos días comenzó la operación de Brunete y allí fue la 3ª Brigada y con ella Tortosa y Cerrada, acompañados por Milagros y Carmen que no quisieron separarse de ellos y se pasaron toda la batalla vestidas con mono y tocadas con casco de acero, curando heridos en cuevas o en refugios improvisados con sacos terreros.

Cuando terminó la operación me despedí de ellos, pues la 3ª Brigada fue trasladada a Levante.



Las “Guerrillas del Teatro”, dirigidas por María Teresa León y Rafael Alberti, servían, como otras muchas actividades, tanto para difundir la cultura como para alentar el espíritu de la resistencia.

Una característica del frente de Madrid fue la gran importancia de la guerra de minas y contraminas. Existía, hacia la carretera de Extremadura, una posición enemiga denominada la Casa Blanca, un caserón inmenso que dominaba toda la llanura circundante; el mando decidió volarla y, para ello, se excavó una larga mina que fue cargada con 14 toneladas de dinamita, a la explosión se invitó al noticiario cinematográfico y aquella misma noche se proyectaba en los cines de la Gran Vía el grandioso espectáculo del enorme edificio volando por los aires.

Otra voladura muy sonada fue la del cine de Carabanchel, donde se alojaba un tabor de regulares; para lograrla hubo de excavarse una mina de más de 400 metros de longitud. Más tarde tuve ocasión de conocer al aparejador que había dirigido las obras, como relataré en su momento.

Pero donde este tipo de guerra era constante fue en la Ciudad Universitaria; allí, la proximidad de las líneas y el hecho de estar las posiciones principales en grandes edificios, invitaba a utilizar este procedimiento para destruirlas. Especialmente ante el Hospital Clínico, que era la punta de lanza del dispositivo

CAPÍTULO XI. MADRID DURANTE EL ASEDIO



El metro de Madrid sirvió como refugio ante los bombardeos. La mirada de la mujer es todo un manifiesto frente a la barbarie.

enemigo, se perforó una verdadera maraña de galerías de las que muy pocas llegaban a cumplir su cometido pues los nacionales también excavaban por su cuenta, febrilmente, una red de contraminas y era preciso detener, de cuando en cuando la excavación para escuchar, con el oído pegado a la pared, los golpes de piqueta del adversario y deducir, si aquéllos cesaban, que ya estaba colocando la carga que había de hacer volar a los audaces zapadores.

Esta tarea era llevada a cabo por hombres procedentes del gremio de poceros ayudados por los de otros sindicatos de la construcción entre los que realizaban también labor muy destacada el de ingeniería y arquitectura que tenían que efectuar las labores topográficas indispensables. El jefe de todo este tinglado era el Coronel Ardid, Comandante de Obras y Fortificaciones,

que en los primeros días estuvo perseguido por sus ideas derechistas pero luego, reincorporado a su función, actuó con eficacia.

Un buen día, no recuerdo por qué razón, visitaba las minas frente al Clínico una comisión de parlamentarios y bonzos sindicales en la que, tampoco sé ya por qué, iba yo en representación del sindicato; entraron en una de las minas, examinaron los trabajos y se pusieron a comentarlos en voz alta entablado, despreocupadamente, una animada conversación. Cuando ya llevaban más de un cuarto de hora hablando, no pude menos que decirles: “Señores: como el enemigo, cuyos golpes oían ustedes hace poco, haya tenido el oído pegado a la pared y se haya dado cuenta de esta reunión, ya ha tenido tiempo de colocar un par de cajas de dinamita para hacernos volar”; ni que decir tiene que la evacuación fue rápida.

Aparte del servicio y de mis ratos en el sindicato, mi vida era sencilla pues me retiraba a casa antes del anochecer ya que no era apetecible circular por las calles oscuras a consecuencia de las medidas de precaución contra los bombardeos.

Para distraernos un poco en las largas noches del invierno habíamos organizado una animada partida de julepe en la portería, donde pasábamos un par de horas antes de retirarnos a descansar.

Como era uno de los pocos inquilinos no tildados de derechista, me rogaron todos los demás que aceptase la presidencia del Comité de Casa ya que, en caso contrario, agregarían el edificio a estos efectos al inmediato de Alenza, a cuyo comité temían por extremista. Afortunadamente no tuve problemas en este cargo, los vocales, Marcos Lerena y Gabino Abajo, eran personas sensatas y la vecindad, prudente hasta cierto punto, se limitaba a escuchar las emisoras nacionales.

Solamente una señora francesa, que se dedicaba a la cría de perritos pequineses, vino a quejarse de que recibía anónimos diciéndole que iban a matarle los canes ya que no tenían derecho a vivir en una ciudad donde la población moría de hambre. Cuando yo dejé Madrid, los perritos aún sobrevivían. No he sabido lo que pasó más tarde, pero supongo que no llegaría la sangre al río.

Cuando comenzaba algún bombardeo nocturno bajábamos casi todos los inquilinos a refugiarnos en la portería que, por estar en la planta baja, parecía ofrecer un mejor cobijo. Una noche en que estábamos allí sometidos a un bombardeo de artillería, oímos estallar una granada en uno de los pisos altos; subimos rápidamente y oímos gritos en la escalera: “¡Ha sido en el piso de Marcos Lerena!”.

Marcos se había casado pocos días antes con una taquillera del Metro y alguien hizo observar que ninguno de los dos había bajado a la portería; llamamos al timbre repetidas veces sin obtener respuesta, en vista de lo cual el portero subió con una llave y entramos en el piso.

CAPÍTULO XI. MADRID DURANTE EL ASEDIO

El panorama era aterrador; el proyectil había perforado la fachada y hecho explosión en la primera habitación que encontramos donde todo estaba destrozado, el cielorraso caído y el ambiente lleno de humo y polvo.

Temiendo lo peor, abrimos la puerta del dormitorio y nos encontramos a los dos tórtolos ilesos y plácidamente dormidos. ¡No se habían enterado de nada!

- Capítulo XII -

MIS ÚLTIMOS DÍAS EN EL CANAL

Los días finales de 1937 fueron de un frío crudísimo; durante aquellos días se efectuó la operación de Teruel, que causó muchísimas más bajas por congelación que por el fuego enemigo.

El 31 de diciembre cayó en Madrid una nevada impresionante, la nieve permaneció en las calles más de dos meses. Por aquel entonces andaba yo escabulléndome para que no me localizasen varios diplomáticos extranjeros que me buscaban afanosamente.

Como es sabido, numerosísimas personas de derechas buscaron refugio en las embajadas hasta el punto de que, siendo insuficientes los locales de éstas, algunos países, que habían montado un verdadero negocio de hostelería, alquilaron casas enteras que, protegidas por su bandera, cobijaban a los enemigos del Régimen.

El Gobierno, siempre débil como ya hemos expuesto, no se atrevía a desalojar las embajadas (ya se vio luego la forma expeditiva en que lo hicieron los nacionales, cuando les llegó el turno); pero algunos ministros socialistas tuvieron la peregrina idea de inducir al Sindicato de Agua, Gas y Electricidad a que, por su cuenta, cortase los servicios, ya que no a las embajadas, a las múltiples casas alquiladas por éstas como hospederías atribuyendo tales cortes a elementos incontrolados.

Se dio así la paradójica situación de que los mismos obreros del Canal que durante el día iban, como tales, a restablecer el servicio, volvían por la noche a cortarlo en calidad de afiliados al sindicato. Como jefe de Distribución, los funcionarios de las embajadas me seguían por todas partes para exigir que se restableciese el servicio permanentemente sin que yo pudiese darles la verdadera explicación, ya que me lo había prohibido la Superioridad.

De todos estos funcionarios el más tenaz era el encargado de negocios de Rumanía que llegó a constituir para mí una verdadera pesadilla. No tuve más

remedio que dedicarme a jugar *al ratón y el gato*, saliendo por una puerta tan pronto como me avisaban de que él entraba por otra.

Más grave para el Canal fue la amenaza de falta de gasolina; un día me comunicaron que el mando militar había decidido no dar más gasolina para las camionetas que salían a reparar las averías de la red.

Me dirigí al Gobernador Militar, que era un oficial de carrera de quien había oído hablar durante mi estancia en Cádiz como jaque y jaranero, y no me resolvió nada, sólo me dijo que me tenía que dirigir al jefe de servicios del Cuartel General.

Me trasladé por tanto a la Alameda de Osuna, designada por entonces como *Posición Jaca* que era el Cuartel General de Miaja. El jefe de servicios era Ortega, a quien no hay que confundir con el afamado jefe de Carabineros del mismo nombre; este Coronel Ortega era un antiguo militante comunista del Puerto de Santa María, de quien también había oído hablar en Cádiz en sentido elogioso. Como después de haberle expuesto lo indispensable que era el servicio de reparación de averías en las conducciones de agua para una ciudad asediada, y con frecuencia bombardeada, aún me pusiese algunas pegas, tuve que decirle: “Yo he trabajado en Cádiz dos años y, aunque usted no me conoce, yo sí le conozco bien y si no fuese por ello le creería un fascista enchufado”. Esta salida me resultó bien y, en vez de ir al calabozo como me temí, obtuve los vales de gasolina que tanto necesitaba.

Se aproximaba la fecha en que mi reemplazo iba a ser llamado a filas; Fungairiño me propuso que me alistase como soldado a las órdenes del Coronel Ardid y que él, como Director del Canal, me reclamaría por ser mis servicios indispensables. Esto hubiese sido una buena solución de no ser porque no se había llevado a cabo, como propuso Parrella con los obreros especializados en reparación de tuberías de fundición, que eran mucho más necesarios y habían estado a mis órdenes. No tuve más remedio que contestarle que, agradeciéndole mucho su ofrecimiento, no podía aceptarlo; que un ingeniero se sustituye fácilmente por otro y que García Agustí desempeñaría mi papel a la perfección. Con ello sellé mi futuro destino; mientras, tras la mal llamada *liberación* yo acabaría en la cárcel, García Agustí alcanzaría la Dirección del Canal.

En consecuencia, me ofrecí al sindicato para que me propusiese al Ejército para desempeñar cualquier plaza vacante en el Cuerpo de Ingenieros. Poco después, en enero del 38, publicó el Diario Oficial mi nombramiento como jefe del recién creado Batallón de Puentes n° 3, que había de depender del Ejército del Este, asimilándome a Mayor.

Afortunadamente conservaba aún mi “uniforme único” de cuando realicé el periodo de instrucción en el Regimiento de Ferrocarriles, así que con ponerle unos galones y comprarme una gorra, estuve equipado para esta nueva etapa de mi vida.

- SEGUNDA PARTE -

UN MAYOR AL SERVICIO
DEL EJÉRCITO ESPAÑOL



Julián Diamante Cabrera, Mayor-Jefe del Batallón de Puentes n° 3, durante una arenga.

- Capítulo XIII -

EL VIAJE A VALENCIA

La Jefatura del Circuito de Firms Especiales había sido trasladada a Valencia, así que mi padre, que era el jefe, estaba allí con mi madre y mi hermana Carmen que se hallaba a punto de dar a luz.

Aprovechando que el ingeniero del Circuito señor Yordi iba a hacer un viaje a Valencia, salí con él de Madrid, cuyas calles aún estaban llenas de la nieve caída en el gran temporal de fin de año.

El viaje transcurrió sin incidentes, amenizado por la grata conversación de Yordi que apreciaba mucho a mi padre, según luego demostró.

Llegué a Valencia con gran oportunidad pues acababa de nacer mi sobrino Julio y tuve ocasión de acompañar, como testigo, al Registro Civil, a José Cerrada que con este motivo había obtenido un permiso.

El contraste entre el ambiente de Valencia y el de Madrid que acababa de abandonar, era notable; la estancia allí del Gobierno y la tranquilidad de que, hasta entonces, había gozado el *Levante feliz* hacían que el aspecto de la ciudad fuese casi normal. Las gentes vestían bien, los mercados estaban abastecidos y sólo se notaba la guerra por la abundancia de oficiales de todas las armas y cuerpos, correctamente vestidos de uniforme que, en disfrute de permiso, abarrotaban el *Vodka* y demás bares de la ciudad donde pululaban las muchachas de vida alegre, de las que se rumoreaba que muchas estaban al servicio del espionaje enemigo y otras tantas al del temido SIM (Servicio de Información Militar) una de cuyas principales misiones era el contraespionaje.

Sin embargo, pocos días antes, un acontecimiento luctuoso vino a anunciar la fragilidad de aquella inestable situación. El crucero Baleares se acercó a la población y disparó repetidamente sus cañones sobre la misma ocasionando bastantes daños materiales y numerosas víctimas entre la población civil y, días después, la aviación alemana vino con la intención de probar unas bombas a base de aire líquido que, efectivamente, demostraron ser terriblemente eficaces pues la onda explosiva era tan potente que

CAPÍTULO XIII. EL VIAJE A VALENCIA

destrozaba a las personas, aun situadas a cierta distancia. Nuestro padre tuvo la desgracia de pasar por el lugar donde había caído, poco antes, una de estas bombas y nos contaba horrorizado cómo había visto una nariz arrancada de cuajo, que había quedado adherida a una pared.

Dos días tan sólo pude disfrutar de la compañía de mi familia, sin saber que sería la última vez que vería a mi padre en libertad.

José Cerrada que, por entonces era capitán-médico destinado en la 3ª Brigada de Carabineros había de reincorporarse a su unidad, que se encontraba acuartelada en Barcelona, por lo que aproveché la ocasión para marchar con él en el coche oficial.

Los carabineros acababan de adquirir una serie de coches, tipo ranchera, a los que por tener la carrocería de madera clara se les aplicó el remoquete de las *rubias*. En uno de estos vehículos salimos para Barcelona, distraídos con la conversación del conductor que tenía asignado Pepe Cerrada que era un tipo muy pintoresco.

Al llegar a Barcelona, dada la dificultad de encontrar plaza en un hotel, decidí alojarme con Cerrada en el cuartel de Tarragona, situado junto a la plaza de España; allí él compartía un amplio aposento con otro capitán-médico llamado Guzmán, así que no hubo dificultad para montar un camastro más donde pude dormir a mi gusto, disfrutando al mismo tiempo de la grata compañía de mi cuñado y de la de su camarada que era un gran tipo.

- Capítulo XIV -

BARCELONA

Después de los sucesos de mayo del 37, en los que el Gobierno había dominado la insurrección del POUM, la pequeña burguesía catalana comenzó a respirar; las calles se animaron de gente bien vestida e incluso había salones de té donde las niñas bien iban a bailar, acompañadas naturalmente por sus distinguidas mamás.

Cerrada era un *punto de baile* y yo no le iba en zaga, por lo que acudíamos casi todas las tardes a *La Granja* o a *Casa Llibre*, en la plaza de Cataluña. Allí tuve ocasión de bailar unas cuantas veces con la esposa del conocido periodista Ezequiel Enderiz que era muy guapa y bailaba muy bien.

Entre el prestigio que da el uniforme y nuestra habilidad en el baile cortábamos el bacalao que era un primor.

Allí, la gente no se daba cuenta de lo en serio que iba la guerra. Una tarde había una pareja de muchachas sentada en una de las mesitas de *La Granja*; eran muy jovencitas y, sin duda para presumir, una vestía la camisa roja de las juventudes socialistas y la otra la camisa azul celeste, con pañuelo rojo al cuello, de las juventudes comunistas del PSUC. Bailé un par de veces con ellas pero luego me senté en su mesa para responder a sus preguntas sobre cómo se vivía en Madrid. Me pasé toda la tarde contándoles las penalidades y privaciones que sufría la población madrileña y ellas escuchaban admiradas pues no tenían de ello ni la más ligera idea.

Otra de nuestras distracciones, durante aquellos días que pasé en Barcelona, era recorrer las calles acompañado por Guzmán y Cerrada leyendo y comentando los letreros de las tiendas que estaban todos en catalán. Como era reciente la autorización del empleo de ese idioma, la mayor parte de los que lo usaban desconocían su ortografía correcta y cada cual la escribía como le petaba: así por limpiabotas unos escribían *cirabotes* y otros *girabotes*, pero el colmo de la duda era sobre la forma de traducir chocolate por lo que el

CAPÍTULO XIV. BARCELONA

dueño de un bar de Las Ramblas, sin duda humorista, escribió en el chaflán de su establecimiento:

xa
xe
xi > colata
xo
xu

Como mi desconocimiento de los usos y costumbres militares era total, con objeto de tener por lo menos las ideas más elementales, adquirí en una librería el *Libro del Cabo* en que figuraban todos los distintivos, voces de mando, toques de corneta, honores y condecoraciones, etc.

Con este bagaje intelectual tan sucinto, me presenté en la Inspección General de Ingenieros del Ejército que había establecido su sede en un espléndido edificio de la Gran Vía Diagonal.

El Inspector General era don Patricio de Azcárate, de quien ya hablamos en el capítulo VI, a quien todos apodaban cariñosamente *Don Pachi* que ahora, luciendo su elegante uniforme, hacía patente toda su distinción y clase.

A sus órdenes estaba el Mayor Lorito, un aristócrata italiano miembro del partido comunista de Italia, que huyendo de Mussolini había venido a caer en España. Tenía ya unos cincuenta años y había ideado un modelo de puente militar, a base de perfiles laminados de catálogo, para tender el cual estaba proyectando un carro lanzapuentes; puente y dispositivo de lanzamiento que más tarde jugaron un papel de primer orden en la batalla del Ebro.

Una vez tomé posesión, me dijeron que en un par de días Lorito tenía que hacer un recorrido por el frente y que yo podía acompañarle, para conocer sobre el terreno la situación, y al regreso quedarme ya en Lérida, que era donde se encontraba el Cuartel General del Ejército del Este al que había de pertenecer el recién creado Batallón de Puentes Pesados nº 3.

Para comer, durante los días que permaneciese en Barcelona, me indicaron que podía pasar por el Estado Mayor donde me darían un vale que me permitiría utilizar el comedor para oficiales, situado en la parte alta de la calle de Muntaner, por el precio de cinco pesetas.

Además me entregaron un manual de Pontoneros para que lo fuese estudiando durante los días, que habría de pasar en Lérida, hasta que fuera incorporándose el personal del batallón restante.

Después de comer iba a reunirme con Cerrada y Guzmán y salíamos a dar largos paseos aunque debíamos tomar precauciones cuando divisábamos un camión no militar pues los conductores, afiliados casi todos a la CNT que había simpatizado con el POUM en cuanto veían el odiado uniforme de Carabineros, que era la fuerza de más confianza para el Gobierno, se cegaban y embestían como un toro ante la roja muleta.

- Capítulo XV -

LÉRIDA

Salimos de Barcelona en automóvil Azcárate, Lorito y yo, un día del mes de febrero. Un día en que había caído una intensa nevada, hasta tal punto que se dudaba si estaría practicable el paso por los Bruchs, de modo que decidieron ir por Capelladas; también por allí había bastante nieve pero conseguimos pasar sin incidentes.

Una vez presentados en el Estado Mayor del General Pozas, que entonces mandaba el Ejército del Este, Azcárate se quedó en Lérida mientras Lorito y yo efectuábamos nuestra visita al frente.

Pasamos por Barbastro que, con Sariñena, eran las dos cabeceras de Cuerpo de Ejército y nos dirigimos a Jaca, población que se encontraba en manos de los nacionales pero casi totalmente rodeada por las fuerzas que mandaba el Capitán Gallo, a quien yo ya conocía porque había estado antes a las órdenes del General Bernal cuando estuve en Somosierra, al comienzo de la guerra. Mandaba ahora una división y tuvo una actuación tan destacada que le costó el fusilamiento cuando, terminada la contienda, cayó en manos de los nacionales.

Estuvimos luego en Monzón, donde mi compañero Navascués encabezaba la fracción del personal de la Confederación Hidrográfica del Ebro que había quedado en nuestra zona.

Nos dirigimos luego a la ribera del Ebro y visitamos Azaila, La Zaida, Gelsa, Velilla de Ebro y Pina, donde pernoctamos.

Precisamente al día siguiente iban a incorporarse a filas los mozos de una quinta y, siguiendo las costumbres tradicionales, salían aquella noche a rondar a las mozas del pueblo. Oír en la oscuridad total de la noche, rompiendo el silencio, los rasgueos de las guitarras y las varoniles voces de los mozos entonando la bravía jota de Pina, me produjo una impresión inolvidable.

Terminado este recorrido por el frente regresamos a Lérida donde, en tanto se organizaba el batallón, quedé agregado a la Comandancia General de Ingenieros del Ejército del Este.



Grupo de pontoneros.

El Comandante General era don Ramón Martorell, un militar de carrera de gran cultura, bondad y sensibilidad; preocupado siempre por la seguridad del personal a su órdenes. Me recibió cariñosamente y como además tenía entre sus subordinados inmediatos a Paco Durán me encontré enseguida como en mi casa.

El personal del cuerpo de Ingenieros dependiente de la Comandancia General se alojaba en un chalet de La Bordeta que es un barrio de Lérida situado en la margen opuesta del río. Como en aquellos días todas las habitaciones del chalet estaban ocupadas, se convino que yo fuese allí a comer y durmiese en Lérida en una casa particular que resultó pertenecer a un empleado de la Jefatura de Obras Públicas, soltero, que vivía con su madre. Allí fue a alojarse también Antonio Martínez Durante, un empleado del Canal de Lozoya, que acababa de incorporarse y a quien se designó como mi Teniente Ayudante.

Ya se había constituido, por tanto, una mínima célula del futuro batallón que aumentó, a los pocos días, con la incorporación de un estudiante de arquitectura, Óscar Coll Alas, sobrino del célebre escritor *Clarín*, que hasta entonces había servido en Carabineros y ahora, a petición propia, había pasado a Ingenieros asimilado a capitán.

Se nos dio una oficinilla en una pequeña casa deshabitada situada también en La Bordeta pero más cerca del puente. Allí pasábamos el tiempo estudiando *El libro del Cabo* y la parte del *Manual de Pontoneros* dedicada a Escuela de nudos y a Puentes de circunstancias.

Fui conociendo al personal de la Comandancia: el Mayor Llabrés, jefe de organización, era un mallorquín de pelo canoso y largos bigotes, simpático y bonachón; el Mayor Gubérn, jefe de operaciones, rígido y ordenancista pero justo y cumplidor, y el Mayor Belón, jefe de servicios, que había estado internado en un manicomio de donde le sacaron para reintegrarle al servicio activo, era hombre de gran sensibilidad artística pero de carácter mudable y por lo tanto había que tratarle con mucho tacto. Todos ellos eran militares de carrera muy competentes; había además varios oficiales asimilados entre los que destacaba *el Pagador*, regordete y apacible. El ambiente en el chalet de La Bordeta era muy agradable, y todos nos tratábamos como iguales, desde Martorell hasta el último teniente: todos partíamos leña en el patio cuando nos tocaba el turno y todos estábamos obligados a ostentar bigote pues aquella república de oficiales llevaba por nombre *Los bigotudos*.

Por cierto, que el nombre de “república” dado a una casa de hombres solos procedía del tiempo de la monarquía y tenía un sentido peyorativo puesto que aludía al desorden que suele reinar en tales comunidades. Sin embargo, los nacionales fueron tan cursis que, considerando nefanda la palabra república las designaron con la palabra “imperio” con lo que, sin querer, fueron profetas de lo que en realidad sería su soñado imperio franquista.

Visitaba con asiduidad la Comandancia un consejero ruso llamado Namovski, joven y muy simpático. Tanto que un día decidimos invitarle a compartir nuestra mesa en La Bordeta. Con tal motivo organizamos una pequeña fiesta; adornamos el comedor con cadenetas, formamos una murga a base de peines y papel de fumar y ensayamos algunos aires regionales para interpretarlos antes del ágape; *el flamenco* como llamábamos a nuestro cocinero, por ser uno de esos barceloneses que alternan con gitanos de Casa Antúnez y hasta hablan catalán con acento andaluz, se comprometió a preparar el *cunill a la brasa* y el Teniente Martínez se dedicó a la confección del *allioli*.

La fiesta resultó un éxito y Namovski salió tan bien impresionado del conejo, el allioli y el champán, que debió de redactar un informe que haría que en Moscú se nos tuviese por un organismo modelo de eficacia.

Solicitamos un coche para poder movernos, ya que la primera misión que se nos había asignado era buscar en algún pueblo próximo un local o locales que pudiesen servir de alojamiento al batallón. Con este motivo recorrimos los pueblos de Alfarrás, Aytona, Seros y algún otro sin acabar de encontrar nada apropiado.

Como aún no teníamos misión fija, servíamos de comodín para todos los problemas que se presentaban. Así pues, habiendo tenido noticias el Estado

Mayor de Pozas de que el enemigo preparaba una ofensiva desde Zaragoza, ya que el servicio de información había contado en una sola noche más de 400 camiones en la carretera del Bajo Aragón, se nos encargó ir a retirar con urgencia el material de un pequeño puente militar que se había montado en Belchite y junto al cual ya se había construido uno definitivo de hormigón.

El Mayor Belón, en un momento de euforia, destinó para nuestro servicio exclusivo un coche Chrysler de modelo algo anticuado pero que funcionaba muy bien; el conductor era un taxista de Sabadell llamado Juan Baró, bajito y picado de viruelas, hombre lleno de recursos por lo que nos fue siempre muy útil.

Ufanos con nuestro nuevo vehículo, partimos Martínez y yo a desempeñar esa misión. Como no disponíamos de personal, debíamos reunirnos en Azaila con un pelotón de una compañía de Carreteras que, al mando de un sargento, debía ponerse a nuestras órdenes para efectuar el trabajo.

Pasamos la noche en Azaila sobre los bancos de una cocina, al amor de la lumbre baja, y a la mañana siguiente, reunidos con el citado personal, que disponía de un camión, proseguimos viaje hasta Belchite. Al llegar a las proximidades del pueblo pudimos ver las alambradas, trincheras y defensas antitanques que habían hecho tan difícil la ocupación por nuestras tropas.

El puente que había que retirar constaba solamente de tres tramos de 3,15 m. montados sobre cuatro pies derechos; así que en el curso del día, sin ninguna dificultad ya que el sargento era un antiguo encargado de obras que se las sabía todas, lo hicimos desmontar y cargándolo sobre el mismo camión que había traído al personal, lo trasladamos a la estación del ferrocarril en Samper de Calanda, donde lo facturamos y recogimos el talón que acreditaba el cumplimiento de nuestra misión. Luego volvimos con el camión para recoger a la tropa, que regresó en él a su base, mientras nosotros viendo que ya anochecía, decidimos pernoctar en Belchite. Como el pueblo estaba totalmente abandonado, abundaban las camas y colchones disponibles en que podíamos dormir abrigados por las mantas que siempre llevábamos como prevención en el coche.

Al día siguiente, 9 de marzo, de madrugada, emprendimos el regreso, sin saber que aquel mismo día el enemigo iba a comenzar la ofensiva que en poco tiempo llevaría la contienda al corazón de Cataluña.

Al pasar por Caspe nos encontramos a José Hierro, de quien ya hablé en el capítulo VII; había sido ya asimilado a mayor y, con su gran tipo y su flamante uniforme era uno de los oficiales más elegantes del ejército republicano lo que, en contra de la imagen que luego se nos ha presentado, no era poco decir.

Estaba allí con motivo de la avería que un reciente bombardeo de la aviación había ocasionado en el magnífico puente metálico de vigas parabólicas por el que la carretera atraviesa el Ebro.

La bomba había ido a tropezar con la cabeza inferior de una de las vigas principales rompiéndola, por lo que aquel tramo, sostenido solamente por la del lado opuesto, se había inclinado peligrosamente amenazando derrumbarse. Convinimos en que era necesario gestionar que alguna empresa de montajes de Barcelona facilitase unos fuertes tensores con los que pudiera restablecerse la continuidad de la cabeza inferior, que convenientemente tensada haría volver al tramo a su posición primitiva, permitiendo así restablecer el tráfico.

Por desgracia no hubo lugar a efectuar la operación, pues pocos días después, el enemigo se acercó peligrosamente y fue preciso volar el puente en su totalidad.

Tuve la ocasión de ver la Plaza Mayor, que había sido teatro del dramático episodio que más tarde en la prisión del Coto de Gijón, me relató con todo detalle el Mayor Barrachina. En los primeros días del alzamiento llegó a Caspe una compañía del regimiento de guarnición en Lérida que había permanecido leal al Gobierno y llevaba la misión de oponerse al avance de los fascistas. Estaba la compañía descansando en la citada plaza, cuando un vigía destacado en la torre advirtió la llegada de una nutrida columna de camiones procedente de Zaragoza.

El enemigo era muy superior en número por lo que el capitán estaba tomando las disposiciones precisas para la retirada cuando Barrachina, entonces sargento profesional, le sugirió la posibilidad de detener el avance mediante tiro indirecto por elevación de las ametralladoras.

Este método de tiro, que había sido explicado poco antes en el regimiento, era en aquel entonces más bien teórico y exigía para ser eficaz el empleo simultáneo de ocho máquinas como mínimo que, disparando con un gran ángulo de elevación, lanzaban sus proyectiles por encima de los tejados para que fuesen a caer, como mortífera lluvia, sobre el objetivo.

El capitán rápidamente se decidió; hizo emplazar todas las ametralladoras en el centro de la plaza y, tomadas las necesarias referencias desde la torre, dio la orden de abrir fuego en cuanto los camiones estuvieron a tiro. El efecto fue fulminante; los ocupantes de los camiones, viendo caer la muerte desde el cielo sin saber de dónde les disparaban, huyeron a la desbandada, dejando en su retirada muchos camiones averiados, armas y municiones de boca y guerra.

Nos despedimos de Hierro y regresamos a Lérida, donde nos esperaban nuevas aventuras.

- Capítulo XVI - LA RETIRADA DE ARAGÓN

Al llegar a Lérida nos enteramos de que el enemigo había comenzado su ofensiva en el frente de Aragón.

Este frente llevaba una temporada de relativa tranquilidad por lo que el comienzo de esta operación pilló desprevenidas a muchas unidades; por otra parte, en el centro del dispositivo había varias brigadas procedentes de las antiguas columnas de la CNT que se encontraban bastante desmoralizadas desde que, después de los sucesos de mayo, se había impuesto en la región la autoridad del Gobierno central. El resultado fue que, a pesar de episodios heroicos como el que protagonizó la brigada del Esquinazo, la cual habiendo quedado aislada del resto del Ejército, resistió una porción de días hasta que agotadas sus municiones, tuvo que salir por la frontera francesa y volver desde Francia a Barcelona, la retirada fue general y en algunos lugares en desorden.

El General Pozas estaba frenético; ocasión hubo en que, plantado en el centro de la carretera, se lió a patadas con los fugitivos que habían tirado los fusiles y venían cargados de gallinas.

Como siempre, fallaron las comunicaciones: en aquella época la radio de campaña estaba aún poco perfeccionada y, por otra parte, la *no intervención* dificultaba la importación de equipos, así que las comunicaciones estaban fundamentalmente confiadas al teléfono. Una red telefónica de campaña tenía su centro en Lérida, Cuartel General del Ejército del Este, y desde allí enlazaba con Sariñena y Barbastro, cabeceras de Cuerpo de Ejército, ramificándose luego a las distintas unidades.

El teléfono de campaña tiene el grave inconveniente de que, funcionando perfectamente en épocas de relativa calma, hace cobrar confianza en su eficacia y, sin embargo, es lo primero que se avería en cuanto comienza una operación de envergadura; la fuerte preparación artillera destroza los cables y hace fallar todo el dispositivo.

CAPÍTULO XVI. LA RETIRADA DE ARAGÓN

Ante la dificultad de obtener noticias rápidas de la marcha de las operaciones, Pozas decidió acercarse al frente e hizo trasladar sus oficinas a un tren formado por coches *pullman*, coches cama y coche restaurant. Con este tren se aproximó lo posible a la línea de fuego y, a medida que las tropas se iban retirando, lo hacía también el tren, hasta el próximo túnel que le servía de refugio.

El remedio fue peor que la enfermedad; al cambiar cada día la ubicación del tren, al que en Lérida llamábamos *el tren fantasma* porque nunca se sabía dónde encontrarlo, los problemas de la red telefónica se agravaron pues, además de las roturas de cables debidas a los bombardeos, había que estar cambiando continuamente las líneas para alcanzar con ellas la nueva posición del tren.

Hasta tal punto era esto cierto que, en una visita que tuvimos que hacer al tren coincidimos con la llegada del General Vicente Rojo y, cuando éste preguntó cuál era la situación, no hubo manera de informarle sobre dónde se encontraba el enemigo.

Ante esta carencia de información Rojo optó por utilizar el método de los ayudantes de campo que empleaba Napoleón; como desde allí partían tres carreteras, hizo partir en sendos automóviles a tres de los jefes de las secciones del Estado Mayor de Pozas y les dio orden de no regresar hasta haber encontrado al enemigo; cuando, al cabo de hora y media, regresó uno de ellos con el brazo atravesado por una bala pudo saberse con certeza hasta dónde había llegado la penetración.

Pero, antes de que ocurriese todo esto, al llegar a Lérida se nos envió a Fraga, donde la carretera general cruzaba el río Cinca a través de un puente metálico. Se trataba de tomar un perfil del río, aguas arriba, para tener previsto el montaje de un puente militar en caso de que la aviación enemiga consiguiese destruir el puente existente, cortando así la retirada a una parte considerable del Ejército del Este.

Cuando llegamos a Fraga reinaba allí gran confusión; muchas tropas habían ya atravesado el puente y un comisario político, muy nervioso, se lanzó materialmente sobre nosotros para preguntarnos si éramos los oficiales de ingenieros que habían de venir a volar el puente.

Le dijimos que no era ésa nuestra misión sino la de tomar los datos para la eventual construcción de un nuevo puente, en caso de que el existente fuese destruido.

Cada vez más excitado, nos dijo que si no llegaba pronto el oficial encargado de volar el puente, él mismo lo haría. Procuramos tranquilizarle y fuimos por la orilla del río, hasta un lugar que juzgamos apropiado para el tendido del puente, paraje que estaba situado algo así como medio kilómetro aguas arriba.

Como el río no iba crecido y la profundidad era escasa, opté por quitarme calzado y pantalón e ir sondando el río con una banderola, mientras Coll

y Martínez iban midiendo, con ayuda de un cable, las distancias a que se verificaban los diversos sondeos.

Una dificultad con la que no había contado era la naturaleza del fondo, constituido por cantos rodados de mediano tamaño que, al clavarse en los pies, hacían que tuviese que caminar con gran parsimonia.

Cuando me hallaba precisamente en el centro mismo de la corriente, apareció la aviación enemiga con más de cien aparatos que comenzaron a bombardear el puente, sorprendiéndome literalmente en calzoncillos.

Era un verdadero circo aéreo pues se lanzaban en picado y luego efectuaban un *looping* y, una vez salían de él, daban una pasada ametrallando. Las balas perdidas llovían a mí alrededor, salpicando en el río, mientras yo volvía hacia la orilla donde Coll, Martínez y el conductor Baró se habían refugiado entre los matorrales; mi marcha era muy lenta, por causa de los guijarros, y el tiempo se me hacía interminable.

Antes de alcanzar el ribazo terminó el festival y los aviones se retiraban sin haber conseguido su objetivo de destruir el puente cuando, de pronto, con gran sorpresa por mi parte, vi que los tramos metálicos del puente se elevaban enteros por el aire a más de veinte metros de altura y volvían a caer con gran estrépito. El nervioso comisario, enloquecido por el bombardeo, había volado el puente por su cuenta, cumpliendo así el objetivo del enemigo cuando éste no había podido conseguirlo con más de cien aviones.

Llegado por fin a la orilla, en vista de que allí ya no había nada que hacer, emprendimos el regreso en el viejo Chrysler. Fraga hervía de tropas en huida, logramos atravesarla y atacar la larga rampa de la carretera; los soldados fugitivos, extenuados, saltaban a los estribos y guardabarros del coche para llegar antes a lo alto. Algunos cañones subían también por la cuesta, remolcados lentamente por camiones, y la única muestra de serenidad que encontramos en aquel maremágnum fue un oficial de Artillería que, situado en el cambio de rasante, iba deteniendo los cañones a medida que llegaban y haciendo que los servidores de las piezas las fuesen emplazando en lugares desde los que podrían batir el curso del río cuando el enemigo tratase de atravesarlo. Por fin llegamos al chalet de La Bordeta donde Martorell nos felicitó por haber salido con bien de la aventura y se alegró al saber, por nosotros, que por lo menos una parte de la artillería había atravesado el puente antes de la voladura.

En aquellos días, vimos pasar por Lérida, con dirección al frente, una multitud de carabineros; luego me enteré de que eran de la 3ª Brigada, pero no tuve ocasión de ver a Pepe Cerrada.

Pocos días después Paco Durán fue víctima de un accidente que pudo costarle caro; regresábamos de noche por el paseo que bordea el Segre a la Comandancia General de Ingenieros, situada en la oficinas de la S.A. CROS cuando, a causa de la oscuridad total en que se hallaba la población por temor

CAPÍTULO XVI. LA RETIRADA DE ARAGÓN

a los ataques aéreos, no advertimos un socavón junto al pretil y Durán, que era el que iba por la parte exterior, cayó rodando por el terraplén desde una altura de catorce metros. En los primeros momentos no noté sino su brusca desaparición sin poder darme cuenta de lo que había pasado; por fin advertí el socavón y, asomado al pretil, comencé a dar gritos. Con gran alivio oí que me contestaba; gracias a su entrenamiento para caer con habilidad, adquirido en su época de portero del Atlético, no había padecido más que ligeras contusiones y la pérdida de la gorra de teniente coronel que desapareció en la oscuridad.

Lo más curioso es que, cuando a la mañana siguiente se presentó en su despacho, lo primero que vio fue su gorra cuidadosamente colocada sobre la mesa, sin que nunca hayamos podido averiguar cómo llegó hasta allí.

Pocos días después se nos encargó ir a Mequinenza, donde había que preparar la voladura de un puente, porque el Batallón de Destrucciones estaba ocupado en otros menesteres más urgentes. Nos pusimos en marcha y llegamos a Mequinenza al anochecer; allí, en el local de la escuela encontramos al jefe de operaciones Anguita, sin más escolta que lo propios paisanos de Mequinenza armados con fusiles. La desbandada había sido total y solamente aquellos valientes habían quedado voluntariamente de facción.

No era la primera vez que aquellos bravos aragoneses habían dado muestra de su decisión. Cuando en los primeros tiempos de la guerra, las milicias catalanas de la CNT habían instaurado el comunismo libertario en todos los pueblos de Aragón que iban encontrando, los vecinos de Mequinenza se reunieron y tomaron sus disposiciones; ocuparon los tejados de todas las casas que dominaban la Plaza Mayor y armados con fusiles y bombas de mano, aguardaron la llegada de los camiones de la FAI.

Cuando los camiones, ondeando sus banderas negras y rojinegras llegaron a la plaza la encontraron vacía pero, cuando extrañados se apearon, vieron aparecer en los tejados las bocas amenazadoras de innumerables fusiles, mientras una voz estentórea les conminaba: “Largaos ahora mismo o comenzamos a tirar bombas de mano y no dejamos ni los rabos”. Los aterrados milicianos subieron rápidamente a sus camiones, dieron media vuelta y de ellos “nunca más se supo”.

Había llegado ya un compresor y con él algunos obreros que, dirigidos por un minero asturiano a quien llamaban *el camaradín*, practicaron en las pilas del puente las cajas que debían contener, en su momento, las cargas explosivas.

Nosotros no teníamos ni idea en cuestión de voladuras y debíamos limitarnos a consultar un folleto que nos habían dado, pero *el camaradín*, en su charla semidialectal, nos tranquilizó diciéndonos: “Yo póngole veinte cartuchos porque *dícelo* el reglamento, otros diez como margen de seguridad y *aluego*, por mi cuenta, *métole una cajina*”. Hay que advertir a los lectores

no especializados en estas materias pirotécnicas que una caja de dinamita son 144 cartuchos. Después de esta explicación, ya no nos extrañó la altura a que llegaron los tramos del puente de Fraga, sin duda impulsados por la carga preparada por algún otro *camaradín*.

Cerciorados ya de que la eventual voladura estaba asegurada regresamos a Lérida y nos encontramos con que todo el Estado Mayor se había trasladado ya al tren fantasma y en el chalet de La Bordeta no quedaba más que el capitán-pagador, aparte del cocinero flamenco, la mujer de la limpieza y una chiquilla procedente de Aragón, que había quedado huérfana y estaba allí refugiada a cambio de sus servicios como lavaplatos.

Dio la feliz casualidad de que, en ocasión tan oportuna, llegó un obsequio con el que Namovski correspondía a nuestra invitación; era un cajón repleto de vodka, mantequilla y caviar de varias clases: rojo, verde y negro. Con tan fausto motivo los que quedábamos en el chalet pasamos una semana entera manteniéndonos a base de caviar, con lo que nos aficionamos a tan rico manjar que, por desgracia, luego hemos tenido pocas ocasiones de degustar, salvo imitaciones que no se parecen demasiado al legítimo *Ikra*.

Sin embargo no duró mucho este relajó; a los pocos días se nos ordenó que fuésemos a estudiar el trazado de una pista militar que uniese los pueblos de Arro y Campo, ruta que resultaría de gran importancia estratégica para el sector Norte del dispositivo.

Fuimos, siempre en nuestro veterano Chrysler, hasta Barbastro y desde allí por la carretera de Boltaña hasta Ainsa, desde donde por un camino vecinal llegamos a Arro.

Al día siguiente, provistos de banderolas y eclímetro, nos dirigimos hacia Campo, tanteando el trazado futuro de la pista a través de una comarca bellísima que se llama Toledo, por donde el río Nata se devana en meandros interminables; el tiempo era magnífico y el recorrido resultó, en aquel marco idílico, un verdadero placer.

A última hora de la tarde llegamos a Campo, pueblo típico de montaña, con sus casas de tosca mampostería vista y sus tejados de fuerte pendiente. Su riqueza principal era la ganadería, lo que advirtió Óscar Coll nada más entrar, exclamando «¡Huele a vacas!» y no dejándome en paz hasta que logramos localizar el establo y pedir a sus dueños que nos diesen unos vasos de leche recién ordeñada, encontrándola un líquido espeso, espumoso, completamente distinto del que, como leche, nos dan en las ciudades.

Pernoctamos en la taberna del pueblo que, al anochecer, estaba repleta de soldados que eran atendidos por la hija del tabernero, una moza encantadora especie de *Madelon* aragonesa, que se manejaba entre aquella muchedumbre de hombres con gran desenvoltura.

A la mañana siguiente emprendimos el regreso a pie hasta Arro, donde había quedado el automóvil, y fuimos a pernoctar a Ainsa donde pasamos una

CAPÍTULO XVI. LA RETIRADA DE ARAGÓN

noche feliz, arrullados por el murmullo de las aguas de los ríos Cinca y Yesa que allí tienen su confluencia.

Al amanecer quisimos emprender el regreso, pero el vetusto automóvil se negó a arrancar. Dejamos a Juan Baró para que tratase de ponerlo en marcha y tomamos el coche de línea para volver a Lérida lo antes posible.

Por fortuna Baró pudo, con ayuda del mecánico de Ainsa, poner en marcha el coche y aquella misma noche regresó a Lérida; si llega a retrasarse algo más no hubiese podido hacerlo pues al día siguiente los regulares cortaron la carretera.

El enemigo se acercaba peligrosamente a Lérida. Para que en caso necesario pudiesen servir como refugio antiaéreo, mandé practicar en el patio de nuestra oficinilla unos fosos de un metro de profundidad por dos de longitud. Esta precaución fue objeto de algunas bromas cáusticas y se designó a aquellos refugios con el nombre de *las tumbas*.

José Cerrada, aprovechando que había sido enviado a Lérida para ciertas gestiones relacionadas con el material sanitario; fue a visitarme al chalet de los bigotudos y allí estuvo comiendo conmigo. Poco después de terminada la comida comenzó el ataque aéreo a Lérida por unos doscientos aviones. Aquello fue un verdadero infierno; aunque La Bordeta está en la margen opuesta del Segre también allí caían bombas.

Aguantamos la rociada tumbados en la cuneta, junto al flamenco y la niña evacuada. Cuando todo pasó llegaron Coll, Martínez y un joven delineante recién incorporado, que habían pasado lo suyo tendidos en las tumbas, cuya utilidad pudieron apreciar entonces; traían ya la orden de evacuación que había llegado a la oficinilla.

Cerrada se despidió y nosotros, después de recoger mis efectos personales, tomamos el coche y volvimos a entrar en Lérida para recoger los equipajes, saliendo seguidamente en dirección a Cervera, que era donde se nos había ordenado alojarnos.

Por el camino nos cruzamos con una porción de cañones, pertenecientes a la División del Campesino, que acudía a defender Lérida, misión que cumplió durante bastantes días.

Esta fue nuestra despedida de Lérida, a la que no volveríamos mientras duró la guerra.

- Capítulo XVII -

PROSIGUE LA RETIRADA

En poco más de una hora llegamos a Cervera, ciudad célebre en la historia de Cataluña porque en la Guerra de Sucesión fue partidaria de los Borbones, por lo que a su final fue premiada con la creación de una Universidad, cuyo edificio se conserva.

Fuimos alojados en una casa de clase media, que disponía de un amplio patio con un porche donde había una mesa de ping-pong, en la que nos entretuvimos esos días jugando partidas contra las niñas del Instituto de enseñanza media.

Se alojaba en la misma casa el Capitán Horno, un ayudante de obras públicas, joven y bien parecido, que era el capricho de las citadas niñas.

Pero la diversión duró poco; después de un par de días de descanso recibimos orden de trasladarnos a Prats de Rey donde, en cuanto a alojamiento, salimos ganando pues nos asignaron un chalet que había construido un contratista de obras, para su propio uso, y por lo tanto reunía toda suerte de comodidades. Era un verdadero palacete, rodeado de una amplia parcela en la que, además de las flores y frutales, había conejeras, jaulones con gallinas de razas selectas y un precioso perro pointer que nos acompañaba en nuestros paseos por el campo; disponía de numerosas estancias, así que pudimos instalarnos muy a gusto, como sigue:

- Dormitorio de Teniente Coronel: Paco Durán.
- Dormitorio de Mayores: Hierro y Diamante.
- Dormitorio de Capitanes: Horno y Óscar Coll.
- Dormitorio de Tenientes: Martínez y el delineante.

Había una mujer que cocinaba muy bien, de modo que aquello fue grato pero breve; a los dos días se nos encomendó una nueva misión, bastante delicada.

CAPÍTULO XVII. ROSIGUE LA RETIRADA

El enemigo estaba acercándose peligrosamente al curso del Noguera Pallaresa, donde se encontraban varias centrales hidroeléctricas escalonadas pertenecientes a una sociedad llamada *La Canadiense* con fuerte porcentaje de capital extranjero. El Gobierno, advertido por Indalecio Prieto, temía con razón que las tropas en retirada se mostrasen tentadas de volar alguna de estas plantas, lo que hubiera acarreado complicaciones internacionales, de las que ya padecíamos bastantes.

En consecuencia, se nos enviaba un oficial a cada central, con la misión de estar allí hasta última hora y evitar que fuese volada pero, como algo había que hacer para evitar la sensación de que se dejaban caer intactas en manos del enemigo, se nos encargó que en los últimos momentos, se desmontasen los péndulos de los reguladores de las turbinas y se remitiesen a Barcelona.

La relación de centrales afectadas y oficiales que se hicieron cargo de ellas, en orden ascendente según el curso del río, es la siguiente:

- Central de San Lorenzo: Capitán Horno.
- Central de Camarasa: Capitán Óscar Coll.
- Central de Terradets: Alférez delineante.
- Central de Tremp: Mayor Diamante.
- Central de Pobla de Segur: Teniente Martínez.

Un día después llegó un jovencísimo teniente llamado Marín con destino a la central de Capdella; en previsión de que pudiese encontrar cortada su retirada venía provisto de pasaporte y divisas para poder salir por Francia, como así tuvo que hacer según se verá más adelante.

Cada uno de nosotros llevaba como escolta seis hombres del Batallón de Etapas, una especie de policía militar.

Al llegar a Tremp, como salvo el personal indispensable para la marcha de la central el resto había ya evacuado, no encontré dificultad para alojarme en uno de los bungalows de los técnicos de la planta. En una casita inmediata había una centralita telefónica de campaña desde la que podía comunicar, como responsable de todo el dispositivo, con cada una de las centrales antes mencionadas, a través de las líneas telefónicas de servicio de La Canadiense.

Conmigo habían quedado el coche y su conductor Juan Baró que en esos días me prestó inestimables servicios pues aparte de su pericia como conductor, tenía dotes de cocinero y con los escasos medios de que disponía, algunas patatas y unas briznas de bacalao, lograba confeccionar platos apetitosos. Por otra parte era fatalista y estoico y jamás perdía la tranquilidad, lo que me ayudaba a apaciguar mis nervios.

La centralita telefónica disponía también de una línea que comunicaba con Puente de Muntañana, que era donde se encontraba el frente; esto el primer día, pues en los sucesivos cada vez se oía mejor a causa de que, a

medida que la brigada allí situada iba retirándose, se acortaba ese cordón umbilical que la unía con el Mando.

A los dos días de estar en Tresp apareció por allí Santiago Gosé, un ingeniero de caminos a quien yo conocía, acompañado por otro ingeniero, ambos técnicos de La Canadiense, diciendo que iban haciendo una visita de inspección por las centrales. Comprendí claramente que lo que pretendían era pasarse a la otra zona pero teniendo la convicción de que en una contienda civil cada cual debe elegir su bando, opté por no darles por enterado y desearles feliz viaje.

No he tenido que arrepentirme de ello pues una vez terminada la contienda, Gosé me dio buenas pruebas de amistad y compañerismo colaborando eficazmente a que, después de 34 años de sanción, pudiese reingresar al servicio del Ministerio de Obras Públicas.

Ese mismo día, Horno me comunica por teléfono que el enemigo había llegado en algunos puntos hasta el río y me pidió permiso para abrir las



Un pontonero, soldado desconocido. Defendiendo la República no con un fusil, pero sí con su martillo.

CAPÍTULO XVII. ROSIGUE LA RETIRADA

compuertas de la presa con el fin de evitar que lo cruzase; yo le dije que eso no se podía hacer sin orden superior y que resistiese allí mientras pudiese.

Traté de comunicar con Martorell pero no había línea telefónica; lo único que podía hacer el encargado de la centralita era cursar un telegrama oficial, ante esta situación no me quedó otro remedio que enviar el siguiente telegrama:

MAYOR DIAMANTE A COMANDANTE GENERAL
DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO DEL ESTE STOP
SAN LORENZO AL PARECER EN SITUACIÓN APURADA STOP
ESPERO ÓRDENES STOP SALUDOS DIAMANTE

Según luego me contaron, este telegrama organizó cierto revuelo en el Cuartel General del Ejército pues, no teniendo noticias por otro conducto de que el enemigo hubiese alcanzado el río, algún general comenzó a decir que por el Noguera Pallaresa andaba un comandante bulista y que había que buscarlo para darle un escarmiento. Por desgracia pronto pudieron apreciar que no había exagerado.

Al día siguiente ya se oía el tiroteo que anunciaba la proximidad del frente. Uno de los obreros de la central que vivía en el pueblo, situado en la orilla opuesta del río, me dijo que en la fonda de Tremp estaba hospedado un teniente coronel de Ingenieros, me creí en la obligación de ir a verle para saludarle y cambiar impresiones.

Tomé el coche y dije a Baró que pasase el puente, lo que hizo con cierto recelo, y una vez llegado a la fonda pregunté si se hospedaba allí un teniente coronel y cuál no sería mi sorpresa cuando me contestaron que era ¡el señor Zaldúa!

Si el lector recuerda el capítulo VII sabrá que allí dejé a los ingenieros de caminos Bolinaga y Zaldúa construyendo fortificaciones en La Sagra; desde entonces, como se ve, ambos habían ascendido.

Subí a la habitación y me encontré al bueno de Zaldúa embutido en una bata, fumando y rodeado de sillas sobre las que había esparcidas medias y otras prendas femeninas. Le pregunté lo que hacía allí y me dijo que le habían nombrado jefe de una Compañía de Carreteras ordenándole que fuese a Tremp a esperarla; entonces, acompañado por su señora, se había instalado en la fonda y allí estaba esperando la llegada de sus hombres.

Como se ve su despiste era total. No tenía idea de la situación y tuve que decirle que los que iban a llegar de un momento a otro eran los regulares, así que, si no quería caer en sus manos, tenía que apresurarse a recoger sus cosas y venir en el coche a la central donde, por lo menos, teníamos el río de por medio, lo que ya ofrecía alguna mayor garantía.

Así lo hicimos y, cuando llegamos a la central, vi que habían emplazado en las inmediaciones una camioneta en la que iba montada una ametralladora cuádruple antiaérea; estuve hablando con el sargento encargado de ella y le

dije que, aparte de vigilar el cielo, no perdiese de vista el puente para hacer fuego sobre él si intentaba atravesarlo el enemigo.

Por fin llegó la orden de desmontar los reguladores; paramos la central y su propio personal procedió a sacar los péndulos, embalarlos convenientemente y llevárselos a Barcelona pues, como ya nada tenían que hacer allí, evacuaron seguidamente.

Comuniqué la orden a Terradets y Pobla de Segur, intenté hacerlo a San Lorenzo y Camarasa pero ya no contestaban; en cuanto a Capdella, no disponía de línea telefónica, así que el Teniente Marín habría de actuar por iniciativa propia.

Al poco tiempo llegó el delineante, muchacho andaluz, regordete y optimista y me informó de que, cumplida la misión, venía a reunirse conmigo.

Así comenzó una larga noche; parada la central nos teníamos que alumbrar con lámparas de carburo. Los soldados de etapas habían desaparecido y lo mismo ocurrió con la ametralladora cuádruple; al puente comenzaban a llegar soldados en retirada que, extenuados, se tendían a dormir junto a los pretilos.

A media noche oímos de pronto el ruido del motor de un camión y salimos presurosos encontrándonos con una camioneta verde matrícula de Andorra, en la que llegaban Martínez y sus soldados de etapas que habían conseguido escapar de Pobla de Segur, que está situado aguas arriba en la otra orilla del río.

Nos contaron que se habían dado cuenta de que el enemigo ocupaba las alturas y dominaba la carretera que discurre junto al río, por lo que mientras fue de día, no podían escapar; cuando llegó la noche, viendo brillar en lo alto las hogueras de los vivacs montaron en la camioneta andorrana, que por fortuna habían encontrado, y con los fusiles dispuestos, por si tropezaban con alguna patrulla, se lanzaron por la carretera a toda velocidad teniendo la inmensa suerte de llegar hasta el puente a tiempo de reunirse con nosotros.

Amaneció y las horas transcurrían sin que recibiéramos noticia alguna; el delineante, que había perdido su eterno optimismo, me preguntaba: ¿Qué hacemos aquí ya? Esperar órdenes, le decía yo siempre, no podemos hacer otra cosa. ¿Y si nos pillan? Procuraremos escapar en el último momento.

Por fin, al comienzo de la tarde, apareció un coche en el que venían Martorell y Durán. Como ya antes he dicho, Martorell era un gran tipo, siempre preocupado por la seguridad de su personal, y al no poder comunicarnos la orden de evacuación, por estar sus líneas cortadas, había decidido venir a recogerlos en persona. Ya puede el lector figurarse con qué regocijo le acogimos y lo rápidamente que recogimos todos nuestros bártulos para salir de allí cuanto antes.

A nuestro regreso a Prats de Rey nos encontramos con la desagradable sorpresa de que nuestro precioso palacete había sido destinado a hospital de sangre. Se nos asignó otro chalet, pero bastante más modesto.

CAPÍTULO XVII. ROSIGUE LA RETIRADA

A la mañana siguiente apareció Óscar Coll y nos contó su odisea; habiendo ya desmontado los péndulos de los reguladores, no tenía ya nada que hacer en la central y, como todo estaba al parecer tranquilo, no se le ocurrió otra cosa que salir a dar un paseo en la gasolinera de la central. Cuando se hallaba cerca de la cola del embalse, donde el cauce se estrecha, divisó en la orilla derecha una porción de boinas rojas y, aunque en seguida viró de bordo, los requetés comenzaron a perseguirle y a disparar; la motora empezó a hacer agua y él no tuvo más remedio que tirarse al río y alcanzar la orilla izquierda a nado; menos mal que aquellos requetés aunque, como en cierta ocasión dijo uno de nuestros jefes “trepaban como gamos” eran, por lo que se ve, malos tiradores y, gracias a eso Coll pudo escapar, llegar hasta la carretera y detener un camión militar que le trajo hasta nosotros sin más pérdida que la de una preciosa gabardina que yo le había prestado para la ocasión, ya que él no disponía de prendas de abrigo por haberlas perdido en el bombardeo de Lérida.

Al día siguiente apareció Horno, había tenido que salir de San Lorenzo a última hora, no sin darse el gustazo de abrir un rato las compuertas del aliviadero y largar “una chorradita”, como él dijo; hubo de vagar largo tiempo a campo traviesa antes de encontrar un vehículo que pudiera dejarle en Prats de Rey.

A diario teníamos que ir a Pons, a recoger la correspondencia, y pasábamos por Sant Guim de la Plana que era donde estaba instalada la Comandancia General de Ingenieros.

Hacía tiempo que yo tenía solicitado que se trasladasen a Cataluña algunos elementos del Batallón de Puentes Pesados nº 2, que se encontraba por entonces en Alfafar (Valencia), para constituir una pequeña célula que pudiese servir de aglutinante al futuro batallón. Hasta entonces, sin duda por razones burocráticas, este envío se había ido retrasando pero, al dominar el enemigo las alturas del Maestrazgo, amenazando cortar las comunicaciones entre Valencia y Barcelona, el Alto Mando consideró que ese traslado era urgente y, en consecuencia, decidió dar orden de que dos secciones del citado batallón pasaran a formar parte del Batallón de Puentes Pesados nº 3, incorporándose a él en San Vicente de Castellet o, según la nomenclatura dada por la Generalitat, Castellet de Llobregat.

No era éste el único pueblo que había cambiado de nombre; el celo anticlerical de aquellos gobernantes con residuos decimonónicos les había llevado a suprimir todos los nombres que se relacionasen con algún santo, sustituyéndolos por otros de clara raigambre catalana. Empresa vana pues, salvo en documentos oficiales, es tarea muy lenta la de llegar a acostumbrar al común de las gentes a cambiar sus denominaciones habituales.

Nosotros llegamos a tomarlo a broma, e incluso inventamos un pueblo imaginario Aixomateix del Llobregat en el que situábamos todas las historias inverosímiles que se nos ocurrían.

Inesperadamente recibí la orden de hacer inmediatamente una visita a Castellet de Llobregat, para apreciar las posibilidades de alojamiento del batallón.

En aquellos momentos nuestro vetusto Chrysler se encontraba una vez más averiado y tuve que solicitar de la 4ª sección, Servicios, el envío de algún medio para desplazarme. Me contestó Belón que no disponía de ningún coche pero que me enviaría una motocicleta con sidecar y, efectivamente, no tardó ni media hora en presentarse la moto con un conductor vestido de cuero de arriba abajo y cubierto con pasamontañas y gafas.

Me instalé en el sidecar y salimos pitando; a pesar de ser ya mediados de abril el frío era intenso y el sidecar no disponía de parabrisas, así que comencé a buscar algo con que poder abrigarme, pues a pesar de mi chaquetón de cuero, estaba quedándome entumecido; en el fondo del habitáculo encontré un par de sacos de arpillera vacíos y con ellos me cubrí como pude. De esta guisa recorrimos los cuarenta y tantos kilómetros que hay hasta Castellet.

Visité al alcalde, que ya había sido advertido, y éste me mostró como locales más adecuados la iglesia, que por entonces no funcionaba, los dos cines de la localidad, el local de la sociedad coral y una nave industrial bastante amplia.

Estimé que con estos locales había suficiente y emprendí seguidamente el regreso a Prats de Rey, antes de que cayera la noche. Sin embargo, como el pavimento de la carretera se encontraba bastante deteriorado, no podíamos correr mucho y llegamos ya de noche cerrada, completamente congelados y yo vivo, gracias a los sacos de arpillera. Pero al pobre motorista, aterido a pesar de su traje de cuero, hubimos de reanimarle propinándole un *antitanque*, bebida milagrosa contra el frío, consistente en un vaso entero lleno con una mezcla a partes iguales, de leche condensada y coñac *saltaparapetos*.

En cuanto llegué tomé las disposiciones pertinentes para nuestro traslado a Castellet y al día siguiente emprendimos la marcha.

- Capítulo XVIII -

FORMACIÓN DEL BATALLÓN

Cuando llegamos al pueblo nos enteramos de que ya estaban allí las dos secciones enviadas por el Batallón de Puentes nº 2, cuyo jefe era el Mayor Romero Gil, ingeniero de caminos de cuya actuación como autor de las fortificaciones de Talavera y Maqueda dimos cuenta en el capítulo VII. Yo no dudaba de que se había deshecho de los más indeseables, por una u otra causa, y por tanto fui a pasarles revista con cierta aprensión y procuré poner la cara más seria y el aspecto más adusto que pude, lo que me costó gran trabajo dado mi natural más bien abierto y humorístico.

Cada una de las secciones constaba de unos 25 hombres encuadrados así:

1ª Sección

Teniente Barberó
Sargento Alcalde
Cabo Mozos

2ª Sección

Teniente Martín
Sargento Rafael
Cabo Hernández
Cabo Paz

Los soldados eran de diversas procedencias: los había de Puertollano, de donde venían Mozos y Paz; andaluces evacuados de Málaga, como Hernández y Rafael; y alistados en Valencia como Martín, Alcalde y Barberó.

Trataré de dar una imagen breve de estos primeros elementos del batallón, que fueron la simiente de lo que más adelante fue la Unidad.

Barberó era un hombre joven, bien parecido, antiguo encargado de obras, con mucha iniciativa e inventiva, afiliado a la CNT tenía una ideología política elemental y bastante confusa; el contraste con Martín era marcado, éste era bajito, rubio azafranado, especialista en montajes metálicos, muy concienzudo, cumplidor, serio, puntual, etc.; en definitiva todas las buenas cualidades que no convienen a un guerrero, según la autorizada opinión de Clausewitz, “si no van unidas a un valor a toda prueba”.



Esta imagen de "Tierra de España" sirva como homenaje a su autor, el gran Joris Ivens. Al fondo, el Hospital Clínico ocupado por los facciosos que no conseguirían entrar en Madrid hasta el final de la guerra.

Hablando de los sargentos: Alcalde era un hombre muy alto, moreno, enjuto y muy entendido en obras, afiliado a la CNT y paradójicamente muy ordenancista, bronco y antipático; era tremendamente eficaz y poseía dotes de mando y un valor a toda prueba. Rafael era un andaluz de los buenos, alto y robusto, guapo, simpático y valiente.

En cuanto a los cabos: Mozos justificaba su nombre, era un mozo de mediana estatura, moreno de verde luna que hubiera dicho el poeta, guapo y galanteador aunque introvertido respecto a sus compañeros, valiente y decidido. Hernández era hombre de edad madura, alto, delgado y canoso, experto carpintero, serio y cumplidor durante el servicio pero muy alegre y aficionado al baile flamenco en las horas de asueto. Paz era un muchacho inteligente y con cierta cultura; de mediana estatura y bien parecido, cumplidor perfecto y bastante decidido.

Por lo que se refiere a la tropa no puedo recordar uno por uno a sus componentes pero, en general, eran todos albañiles, carpinteros o metalúrgicos de montajes. Traía cada sección un corneta: el de la 1ª era el clásico *turuta* que se las sabía todas en cuanto a picardías cuartelarias; el de

la 2ª era un niño de apenas trece años a quien su familia había alistado para que comiese mejor y que fue más tarde reclamado, como menor, en cuanto las cosas se pusieron serias.

En conjunto era un personal bastante aceptable y me maravillé de la gente que debía tener en su batallón Romero Gil, cuando su desecho era de esta categoría.

Nos dirigimos al alcalde de Castellet para que nos facilitase una casa donde instalar la jefatura del batallón, que sería al propio tiempo la Comandancia militar ya que en el pueblo no había otras fuerzas.

Nos acomodó en una buena casa de dos pisos; en la planta baja montamos el cuerpo de guardia y la pagaduría, en el primer piso instalamos las oficinas.

Esta casa pertenecía a un joven de ideología derechista que había sido incorporado al ejército de forma obligatoria y se encontraba en el frente; su esposa era una rubia muy bella a quien más de cuatro individuos habían *tirado los tejos*, pero todo era inútil, no había modo de hablar con ella; a todas partes iba acompañada por una pariente de su marido, feísima, un verdadero dragón en figura de mujer a quien las malas lenguas tachaban de lesbiana, tal era el celo con que guardaba la virtud de su allegada.

En cuanto a alojamiento, a los oficiales y sargentos se nos distribuyó entre las casas mejores. Tuvimos suerte pues San Vicente de Castellet, aunque pequeño —3.000 habitantes— era un pueblo rico, pues aparte de su acervo agrícola, había en él tres fábricas textiles en las que trabajaban todos los que no lo hacían en el campo, especialmente las mujeres. En consecuencia las casas estaban bien amuebladas y disfrutaban de comodidades.

Yo no quise destacarme ocupando una de las mejores y fui a alojarme, con mi inseparable teniente ayudante, en la casa del tendero de ultramarinos, situada en la planta alta de la tienda.

Más tarde nos dimos cuenta de que habíamos acertado, el tendero era un buen hombre de mediana edad que, más adelante, antes de que fuese llamada su quinta, se incorporó al batallón. Su mujer, gorda y bonachona, nos trataba muy bien; el único hijo, de unos once años, era muy inteligente y jugaba con nosotros: tenía un trompo que al girar emitía un sonido de tono decreciente y cuando le dije que aquello era una “sirena rudimentaria”, se quedó con el cantar y lo iba diciendo a todo el mundo.

Pero lo más entrañable de la familia era la *yaya* como todos llamaban a la abuela, una anciana de más de ochenta años, arrugadita como una pasa, pero siempre de buen humor bromeando con nosotros a todas horas.

Siempre me han sentido mal las comidas que producen muchos gases, así es que cuando empecé a comer con todos los oficiales en un comedor que habilitamos, comencé a sufrir fuertes dolores de vientre ya que el yantar era a base de los productos que nos suministraba Intendencia: patatas, garbanzos, judías y sobre todo las célebres *lentejas de Negrín*. Martínez, que

no participaba del comedor por estar a régimen, me dijo que entregaba a la tendera todo su suministro y que ella, que criaba en el patio anejo a la trastienda conejos y gallinas, le preparaba comidas a base de huevos y carne. Le preguntamos si podría hacer lo mismo conmigo y nos dijo que no tenía inconveniente ya que el suministro lo podía vender en la tienda si es que le sobraba. Con este régimen alimenticio desaparecieron los dolores como por encanto y dejaron de ser para mí una preocupación.

En cuanto estuvimos instalados comenzamos a ocuparnos en aumentar los efectivos del Batallón; había entre Castellet, Manresa y pueblos próximos bastantes evacuados de las localidades de la ribera del Ebro: Gelsa, Pina, Velilla, Caspe y algún otro; eran hombres de cierta edad pero de confianza, puesto que habían evacuado, y duchos en los trabajos relacionados con el río. De ellos alistamos a todos los que se presentaron voluntarios.

También, respondiendo a un aviso que publicamos, se alistaron voluntariamente muchos mozos del propio Castellet y algunos de Manresa que veían próxima su incorporación a filas y preferían hacer el servicio en una unidad de Ingenieros antes de tener que ir a nutrir las filas de la infantería. Preferíamos a los albañiles, herreros y carpinteros, pero en estos primeros momentos no pusimos demasiado énfasis en la selección.

Entre los alistados figuraba uno de los médicos del pueblo, el doctor Jané que, en unión del alférez practicante que nos enviaron de Barcelona, Emilio Segarra, comenzó inmediatamente su labor sanitaria procediendo al reconocimiento de los reclutas.

En uso de mis atribuciones designé oficial del detall a Óscar Coll, ascendí provisionalmente a tenientes, en tanto les fuese reconocido oficialmente ese grado, a los Sargentos Alcalde y Rafael; ascendí igualmente a sargentos a los Cabos Paz, Hernández y Mozos; convertí cada sección en una compañía que se iría nutriendo con los nuevos alistados; formé una tercera Compañía, integrada principalmente por los aragoneses, al frente de la cual puse al Teniente Alcalde y nombré mecanógrafo de la oficina de mando a Enrich, uno de los reclutas del pueblo. Desde Barcelona llegó el Teniente Santapáu, destinado como pagador; su llegada fue una verdadera bendición pues era un veterano profesional, oficial de cuchara, que conocía al dedillo todos los trámites administrativos, de los que nosotros estábamos pez, y sabía admirablemente bregar con la Intendencia y preparar la documentación precisa para las revistas de comisario (entonces llamadas de interventor civil) y, sobre todo, sabía la forma de solicitar y obtener los fondos necesarios para el Batallón. Aunque era antipático y no ofrecía ninguna confianza, hay que reconocer que su labor fue muy eficaz y oportuna pues a los pocos días se presentó el interventor civil y, después de examinar todos los documentos y visitar los locales de las tres Compañías, dio su conformidad y nos felicitó por lo bien que nos estábamos organizando.

El interventor era un militar retirado, ya entrado en años, y un verdadero caballero; siempre se comportó muy bien con nosotros y, en esta ocasión, me preguntó si existía posibilidad de admitir en el batallón a un amigo suyo que en breve debía incorporarse a filas.

Le dije que precisamente ésta era la mejor ocasión, ya que estábamos escasos de personal, y a los pocos días se presentó el interesado, Francisco Alamán. Era éste un hombre de 34 años, maestro sastre diplomado en Londres, muy instruido y educado por lo que inmediatamente lo nombré cabo y lo destiné a la oficina de mando; nunca me arrepentí de esta decisión pues en todo momento dio prueba de su valor y lealtad.

Necesitábamos conductores, ya que nuestro parque móvil iba aumentando. Además del primitivo Chrysler, Juan Baró trajo el taxi de su propiedad, que era otro Chrysler de modelo más reciente; teníamos por otra parte la camioneta andorrana que había tomado Martínez para escapar de Pobla de Segur, un pequeño Ford que habíamos requisado en Castellet, un camión GMC que no sé de dónde vino y uno de aquellos camiones rusos que llamábamos 3HC por parecerse a estos caracteres latinos los cirílicos que llevaban estampados sobre el radiador, que en realidad traducidos eran ZIS, denominación oficial.

Por tanto, en cuanto nos dijeron que en la plaza había un camión de fruta conducido por un joven, salimos presurosos de la oficina Martínez, Coll y yo para tratar de alistarle. Nos encontramos, reclinado cómodamente en la cabina, a un chico de 17 años que era la caricatura de Popeye, rubio con su barbilla cuadrada y un poco torcida, iba cubierto con una boina marrón ladeada que le cubría toda la oreja izquierda. Para nuestro asombro, en cuanto le propusimos alistarle aceptó con entusiasmo; más adelante, cuando ya tuvo confianza, nos explicó el porqué: su nombre era Pedro Esbert Sardá, natural de San Sadurní de Noya, su padre había sido un destacado elemento de derechas y por ello había sido muerto a manos de la CNT; él había conseguido huir y desde entonces andaba errante de pueblo en pueblo, ofreciendo sus servicios como conductor.

Aunque, seguramente como consecuencia del trauma sufrido, estaba un poco loco, era un magnífico conductor muy rápido, así que yo que entonces era un fanático de la velocidad, en cuanto lo probé lo elegí como mi chófer preferido.

Le aseguramos que, mientras él prestase sus servicios fielmente y fuese leal, no tenía nada que temer y así cuando, semanas después, unos milicianos de San Sadurní que le habían seguido la pista se presentaron en el pueblo reclamándole, les dijimos que era un soldado más del Batallón y les enviamos de vuelta con viento fresco.

Otro fue el caso de un joven que me fue presentado y recomendado por el alcalde; era un especie de *play-boy* con camisa azul celeste y pañuelo

CAPÍTULO XVIII. FORMACIÓN DEL BATALLÓN

rojinegro al cuello. Ya le habíamos inscrito cuando nos llamaron por teléfono desde el Centro de Reclutamiento e Instrucción Militar de Manresa, diciéndonos que tenían noticia de que pretendíamos alistarle y que, aunque manifestaba tener 18 años, en realidad tenía 22 y era un desertor que capturado pertenecía al CRIM. Inmediatamente lo enviamos a Manresa debidamente vigilado.

A propósito de este episodio vino a visitarme un diputado de la Generalitat pretendiendo que reclamase al individuo en cuestión y al negarme a ello comenzó a amenazarme con sus influencias por lo que me vi obligado a expulsarle del despacho.

Se presentaron un conductor llamado Sambeat, que destinamos al camión, y un individuo que traía su propia moto al que nombramos enlace motorista, aunque su pericia como tal no era excesiva. Fui a Barcelona a dar cuenta de todas estas medidas en la Inspección General de Ingenieros donde, además de cumplimentar al Coronel Azcárate, encontré a Durán y a Lorito que estaba atareadísimo encargando a diversas fábricas los elementos para la construcción de los puentes metálicos que, aunque eran perfiles normales de catálogo, tenían que ser taladrados con numerosos agujeros para permitir su rápido montaje utilizando tornillos. Al mismo tiempo estaba terminando los planos de un carro lanzapuentes de su invención que debía facilitar extraordinariamente el montaje en cauces profundos.

Se comentaron humorísticamente los episodios de la retirada de Aragón, haciéndose constar que algunos fugitivos llegaron a Barcelona en tan breve tiempo que habían batido el récord de marcha, que hasta entonces ostentaban las patrullas japonesas.

Salí a dar una vuelta por las Ramblas que, aquella primavera, siendo entonces Barcelona la capital de la Nación, con el gobierno en pleno residiendo y medio Madrid volcado allí, estaban más hermosas y animadas que nunca. Pasé ante la residencia de Azaña, con guardia aquel día de carabineros, y ante la sede del gobierno de Euzkadi, guardada por *gudaris* uniformados con levitas azul marino y tocados con boinas rojas. Por todas partes ondeaban banderas tricolores; los motoristas no cesaban de ir de uno a otro Ministerio y, en resumen, el conjunto era maravilloso.

Durante este paseo y por pura casualidad tropecé con Rafael Busutil, un amigo de mi infancia, funcionario del Ministerio de Justicia, al que no había visto desde que salía de Madrid en noviembre del 36, estuvo en Valencia hasta octubre del 37, año en que el Gobierno se trasladó a Barcelona.

Me dijo que estaba preocupado pues se aproximaba la fecha en que, por su edad, debía ser llamado a filas y que, aunque podía incorporarse al Servicio Jurídico Militar, ya que tenía aprobadas las oposiciones al Ministerio Fiscal, repugnaba a su carácter, profundamente humanista y bondadoso, tener que pedir la aplicación del severísimo código de justicia militar.

Le contesté que era providencial nuestro encuentro, por cuanto yo estaba formando un batallón y me vendría como anillo al dedo un jefe de oficinas que, además de reunir su competencia administrativa, fuese un hombre de mi entera confianza.

Le dije además que Paco Durán había sido compañero de su difunto hermano en la Escuela de Caminos y que esto sería una buena referencia con la que, dada la influencia que Durán tenía ante el Inspector, no habría dificultad para que le nombrasen sargento.

Tras unos momentos de duda decidió aceptar mi propuesta y fuimos seguidamente a ver a Durán. Pocos días después Busutil se incorporaba al Batallón en calidad de sargento jefe de la Oficina de Mando.

Por cierto que, cuando le acompañé al Ministerio de Justicia para que se despidiese de sus compañeros en la Dirección General de Prisiones, pude asistir a un espectáculo lamentable; se dio en aquel momento una alarma de bombardeo y, cuando ya todo el personal en el que había un gran porcentaje de mujeres había bajado ordenadamente al refugio dispuesto en los sótanos, apareció lívido y descompuesto el propio Ministro González Peña diciendo a voces que los aviones enemigos lanzaban bombas de aire líquido que lo destrozaban todo. Parece mentira que un hombre que había sido, con Teodomiro Menéndez, el alma de la resistencia en Asturias hubiese llegado a perder los nervios hasta ese punto.

Se incorporó también al Batallón un ferroviario llamado Más; había sido factor y conocía al dedillo la tramitación de los transportes militares, por lo que nos fue utilísimo, ya que teníamos que mover mucho material por ferrocarril; lo integramos en la plana mayor con categoría de sargento.

Hice que todos los oficiales estudiaran a fondo los manuales de puentes que nos fueron enviados por la Inspección y comenzamos con algún material que asimismo se nos entregó, a entrenarnos en el montaje de puentes, tanto de circunstancias como reglamentarios de madera o de hierro. Aprovechamos para estos entrenamientos el río Llobregat que fluye inmediato al pueblo.

En la orden del día se señalaba el ejercicio práctico que debía desarrollar cada Compañía; así teníamos a los soldados ocupados en algo preparándose al mismo tiempo para futuras actuaciones.

Como teníamos que utilizar constantemente el teléfono para comunicar con la Inspección, intervenimos la centralita telefónica que estaba servida por dos hermanas muy simpáticas que respondían a los nombres de dos canciones populares por entonces: Ramona y Mercedes. Para compensarles del exceso de trabajo que les ocasionábamos las incluimos en la lista de suministro de chusco, lo que fue muy apreciado ya que el pan comenzaba a escasear.

Cuando se efectuó en el Batallón el primer reparto de tabaco se presentó a visitarme una anciana, refugiada asturiana, pidiéndome encarecidamente que le facilitásemos alguna cantidad de la aromática planta. Me explicó que

en Asturias todas las viejas fuman y que ahora, cuando el tabaco estaba racionado, no daban cartilla para su adquisición más que a los hombres y no tenía posibilidad de adquirirlo. De momento, como yo no era fumador y sólo utilizaba mi ración para repartir algún pitillo a las patrullas de control, no tuve inconveniente en darle medio cuarterón de lo mío y, en sacas sucesivas, siempre la tuvimos en cuenta para darle algo del sobrante.

Desde el primer momento se hizo popular entre los soldados una chica apodada *La Butifarra*, por su cara roja y abotargada, que les daba bastantes facilidades.

También la dueña de un bar, situado a las afueras, que tenía al marido en el frente era muy solicitada por la tropa.

En mejor plan, había un ramillete de muchachas que simpatizaron con nosotros. Entre ellas, además de las telefonistas ya citadas, estaban dos hermanas apellidadas Basomba, dueñas de una peluquería de señoras situada en la plaza, al lado mismo de la tienda de ultramarinos que nos servía de alojamiento; el padre de estas dos chicas había sido *paseado* y en el pueblo se rumoreaba que ejercían el espionaje; en vista de ello dije a Coll y Martínez que las cortejasen para ver si descubrían algo, pero no sacaron nada en limpio salvo lo agradable de su trato.

Había también dos hermanitas enlutadas muy monas, evacuadas de Aragón, de las que recuerdo el nombre: de la mayor Toñi y de la menor Cuqui.

Flirteaba con el alférez practicante una morenita, esbeltísima, llamada María, apodada *La Valenta* porque un antepasado suyo se distinguió por su valor en la batalla que inmortalizó al *tambor del Bruch* y desde entonces su masía, el Serrat de la Beguda, situada a unos dos kilómetros del pueblo, era conocida por Cal Valent. Esta muchacha tenía dos hermanos casados que habían sido secretarios de los ayuntamientos de Rellinás y Vacárises y que al llegar la fecha de su incorporación a filas habían desertado. Corrió el rumor de que estaban ocultos en el Serrat de la Beguda y Barberó se ofreció para ir a detenerlos, acompañado por dos hombres que portaban los dos únicos fusiles *Máuser* que, para hacer guardia, habían traído las secciones de Valencia. Efectivamente, encontraron a los dos hermanos Plans en el desván de la finca y los entregaron al CRIM de Manresa. Con este motivo la tal María me cobró un odio africano que tuvo las consecuencias que veremos más adelante.

Pocos días después aumentó algo nuestro arsenal por cuanto, a consecuencia de una denuncia anónima, efectuamos un registro en el local de la CNT y encontramos un escondrijo donde se ocultaban cuatro rifles *Winchester* de los que nos incautamos; con ellos al menos, podíamos poner un centinela armado en el local de cada Compañía y reservar tres rifles para el cuerpo de guardia de la oficina de Mando.

Con todo ello quedó organizado este embrión de Batallón, que pronto hubo de comenzar a actuar.

- Capítulo XIX -

EN CAMPAÑA

La primera misión que se nos encomendó fue montar un puente de circunstancias sobre el canal de Urgel, en las proximidades de Mollerusa. Las pasarelas que servían de paso sobre el canal eran demasiado débiles para soportar el peso de los carros de combate y era preciso, por razones estratégicas, que éstos pudieran pasar fácilmente de una a otra orilla.

Encargué de la operación a Barberó, que la ejecutó a las mil maravillas. A nuestro paso por Calaf, tomamos de una serrería allí existente los rollizos necesarios, cuyo diámetro habíamos calculado previamente. Tendidos sobre el canal y convenientemente enlazados formaron un puente, suficientemente resistente, para dar al cual mayor rigidez me sugirió Barberó colocar, de los maderos restantes unos jabalcones ensamblados en forma de *boca de lobo*, con lo que la obra quedó perfectamente terminada.

Un día vinieron también a hacer prácticas en el Llobregat los pontoneros que mandaba el Mayor Mazzoli; a diferencia de nuestro batallón en el que predominaba la gente de edad madura, el Batallón de Pontoneros estaba compuesto en su mayoría por jóvenes deportistas que habían tomado la construcción de puentes de pontones, puentes de vanguardia y pasaderas de infantería como un deporte más para el que se entrenaban concienzudamente, llegando a obtener verdaderos récords. Así, en la construcción del puente de vanguardia reglamentario, tipo Marvá, en cuyo montaje la mejor marca la ostentaban, antes de la guerra, los pontoneros de Zaragoza, con un tiempo de siete minutos por tramo de cuatro metros, los muchachos de Mazzoli llegaron a conseguir montarlo en dos minutos y medio por tramo: una verdadera plusmarca.

En esta ocasión habían venido a entrenarse en el montaje de una pasadera para infantería. Como hemos visto más tarde en las películas de la II Guerra Mundial, lo usual es montar este tipo de pasaderas sobre balsas neumáticas, sin embargo en aquel momento el Ejército no disponía de suficientes balsas

CAPÍTULO XIX. EN CAMPAÑA

ni de tiempo para fabricarlas; por tanto la improvisación, que tanto juego dio en el bando republicano, resolvió el problema.

Había en el puerto de Barcelona una gran partida de corcho en planchas; encerrando un cierto número de estas planchas, convenientemente recordadas, en una especie de jaula de madera se constituía un flotador muy eficaz, con la ventaja de que las balas de las armas portátiles no le hacían mella. No tenía más inconveniente que su volumen y peso para el trasporte.

Sobre estos flotadores, se montaban los tramos de la pasadera, formados por dos largueros en los cuales iban clavadas tablas, constituyendo así un paso de un metro de anchura.

Usualmente la pasadera se construía a lo largo de una orilla y, una vez terminada, se sujetaba por su extremo de aguas abajo y se la dejaba girar arrastrada por la corriente hasta que llegaba a la posición deseada. Esta operación se hacía lentamente, largando cada flotador su correspondiente cable que iba sujeto a un ancla fondeada previamente.



La República, tanto en tiempos de paz como durante la guerra, se preocupó intensamente por desarrollar la cultura y luchar contra el analfabetismo mantenido por los poderes tradicionales. En la foto, campesinos asisten maravillados a una proyección cinematográfica organizada por las Misiones Pedagógicas.

La Sección que fue a montar la pasadera efectuó la operación y luego, para mostrar su solidez y quitar el miedo cuando el caso llegase a los infantes que hubieran de atravesarla, la recorrieron a paso gimnástico formados de dos en fondo.

Quedamos maravillados de ejecución tan perfecta y nos propusimos emular, dentro de las características de nuestro material, aquellas realizaciones.

Hacia el 20 de junio se nos ordenó trasladarnos a Preixens con todo el material disponible; iba a comenzar la operación que se llamó de la cabeza de puente de Balaguer y se quería tener a mano el material de puentes por si fuese necesario.

Además de nuestros dos vehículos pesados, nos fueron enviados ocho magníficos camiones marca Autocar. Fue por entonces, cuando tuve que manejar tan numerosa flota de vehículos, cuando comenzaron a apodarme *Mayor Krone*, por similitud con el famoso circo alemán de las tres pistas simultáneas que había recorrido España poco antes de comenzar la guerra.

Apenas llegados a Preixens aparcamos los camiones convenientemente camuflados, buscamos alojamientos, instalamos la Comandancia militar y formamos una patrulla de vigilancia.

Recibimos la orden de efectuar, aquella misma noche, prácticas de montaje nocturno de puente de madera; como no había río comenzamos la práctica sobre un arroyo inmediato al pueblo. Le tocó hacer la primera tanda de ejercicios a la 1ª Compañía, a las órdenes de Alcalde; empezaron con toda normalidad, le dejamos al frente de la operación y marché a cenar con el resto de los oficiales.

Cuando estábamos a mitad de la cena apareció en el comedor el Teniente Alcalde que, con su típica indisciplina cenetista, no había tenido paciencia para esperar nuestro regreso y había dejado al mando de la tropa al recién nombrado Sargento Paz.

Poco después pisó el umbral el Coronel Azcárate, hecho un basilisco, y no le faltaba razón puesto que al llegar para ver si se hacían las prácticas, acompañado por su inseparable Lorito, se había encontrado al personal sesteando, una vez que la autoridad de Alcalde había desaparecido y sólo quedó Paz que, aunque chico muy competente, había sido uno de ellos hasta pocos días antes.

Azcárate me mandó salir y, una vez a solas, me echó la mayor bronca que he tenido que soportar en mi vida militar, y lo triste es que me la tuve que tragar pues en la milicia nunca puede un jefe escudarse en la falta de un inferior.

Como íbamos a entrar en campaña se nos designó un comisario político; era éste un muchacho joven rubio de buena presencia, apellidado Spínola. No era mal chico, pero sí fanático hasta el punto de reprocharnos el uso del pijama como *costumbre burguesa*. Estuvo pocos días con nosotros pues, en cuanto terminó la operación, fue trasladado a otra Unidad.

CAPÍTULO XIX. EN CAMPAÑA

En el frente la cosa no comenzó mal: en un ataque frontal, los muchachos recién incorporados de la llamada *quinta del biberón* treparon valientemente hacia las cotas que les habían sido señaladas, hasta que tuvieron que detenerse bajo el fuego cruzado de las ametralladoras, entonces las posiciones quedaron fijadas y comenzó una operación de desgaste. Nosotros, en tanto, esperábamos pacientemente en Preixens a que fuera requerida nuestra intervención; para matar el tiempo dábamos largos paseos por el campo, y en uno de ellos, vimos a dos muchachas que estaban recolectando cerezas de un árbol frondoso.

Oscar Coll, cuya debilidad era la gula como hemos ido viendo, trepó decidido al *cerecero*, como ellas en su jerga semicatalana llamaban al árbol, y comenzó a comer las frutas sin descender del mismo, a pesar de las advertencias que le hicimos, fueron tantas las que comió que aquella noche sufrió una indigestión y tuvo que ser atendido por el médico.

Aquella misma noche sufrimos una alarma que originó otra singular aventura. En una Unidad acampada en las proximidades ejercía un Comisario Político que había traído al frente a su esposa, también militante; ésta vestía también de uniforme y desempeñaba funciones de comisario en ausencia del marido.

Poco después de anochecer, se presentó a mí serena y decidida, pero alarmada por el relato de un fugitivo, a quien acababan de detener, que había contado que venía huyendo porque el enemigo había roto el frente y las tanquetas italianas avanzaban por la carretera.



Cartel de Franco y sus cómplices: la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini, el Portugal de Salazar. Gracias a su ayuda pudo ganar la guerra.

Aunque el cuento era bastante inverosímil era preciso comprobarlo, porque nuestra situación con los camiones aparcados, cargados con aquella ingente cantidad de material, y con la sola defensa de dos fusiles, cuatro rifles viejos y las pistolas de los oficiales, era muy delicada y nuestra responsabilidad enorme.

Por tanto, encomendando a la valiente comisaria que trasladase al Mando la información recibida, dije a Pedro Esbert que tomase un rifle y a mi fiel ayudante Martínez que viniese conmigo; Rafael Busutil, que estaba presente, se ofreció a acompañarnos y, ante su insistencia, le dije que tomase otro *Winchester* y viniese con nosotros.

Montamos en el Chrysler y, con las luces apagadas, enfilamos la carretera a velocidad moderada. Habíamos recorrido una decena de kilómetros cuando fuimos detenidos por una patrulla que nos interpelló: «¿Quién vive? ¡Aquí, la veinticuatro romana!». El susto que nos dieron fue morrocotudo, pues ya nos veíamos en manos de Mussolini; al tun-tun dimos el santo y seña y, con gran sorpresa por parte nuestra, fuimos recibidos con gran afecto.

Inmediatamente se aclaró todo; la 24 Brigada Mixta había sido partida en dos por el avance del enemigo hacia Vinaroz. Ninguna de las dos partes quiso perder su numeración de origen y así la que quedó del lado Valencia fue designada como la *24 árabe* y la del lado Barcelona fue bautizada la *XXIV romana*. Dijimos que nos condujesen al puesto de mando y dejamos el coche bajo la vigilancia de Busutil y Esbert; era enternecedor ver a estos dos, los menos belicosos del Batallón, quedar tan serios, en posición de *en su lugar descansan sobre sus rifles*, mientras acompañado por Martínez marchaba hacia la jefatura de la Brigada.

El puesto de mando era una pequeña cueva excavada en el terreno; allí encontramos al jefe de la Brigada, al comisario y al jefe de Estado Mayor, les contamos la historia y nos tranquilizaron diciéndonos que aquella era ya la primera línea y que precisamente, aquella noche era de las más tranquilas. Acurrucados en la cueva, que no daba para más, fumamos unos cigarrillos y ya relajados, regresamos al coche.

A la vuelta pasamos por Cubells y Artesa de Segre donde las calles estaban abarrotadas de tropas; la oscuridad era absoluta pero el ruido ominoso del entrechocar de fusiles y bayonetas denunciaba una concentración de las fuerzas que iban a ser empleadas en el nuevo ataque.

En efecto, al día siguiente se reanudó la ofensiva pero, vista la obstinada resistencia del enemigo, se citó a todos los jefes de unidad a una reunión, que debía celebrarse al día siguiente, en el puesto de mando del Ejército que estaba situado en el monasterio de Poblet.

Aunque la convocatoria era sólo para los jefes de grandes unidades, como nosotros formábamos un batallón independiente, se nos convocó también; concurrimos a la cita y se nos dijo que teníamos que esperar las decisiones

CAPÍTULO XIX. EN CAMPAÑA

de una reunión de alto nivel que estaban celebrando los más altos jefes: Vicente Rojo, Hernández Sarabia, Modesto, Paco Galán, Líster, Tagüeña y algunos más. Tras una hora de espera, salieron los reunidos, muy optimistas en apariencia, diciendo que se había decidido:

1º Suspender la operación de la cabeza de puente de Balaguer.

2º Disolver el Ejército del Este.

3º Crear, con los elementos de Ejército del Este y la parte del Ejército de Maniobra que había quedado en Cataluña, dos nuevos ejércitos llamados: Ejército del Pirineo y Ejército del Ebro.

4º Integrar ambos ejércitos en el Grupo de Ejércitos de la Región Oriental, bajo el mando del General Hernández Sarabia. Se nos dio orden de ejecutar la retirada hacia nuestras bases respectivas, así que regresamos a Preixens y, como aún teníamos la mayor parte del material cargado sobre los camiones, pudimos emprender pronto la vuelta a Castellet, adonde llegamos aureolados por nuestra intervención en una operación en la que realmente no habíamos tomado parte activa.

- Capítulo XX -

AL GRUPO DE EJÉRCITOS

Surgió la duda de a cuál de los ejércitos iba a ser agregada nuestra Unidad. Ramón Martorell, con Paco Durán y demás componentes de su Estado Mayor, había pasado a formar la Comandancia General de Ingenieros del Ejército del Pirineo, con residencia en Solsona, y como nos apreciaba y deseaba sinceramente que nuestro Batallón quedase bajo su mando me dijo que, en ese caso habríamos de trasladarnos más al Norte, a la zona encomendada al Ejército del Pirineo.

Nos recomendó visitar, con este fin, algunos pueblos del curso alto del Llobregat y así lo hicimos. Salí, acompañado por Coll y Martínez, y visitamos Balsareny y Puigreig donde efectivamente encontramos algunas naves industriales utilizables para alojamiento y, en cuanto a confraternizar con la población, un chiquillo de unos 11 años nos dijo que seríamos muy bien recibidos pues había en el pueblo muchas *noyes calentes*, lo que no dejó de estimularnos. Sin embargo, todo este trabajo fue inútil pues, poco después se nos informó de que no habiendo más que un Batallón de Puentes Pesados en Cataluña y teniendo en cuenta que podía ser utilizado por cualquiera de los dos ejércitos, se había decidido agregarnos al Grupo de Ejércitos.

Ante esta decisión, solicitamos permanecer en Castellet del Llobregat, donde éramos tan bien acogidos, y fuimos autorizados para ello.

En cuanto volvimos a estar instalados en nuestros antiguos lares, proseguimos con la formación del Batallón, para lo cual al poco tiempo se nos presentó una ocasión única.

Debía incorporarse a filas una nueva quinta de hombres maduros, y para que se presentasen se designaron cinco centros de reclutamiento, cuatro de ellos quedaban situados cerca del frente y el 5º fue precisamente en Castellet del Llobregat. El resultado fue que en los cuatro primeros centros apenas se presentaron reclutas, a no ser los de los pueblos más inmediatos y en cambio en Castellet se presentó una muchedumbre que ascendía a 10.000

hombres. Como éramos la única fuerza militar en el pueblo, nos correspondía desempeñar la Comandancia Militar; tuvimos en aquellos días un trabajo ímprobo para recibir, alojar, alimentar y reexpedir a sus unidades a toda aquella gente, pero tuvimos la posibilidad de seleccionar a los más aptos para nuestro Batallón.

El primero en presentarse fue el tendero en cuya casa estábamos alojados, lo incorporamos inmediatamente al detall. Seguidamente llegaron los arquitectos municipales de Sabadell y Tarrasa y, como podían ser de inmediata utilidad, los enrolé provisionalmente en el Batallón, en tanto la Superioridad decidía su posterior destino.

Eran perfectos para lo que deseábamos; poseían conocimientos técnicos y, lo que era más importante, el vocabulario técnico catalán en materia de construcción. Formé una especie de tribunal con ellos dos bajo mi presidencia, y tuvimos la santa paciencia de interrogar, uno por uno, a todos los reclutas, sometiéndolos a lo que hoy llamaríamos un *test* consistente en una serie de preguntas que nos orientaban sobre su capacidad en el oficio, su dominio en el manejo de embarcaciones, su conocimiento de la natación, etc.

Pudimos elegir así a cerca de trescientos hombres, muy preparados para la clase de trabajo que habían de realizar, completando así la plantilla del Batallón.

Por aquellos días se nos unieron también el Capitán Cobertera, antiguo sargento profesional de Ingenieros, muy conocedor de su oficio, inteligente y enérgico, el Teniente José García Suárez (*Pipi*) un evacuado asturiano muy entusiasta y decidido que vino nombrado jefe del Detall, por lo que Óscar Coll pudo pasar a mandar la 2ª Compañía.

Otra ventaja que obtuvimos por haber sido designados como Centro de Reclutamiento fue que, como muchas veces las raciones de intendencia destinadas a los reclutas llegaban cuando éstos habían sido ya reexpedidos a sus puntos de destino, conseguimos formar un remanente de víveres con el que nos fue posible mejorar, durante bastantes días, la dieta alimenticia de nuestro personal. Con la particularidad, que hago constar aquí por no ser frecuente, de que todo ello fue a mejorar el rancho, salvo algún bote de leche condensada de los que el *Pipi*, que había traído a su mujer y a su hijo, retiró para el *guaje* como él llamaba al nene en su dialecto bable.

Comenzamos un entrenamiento intensivo en montaje de puentes para que los reclutas recién incorporados se fuesen habituando y, como Cobertera era un excelente instructor, dispusimos que los que no estuviesen en las prácticas de montaje hiciesen instrucción en orden cerrado, para irles acostumbrando a la disciplina militar.

Para ello solicitamos el envío de algunos fusiles y, como se nos contestó en tono algo jocoso, pusimos un oficio muy serio a la Inspección diciendo que estábamos encargados de la seguridad de un pueblo, rodeado de bosques



Guernica ardiendo. No era un objetivo militar, se trataba de sembrar el terror entre la población civil.

que hervían de desertores y emboscados y que, de no accederse a nuestra petición, declinábamos toda responsabilidad por lo que pudiese ocurrir.

No había transcurrido un par de días desde la remisión de este oficio, cuando recibimos dos cajones que contenían setenta carabinas *Winchester* con su correspondiente munición, que debían remontarse a la guerra de secesión americana.

Con este armamento, turnándose por tandas, practicaron la instrucción todos los componentes del Batallón, incluso los soldados y clases de la Plana Mayor para que diesen ejemplo a los demás y no fuesen considerados como *enchufados*.

Terminada la instrucción de la tarde, solíamos desfilas al son del tambor y las cornetas hasta la plaza del pueblo, donde rompíamos filas. Esto agradaba a los soldados que podían lucir su creciente marcialidad y elevaba la moral del paisanaje.

Para distraer a los soldados, cada quince días o así, organizábamos un baile en el local de la Coral. Escotábamos entre los oficiales para poder costear el traslado y actuación de la orquestina *Demon-Jazz* o alguna otra acreditada

CAPÍTULO XX. AL GRUPO DE EJÉRCITOS

de Barcelona, conseguíamos algunas cajas de champán por mediación del Popeye que había sido empleado de Freixenet, y como las muchachas del pueblo acudían gustosas a la fiesta, animadas por el hecho de que muchos de los soldados eran de la localidad, estos bailes resultaban siempre muy animados, con la particularidad de que nunca se produjo incidente de consideración a pesar de que en ellos alternaban oficiales, clases y soldados sin discriminación.

Para los días festivos en los que no traíamos orquesta habíamos organizado dos grupos folclóricos; uno fue escogido entre los soldados andaluces y algunas mujeres que les acompañaban, resultó un cuadro flamenco bastante apañado; el otro estaba formado por la gente aragonesa e interpretaba las bravas y vibrantes jotas de su región. Por otro lado, los reclutas catalanes y las muchachas del pueblo eran muy buenos sardanistas. Con todo ello no nos faltaba sana distracción.

- Capítulo XXI -

INTERMEDIO SENTIMENTAL

En una de las fiestas que organizamos me presentaron a *La Valenta*. Como he dicho anteriormente esta muchacha solía pasear con el alférez practicante; como éste no había llegado aún al salón, la invité a bailar y quedé admirado de la gracia y euritmia con que lo hacía.

Terminado el baile aquel llegó el alférez y yo me despedí dejándola danzar con él; sin embargo, terminada aquella pieza volvió a encontrarse conmigo y me preguntó con el mayor desparpajo: “¿Por qué se empeña usted en que baile con el *alférez*? ¿Es que no le gusta bailar conmigo?”. Yo, que hasta entonces había padecido una incorregible timidez al tratar con las mujeres por creer que carecía para ellas de todo atractivo, quedé deslumbrado y experimenté lo que entonces se llamaba *el flechazo*.

La invité a que viniese a tomar una copa de champán a la mesa en que estaban Coll y Martínez, con sus respectivas peluqueras, y ya estuve toda la velada bailando con ella.

Terminada la fiesta, la esperé para acompañarla a su masía, que como ya he dicho distaba más de dos kilómetros, pero no conseguí verla porque aquel día se quedó a dormir en casa de unas amigas.

Para que no se vea jactancia por mi parte, contaré el verdadero motivo de su actitud y aparente descaro, según mucho más adelante me relató ella misma.

Como recordará el lector, algún tiempo antes una patrulla del Batallón había detenido a sus dos hermanos que estaban ocultos en el desván de la masía; ella había centrado su odio sobre mí, como jefe de la Unidad, y había querido entrar en mi intimidad para ver si encontraba la forma de vengarse, tanto más cuanto que creía firmemente estar dotada de poderes sobrenaturales, ya que los payeses circunvecinos estaban convencidos de ello y le traían a los enfermos para que los curase por imposición de manos. Yo, que nunca creí en esas cosas, debo no obstante reconocer que en una

CAPÍTULO XXI. INTERMEDIO SENTIMENTAL

ocasión, estando en la centralita de teléfonos con Mercedes y Ramona, nos echó las cartas y profetizó con notable acierto lo que iba a ocurrirme después de la guerra; yo por entonces lo eché a broma y la llamaba cariñosamente *mi brujilla*, pero luego no he podido por menos de pensar, que poseía algo relacionado con los fenómenos que ahora estudia la parapsicología.

Enamorado como un cadete me sentí algo poeta, ya sabemos que de poeta y de loco todos tenemos un poco, y compuse aquellos días alguna cosilla como esta:

Esbelta, como un haz de juncos verdes,
parece que no pisa con sus plantas
la tierra, cuando corre enardecida,
como corre hacia el blanco la saeta,
cual corría Diana cazadora
tras la presa de caza estremecida.
Cejas finas y corvas, cual gumías,
sombreado unos ojos que parecen
reflejar el asombro ante la vida.
Y una eterna sonrisa
que mantiene constantemente abierta
de tus labios la herida

Hice llegar a su poder estos versos y, como casualmente, me hice el encontradizo un par de veces. Como el amor y el odio son los dos sentimientos más parecidos, aunque antagónicos, ella fue pasando de uno al otro, casi sin darse cuenta, y cuando por fin pude un día acompañarla a la salida de su trabajo en la fábrica hasta su casa, me lo demostró de una forma que me sería imposible describir.

Y hallándonos en estas críticas circunstancias, recibí la orden de partir con el Batallón para tomar parte en la operación del Ebro y tuve que abandonar Castellet.

Por fortuna, iba yo con Alamán por la plaza y estábamos a punto de partir, con los motores de los camiones ya en marcha, cuando vimos salir de la centralita telefónica a Mercedes, la telefonista, y a María *La Valenta* y pudimos decirles adiós, antes de comenzar aquella dura lucha, que será objeto de la tercera parte de estas memorias.

- TERCERA PARTE -

EL BATALLÓN DE PUENTES Nº 3 EN LA BATALLA DEL EBRO



Fotografía cedida por el Museo de la Batalla del Ebro de Gandesa



Tierras del Ebro. En el plano figuran los principales puntos en que se establecieron puentes y se libró la batalla más importante de la Guerra de España.

- Capítulo XXII -

AL EBRO

Acabábamos la segunda parte de estas memorias describiendo la partida del Batallón, desde Castellet, con destino a la operación del Ebro.

En el mes de junio había hecho una visita, para inspeccionar el Batallón, el jefe del Grupo de Ejércitos de la Región Oriental General Hernández Sarabia. Por cierto que la nota cómica la dio el corneta que, en cuanto vio aparecer un coche se puso a tocar generala, con gran regocijo de Martorell y Durán que eran los que venían en él. Poco después llegó el General y a punto estuvo el corneta de no atreverse a tocar, pero por fin lo hizo y la guardia formó con armas, bastante aseadamente.

El General, que por cierto era un buen amigo de mi padre, visitó los alojamientos de las Compañías y luego presencié un desfile del Batallón, elogiando la unánime y fuerte pisada de la tropa a pesar de las grandes diferencias de edad entre sus componentes. Pocos días después fui convocado con urgencia a una reunión en la Inspección General de Ingenieros; llamé enseguida al chófer Popeye que me dijo que el coche Chrysler estaba muy mal de frenos. Yo le pregunté si se atrevía a llevarme a Barcelona en esas condiciones y me contestó que desde luego. El recorrido por las incontables curvas de la carretera que bordea el Montserrat, en aquel vehículo sin frenos, conducido por un *noi* de 17 años semi-orate, fue espeluznante, pero en poco menos de una hora nos plantamos en Barcelona. Don Patricio de Azcárate, me recibió inmediatamente y me hizo conocer el proyecto súper-secreto que se estaba gestando. Se trataba de aliviar la presión que el enemigo ejercía con su ofensiva en dirección a Valencia y, para ello se estaba preparando una operación consistente en cruzar el Ebro, a poder ser por sorpresa pero, si esto no era posible, a viva fuerza.

Como una vez cruzado el río, sería indispensable disponer de una serie de puntos de paso, entre los que serían fundamentales los puentes pesados, se me encomendaba activar al máximo la instrucción y entrenamiento de las tropas, con el fin de que pudiesen rendir plenamente en tan grave ocasión.

Un poco aturrido por la noticia le pregunté, abusando de la confianza que nos unía, si en su opinión personal la operación tenía algunas posibilidades de éxito, a lo que me contestó, no sé si muy sinceramente, que creía que sí, que dado el cuidado con que se estaba preparando y los elementos implicados existían muchas probabilidades de alcanzar los objetivos iniciales y, por tanto, frenar en seco la ofensiva sobre Valencia.

Regresé enseguida a Castellet, preocupado por la responsabilidad que caía sobre mí, dudando mucho sobre el éxito de una operación de tal envergadura que era, con mucho, la más ambiciosa que el Ejército Republicano había emprendido en todo el curso de la guerra, y abrumado sobre todo por el riguroso sigilo que se me había ordenado, no debiendo hacer partícipes de estas noticias ni aún a mis subordinados más inmediatos.

Así, cuando llegó la orden de partir sin dilación, fui el único a quien no pilló de sorpresa. Gracias a las medidas que se habían tomado, en pocas horas quedó todo listo para la marcha. Llegaron unos magníficos camiones Autocar donde cargamos todo el material disponible, mientras la impedimenta se cargó en el GMC, conducido por Sambeat, y en el 3HC ruso, a cargo de un menudo conductor andaluz morenito y quejumbroso.

El personal de tropa salió en ferrocarril, con destino a Borjas del Campo, encuadrado por su oficialidad, mientras yo, acompañado por mi ayudante, seguía al convoy de material, para cerciorarme de que no aparecía ningún obstáculo a su marcha, en el Chrysler conducido por Popeye. A pesar de todos nuestros desvelos por ir azuzando a los conductores y resolviendo las pegas que se iban presentando en ruta, no pudimos evitar llegar a Borjas del Campo con más de cuatro horas de retraso sobre el horario previsto, por lo que llegué con la creencia de que había incurrido en una grave irresponsabilidad, sin embargo debían de haberse tenido en cuenta amplios márgenes de tiempo, pues cuando hice mi presentación me disuadieron de esta preocupación y hasta me felicitaron por el celo demostrado.

Era la mañana del 24 de julio y estábamos en la plaza mayor de Borjas descansando un poco sin salir del coche, cuando se acercó a la ventanilla un oficial de mediana estatura y rostro cetrino enmarcado por unas gafas de concha que saludó de un modo poco corriente en la milicia, o sea, quitándose la gorra; le contestamos de la misma manera y preguntó:

— ¿El Mayor Diamante?

— Para servirle, contesté.

— Soy Solans, el nuevo Comisario designado para el Batallón de Puentes Pesados nº 3.

— Encantado de conocerle, no puede llegar en momento más oportuno— le contestamos.

De esta manera tan simple se creó el binomio Diamante–Solans, tan fecundo y permanente como los archiconocidos Lister–S. Álvarez o Tagüeña–Fusimaña.

El personal del Batallón había llegado también y aquella noche vivaqueamos en un extenso campo de avellanos, próximo al pueblo.

Antes nos habíamos presentado al Comandante General de Ingenieros del Ejército del Ebro, que era el arquitecto Álvaro Botella, quien nos dijo que para efectos tácticos, cada Compañía había de pasar a depender del Comandante Principal de Ingenieros del Cuerpo de Ejército a que hubiese sido asignada. En consecuencia, la 1ª (Teniente Barberó) y la 2ª (Capitán Coll) pasaron a las órdenes del comandante principal del V Cuerpo, Mayor Bobadilla, antes dirigente sindical en Sevilla.

A la 1ª Compañía se le encomendó la misión de montar en Flix un puente metálico; como se recordará aún no disponíamos del carro lanzapuentes proyectado por Lorito, por lo que había que valerse de una cabria de madera improvisada, lo que hacía el trabajo lento y fatigoso; no había más remedio que atenerse a la vieja norma militar «supla usted con su celo la falta de elementos».

La 2ª Compañía debía montar un puente de madera en un punto situado algo así como un kilómetro aguas abajo del pueblo de Vinebre, cuyo estribo o cuerpo muerto hablando en términos militares, iba en la orilla opuesta a quedar aguas abajo del pueblo de Ascó.

En cuanto a la 3ª Compañía fue encargada de montar un puente de madera en las proximidades del pueblo de Ginestar. Esta Compañía iba al mando del sargento Alcalde, a quien habíamos nombrado teniente con carácter provisional. Pocos días después, en vista de la competencia y arrojo demostrados en la misión que se le había encomendado, fue nombrado teniente en el Diario Oficial. Incorporadas así, a efectos tácticos, las tres Compañías a sus respectivos Cuerpos de Ejército quedaba a mi cargo, en teoría, tan sólo la labor administrativa: recepción y almacenamiento de materiales, distribución de los mismos, nóminas, revistas, etc. Y el asesoramiento técnico en los montajes. Pero en la práctica quedaba a disposición del mando del Ejército para desempeñar cualquier misión que pudiese surgir, entre las cuales la principal era mi presencia acompañado del comisario, en los momentos y lugares más críticos para mantener elevada la moral de las tropas.

El primer trabajo que habían de realizar las Compañías era dibujar los perfiles transversales del cauce en los lugares de ubicación de los puentes, para tener prevista la altura que debía darse a los soportes o pies derechos, con el fin de que el tablero quedase sensiblemente horizontal.

Pero esta operación no debía llevarse a efecto hasta que se hubiese cruzado el río por otros medios y se hubiese creado una cabeza de puente que permitiese trabajar sin estar expuestos al fuego de la fusilería y armas automáticas.

- Capítulo XXIII -

EL PASO DEL EBRO

En la madrugada del 25, el comisario, el teniente ayudante y yo nos personamos en el puesto de mando (PC) del XV Cuerpo, que se había instalado en una gruta natural en la orilla izquierda un poco aguas arriba de la central de Flix.

Alrededor del jefe, Manuel Tagüeña, bullía una multitud de oficiales del Estado Mayor que pegados a sus respectivos teléfonos, comunicaban cada vez noticias más optimistas.

En el curso de la noche, los primeros efectivos habían cruzado el río en botes e inmediatamente se habían tendido las pasaderas de infantería sobre los flotadores de corcho; por ellas pasó el grueso de las tropas que enseguida iniciaron su avance. En el castillo de Flix quedaron rodeados algunos guardias civiles que aún resistían pero, dejándolos atrás, la 3ª División prosiguió adelante y, en aquellos momentos, comunicaba que perseguía al enemigo que se retiraba en dirección a La Fatarella.

Por otro lado se supo que se había tomado Corbera; allí se encontró la caja de un Batallón con muchos billetes de moneda facciosa que fueron quemados públicamente en la Plaza Mayor. Más tarde nos enteramos también de que se había encontrado algo mucho más importante; un puente de barcas modelo danés completo. Por desgracia, estos pontones que estaban prácticamente intactos ya que, aunque habían intentado destruirlos lanzándoles algunas granadas de mano, no habían conseguido más que abollarles algo los costados, no se tuvo la iniciativa de enviarlos en su totalidad inmediatamente al río, donde estaba el Batallón de Pontoneros de Mazzoli que, utilizándolos hubiera podido montar un puente eficaz en muy poco tiempo. Por el contrario, lo que hicieron los ocupantes fue repartir las barcas y plataformas entre las distintas Unidades para montar compuertas de paso intermitente, sujetas a sus respectivos cables. Se perdió así aquel inesperado *regalo del cielo*.

En tanto, el citado Batallón de Pontoneros había comenzado el montaje de un puente de vanguardia en el punto en que antes de su destrucción, cruzaba la barca que unía los pueblos de Vinebre y Ascó, situado uno frente al otro en ambas orillas del Ebro. Este puente de vanguardia, tipo Marvá, era de estructura mucho más ligera y construcción bastante más rápida que los puentes pesados que había de montar nuestro Batallón. El personal de la Unidad estaba constituido en su mayor parte por jóvenes deportistas que, bajo el mando del Mayor Mazzoli, tomaron el montaje de este tipo de puente como una prueba deportiva de la que tenían a gala ostentar el récord; así, gracias a un intensivo entrenamiento habían llegado a invertir tan sólo dos minutos y medio en el montaje de un tramo de cuatro metros, operación en la que los Pontoneros de Zaragoza tardaban, antes de la guerra, habitualmente siete minutos.

Se presentó no obstante una grave dificultad: el material del puente había quedado depositado a kilómetro y medio y no había en aquel momento camiones disponibles para su transporte hasta la orilla.

El Mayor Botella me encomendó el transporte de este material, para lo que puso a mi disposición un Batallón de Zapadores, compuesto por 700 hombres que, cargando cada uno con una pieza del puente efectuaban su traslado hasta el río y volvían enseguida para cargar otra.

Como esta cadena, una vez organizada funcionaba por sí sola, me confié simultáneamente otra misión; hacer posible el paso por las estrechas calles de Vinebre de los camiones que, procedentes de Barcelona, traían las lanchas salvavidas de los buques-correo Ciudad de Sevilla y Ciudad de Mahón surtos en aquel puerto.

Las calles no sólo eran estrechas, sino también tortuosas, por lo que las esquinas impedían que los camiones pudiesen tomar las curvas sin que la popa de las lanchas tropezase con el esquinazo.

Ante tal dificultad y la urgencia del caso, tomé una decisión drástica; escogí entre los zapadores un grupo ducho en derribos e hice que cuatro de ellos acompañasen a cada camión, demoliendo con sus zapapicos cualquier obstáculo que las esquinas opusiesen al paso de los botes de salvamento.

Solucionada la travesía por el pueblo marché al punto donde se estaba montando el puente de vanguardia, cuyo montaje se me había encargado vigilar en ausencia de Mazzoli, que estaba en aquellos momentos ocupado con las Compañías de su Batallón que mantenían el paso por las pasaderas de infantería. Al anoecer del 25 quedó terminado el puente de vanguardia y llegó un oficial de Estado Mayor del XV Cuerpo encargado de organizar el paso por el puente de los numerosos camiones que estaban esperando en las proximidades; este oficial, me hizo presente que había concluido la actuación que me estaba encomendada, y me dijo asimismo que podía regresar a mi puesto de mando; así lo hice.



Construcción de un puente sobre el río Ebro.

Por desgracia, uno de los primeros camiones que pasaron por el puente de vanguardia, debido al pánico de su conductor, lo hizo con demasiada rapidez pese a las advertencias que se habían hecho, y cayó al agua, destrozando varios tramos del puente.

El tráfico quedó así interrumpido y el medroso conductor creo que fue fusilado sobre la marcha, pues durante toda esta operación se había dado la orden de mantener una disciplina de hierro, amenazando con el fusilamiento inmediato a quien simplemente rompiese el silencio que hubo de precederla para lograr la sorpresa.

En la mañana del 26 me trasladé desde mi puesto de mando al punto en el que la 2ª Compañía, bajo el mando del Capitán Óscar Coll, estaba montando un puente pesado de madera calculado para cargas de 20 toneladas.

Este puente era del tipo usado ya en las campañas napoleónicas, todo él constituido por tablones de 20x7. Los pies derechos estaban formados por tres tablones adosados, solidarizados por medio de estribos sobre los que apoyaba la viga cumbreira formada por cuatro tablones, dos a cada lado, superpuestos de canto y separados por unos tacos de forma que permitían el paso del tablón central del soporte que se dejaba más largo con este objeto,

mientras los dos laterales se cortaban a medida para permitir que la cumbrera se asentase sobre ellos. El ancho del puente era de tres metros y la luz de los tramos 3,5 metros.

Las cumbreras venían ya preparadas pero los soportes habían de ser cortados a medida con arreglo al perfil transversal del río que debía tomarse previamente, operación que se efectuaba con ayuda de un cablecillo de acero de 3 milímetros de diámetro, tendido de orilla a orilla, que llevaba cada 3,5 metros una pequeña señal.

En cada una de estas señales se medía la profundidad del río mediante una sondaleza lanzada desde un bote, cuya maniobra era delicada ya que había que mantenerlo inmóvil en contra de la corriente.

Afortunadamente disponíamos, entre el variopinto personal de la 2ª Compañía, de un marinero gallego habilísimo en el manejo de embarcaciones de remo y por añadidura muy valiente, como luego se verá.

Para el montaje, se iban preparando en la orilla los conjuntos de una cumbrera con sus dos pies derechos a los cuales se colocaban unas zapatas, también de madera, para el mejor reparto de la carga sobre el fondo del cauce. Este conjunto se sujetaba al extremo de una palanca que, apoyándose sobre un eje de carro provisto de sus ruedas, permitía su traslado sobre la parte de puente ya construida situándola en voladizo sobre la misma a la distancia exacta de 3,5 metros en cuyo momento, dejando elevar el brazo trasero de la palanca, se depositaba el pórtico sobre el fondo del río, dejándolo sujeto a la parte del puente construida por dos bicheros; entre tanto se colocaban entre este pórtico y el anterior los 14 largueros que los unían y que eran sencillamente tablones puestos de canto provistos de ejiones para guardar la distancia entre pórticos; sobre estos largueros se colocaban tablones de plano que constituían el tablero; unas riostras en cruz de san Andrés tendidas de pórtico a pórtico, ayudaban a mantener la rigidez del conjunto. Cada uno de los extremos del puente se apoyaba en la orilla sobre una robusta pieza de madera, llamada *cuervo muerto* en el argot militar.

La 2ª Compañía, en la que auxiliaban al Capitán Coll, el Teniente Martín y el Sargento Rafael, había ya tomado el perfil y estaba trabajando activamente en el montaje; mientras un grupo colocaba un pórtico en su debida posición, otros iban cortando con los tronzadores tablones a la medida de los pies derechos y formando éstos con los tablones cortados, uniéndolos por medio de los estribos que estaban constituidos por dos pletinas de acero dulce enlazadas mediante varillas roscadas y tuercas. Otro grupo iba uniendo los pies derechos a la cumbrera para formar un pórtico y colocando finalmente las zapatas. Todo ello debía estar perfectamente sincronizado para que el carro pudiera ser cargado en el momento en que regresaba vacío, lo que se verificaba en cuanto había descargado el pórtico anterior ya que la colocación de largueros y tablones de piso era efectuada por otro equipo.

Con una perfecta sincronización se podía llegar a montar este tipo de puente en unos 20 minutos por tramo. En el punto elegido el número de tramos necesario era de 34 por lo que podía calcularse en unas 12 horas el tiempo previsto para el montaje, lo que comunicamos al Mando.

A media mañana se presentó la aviación enemiga compuesta por 33 bombarderos, entre *Junkers* y *Heinkels*; comenzaron a pasar de tres en tres a lo largo del puente dejando caer sus bombas, pero todas cayeron al agua sin causar daños. Hay que tener en cuenta que la operación de paso del Ebro se efectuó sin disponer de un solo avión. Esto, que parece inverosímil, dado el cuidado con que se había planeado todo, ha sido tratado de explicar, años más tarde, como cumplimiento de una exigencia de Francia y de la URSS que deseaban comprobar si era posible atravesar un río importante a viva fuerza sin tener el dominio del aire; pero esta explicación parece demasiado fantástica.

Sea como fuere, el hecho es que los bombarderos enemigos no encontraban oposición en el aire y maniobraban a sus anchas, sin más precaución que la de volar a gran altura para no ser alcanzados fácilmente por el fuego antiaéreo de la DECA, que había trasladado todos los efectivos de que disponía en Cataluña a las riberas del Ebro.

Así se explica la dificultad de los bombarderos en acertar a un blanco que tenía sólo tres metros de anchura. No se comprende, en cambio, para qué dejaron caer sobre el campo un enjambre de pequeñas bombas incendiarias que en aquel terreno arcilloso y estéril no hicieron efecto alguno.

Más molesta para nosotros era la caída de los cascos de metralla procedentes de las granadas antiaéreas que estallaban en lo alto sobre nuestras cabezas, tanto más cuanto que no disponíamos de cascos de acero, de los que solamente estaban provistas las tropas de primera línea.

Por lo demás, íbamos bien equipados; dada la fecha fijada para la operación, en plena canícula, se repartieron a todas las unidades unos trajes frescos, especie de pijamas con cuello abierto y pechera ajustable con cordones que fueron apodados *mariconas* y, como protección contra el sol, nos entregaron unos sombreros de dril que tenían la forma típica de los que usan los pescadores de bacalao, pero a los que pronto la inventiva de los soldados llegó a dar un aspecto marcial poniendo la parte de atrás delante y levantando con gracia parte de las alas.

La segunda oleada de bombarderos se presentó a la hora del rancho y tampoco causó daños ni víctimas. Habíamos excavado unas pequeñas trincheras en la orilla en las que nos refugiamos; una vez agazapados allí me di cuenta de que me había dejado fuera el plato lleno de una succulenta paella y fue tal el apetito que ello me despertó que, una vez pasaron los tres primeros aviones y antes de que llegasen los tres siguientes, salí corriendo, recuperé el plato y me puse a comerlo ávidamente en la trinchera mientras duró el

bombardeo y a nuestro alrededor llovía la metralla de los antiaéreos, con gran asombro del Sargento Rafael y sus hombres que compartían mi refugio.

Hubo una tercera pasada de la aviación enemiga hacia las cuatro de la tarde, también sin consecuencias; pero ya al anochecer, en el último bombardeo del día y estando el puente a punto de terminarse, algunas bombas acertaron en el blanco, destruyendo seis tramos de lo construido y causando dos muertos y siete heridos entre la tropa.

Esto causó la natural depresión, pero poco después apareció el Coronel Azcárate acompañado por su inseparable Mayor Lorito y lanzó una corta arenga a los soldados en la que dijo: “Soldados de Ingenieros: el enemigo se ha propuesto y emplea todos sus medios para que no podamos montar los puentes y nosotros por cojones los hacemos”. Inmediatamente subió a su coche y continuó recorriendo los diversos puntos de paso.

Los soldados, enfervorizados por la arenga y alta la moral por el hecho de que por la noche no operaba la aviación enemiga, comenzaron a trabajar febrilmente, en su afán de concluir la tarea antes del amanecer. En este momento llegó un motorista portando un oficio del Estado Mayor del XV Cuerpo en el que se me decía: “Habiendo Vd. manifestado que el montaje de un tramo se efectúa en 20 minutos, y siendo 6 los tramos averiados, deberá quedar el puente en condiciones de ser utilizado en un plazo de 4 horas. En caso contrario, comparecerá Vd. ante el Tribunal Militar Permanente del XV Cuerpo”.

Como era inútil pretender alegar que es muy distinto montar un tramo sobre la marcha que reparar uno averiado en el centro del puente y no era necesario espolear a la gente para que trabajase más deprisa ya que estaban haciéndolo por la cuenta que les tenía, yo, que siempre he sido un poco fatalista, decidí echarme a dormir en una pequeña tienda de campaña, donde guardábamos las herramientas, pues quería estar descansado para la jornada siguiente que preveía sería muy movida.

Muchos años después he llegado a saber que aquella noche, mientras yo dormía, mi Teniente Ayudante Antonio Martínez, que era un antiguo afiliado al partido comunista, había ido a entrevistarse con el jefe del XV Cuerpo, Manuel Tagüeña, y prevalido de su prestigio en el partido le había manifestado que era una vergüenza que, sin tener en cuenta el celo desplegado por mí en todo momento, se me remitiese un oficio semejante. El resultado fue que no volvió a hablarse más del asunto.

Al amanecer del día 27 me desperté y tuve la grata sorpresa de ver el puente totalmente terminado. Efectué un recorrido en el bote a lo largo del puente para inspeccionar cómo habían quedado los soportes y una vez satisfecho al respecto, me lancé a cruzar el río a nado para celebrarlo.

Sin embargo el paso aún no estaba expedito; se podía llegar en camión desde Vinebre hasta el puente, pues para ello se había improvisado por



Dos pontoneros en barca, ayudan a la colocación de los tramos de un puente.

nuestra gente, para acercar los materiales, un camino consolidando el terreno con haces de cañas que se cortaron de las incontables que crecen a orillas del Ebro. Faltaba pues el acceso al puente del lado de Ascó que debía ser preparado por un Batallón de Fortificaciones que mandaban los hermanos Rodrigálvarez, ambos aparejadores afiliados a la CNT, a quienes había conocido en Madrid cuando aquellas primitivas Brigadas Obreras del Frente venían retirándose desde Mérida.

Al ver que el tal Batallón no aparecía, Coll y yo decidimos ir a buscarlo, pues nos dijeron que estaba refugiado en el túnel del ferrocarril que existe a la salida de la estación de Ascó.

Atravesábamos un olivar cuando la aviación enemiga hizo su primera aparición, con sus consabidos 33 bombarderos; disimulamos nuestra situación tendiéndonos bajo un olivo y dejamos pasar al grupo de tres aviones que iba en cabeza. Aprovechamos el intervalo de tiempo que transcurrió hasta el paso de los tres siguientes para correr hasta una alcantarilla de la explanación del ferrocarril y cuando llegados allí sin aliento asomamos las

narices para ver qué pasaba, vimos volar por los aires el árbol bajo el cual poco antes habíamos estado refugiados, alcanzado de lleno por una bomba.

Esperamos a que terminasen de pasar los aviones, pues no íbamos a encontrar refugio más seguro que aquella tajeta, y salimos luego corriendo, bajo un sol de justicia y sufriendo una sed rabiosa que no pudimos calmar hasta que llegamos al túnel; allí dimos la noticia de que ya estaba terminado el puente y que era preciso construir el acceso cuanto antes, tras lo cual pedimos el botijo y bebimos hasta saciarnos.

El personal del BOF, todo él de la CNT, como sus jefes, estaba remiso a salir al exterior del túnel; Rodríguezhubo de dar gritos e incluso disparar un tiro de pistola para arrancarlos de allí. Por fin salieron y comenzaron a preparar la pista.

Nosotros una vez conseguido nuestro propósito volvimos al puente. El personal del Batallón una vez terminado su trabajo, se había dispersado para ofrecer menos blanco a la aviación refugiándose en las viñas entre las vides.

Junto al puente, en una pequeña zanja, estaba refugiado un oficial de Estado Mayor de la 3ª División, creo que se llamaba Gullón. En una ocasión le llamó el Mayor Merino, jefe de la misma y estudiante como él. Gullón le contestó “aquí estoy yo solo” y tuve que arrancarle el microteléfono de las manos para precisar “aquí estoy yo también”.

Al atardecer estaba terminado el acceso y sólo faltaba colocar el cuerpo muerto, como se denomina al madero donde se apoyan los largueros que unen el puente con su acceso. Lo colocamos entre Coll, el marinero gallego y yo y, cuando al caer las primeras sombras de la noche comenzaron a pasar camiones, el estruendo de los tablones semi-sueltos resonando a su paso me sonó mejor que la más inspirada sinfonía. Óscar Coll quedó aquella noche como jefe de la guardia del puente, regulando el tráfico.

Al día siguiente fui a ver cómo marchaban las cosas en Flix, donde se estaba montando el puente con grandes dificultades, por no disponer aún del carro lanzapuentes, ya que la cabria se mostró muy lenta. El personal había sufrido terribles bombardeos hasta el punto de que Barberó, con ingenua franqueza me dijo: “Está bien bombardear, pero esto es excesivo”. Cuando no estaban en el puente se refugiaban en el túnel del ferrocarril sin salir de él incluso para las necesidades más perentorias, por lo que el hedor era insufrible.

Este puente metálico era muy semejante en su estructura general al puente de madera antes descrito; estaba compuesto de pórticos formados por pies derechos y cumbreira, largueros metálicos y tablero de madera. Tenía la particularidad de que todo él se armaba como un gigantesco mecano mediante tornillos y tuercas. Así, los pies derechos estaban constituidos por dos perfiles U unidos de trecho en trecho, por unos dados metálicos atornillados; como las *ues* tenían sus almas provistas de taladros en toda su longitud, los dados podían colocarse a la altura exacta requerida para el

apoyo de la cumbrera, los destinados a este fin, y con la separación adecuada para evitar el pandeo local de los perfiles, los restantes; los primeros, que soportaban directamente la carga, habían de ir sujetos a cada perfil por cuatro tornillos, para los segundos bastaban dos.

Cada soporte iba provisto en su base de una zapata troncopiramidal de chapa de acero y los dados, que eran también de chapa soldada, llevaban en su centro un tubo en el cual debía encajar un pitón situado en cada extremo de la viga cumbrera, constituida por dos perfiles doble T del 22 soldados a todo lo largo de sus cabezas, de forma tal que el ancho de cabeza total permitía el paso de la cumbrera entre ambos perfiles del pie derecho, para ir a apoyarse sobre los dados correspondientes.

Los largueros eran simples perfiles doble T del 16, a los que se habían soldado unos tacos separadores para que cubriesen exactamente la luz del tramo que era de 3,15 metros; en ambos extremos llevaban soldadas unas asas para su fácil manejo. En un principio la dotación de estos largueros era de 14 por tramo, uniformemente separados y colocados a tresbolillo sobre las cumbreras para no interferirse los de tramos adyacentes, pero sobre la marcha vimos que su número podía reducirse a 10 sin disminuir la resistencia, bastaba para ello reunirlos en dos grupos de 5 concentrados bajo las vías de rodadura.

El tablero estaba formado por tablones corrientes de 15 x 5 que se fijaban mediante un bordillo sujeto a las cumbreras por medio de estribos.

Como el peso de estos materiales era muy superior al de los del puente de madera, su montaje era mucho más laborioso si había de efectuarse con medios de fortuna como los que se utilizaron en este primitivo puente de Flix. Sin embargo, pocos días después pudimos disponer del carro lanzapuentes con el que se facilitaban notablemente las operaciones de montaje.

Para ello, a medida que iba progresando el montaje del puente, se disponían sobre el tablero dos carriles, sujetos con escarpías, formando una vía de un metro de ancho por la que podía avanzar el *carro*.

Este *carro* constaba de dos ejes de vagoneta que soportaban una estructura metálica, provista de un *avant bec* o nariz que sobresalía por delante, permitiendo situar los soportes que iban a lanzarse a la distancia de 3,15 metros de los ya montados. Estos soportes se sujetaban en dos torretas giratorias, de modo que en el trayecto fuesen por el centro de la vía sin tropezar con los anteriores y una vez llegados al extremo libre del puente en construcción pudiesen abrirse dejando los pies derechos en la situación debida; al llegar aquí se liberaban los cerrojos que los sujetaban a las torretas y los soportes, ya provistos de sus zapatas, se hincaban en el cauce.

Para evitar que el *carro*, por efecto del peso acumulado en su nariz, volcase hacia adelante se disponía en la cola del mismo, como contrapeso, todo el restante material del tramo: cumbrera, largueros, tablones e incluso

CAPÍTULO XXIII. EL PASO DEL EBRO

los carriles para prolongar la vía. En el momento en que habían caído ya los soportes se descargaba rápidamente todo este material y, una vez montada la cubrera sobre sus pitones y colocados los dos largueros extremos, el *carro* se retiraba rápidamente para volver a la orilla a ser cargado con el material del tramo siguiente.

El Teniente Cubilledo, cuando más adelante se incorporó a la 1ª Compañía, tomó muy a pecho conseguir la mayor presteza en todas estas operaciones, logrando una sincronización perfecta y llegando a invertir 15 minutos por tramo, o sea, más de un metro lineal de puente cada 5 minutos.

- Capítulo XXIV -

INCIDENTES EN LOS MEDIOS DE PASO

En esta primera visita a Flix observé que en la presa en construcción había un *blondin*, o sea, un cable transbordador de los que se utilizan para poner en obra el hormigón, que atravesaba el río y podía soportar cargas de 12 toneladas, trasportándolas de una a otra orilla; además de los baldes para el hormigón podía colgarse de él una plataforma en la que podía caber un camión de los de la época que no solían sobrepasar una carga de 6.000 kilos. Hice presente al XV Cuerpo que debía solicitar inmediatamente el envío de un maquinista que supiese manejar el *blondin*, ya que éste era un medio más de paso que podría utilizarse en caso de que los puentes fuesen destruidos.

La antigua presa existente era un simple azud de escollera de taludes muy tendidos, sobre el cual vertía el agua y pensé en la posibilidad de dejar la presa en seco y utilizar el talud de aguas abajo, ligeramente arreglado, para el paso de camiones, pero esta idea no tuvo aplicación hasta más adelante.

En el pueblo llamado Garcia existía un puente metálico del ferrocarril del que estaba destruido un tramo; el Mando pensó en la posibilidad de utilizarlo y encargó al Mayor Víctor Martín Elvira, que era ingeniero de caminos, que estudiase este problema. Para resolverlo era preciso efectuar un corrimiento longitudinal de todo el puente; se buscó en Barcelona una empresa que dispusiese de *avant-bec* y bicicletas de corrido y se efectuó la operación en plena batalla, caso único hasta entonces de lanzamiento de un puente metálico convencional en esas condiciones. Martín Elvira, autor de esta hazaña sin precedentes, murió en el exilio; valgan estas líneas para reconocer su mérito y enaltecer su recuerdo.

Tras la visita a Flix fuimos al extremo opuesto del dispositivo, o sea al puente de Ginestar; allí el Teniente Alcalde había hecho una gran labor, según nos hizo presente su jefe directo el Mayor Bobadilla; unos días después se incorporó como jefe de la 3ª Compañía el Capitán Cobertera.

Negrín, al visitar en aquellos días el frente del Ebro, dijo que la heroicidad de sus combatientes era tal que resultaban comparables a los dioses, lo que no dejó de suscitar comentarios humorísticos entre los así endiosados.

Nuestro puesto de mando (PC según el reglamento francés) estaba situado en las ruinas de una pequeña masía llamada el *Mas de las Pusas*; no tenía más que parte de los muros, faltaba bastante de la techumbre y allí sobre un viejo somier desvencijado dormíamos el Sargento Busutil y yo envueltos en los capotes. Allí tenían también su residencia el Comisario Soláns y su auxiliar Eugeni Bonet, el Teniente ayudante Martínez y los conductores Pedro Esbert y Vicente Gracia.

Por las noches, cuando la oscuridad nos protegía contra los bombardeos, nos reuníamos a cenar con Coll en Vinebre, donde había encontrado un barril con vino del Priorato de más de 30 años.

Después del horrible estrépito diurno, aquellas cenas llenas de paz y buen vino, a la luz de una lámpara de gasolina, eran una distensión extraordinaria.

Poco duraron los primeros puentes; el enemigo, no llegando a destruirlos con su aviación, abrió las compuertas de algunos pantanos provocando una avenida que arrastró los puentes de madera de Ascó y Ginestar y averió gravemente el metálico de Flix. Este último quedó reconstruido en la noche del 29 al 30 de julio y la 2ª Compañía comenzó la construcción de otro, también metálico en Mora la Nueva, con ayuda esta vez del carro lanzapuentes que se reveló muy eficaz.

Por cierto que desde Mora la Nueva habíamos contemplado días antes el horripilante incendio de Mora de Ebro que el enemigo, en su impotente rabia, había sembrado materialmente de bombas incendiarias; el espectáculo era comparable a lo que debió de ser el incendio de Roma en tiempos de Nerón.

Esta primera avenida la organizaron con un poco de fortuna, pero el 19 de agosto prepararon una científicamente; para ello, los ingenieros de la Confederación Hidrográfica del Ebro que habían quedado en zona nacional estudiaron los tiempos que tardarían en llegar a la zona de operaciones las ondas de avenida de cada uno de los embalses de que disponían y establecieron una cronología de apertura de compuertas, de forma tal que todas estas ondas vinieran a superponerse al llegar a la altura del gran meandro del Ebro, teatro de la batalla.

Consiguieron así una avenida realmente impresionante que arrastró todos los puentes. En cuanto me dieron la noticia de que comenzaba a crecer el río, me trasladé al puente de Mora la Nueva; los troncos y ramajes que arrastraba la corriente se iban acumulando aguas arriba del puente, al enredarse con las riostras que en forma de cruz de san Andrés enlazaban los pies derechos por debajo del tablero. Distribuí el personal de la 2ª Compañía a lo largo de todo el puente para que, con ayuda de horquillas y bicheros, fuesen pasando todo este ramaje por encima del tablero y lo lanzasen aguas abajo para evitar que



Algunos miembros del Batallón de Puentes nº3: en el centro, el comisario político Solans; a su izquierda, el teniente Barberó; a la derecha, otro oficial.

formando un obstáculo hiciese ejercer al agua una presión tal que derrumbase toda la estructura.

Así resistimos más de una hora, pero el nivel de la avenida iba subiendo inexorablemente y la cantidad de cuerpos flotantes arrastrados era cada vez mayor. Al llegar el agua casi al ras del tablero comenzaron a oírse unos siniestros crujidos, por lo que di la orden de abandonar el puente; yo lo hice, como era mi deber, cuando hubo salido el último hombre y, apenas había puesto el pie en la orilla, se oyó un chasquido horrisono y todo el puente fue arrastrado por la impetuosa corriente.

Otro tanto ocurrió con el puente de Flix; afortunadamente ya se había puesto en marcha el blondin que, aunque de forma intermitente, podía transportar camiones de una a otra margen.

Quedaban también las compuertas o balsas, formadas por dos barcas salvavidas de las que pasaron por Vinebre o de las del puente danés tomado

al enemigo en Corbera; las dos barcas se unían entre sí para soportar una plataforma. Estas compuertas iban sujetas a un cable que atravesaba el río de orilla a orilla, sujeto en ambas márgenes a fuertes castilletes; eran manejadas por personal de la Armada que había sido incorporado al Ejército del Ebro y prestaban un excelente servicio aunque también intermitente. Pero estos medios no eran suficientes; el corrimiento del puente de Garcia aún no había tenido lugar y era preciso habilitar un medio de paso continuo; se decidió entonces utilizar el azud de Flix.

Preparar para el paso el talud de aguas abajo no era difícil, puesto que era muy tendido, bastaba con rellenar de escollera algunos socavones existentes e igualar un poco la superficie con hormigón para facilitar la rodadura; el paso sobre el aliviadero en la margen izquierda podía improvisarse fácilmente gracias a unas vigas metálicas de que disponía y que no había más que lanzar, operación que podía ejecutarse en una noche.

Quedaba, como más laborioso, el paso por encima del canal de desagüe de la central, en la margen derecha, que requería montar un puente de 5 tramos, tarea que se dio orden de ejecutar a la Compañía de Barberó. Cuando llegué a la central, acompañado por Martínez, encontré un Batallón de Obras y Fortificaciones que debía preparar el talud de la presa, pero el agua estaba saltando por encima pues las compuertas del aliviadero no eran suficientes para dar paso al caudal del río; era preciso abrir las compuertas de la central, con los distribuidores de las turbinas abiertos al máximo, operación que no se atrevían a realizar por miedo a que las turbinas se embalsen al girar sin carga. La central era de modelo antiguo; las turbinas de eje vertical hacían girar unas grandes ruedas dentadas cónicas, provistas de dientes de madera, que engranaban con unos piñones cónicos unidos a los ejes de los alternadores de eje horizontal. Mandé traer unos robustos tablones y arriostre con ellos fuertemente las ruedas dentadas de modo que no pudiesen girar. Abrimos entonces las compuertas de entrada a las turbinas y vimos con alegría que el nivel del embalse comenzaba a bajar y que al poco tiempo quedaba al descubierto la coronación del azud, comprobado este extremo cerramos de nuevo las compuertas y el agua volvió a verter sobre la presa.

Habíamos encontrado el sistema que permitiese un paso continuo durante la noche y fuese invisible durante el día. Para ello por la noche abríamos las compuertas y, dejando en seco el talud de la presa, dábamos paso a los camiones; tan pronto empezaba a clarear cerrábamos las compuertas, tanto de las turbinas como del aliviadero, y conseguíamos que el agua volviese a saltar sobre el azud, ocultando el paso a la observación de la aviación.

Este dispositivo tan simple desconcertó al enemigo, que comprobaba el paso de mucho material sin saber por dónde, y fue el origen de muchas leyendas en el campo nacional, tales como la de los puentes sumergibles, puentes plegables, etc.

Resuelto de esta forma el paso sobre el cuerpo de la presa y sobre el aliviadero quedaba por solucionar el paso sobre el canal de desagüe de la central. Barberó, no recuerdo por qué pegas burocráticas para la obtención del material, no había podido construir el puente de 5 tramos, necesario para el paso, y no quedaba tiempo material para montarlo antes de la noche; en tanto, en la orilla esperaban más de cien camiones para pasar, constituyendo un excelente objetivo para la aviación si eran descubiertos a pesar de su camuflaje.

Mi desesperación era terrible, en mi rabia impotente llegué a desear que alguna de las granadas artilleras con que, de cuando en cuando nos obsequiaban los nacionales, cayese cerca y me dejase fuera de combate, para acabar con aquella angustia. Buscando por todas partes la forma de pasar, examiné la central y vi que del lado de aguas arriba había, adosado a ella, un estrecho paso que tenía por objeto acceder a la limpieza de las rejillas, que eran bastante inclinadas. Este paso quedaba demasiado alto, algo así como un metro por encima de la explanación por la que había de discurrir el tráfico. Pensé demoler este paso, que era de madera, cortar la rejilla y montar un paso más ancho a un nivel más bajo. Ordené pues echar abajo la pasarela y, cuál no sería mi asombro al comprobar que debajo de ésta y precisamente a nivel de la explanación, existía ya un paso mucho más ancho y resistente que sin duda era el primitivo de la central sobre el que se había montado el actual, más alto para poder limpiar la rejilla durante las crecidas.

Inmediatamente desapareció la angustia que me desesperaba y renació el miedo al fuego artillero; desmontando la parte alta de la rejilla quedaba un paso que permitía, aunque muy ajustado, el paso de un camión.

Nos pusimos todos a trabajar febrilmente y en menos de una hora quedaba el paso expedito. En días sucesivos ensanchamos un poco el paso, para lo cual solicitamos la ayuda de un experto *camaradín* que, utilizando medios cartuchos de dinamita, cortó como queso la fachada de sillería de la central, aumentando así en 15 centímetros la anchura disponible.

Aquella misma noche, en cuanto oscureció, procedimos a colocar las vigas metálicas sobre el aliviadero. La operación se llevó a cabo colgando las vigas del extremo de una robusta palanca apoyada sobre un eje de carro; la maniobra era dirigida, en completa oscuridad, por un capataz catalán, perteneciente al BOF, que con sus enérgicos gritos de “*en davánt*” y “*en redera*” consiguió llevar a buen fin la colocación de las vigas de hierro, sin más luz que la que esporádicamente lanzaban las linternas de bolsillo.

En cuanto estuvieron colocadas las vigas, fue coser y cantar la tarea de montar sobre ellas los tablonés que formaban el tablero; terminado éste dimos paso a los camiones, con intervalos adecuados, ya que queríamos evitar que el estrecho paso junto a la central, que constituía un cuello de

CAPÍTULO XXIV. INCIDENTES EN LOS MEDIOS DE PASO

botella originase una aglomeración de vehículos sobre la presa. Durante la noche pasaron todos los camiones y, apenas amaneció cerramos las compuertas dejando a la presa verter.

- Capítulo XXV -

IDILIO BUCÓLICO

Con todas estas emociones, yo no me preocupaba de mi comodidad personal; seguíamos viviendo en el *Mas de las Pusas*, prácticamente a la intemperie, y el resultado fue que pesqué un catarro que degeneró en lo que el médico Jané diagnosticó como un amago de pleuritis con accesos de fiebre alta; dijo que era preciso buscar un alojamiento más confortable donde poder someterme a tratamiento, pues creía esto más eficaz que trasladarme a un hospital. Martínez gestionó el traslado del PC al inmediato pueblo de Lloá; allí se nos alojó en casa del más rico del pueblo, uno a quien apodaban *El Rei del Priorát*; era una casona antigua muy amplia, incluso con capilla propia dotada de armonium, casullas, manteos, sotanas y toda clase de vestiduras sacerdotales pues, según nos dijeron, uno de los hijos del propietario era cura. La familia había huido y la casa estaba desocupada.

Allí pasé unos días en cama, atendido por la compañera de un sargento andaluz a quien llamaban *la Miliciana*, siguiendo el tratamiento a base de piramidón y licor amoniaco anisado, con lo que al poco tiempo pude salir del lecho y deambular por el inmenso caserón, envuelto en un manto que encontré en la sacristía. Para entretener mis ocios, *la Miliciana*, que era una andaluza de pro, me iniciaba en los secretos del palmeteo flamenco y me cantaba aires de su tierra, bastante bien por cierto, ya que formaba parte muy destacada del cuadro flamenco del Batallón.

Había en las cercanías del pueblo una gran masía, conocida como el *Mas Roig*, donde se habían refugiado algunas familias evacuadas de Corbera. Al atardecer venían las mozas del *Mas Roig* a bailar un rato a los sonos de un viejo gramófono, de aquellos de bocina, y lo que más les extrañaba, a ellas que provenían de la zona nacional, era que los soldados pudiesen bailar en la misma reunión de los oficiales. Todo un síntoma de la diferencia entre ambas zonas.

Tras unos días de convalecencia Jané me dijo que me daría de baja por diez días para que terminase de reponerme y, aprovechando que por aquel

entonces el enemigo, empeñado en duras acciones en las sierras de Pándols y de Cavalls, había cejado un poco en sus ataques aéreos contra los puentes, partí conducido por Esbert hacia Castellet del Llobregat.

Había escrito varias veces a Pilar, asustado yo mismo por la vehemencia de mi pasión, para que viniese a reunirse conmigo en Cataluña, como habían hecho las esposas de Martorell, Durán, Busutil y otras. El viaje era difícil y peligroso pero no imposible. Había un servicio de correo entre Valencia y Barcelona atendido por un submarino que podía transportar también algunos pasajeros; al niño podía haberlo dejado en Valencia, con mis padres y mis hermanas, pero ella nunca se decidió a efectuar este viaje y yo, como ocurre con todos los combatientes, estaba sediento de cariño y no pude por menos de dejarme arrastrar hacia la que me atraía con tanta fuerza.

Provisto pues de medio cuarterón de tabaco, y con pretexto de entregárselo al Valent de parte de un supuesto amigo, remonté el camino hasta el Serrat de la Beguda y allí encontré a María que me recibió muy cariñosa, pues no habían dejado de impresionarla los relatos de nuestras hazañas que, tremendamente exageradas por sus protagonistas, habían llegado hasta el pueblo a través de cartas y mensajes de muchos soldados que allí tenían a sus familias.

Convine con ella en que por la tarde, a la salida de su turno en la fábrica del Balét, que trabajaba a pleno rendimiento elaborando tela especial para caretas antigás con destino a la Unión Soviética, me reuniría con ella para entregarle una damajuana llena de aceite que le había traído del Priorato.

Por cierto que el aceite lo compré a los campesinos, para no dar mal ejemplo a la tropa, aunque me constaba que todos, y más que nadie el médico Jané, estaban arramblando con el contenido de un depósito subterráneo que habíamos encontrado en Vinebre, todo él revestido de azulejos y repleto de aceite hasta la boca.

Efectivamente, aquella tarde nos encontramos, luego la acompañé hasta la cerca de su casa y este paseo se repitió en días sucesivos mientras duró mi estancia en el pueblo.

Fueron días inolvidables: el recorrido por aquellos campos cubiertos de monte bajo, divisando a un lado las cumbres de Montserrat y a otro unas colinas peladas como un paisaje lunar, reposando en una vieja cabaña de pastor, oyendo los trinos de los pajarillos y observando la salida de la luna, ofrecía un encanto bucólico inigualable.

Por otro lado la propia María era la encarnación de una ninfa de los bosques; no he conocido otra mujer que calzando alpargatas sin tacón, ofreciese una mayor pureza de líneas y marchase como volando sobre la hierba.

ADORACIÓN

Ágil, con la esbeltez de una ninfa pagana
sin embargo atesoras, en tu mirada amante,
todo el místico anhelo de una virgen cristiana
y todas las pasiones de una loca bacante.
Son tus cejas curvados alfanjes agarenos
y tus pestañas hojas de acerado puñal
que dan guardia, cual fieros soldados sarracenos,
al tesoro que encierra tu mirada ideal.
Son tus ojos: si serios, abismos insondables,
que abocan a otro mundo, extraño y fantasmal,
do pelean arcángeles y engendros espantables
más allá de la Ciencia y del Bien y del Mal.
Si rientes, amables arroyos cristalinos
que reflejan la estampa de paisaje lunar
extendida a tus plantas, bajo aquellos caminos
que hasta tu casa llegan, más allá del pinar.
Si amorosos ¿quién puede su encanto describir?
Al que una vez ha sido de esta forma mirado
nada puede alterarle ¿qué le importa morir
si ha tenido la dicha de ser tan bien amado?
Extraña criatura: renuncio a comprenderte,
no puedo analizarte ni te quiero juzgar.
Sólo sé que me arrastras con atracción tan fuerte
que contra ella es inútil quererse rebelar.

En estos días aproveché la ocasión de poder acercarme a Solsona, donde estaba el Cuartel General del Ejército del Pirineo, María tenía allí, en el hospital, a uno de sus hermanos y me pidió que la llevase conmigo en el coche. Accedí y, aunque en el camino nos detuvieron algunas patrullas de control, Esbert les aseguró tan seriamente que se trataba de mi esposa que no nos pusieron ningún obstáculo.

El viaje fue delicioso y una vez en Solsona, mientras ella visitaba a su hermano, yo fui a ver a mis antiguos jefes Martorell y Durán que me recibieron muy cariñosamente pero cachondeándose un poco de la fama de héroe con que la concesión de la medalla del Valor colectiva al Batallón de Puentes nº 3 me había aureolado.

Ellos me conocían bien y sabían que, como yo decía, cuando te dan una condecoración de este tipo es porque has sufrido el mayor miedo de tu vida.

Me llevaron a visitar un sótano que habían pintado y decorado, dándole el nombre de *La Taberna dels Gatets*, donde para distraer su aburrimiento se dedicaban a bailar con las muchachas de Solsona.

CAPÍTULO XXV. IDILIO BUCÓLICO

Otro día acompañé a las afiliadas al Socorro Rojo que fueron en unos camiones al Monasterio de Montserrat, convertido en hospital de sangre, para llevar la almendra que, con destino a los heridos, habían recolectado en pleno frente los soldados de nuestro Batallón.

Lo único triste fue que los días pasaron pronto y no hubo más remedio que regresar a la triste realidad. María me regaló como recuerdo y para que me acompañase en el viaje, una botella de un vino que guardaban en su cueva hacía más de cien años y que era puro néctar; con ella y con los recuerdos de aquellos días maravillosos, emprendimos Esbert y yo el regreso a aquel infierno del que momentáneamente nos habíamos apartado.

- Capítulo XXVI -

DE NUEVO AL EBRO

Volví pues a la casa del Rey del Priorato, en Lloá, donde la vida, ahora que el frente se había estabilizado y la batalla se había convertido en una guerra de desgaste, era algo más tranquila, lo que me daba tiempo incluso a tratar de sacar algunas melodías del armonium de la capilla privada, que por cierto sonaba muy bien.

Esto de permitir que la batalla del Ebro se prolongase fue, a mi modesto juicio, el error principal que cometió el Mando. Una vez obtenido el éxito inicial, conseguido el objetivo de detener la ofensiva enemiga sobre Valencia, era el momento oportuno para una vez quebrantado el enemigo, que en los primeros días de sus contraataques sufrió unas 70.000 bajas frente a unas 30.000 de los republicanos, haber repasado el río y quedar a la defensiva detrás de este obstáculo, retando a los nacionales a efectuar la maniobra inversa, frente a un ejército aún potente y lleno de moral por el triunfo conseguido.

Por el contrario, prolongar la batalla, dada la inmensa ventaja en armamento que gozaban los nacionales, era condenar a todo el Ejército del Ebro, que era el de más calidad, a una destrucción lenta pero segura, pese al derroche de valor de que hizo gala en todo el curso de la operación, y con su destrucción, esperada por los que en la zona Centro no fueron capaces de cooperar con él, acelerar la caída de la República. Fueron, sin duda cuestiones de prestigio o exigencias de otras naciones las que obligaron a librar esta batalla de desgaste a un ejército que acababa de demostrar su capacidad de maniobra y, con ella, su posibilidad de asestar golpes inesperados a un enemigo que solamente en esta forma podía ser batido.

El ocio es padre de la fantasía y así, una noche en la que teníamos poco que hacer, enterados de que la propaganda enemiga representaba a los rojos con cuernos y rabo trimembre, no se nos ocurrió cosa mejor que ir a exorcizar al comisario, que se había retirado temprano a su habitación.

Para ello Óscar Coll se revistió con la casulla bordada en oro que había en la capilla y, empuñando majestuosamente el hisopo, subió hasta la habitación de Solans mientras los demás le acompañábamos respetuosamente cantando el *gori-gori*. Una vez allí soltó con voz estentórea unos latinajos mientras le rociaba convenientemente con el aspersorio.

El comisario se despertó, nos miró muy serio y, sin decir palabra tomó un encendedor, prendió fuego al colchón y lo tiró por la ventana.

Terminada así felizmente la ceremonia, bajamos de nuevo a la sala y nos atizamos unos colodros para celebrarlo.

En otras ocasiones bajábamos a bañarnos en el arroyo de aguas cristalinas que pasa junto a Lloá, en el que por cierto pululaban unos escarabajos de agua grandes, como no los he vuelto a ver en ninguna otra parte; eran negros y del tamaño de huevos de gallina y andaban por el fondo de piedras del arroyo con increíble facilidad.

Un día hicimos allí, junto al arroyo, fuegos artificiales, haciendo detonar unos cartuchos de dinamita que habíamos encontrado y con los que no sabíamos qué hacer. Afortunadamente les pusimos suficiente mecha para que nos diera tiempo de lanzarlos sin que nos lisiaran, lo que no hubiese sido raro pues era la primera vez que hacíamos esa faena.

Otro día organizamos una cacería; nos vestimos de fantasía y salimos al campo Solans, Coll, Martínez, Busutil, Alamán —que lucía una graciosa gorrilla escocesa— y yo en atuendo tirolés. El único que no quiso participar en el jolgorio fue *el Pipi*, ocupado como siempre en ver la manera de manganar algún bote de leche condensada para alimentar a su *guaje*; llevábamos tres escopetas, que habíamos encontrado en el pueblo y nos acompañaba un perro faldero que era portado por Alamán, sujeto con elegante correa.

Nos reímos mucho viéndonos de aquella guisa; nos dimos una larga caminata pero, como ni encontramos por las buenas caza alguna ni aquel can era capaz de levantarla, optamos por adquirir un conejo en una masía para no volver con las manos vacías, ya que *el Pipi* se había comprometido a cocinar un arroz con las piezas cobradas.

Una vez dimos muerte al conejo de un escopetazo, para que llevase perdigones y pudiese parecer silvestre, regresamos ufanos a nuestra residencia.

Pero *el Pipi* no se tragó el anzuelo y, en cuanto nos vio entrar, comenzó a lamentarse a grandes voces: “¡Pobre fusilado!”. Sin embargo, confeccionó la paella, que no resultó del todo mal dadas las circunstancias.

Allí teníamos la ventaja de poder consumir el excelente vino del Priorato, que nos vendían en las masías a dos pesetas litro; precio bajo debido a las dificultades de transporte a otras zonas. El enlace de Barberó, que era un gitano legítimo, preparaba con ese vino y unos huevos batidos un ponche verdaderamente delicioso.

Salvo las visitas que hacíamos regularmente a los diversos puentes, por aquellos días disfrutábamos de una gran calma, sólo turbada alguna vez por los combates aéreos entre los cazas de ambos bandos; recuerdo sobre todo un día que presenciábamos la persecución de un Fiat italiano por un *mosca* ruso; para evitar ser alcanzado por la mayor velocidad del *mosca*, el Fiat, aprovechando su mayor maniobrabilidad, daba vueltas y más vueltas, girando en círculo sobre nosotros mientras el *mosca* le perseguía en vano. Por fin, tras describir lo menos veinte veces la misma trayectoria, el *mosca* agotada su provisión de combustible tuvo que regresar a su base, momento que aprovechó el Fiat para escapar hacia la suya.

Pero no siempre eran tan incruentos estos encuentros; en más de una ocasión vimos caer aviones derribados o pilotos que se lanzaban con sus paracaídas y hasta ¡horror! ver segar con fuego de ametralladora los tirantes de un paracaídas para hacer estrellarse contra el suelo al indefenso piloto. Ya no restaba nada de la antigua conducta caballeresca de los aviadores de la guerra del 14. Ésta era la *guerra total*, preludio de la II Guerra Mundial y, al parecer, era consigna de alguna de las aviaciones extranjeras no dejar llegar vivo a suelo enemigo a ningún piloto que pudiese facilitar, bajo tortura, información sobre la situación de sus aeródromos.

Otro día la cosa nos tocó más de cerca: estábamos Alamán y yo solos en el PC, cuando oímos un estruendo horrísono de un avión que se estrellaba en las proximidades; salimos inmediatamente y, tomando el coche conducido por Popeye, partimos a buscar el lugar de la caída para prestar auxilio.

Cuando llegamos el espectáculo era espantoso; el avión, un *mosca*, estaba destrozado y en su interior yacía gravísimamente herido un joven, casi un niño, español. Por fortuna, simultáneamente llegó una ambulancia de aviación que recogió al herido, pero no pudo por menos de darnos repugnancia la indiferencia con que uno de los sanitarios recogía a aquel pobre muchacho, cuyo rostro ceniciento anunciaba ya la proximidad de su muerte, sin preocuparse más que de despojarle de la pistola, arma que sin duda no pensaba entregar a la autoridad militar sino venderla a buen precio.

Al volver a nuestro puesto de mando nos dimos a pensar en la imprudencia que habíamos cometido al salir así, con el afán de socorrer, sin coger siquiera una pistola. Si en vez de encontrarnos con un aviador amigo, topamos con un fanático joven nazi armado con un Schmeisser no sé cómo hubiéramos podido salir del apuro.

No voy a relatar detalladamente, por no resultar prolijo y reiterativo, las diversas reconstrucciones de puentes que hubimos de realizar con motivo de las sucesivas avenidas provocadas en el Ebro artificialmente; sólo resumiré las conclusiones a que llegamos tras tan dilatada experiencia, limitándonos al puente metálico que es el verdaderamente práctico, tanto por su superior

capacidad portante como por la mayor rapidez que, con auxilio del carro lanzapuentes, se logra en su construcción.

En primer lugar, conviene colocar el tablero lo más alto posible para ponerlo al abrigo de las crecidas, aunque esto requiera el empleo de soportes más altos; además estos soportes deben dejarse sobresalir un metro o más del tablero, para colocar todas las riostras longitudinales en cruz de san Andrés por encima del mismo, de este modo se evita que constituyan un obstáculo para el paso de los cuerpos flotantes y, al mismo tiempo, sirven de barandilla o quitamiedos sin más que colocar un simple pasamanos de madera. El arriostamiento transversal, aunque naturalmente ha de efectuarse por debajo del tablero, no representa obstáculo importante.

Finalmente, si el puente tiene mucho tráfico, recomendamos la ingeniosa disposición adoptada en el último de los puentes montados en Mora de Ebro: consiste en disponer un doble tablero a altura ligeramente diferente para permitir su apoyo sobre una sola fila central común de soportes y dos filas laterales de los mismos. No sólo se consigue así una vía de ida y otra de vuelta, lo que da una fluidez considerable al tráfico, sino que se logra al mismo tiempo una gran resistencia al empuje del agua en las crecidas, pues el pórtico doble formado por los tres soportes convenientemente arriostrados, ofrece una rigidez varias veces superior a la del pórtico sencillo. Así este puente de Mora resistió sin detrimento la última de las avenidas provocadas por el enemigo.

De tarde en tarde, teníamos que desplazarnos a algún puente que había sido alcanzado por la aviación o, lo que era peor, arrastrado por alguna de las avenidas. Por fortuna, como estábamos en época de estiaje, el nivel de los embalses que las originaban tardaba bastantes días en recuperarse y esto nos proporcionaba luego unos días de tranquilidad.

Ya en los últimos días de octubre, nos llamó una noche Bobadilla diciendo que fuésemos a reunirnos con él en Benisanet porque tenía que darnos unas instrucciones. Fue sólo producto de su aburrimiento, teniendo que soportar continuamente el bombardeo a que tenía sometido al pueblo la artillería nacional; llegamos allí Martínez y yo y nos tuvo más de dos horas entretenidos, sin decirnos nada en concreto, mientras alrededor de la casa en que tenía el puesto de mando estallaban sin cesar los obuses. Pero si tenía la esperanza de vernos temblar de pánico no le dimos ese gusto, aunque la procesión iba por dentro.

Pocos días después, por necesidades del servicio trasladé al Teniente Cubilledo de la 3ª Compañía, que como sabemos estaba agregada al XV Cuerpo, a la 1ª que dependía del V. En cuanto le echaron la vista encima, el V Cuerpo nos puso un oficio diciéndonos que lo entregásemos como desertor pues, por lo visto había pertenecido a esa gran unidad y, por rencillas personales, un buen día la había dejado sin tener para ello autorización oficial.

La papeleta era muy dura pero *el Pipi* se ofreció a cumplir la misión, se ciñó la pistola y salió en su busca, conduciéndolo al PC del Cuerpo; junto a él acompañamos un informe en el que hacíamos constar su conducta ejemplar, durante toda la operación del Ebro, y Coll se ofreció a ser su defensor cuando compareciese ante el Consejo de Guerra. Como luego se precipitaron los acontecimientos y no volvimos a saber de él, he pasado muchos años preocupado por saber cuál habría sido su destino. Por fortuna, hace un par de años, me dijeron que lo habían visto en Francia después de acabar la guerra. Si este muchacho se hubiese confiado a mí y me hubiese pedido que no le trasladase al V Cuerpo, donde por lo visto tenía muchos enemigos, yo hubiese podido sustituirlo por otro oficial, evitando así tan desagradable episodio.

En realidad, durante toda la operación, nos entendimos mucho mejor con el XV Cuerpo; su jefe Manuel Tagüeña era un universitario y casi todo su Estado Mayor estaba compuesto por estudiantes, su comandante principal de ingenieros González, era militar profesional y todo ello contribuía a que, empleando un lenguaje común, nuestras relaciones fuesen más cordiales.

En noviembre comenzó ya la franca retirada; el día 13 se nos dio orden de construir un puente en Ribarroja, para lograr que las tropas del XV Cuerpo pudiesen repasar el río con mayor seguridad.

Comprendí que aquella misión era difícil porque si el puente era detectado habría de ser atravesado bajo el fuego enemigo; por fortuna el cielo estaba encapotado y las condiciones no eran buenas para la observación aérea. Sin embargo, mi único tonto consuelo era recordar el viejo refrán “A enemigo que huye, puente de plata”.

En aquella parte el río es más ancho, pero las aguas son más tranquilas al encontrarse remansadas por el azud de Flix. En dos noches terminamos el puente, sin trabajar de día para evitar ser descubiertos por la aviación, y en la madrugada del 15 pasaron por allí todos los efectivos que quedaban en la otra orilla.

A pesar de la derrota, las tropas volvían llenas de moral y pasaban el puente cantando:

«No hay quien pueda, no hay quien pueda
con la gente de Tagüeña.
Guerrillera, luchadora,
no hay quien pueda, por ahora».

Cuando el alba empezaba a clarear, un pelotón del Batallón de Destrucciones hizo volar el puente y, con esta traca final, terminó la batalla del Ebro.

El día 16 lo pasamos en Vinaixa, donde teníamos que cargar en el ferrocarril todo el material sobrante, y allí nos reunimos con algunos oficiales de otras

CAPÍTULO XXVI. DE NUEVO AL EBRO

unidades y organizamos una gran paella campestre acompañada por buen champán. Una vez terminado el ágape alguien propuso celebrar un concurso de tiro al blanco sobre las botellas vacías. Colocamos pues sobre una tapia tres cascos de botella y dos capitanes dispararon sobre ellas sus pistolas sin acertar; cuando me tocó el turno desenfundé la FN y efectué mi único disparo en toda la guerra, con la suerte de que acerté de lleno en la botella central, lo que me valió toda clase de felicitaciones, pero por mucho que me instaron a ello no consiguieron que disparase de nuevo, porque estaba convencido de que había dado en el blanco por pura chamba y no quería echar a perder mi buena fama como tirador; para ello puse la excusa de que no me quedaban más que 11 cápsulas, ya que la munición de 7,65 escaseaba y era muy difícil de conseguir.

Aquella tarde dejamos el material cargado y la tropa instalada en un tren de mercancías; los oficiales iban también en un furgón, pero consiguieron adornarlo con los aparatos topográficos y los jalones rojiblancos de que disponíamos e incluso lograron cierto grado de confort gracias a unos butacones que encontraron en el pueblo. Al verles tan bien instalados casi me dio pena tener que dejarles para volver en automóvil a Castellet.

Y es que, en los transportes ferroviarios nunca teníamos pegas gracias a los servicios del Sargento Rías, antiguo factor de la Compañía de los Ferrocarriles del Norte, que se las sabía todas.

Así pues, regresamos a Castellet; Martínez y yo en el coche conducido por Popeye y Soláns y Bonet en el que guiaba Gracia.

- Capítulo XXVII -

LAS DELICIAS DE CAPUA

A nuestra llegada al pueblo fuimos recibidos en triunfo; los ecos llegados allí de nuestras aventuras y desventuras en el Ebro habían sufrido tales exageraciones que daban carácter de epopeya a lo que fue simple cumplimiento del deber. La concesión de la Medalla del Valor Colectiva, por la que todos los componentes del Batallón eran autorizados a ostentar, sobre la bocamanga izquierda, tan preciada condecoración, acabó de dar fe a aquellas versiones.

Lo cierto es que se nos miraba como héroes y se nos trataba como a tales. Las muchachas del pueblo que, mientras faltamos de allí habían sustituido en sus solapas los castillos, emblema del Cuerpo de Ingenieros, por las bombas del Arma de Artillería, a la que pertenecían los soldados que se habían alojado en Castellet en nuestra ausencia, guardaron en lo profundo de sus cofres las bombas, pulieron con sidol los castillos y volvieron a lucirlos sobre sus blusas con orgullo.

Las niñas pequeñas jugaban al corro cantando:

“Las chicas de Castellet
le dicen al comandante
si se van los pontoneros
nosotras vamos delante”.

Nosotros por nuestra parte, correspondíamos a tanto agasajo y, después de la instrucción que por orden superior efectuábamos todos los días en el campo de fútbol, organizábamos un vistoso desfile al son de tambores y cornetas que concluía en la plaza del Ayuntamiento con una retreta floreada, todo lo cual hacía las delicias de la chiquillería.

Se preguntará el lector —¿de dónde habíamos sacado la banda?—. Para ello aprovechamos la ocasión de que apenas llegados a Castellet, nos enteramos de que la Generalitat deseaba hacernos entrega de un bandera y,



Camión y pontoneros comprobando la firmeza del puente para el paso de tropas.

como pensaba entregarla personalmente el Presidente Companys, solicitamos del Grupo de Ejércitos el envío de seis trompetas y cuatro tambores para dar la debida solemnidad al acto. El General Hernández Sarabia, aparte de la simpatía que sentía por nosotros, debía tener muchos músicos disponibles pues nos mandó, no sólo los soldados solicitados, sino también un magnífico maestro de banda que ejecutaba unas floreos de fantasía que despertaban el entusiasmo popular.

Con tal motivo el Presidente Companys nos concedió una audiencia a la que asistí acompañando al comisario, que era el que la había solicitado y en la que, según éste me recomendó, hice mis pinitos en catalán saludando a la entrada con un “*A les vostres ordres, President*” que causó una excelente impresión a don Luis.

El Presidente me preguntó si queríamos una bandera catalana o española, yo le hice presente que, por ser el Batallón de Puentes nº 3 una unidad del Ejército Español, no podía portar más bandera que la tricolor; pero que si la Generalitat quería darnos una muestra de su aprecio, concediéndole una corbata con los colores catalanes, ello constituiría para nosotros un honor. Se mostró muy satisfecho de esta solución salomónica y procedió a encargar la bandera. Ésta, primorosamente bordada y adornada con la cinta cuatribarrada, llegó a estar expuesta en el escaparate de un céntrico comercio, pero nunca llegó a sernos entregada, pues los acontecimientos se precipitaron y no dio tiempo a que se realizara la ceremonia de la entrega.

Con motivo de preparar el desfile, toda la instrucción que hacíamos en aquellos días era en orden cerrado; la especial de puentes, aparte de ya muy lograda, era imposible por falta de material y, en cuanto a la táctica de combate, no disponíamos de instructores.

Por ello nos vimos muy apurados durante la visita que nos hizo un general ruso, cuando éste nos preguntó por la instrucción de combate; no sabiendo qué contestar, opté por decir a Coll que trajese un par de botellas de champán, para brindar por la prosperidad de la Unión Soviética y, una vez degustadas, le expresamos nuestra ilusión por visitar su patria y comenzamos a agobiarle a preguntas sobre los dispositivos defensivos de la URSS para el caso de un ataque alemán; en tan amena conversación transcurrieron las horas en un soplo y el simpático general hubo de regresar a su base, sin tiempo para profundizar más sobre nuestra preparación bélica. Antes de marchar, me preguntó si podría entregarle un informe detallado sobre el montaje de puentes pesados en el Ebro; le contesté que yo no podía dar informes más que a mis superiores pero que, con mucho gusto redactaría uno y lo remitiría a la Inspección General de Ingenieros, donde podría recabarlo el consejero ruso allí destinado.

Más incisivo resultó en su visita un miembro del Comisariado Soviético, también con grado de General, que exigió visitar alguna de las unidades para comprobar su moral. También aquí tuvimos una inspiración genial al recordar que la 3ª Compañía estaba formada en su gran mayoría por aragoneses. Sin menospreciar las virtudes militares de los soldados de otras regiones hay una que es característica del aragonés, nunca pierde el buen humor y siempre todo le parece bien. Así, mientras los andaluces siempre estaban refunfuñando por la comida, para ellos exótica, y los valencianos y catalanes por considerarla escasa y de baja calidad, los maños la encontraban excelente y siempre estaban alegrando el cine en que se alojaban con los rasgueos de las guitarras y los aires de la jota.

Propusimos pues al general que inspeccionase la 3ª Compañía y, cuando al formular allí sus preguntas directamente a los soldados recibió respuestas tan espontáneas como entusiastas, no pudo por menos de felicitarnos por el excelente espíritu de la tropa.

Un día vinieron a visitarnos algunos médicos del hospital de sangre de Manresa, acompañados por un grupo de lindas enfermeras. Con este motivo organizamos en la Comandancia un animado baile, amenizado por una merienda regada con champán, que fue muy del agrado de los visitantes, que nos dejaron ya bien entrada la noche.

Otro día nos visitaron las dos célebres ciclistas rubias de Vilatorrada de Cardoner, a quienes ya en anteriores ocasiones habíamos encontrado en las carreteras, pues se dedicaban a recorrer continuamente la comarca en sus bicicletas en busca de productos alimenticios. Tras agradecerles su visita, las obsequiamos con un par de libras de chocolate y marcharon tan contentas.

Mala espina nos dio la retirada de los combatientes internacionales, a los que se tributó en Barcelona una despedida apoteósica. Explicó la prensa que esta retirada se efectuaba en cumplimiento de una petición de la Sociedad de Naciones para que todos los extranjeros de ambos bandos abandonasen la lucha, pero era notorio que ni Alemania ni Italia harían el menor caso de esta exhortación; más bien nos dio la impresión de que se aprovechaba la ocasión para permitir escapar con dignidad del desastre final que se cernía sobre nuestras cabezas a los valientes camaradas de las Brigadas Internacionales. Otra muestra de querer salvar la cara ante la opinión internacional fue la decisión que llegó a publicarse en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra, de enviar curas a las unidades militares con el nombre de *Comisarios de Culto*, para lo que se contaba con un buen número de ellos, evacuados de Euskadi, nacionalistas entusiastas, que por tanto no habían tenido que recurrir al *camouflage* para sobrevivir. Martínez, con su natural sociable, ya estaba preparando el recibimiento que haríamos al *pater* que nos fuese asignado; por desgracia no hubo tiempo para llevar a cabo tan interesante proyecto.

A pesar de todos estos acaecimientos, aún nos quedaba tiempo para fomentar las actividades deportivas del Batallón. Ya antes de la operación del Ebro habíamos organizado concursos de natación en un canal inmediato al pueblo; ahora era la temporada de fútbol y se jugaba al campeonato militar en el que participaron varios equipos, todos ellos del Cuerpo de Ejército o cuando menos de División; el único equipo de Batallón fue el nuestro y, a pesar de eso, hizo un papel bastante lucido. Teníamos la ventaja de que Vicente Gracia, el chófer del comisario, era un jugador destacado del Sabadell, de modo que tenía vara alta en este club, que no sólo nos permitió utilizar su campo, sino que incluso nos autorizó a lucir sus colores y nos facilitó para ello sus clásicas camisetas blanquiazules a grandes cuadros.

Un partido reñidísimo fue el que, fuera del campeonato, celebramos contra el Grupo de Artillería destacado en Manresa. Lo presenciamos desde un palco toda la plana mayor y el comisariado, y fue tanta la *furia española* que nuestra presencia despertó en los jugadores, que el capitán del equipo contrario se dirigió a nuestro palco y nos pidió por favor que dejásemos de

enardecer a nuestro equipo, para evitar que el partido degenerase en una batalla campal y terminase como el rosario de la aurora.

Un domingo llegó al pueblo un grupo de muchachas de la organización *La dona a la reraguarda* que iban haciendo propaganda. Con ellas venía el afamado dibujante y caricaturista BON que, con su célebre carro entoldado, recorría los distintos acantonamientos de las tropas haciendo para los soldados caricaturas a precio módico.

Coincidió con ellos la visita del Ministro de la Generalitat Miratvilles y de varios periodistas, entre los cuales venía uno del diario barcelonés *Treball* que me hizo una interviú; unos días después pude leerla y comenzaba diciendo: *“El cap del batalló es un home de rostre infantivol i gest suau...”*.

Por aquel entonces se incorporaron al Batallón dos tenientes sin que lo hubiésemos solicitado, lo que nos produjo cierta extrañeza. Ambos eran aparejadores; el primero, Zapata, alto y bien parecido, había actuado en el frente de Madrid, efectuando los delicados trabajos topográficos indispensables para la perforación de la larga mina con la que se voló el cine de Carabanchel donde se alojaba todo un Tabor de regulares; el segundo, Casado, era sobrino del Coronel Segismundo Casado, célebre más tarde por su golpe militar en Madrid contra Negrín y su gobierno. Estos hechos posteriores nos han hecho sospechar que este oficial nos había sido enviado como agente de los socialistas, para conocer el estado de ánimo de nuestra Unidad que estaba considerada como simpatizante, en su mayoría, con el partido comunista. Nosotros, totalmente confiados entonces, recibimos muy cordialmente a ambos oficiales, cuya conducta por otra parte fue intachable en el poco tiempo que pasaron a nuestro lado.

Como se aproximaba la ceremonia de entrega de la bandera, solicitamos de Intendencia la autorización para adquirir, previo pago, en las Cavas Freixenet media docena de cajas de botellas de champán. Una vez recibido el vale decidimos ir a recogerlas personalmente, para lo cual organizamos una excursión a San Sadurn de Noya en dos coches, el mío y el del comisario.

Para hacer más ameno el viaje, invitamos a algunas chicas; las dos hermanas Basomba, que acompañaban a Coll y Martínez, Toñy, la mayor de las aragonesitas, con Solans y la inevitable María, que estaba en las mejores relaciones conmigo.

Una vez recogidas las seis cajas de Freixenet intentamos merendar en un bar, donde resultó que no había más que champán y anchoas en aceite. No obstante, como reinaba el buen humor, la merienda resultó muy animada y hasta tuvo su punto de sabor mitológico cuando Óscar Coll, que como alumno de arquitectura tenía un fondo clásico, derramó la espuma del champán que fue a caer casi toda sobre la mayor de las hermanas Basomba. Coll se apresuró a compararla con “El nacimiento de Venus, extraída por Júpiter del mar, entre nubes de espuma”, con lo que logró que normalizase

el ceño, fruncido en un principio por la mojadura. Pocos días después fuimos a Barcelona, Alamán y yo, acompañando a María y a su íntima amiga Mercedes, la telefonista, que tenían que probarse dos trajes sastre que habían encargado. Una vez terminada la prueba fuimos a comer al Club de Tenis Barcelona, del que Alamán era socio; nos sirvieron bastante bien, dadas las circunstancias.

En realidad, en Barcelona llegó a haber escasez de alimentos pero nunca se sufrió el hambre negra que, debido a su falta de comunicaciones, padeció Madrid. El campo catalán es muy rico y, si no se encontraban productos con dinero, en cuanto se ofrecía tabaco el payés se ablandaba y sacaba algo de su escondrijo. Eran especialmente preferidos en estos trueques los puros fuertes, llamados *caliqueños*.

Los soldados del Batallón, siempre ocurrentes, cantaban por el pueblo unas coplas alusivas a nuestra actividad en el Ebro, que no puedo por menos de transcribir como muestra del humor de aquellas buenas gentes.

CANTO DEL BATALLÓN

«El veinticuatro de julio,
al llegar el frente al Ebro,
los del Batallón de Puentes
todo lo veían negro.
Lo primero que se hizo
a la mañana siguiente
se tomaron los perfiles;
y se empezaron los puentes.
El teniente Barberó,
capitán de la primera,
ha montado un puente en Flix
que es de hierro y de madera.
En el puente de Vinebre,
el capitán Óscar Coll
montó treinta y cuatro tramos
en traje de bañador.
El capitán Cobertera
monta un puente en cuatro voces,

porque manda unos muchachos
que trabajan muy veloces.
Allá, va el mayor Diamante,
visitándose los puentes,
y parece que le esperan
con el palillo en los dientes.
El comisario Solans,
cuando ve venir las pavas,
se pone un palo en la boca
y en el bolsillo las gafas.
El teniente pagador,
desde Castellet al frente,
ha tardado con su Ford
desde el uno al veintisiete.
Por su arrojo, disciplina,
valentía y pundonor
el batallón ha ganado
la Medalla del Valor.»

Y entre estrofa y estrofa el bravío estribillo:

«Las pelotas, las pelotas,
las pelotas del caray,
del caray son las pelotas
las pelotas del caray»

Y así llegamos a la Nochebuena del 38; pensamos celebrar una cena, aportando cada uno los víveres de que dispusiera; María ofreció su masía como local para el ágape ya que, aunque su casa quedaba a unos kilómetros del pueblo por el atajo, dando un rodeo se podía llegar hasta ella en automóvil.

Por tanto, en dos automóviles, subimos hasta allí con Toñy y Cuqui, las dos Basombas y Mercedes.

La cena resultó gratísima y después estuvimos bailando un rato al son de la radio.

Por un momento calló la música para anunciar que, desde el día anterior el enemigo había comenzado el ataque a Cataluña. Esto nos quitó el humor y nos hizo volver a Castellet cabizbajos y pensativos.

Un par de días después entré en la centralita telefónica y encontré allí a María que, utilizando sus dotes de *brujilla*, estaba echando las cartas a las hermanas Mercedes y Ramona. Me puse al microteléfono e hice una imitación bastante conseguida de Mercedes cuando estaba en funciones de telefonista, que fue coreada por las risas de todas ellas y, luego pedí que me echaran las cartas a mí por primera y única vez en la vida, pues nunca he creído en la cartomancia. Sin embargo, he de reconocer que el acierto fue notable; nada más echar la primera carta me dijo: ¡la cárcel!, y según fueron saliendo las sucesivas añadió –“pasarás allí una buena temporada y saldrás por fin gracias a los buenos oficios de algunos amigos”. Entonces la predicción me pareció de lo más improbable ya que, si las cosas iban mal tenía pensado salir por la frontera francesa; pero más tarde la realidad vino a confirmar la exactitud de la profecía.

A pesar de todos estos nubarrones que se cernían sobre nuestro porvenir, pronto reaccionamos y recordando aquello de “que nos quiten lo bailao”, contratamos dos orquestinas en Barcelona para que viniesen los días 31 de diciembre y 6 de enero, en los que habíamos organizado dos bailes por todo lo alto. En el de fin de año vestí, por única vez, el traje gris de paisano, para que hiciese juego con el flamante traje sastre de María, que con él estaba radiante. Como ella bailaba maravillosamente, todos dijeron que formábamos una pareja ideal. En el baile de Reyes, que no sabíamos si había de ser el último, todos derrochamos alegría y buen humor.

Por aquellos días me llamaron al Cuartel General del Grupo de Ejércitos, no recuerdo bien para qué, pero sí la impresión tristísima que me dio ver a todos los oficiales holgando por los pasillos, tocando la guitarra y cantando “arroz con aceitunas, aceitunas con arroz”. Me di cuenta de que aquella gente, que era la que más al tanto podía estar de la marcha de las operaciones, se hallaba totalmente desmoralizada.

Otro síntoma claro de desmoralización, esta vez de la retaguardia, lo tuve al asistir, accediendo a una invitación que se nos envió, a un mitin en Manresa en el que se trataba de fomentar el espíritu de resistencia. La sala del cine en

que se celebraba el acto estaba casi a oscuras y semidesierta, nadie aplaudió los discursos de los oradores y aquello concluyó en un ambiente de tristeza y desesperanza.

Por otro lado la pérfida propaganda del enemigo iba haciendo su efecto; por todas sus emisoras radiofónicas anunciaba solemnemente: “los que no tengan las manos manchadas de sangre nada tienen que temer”. Los resultados fueron extraordinarios. La gente, harta de la guerra y creyendo que no tenía que temer represalias, estaba deseando que todo acabase. ¡Ya se vio más tarde cómo se cumplieron esas promesas!

Por fin, el viernes 13 de enero —trece y viernes, el día fatídico para los anglosajones— recibí una llamada telefónica; era Carlos Gaos González-Pola, ingeniero de Caminos adscrito a la Inspección General de Ingenieros, que me dijo: “esta noche llegarán los camiones, tenéis que salir, pero sin puentes; estad preparados”.

Yo di las órdenes para que todo el personal estuviese dispuesto para partir. Dejamos en el pueblo al Sargento Busutil, para que se encargase del material y parque móvil que allí quedaba. Me alegró mucho que por su puesto de jefe de la oficina de Plana Mayor, resultase el más indicado para este cometido y no pudiese acusárseme de favoritismo al dejarle en el pueblo, pues de todos era conocida la amistad que nos unía. También quedó allí el Teniente pagador Santapáu.

Mientras todos se disponían para la partida, yo no quise dejar de despedirme de María. Así pues dije a Pedro Esbert que sacase el coche y me condujese al Serrat de la Beguda; llegado allí, encontré a María en la cocina, tostando unas almendras; salió fuera y, ya anocheciendo, nos despedimos muy emocionados y le dije: “Regresa ahora a tu casa sin volver la cabeza, si la vuelves no tendría valor para dejarte”. Sentía en mi interior que era la última vez que la vería y mi amargura era inmensa.

Regresé al pueblo, donde ya habían llegado los camiones y, una vez que el personal los hubo ocupado y partieron, salimos Martínez y yo en nuestro coche y Solans y Bonet en el suyo, hacia lo desconocido.

- Capítulo XXVIII -

AL INFIERNO

El contenido de este capítulo, será escueto y confuso. Así como de los acontecimientos anteriores guardo un recuerdo bastante claro, como la memoria es muy piadosa y tiende a olvidar lo desagradable, de lo que ocurrió en estos días se me han olvidado muchos nombres y lugares. Relataré así, sin pretensión de precisión alguna, los retazos de recuerdos que en mi mente quedan, aunque resulten deshilvanados y sin ilación.

Recuerdo vagamente que nos presentamos en Querol al PC del Cuerpo, donde nos recibió Lister y nos dijo que fuésemos a incorporarnos en Esblada a la 45 División; allí encontramos también al Batallón de Pontoneros de Mazzoli, pues se había dado una disposición por la que se disolvían los BOF, pasando sus soldados a Infantería, y regresando sus oficiales a disposición de la Inspección General de Ingenieros, pero con respecto a los Batallones especiales de Puentes y Pontoneros se disponía que se conservasen íntegros con su oficialidad, actuando a las órdenes de las grandes unidades a que fuesen destinados. Esto era un desatino porque los oficiales de Puentes y Pontoneros, muy bien preparados técnicamente en su especialidad, eran totalmente legos en tácticas de Infantería. Entonces recordé con pesar el interés que el general ruso había puesto en nuestra preparación táctica y el poco entusiasmo que en nosotros había despertado.

Cuando el jefe de la 45 División nos preguntó por los efectivos y armamento con que contaban ambos Batallones, le dijimos que aunque el de Puentes era el más numeroso, pues tenía unos 700 hombres, no disponía más que de 50 carabinas Winchester y 5 fusiles Máuser; el de Pontoneros, con unos 400 hombres, poseía mosquetones Máuser para todos ellos.

En vista de ello nos enviaron a la XII Brigada Internacional (Garibaldi). Esta brigada había estado integrada por italianos y mandada por Martino Martini; ahora los extranjeros se habían ido y los pocos españoles que en ella quedaron habían sido diezmados en los primeros días de la ofensiva

sobre Cataluña. La mandaba el Teniente Coronel Rivas y tenía como jefe de servicios a un antiguo asentador de la plaza de la Cebada que era un verdadero monstruo.

Todos ellos estaban en el límite de la desesperación y trataron a nuestro personal no como a camaradas que venían a ayudarles, sino como carne de cañón que les permitiese salvarse; en ocasiones el tal jefe de servicios llegó a golpear a alguno de nuestros oficiales.

Comprenderá el lector que para mí todo ello fue un verdadero infierno; por un lado recaía sobre mí la tremenda responsabilidad de conducir a la lucha en campo abierto a unos hombres no adiestrados para ello y sin que yo tuviese suficientes conocimientos tácticos; por otra parte no podía abandonar a mis soldados dejándolos inermes en poder de aquellos insensatos.

Cuando les informé de los efectivos y armamento del Batallón, comprendieron que era imposible ponerlo en línea, además les hice ver que era imprescindible que algunos oficiales de Infantería adiestrasen a mis hombres en las tácticas de este arma; en consecuencia nos enviaron a unos lugares designados como caserío de Valdeperas, Grony y Taulería, que yo más tarde no he podido localizar en los planos.

Allí, mientras esperábamos la llegada del armamento, un par de oficiales de la Brigada les dieron instrucción, pero tan somera que para aprender cómo lanzar las granadas de mano, se servían de piedras que los muchachos lanzaban sobre la supuesta posición enemiga como si estuviesen jugando al chito.

Por otra parte, en contra de lo que había dispuesto el Diario Oficial, desmembraron el Batallón, incorporando cada compañía a uno de los Batallones que teóricamente componían la Brigada pero sin enviar a nuestros oficiales a la Inspección General de Ingenieros, como había sido dispuesto para los de los BOF.

Por fin llegó el armamento; 700 mosquetones Máuser nuevecitos, recién salidos de la fábrica, perfectamente engrasados y con sus cuchillos-bayoneta. Sin embargo, al ir a entregar estos cuchillos se comprobó que, sin duda por olvido, no venían los tahalíes sin los cuales no hay manera de suspenderlos del cinturón, por lo cual se entregó a cada soldado su mosquetón pero sin bayoneta, lo que era causa de inferioridad si se llegaba a una lucha cuerpo a cuerpo. Se entregaron también a cada soldado dos granadas de mano defensivas, del tipo piña, y con eso se dio por terminada su preparación para el combate.

La primera vez que entramos en línea fue en las proximidades de la ermita Santa Perpetua; cuando nos aproximábamos a las posiciones marcadas, nos tropezamos con otras unidades que venían retrocediendo bajo el fuego de una batería que, con precisión matemática, iba haciendo avanzar sus andanadas de cuatro impactos. Los nuestros, naturalmente, se incorporaron a la estampida y la carrera sólo terminó al llegar la noche.



Conducción de un herido, con marcada expresión de inquietud ante el ataque faccioso.

Mis recuerdos son muy confusos, se mezclan en mi mente los nombres de La Solana, La Llacuna, Guardiola y Pla del Penedés, pero sin que pueda identificar cada uno de ellos con la acción allí desarrollada.

En la madrugada de cada día, cuando nos dirigíamos a tomar posiciones, me tropezaba siempre con un simpático oficial del Estado Mayor de la División, el cual invariablemente me informaba de que las posiciones designadas estaban ya ocupadas por el enemigo. Esto llegó a repetirse tanto que nos provocaba un ataque de risa sardónica cada vez que nos encontrábamos.

Lo grave era que las nuevas instrucciones que el citado oficial nos daba, a veces eran interpretadas como un pretexto por la Brigada. Así, un día que debíamos ocupar un caserío y lo encontramos ya ocupado por el enemigo, quedamos formando línea frente a él y lo comunicamos al Mando de la Brigada; llegó poco después un motorista portando una orden “urgente y secreta” que decía: “Con la Compañía que tiene en reserva procederá seguidamente a atacar al enemigo, desalojándolo de la posición”.

Dado mi desconocimiento de la papeleta, esto era superior a mis fuerzas, pues intuía además que no podía conducir más que a una matanza inútil. Por fortuna, la Compañía en reserva era la de Cobertera que, por lo menos, había sido sargento en África y tenía una ligera idea de lo que procedía hacer; me aconsejó emprender el ataque con una sola escuadra, marchando las restantes como apoyo. Se hizo así y, apenas apareció a su vista la escuadra atacante, el enemigo desató un fuego infernal de ametralladoras.

Pasado algún tiempo se presentó Cobertera en posición de firmes e informó “Suspendido el ataque; única baja el cabo Luis Blanch Bull, desaparecido”. Inmediatamente hice mecanografiar el siguiente mensaje para la Brigada: “Iniciado el ataque el enemigo respondió con fuego de armas automáticas, en número no inferior a cuatro; interrumpo el ataque, ruego el envío de morteros y espero nuevas órdenes”. Nadie me contestó. Al día siguiente, en un alto conocido por La Solana, llegaron simultáneamente a la cumbre nuestras fuerzas y las del enemigo emprendiéndose una lucha, en la que en algunos casos se llegó al cuerpo a cuerpo y al insulto personal; así, según me contaron y sin más testimonio lo repito, llegó un mocetón gritando: “¡Rojillos, aquí va un sargento de Franco!”, a lo que otro le contestó: “¡Fachas, aquí un teniente de Negrín!” y disparando su pistola le derribó. En aquella vorágine de acontecimientos, ni pude comprobar la veracidad de la historia ni conocer la identidad de su protagonista, si es que lo hubo.

Como, abrumados por la superioridad numérica, tuvimos que retirarnos, al llegar por la noche al PC de la Brigada fuimos groseramente amonestados y se nos ordenó: “Dejad los fusiles, rodeaos la cintura de granadas de asalto e id a dar un golpe de mano para recuperar La Solana”

Por fin imperó el buen sentido y el jefe de la Brigada, comprendiendo que si se quedaba sin tropas su cargo no tendría significado, optó por conservarnos pero, sin duda conociendo que el frío es un gran conservador, nos dejó toda la noche a la intemperie, en el centro de la plaza, sin más abrigo que los capotes-manta y teniendo que tumbarnos apelotonados, unos sobre otros, para darnos algo de calor y poder resistir la gélida noche de enero.

Afortunadamente, al día siguiente llegaron los dos mayores de Infantería que debían tomar el mando de los Batallones que estaban vacantes; quedaba yo así sin mando sobre la tropa pero no se me devolvió a la Inspección como era lo dispuesto, sino que se me dijo que siguiese en todas partes los pasos del Mayor Vidal, que era el nuevo jefe, para mantener la moral de la tropa.

El Mando de la Brigada, que ya se había quedado con mi coche, me ordenó entregar todos los coches y camiones que había dejado en Castellet; yo, que no podía negarme, puse un oficio al Sargento Busutil para que entregara todos, menos el carro lanzapuentes y su tractor, y envié asimismo otro oficio dando cuenta de ello al Coronel Azcárate.

Ante estas irregularidades, envié a mi ayudante Martínez a Barcelona para que, reunido con el Comisario que había sido evacuado el día anterior aquejado de una gastritis aguda, fuese a la Inspección a hacer presente lo ocurrido y, en caso necesario, lo expusiese al Ministro de Obras Públicas Sr. Velao, íntimo amigo de mi padre, recabando la orden para el traslado de todos nuestros oficiales a Barcelona, como estaba dispuesto en caso de desmembración del Batallón.

Ese día tomamos posiciones en La Llacuna; tuve la precaución de indicar a Vidal la conveniencia de situar una Compañía, bajo el mando de Óscar Coll, en lo alto de una colina que había detrás de nosotros para que pudiera cubrirnos con su fuego en caso de retirada.

Amaneció un día claro de invierno, estaba el bosque precioso pero pronto comenzaron a aparecer en él las pinceladas rojas de las boinas de los requetés. Vidal ordenó "A tiros con ellos"; los nuestros disparaban agazapados tras los matojos y las balas silbaban por entre nosotros. Pronto una de ellas fue a herir al jefe del otro Batallón que formaba junto al nuestro; fue una herida en sedal en un brazo que no le acarrearía más que unos días de hospital. Cuando los camilleros le retiraron casi sentí envidia. El Mayor Vidal era un antiguo sargento profesional, muy buen hombre pero corto de alcances. En aquellos momentos vestía sobre su uniforme una chilaba azul, de las que usaban los regulares pues creo que había servido en esa Unidad; para colmo de males ese día se torció un pie y andaba cojeando. Había traído con él un Teniente ayudante, bien parecido pero muy chulillo que, queriendo dominar a los antiguos restos de la Brigada todos ellos de colmillo retorcido, se buscó la ruina, como luego veremos.

Por lo visto el enemigo no consideraba de gran importancia este sector, por lo que no trajo a él artillería ni tanques, lo que nos permitió resistir intercambiando fuego de fusilería hasta la caída de la tarde, a cuya hora iniciamos la retirada. Como no sabíamos si teníamos apoyo por los flancos hubimos de hacerlo subiendo a la colina; la rampa, bastante empinada, quedaba perfectamente iluminada por el sol poniente y, al subir por ella, constituíamos un blanco excelente para las armas automáticas, sobre todo yo con mi flotante capote-manta. Pienso que, como no les habíamos hecho mucha pupa, tampoco tiraban con mucha saña, pues si no no me explico cómo, a pesar de ir saltando de hoyo en hoyo, pude llegar a lo alto sin ser alcanzado. Una vez arriba, en cuanto comenzó a oscurecer, bajamos por la ladera opuesta de la colina y marchamos a paso rápido hasta Guardiola, donde pernoctamos.

Al llegar allí nos enteramos de un luctuoso suceso; el Teniente ayudante del Mayor Vidal había sostenido una violenta discusión con un veterano de la XII Brigada, un muchachito muy joven y fanático apodado *Chapaiéff*, y éste le había disparado un tiro, matándole y dándose seguidamente a la fuga. Vidal y

yo, que llegábamos rendidos tuvimos que emplear varias horas interrogando a los testigos presenciales para remitir sus declaraciones al Mando de la Brigada, con objeto de que pudiese incoarse el sumario correspondiente.

Aquel día desapareció mi enlace, el lechero Prat, rubio como un angelote, tan buen chico y tan inocentón que todos los oficiales le cargaban con sus mantas, así que parecía, cuando marchaba por el campo, un bisonte u otro animal de esa talla. Con tanta impedimenta, quedó rezagado y fue hecho prisionero.

Elegí a otro muchacho muy joven, también de Castellet y a la mañana siguiente salimos a tomar posiciones en una altura llamada El Carmen, posición fácil de defender por ser sus laderas muy escarpadas y difíciles de escalar; así que allí estuvimos todo el día intercambiando disparos pero sin movernos. Lo malo fue cuando, al llegar la noche, quisimos descender por la ladera que daba a retaguardia, que era la más escarpada. Yo, que siempre he sido bastante torpe de movimientos, me vi negro para bajar y logré hacerlo gracias a que en algunos trozos me llevaron casi en brazos; por si esto era poco al llegar abajo, un oficial requirió a los hombres del Batallón para intentar un golpe de mano y se llevó incluso a mi nuevo enlace que sólo me duró un día, porque no volví a verle hasta 1945, en un viaje que hice a San Vicente de Castellet con motivo de la sustitución de los puentes de ferrocarril sobre los ríos Cardoner y Llobregat por otros de hormigón armado.

Me encontré pues acompañado tan sólo por un grupo de soldados procedentes de otros batallones y que si alguna vez habían sabido lo que era disciplina lo habían olvidado por completo; había entre ellos un sargento, pero ni tenía ninguna autoridad ni quería ejercerla.

Algunos solicitaron permiso para ir a buscar un conejo o algo de comer en una masía, desaparecieron y nunca más se supo, el resto no quería andar y tuve que desenfundar la pistola para obligarles: marcharon a regañadientes y menos mal que no me pegaron un tiro.

Llegamos por fin a Plá del Penedés, donde estaba el Mando de la Brigada; tras elegir como nuevo enlace al corneta de la 3ª Compañía, que era un pinta pero astuto, pude dormir por primera vez después de varios días en una cama como es debido; no sabía aún que no podría volver a hacerlo en mucho tiempo. Al despertar, en la mañana del día 22, amaneció un día radiante. Me dio mala espina ver, en el centro de la plaza, un camión cisterna que estaba repartiendo coñac a granel entre la tropa; el reparto de este llamado *saltaparapetos* era casi siempre anuncio de próximo fregado. Pronto vino mi nuevo enlace con dos cantimploras llenas de coñac y en este momento llegaron también Alamán y Bonet, en el pequeño Ford que solía utilizar el pagador Santapáu.

Venían a decirme, de parte de Solans y Martínez, que en Barcelona no habían conseguido nada pues aquello era ya una olla de grillos, que si quería escapar montase en el coche y fuese con ellos.



Fotografía cedida por el Museo de la Batalla del Ebro de Gandesa.

Yo, aun conociendo ya la deserción de Barberó, que la noche anterior había desaparecido junto con su enlace gitano, les dije que, en momentos tan graves, no podía abandonar a mis hombres, expuestos a las brutalidades del Mando de la Brigada, para los cuales constituía una protección siquiera fuese leve. El día anterior no había podido evitar que al Teniente Paz, herido en una mano, le detuviesen por automutilación y lo enviasen al Tribunal Permanente, pero siempre me quedaba la satisfacción de hacer lo posible por mis hombres, hasta el último momento.

Ante mis razones, Alamán y Bonet me abrazaron y regresaron a su coche; más tarde pude saber que, antes de salir del pueblo, el coche les fue requisado y tuvieron que volver a pie, a campo traviesa. De haber ido yo en el coche sin autorización, Dios sabe lo que hubiese sido de mí.

Apenas se habían ido vimos que por las alturas situadas a la derecha, avanzaban los nacionales, precedidos con todo descaro por la bandera bicolor. ¡Qué blanco más precioso ofrecían a la artillería! Pero no existía tal

CAPÍTULO XXVIII. AL INFIERNO

artillería, ya que la Brigada no disponía más que de una sola ametralladora y del fusil ametrallador del Mando.

Amenazados de copo, se dio orden de retirada; el Mando y el Estado Mayor salieron pitando en los pocos coches de que disponían y los Batallones marchamos a paso ligero en fila india y a campo traviesa, con el fusil en la mano, perseguidos de cerca por las boinas rojas de los requetés.

Yo iba, como se me había ordenado, junto al Mayor Vidal que con su cojera y su ondulante chilaba se iba quedando rezagado. Vimos pasar a Óscar Coll, con su Compañía, marchando a buen paso pero, como digo, nosotros quedábamos cada vez más atrás. Llegó un momento en que ya silbaban sobre nuestras cabezas las balas de nuestros perseguidores; quise quedar con algunos hombres disparando y haciendo frente a la oleada enemiga para que, cubierto por otros luego, pudiésemos irnos retirando escalonadamente, pero Vidal me disuadía de ello diciéndome que no se podía hacer más que correr lo posible.

Así continuamos pero al ir a cruzar la carretera que va desde Masquefa a San Sadurní de Noya apareció, viniendo por ella, una tanqueta modelo italiano seguida poco después por un tanque ruso de los que habían caído en manos del enemigo.

Nos agazapamos tras unos matojos; no teníamos armas antitanque y por tanto no podíamos luchar contra aquellos monstruos. Nuestra única esperanza era que pasasen sin vernos pero, cuando la tanqueta se detuvo frente a nosotros e hizo girar su torreta apuntándonos, vi que no había tiempo que perder si quería salvar las vidas del puñado de hombres que nos acompañaban. Como Vidal se había quedado indeciso, di orden al corneta de que saliese con los brazos en alto, para ofrecer la rendición, mientras volvía mandé retirar los cerrojos de los fusiles y enterrarlos y así esperamos acontecimientos.

Minutos después regresó el corneta diciendo que fuésemos saliendo todos, con los brazos en alto, y formásemos en la carretera, delante de la tanqueta que nos conduciría a San Sadurní como prisioneros.

Así acabó el infierno y comenzó el cautiverio. Para mí en el fondo fue, después de aquellos días tan horribles, un verdadero alivio.

- Capítulo XXIX -

CAMINO DEL CAUTIVERIO

El tanque y la tanqueta iban tripulados por soldados de la Legión, una vez se hicieron cargo de las armas, mandaron formar a los prisioneros de dos en fondo delante de la tanqueta y reemprendieron la marcha hacia San Sadurní. En cuanto a mí, me hicieron montar en el tanque e ir en la torreta, asomando medio cuerpo por fuera de ella para que si alguien les disparaba fuese la primera víctima, y en estas condiciones llegamos a las afueras del pueblo.

Entonces se detuvieron y nos hicieron formar en hilera junto a una tapia; la tanqueta hizo girar lentamente sus dos ametralladoras apuntándonos y yo creí llegada mi última hora. Sin embargo no se trataba de eso sino de la preparación psicológica de lo que siguió; uno de los legionarios se acercó muy amable y fue solicitando carteras, anillos, relojes y demás objetos de valor.

Esto era nuevo para nosotros; el *ejército rojo*, como ellos nos llamaban, peleaba siempre por sus ideales, nunca por el botín, ya lo vimos en la toma de Corbera donde se quemaron en la Plaza Mayor varios millones de pesetas en moneda facciosa. Quedamos asombrados, pero en cierto modo aliviados por haber salvado la vida a tan poca costa.

Esperamos allí un rato hasta que, desplegada en guerrilla y con una bandera en cabeza, llegó la infantería. Eran requetés y venían tan bien armados como mal equipados. Vestían guerreras antiguas, del tiempo de la monarquía, azul marino con cuello y puños rojos, y en su mayor parte calzaban alpargatas. En cuanto llegaron se dirigieron a nosotros y vino la segunda parte del desvalijamiento, o sea, la de ropas y calzados; a mí me quitaron unas magníficas botas de media caña, mi flamante tabardo y la gorrilla cuartelera y me dieron a cambio unas viejas alpargatas grises y un andrajoso tabardo plagado de piojos. Al fin y al cabo, como luego vi, fue una suerte pues no quedaron visibles las insignias de mayor que hubiesen podido ocasionarme algún disgusto.

Por fortuna llegó un Alférez Provisional, Manuel Medina, que hizo cesar el despojo y me informó de que aquella unidad de requetés era el Tercio de Mola, reclutado en Granada, en el que se habían refugiado muchos elementos de izquierda para salvar sus vidas.

Estuvo conmigo muy amable e incluso me invitó a beber con él una copa de champán, de las muchas botellas que las gentes del pueblo, siempre con el triunfador, venían a ofrecer. Me felicitó por haber tenido la suerte de caer en sus manos pues por su derecha enlazaba con los Tiradores de Ifni y éstos fusilaban sin formación de juicio, a cualquier oficial que tenía la desgracia de ser hecho prisionero por ellos.

Éste y otros hechos análogos me reafirmaron en mi opinión de que, entre los combatientes españoles de uno y otro bando, no existía rencor, a pesar de la propaganda; sólo a medida que ibas pasando a la retaguardia ibas viendo crecer el odio y endurecerse el trato.

Entre los muchos prisioneros que se fueron reuniendo allí había varios soldados de mi Batallón que me abrazaron emocionados, muestra de afecto que era muy de agradecer en aquellos momentos; también estaba allí Zapata, que había trocado su gorra por una boina azul, que no sé de dónde diablos la sacó, y que según me dijo había escrito a Goicoechea, amigo de su familia, de quien esperaba obtener un aval para salir en libertad, como así ocurrió, aunque no tan pronto como él hubiera deseado.

Durante el tiempo que pasamos en San Sadurní vimos desfilar una porción de unidades del ejército nacional, observando que los españoles formaban en su mayoría la infantería, mientras los servicios de transmisiones y las armas especiales, tales como la célebre artillería del 8,8 estaban servidas por alemanes. Sobre una colina cercana vimos reunido al Estado Mayor alemán, inconfundible por sus largos impermeables negros, totalmente separado del mando español.

Los italianos aunque muy numerosos, no aparecían por ninguna parte; después de la lección de Guadalajara procuraron estar siempre cubriendo línea en frentes estabilizados y no aparecieron visiblemente hasta la terminación de la guerra, cuando exigieron ser ellos los que entraran en Alicante, para aparentar ser los que habían concluido la contienda.

No obstante, hay que hacerles la justicia de reconocer que fueron los más caballerosos en su trato con los prisioneros, muchos de los cuales, una vez entregados a las autoridades españolas, salvaron la vida gracias a las gestiones del propio Mariscal Graziani.

En cuanto a los moros, eran sólo una muchedumbre de carne de cañón, ansiosa de botín; todos ellos llevaban paraguas y la inevitable tetera colgada de la cintura. Su aspecto era astroso y, en cuanto llegaban a un pueblo montaban un rastro donde vendían todo lo que habían podido rapiñar en el pueblo anterior. Se lanzaban sobre nosotros pretendiendo despojarnos de todo y, para evitarlo, sus oficiales les disuadían a latigazos.



Fotografía cedida por el Museo de la Batalla del Ebro de Gandesa.

Estos moros, no sólo marroquíes sino de todo el Norte de África, algunos incluso con anillos en la nariz, no querían percibir sus haberes más que en duros de plata, no admitiendo papel moneda; el gobierno transigió con esta exigencia mientras duró la guerra pero, cuando concluida ésta se encontraban ya estos mercenarios desarmados y embarcados para su repatriación, les hizo devolver sus sacos de duros cambiándoselos por papel moneda. ¡Justa prueba del agradecimiento fascista!

Los alemanes por el contrario, conservaban su tradicional respeto por la jerarquía; un *feldwebel* o cabo primero que venía en un auto de campaña con otros cuatro soldados se detuvo unos momentos para hablar con Medina y, enterado de que yo era un Mayor, me trató con mucho respeto e incluso me obsequió con una cajetilla de tabaco rubio.

La envoltura de esta cajetilla no era de cartón sino de aluminio y me sirvió luego para improvisar una cuchara con que poder comer el rancho que,

a falta de plato, había de ir a recoger en un bote de pimientos que encontré vacío en el suelo.

Apenas terminaron de pasar las tropas y quedó la carretera libre nos ordenaron marchar a pie a Villafranca del Penedés vigilados por algunos soldados; los doce kilómetros de recorrido fueron un paseo agradable, salvo cuando nos cruzábamos con algún destacamento y los soldados comenzaban a decirnos en broma —¿conque todos camilleros?—. Se ve que algunos prisioneros, pretendiendo eludir su responsabilidad, se habían atribuido aquel cargo y esto ya servía de muletilla a todo el ejército enemigo, momentos hubo en que estuve a punto de exhibir los galones de Mayor, que aún conservaba en la guerrera, pero felizmente los que iban conmigo me contuvieron.

Llegados a Villafranca nos encerraron en un cine. Allí iban a visitarnos para levantar nuestra moral: requetés, legionarios, falangistas e incluso algunos curas uniformados, tocados con boina roja y portando pistola al cinto. En cada visita nos largaban una arenga patrioterica y el acto terminaba con el canto del *Cara al Sol*, el Himno de la Legión o el Oriamendi, según el pelaje del visitante.

A última hora de la tarde me llevaron al Estado Mayor de la IV División de Navarra. Allí me interrogó un muchacho joven, simple soldado, que se quedó muy admirado cuando yo admití ser asimilado a Mayor del ejército rojo, como ellos decían, y que no me retractaba de mis convicciones. Llamó a otro joven que estaba en la habitación inmediata y ambos me dijeron que les daba vergüenza ver a oficiales, incluso a comisarios, que pretendían haberse evadido de las filas rojas.

Una vez terminado el interrogatorio, este chico me acompañó hasta el cine y, confidencialmente, me dijo que había dejado en duda si yo era evadido o prisionero, para que pudiese mantener ante el juez militar lo que mejor me pareciese; me dijo que los militares que detentaban el poder eran muy bestias y que debía tener cuidado. Me aconsejó que me deshiciese de las insignias que conservaba en la guerrera, para evitar incidentes desagradables.

Muchos años más tarde, por mi gran amigo el arquitecto Fernando Bello, me enteré de que aquel muchacho que con tanta simpatía me interrogó y ayudó era un alumno de arquitectura, compañero suyo en la Escuela, que ahora ejercía en Valladolid, y hasta tuve la satisfacción de que un buen día nos reuniésemos a cenar los tres.

Salvado este inciso y volviendo a Villafranca, el día siguiente a primera hora salimos para Valls, en una larga caminata de unos 50 kilómetros, íbamos tres o cuatro mil prisioneros, vigilados por unos cuantos soldados. Encabezaba la expedición un viejo oficial de la Guardia Civil que empuñaba un cayado con el que nos guiaba como si fuésemos una manada de reses. Nos trató paternalmente durante el trayecto y, una vez llegado a Valls nos dio libertad para que paseásemos por el pueblo hasta el toque de retreta, hora en

que debíamos presentarnos en el cuartel. Fue una lástima no conocer a nadie de confianza en Valls, pues si hubiese podido vestirme de paisano y disponer de algún dinero nacional, me habría sido posible camuflarme de momento, evitándome muchas molestias.

Efectivamente, después de cinco días pasados en el cuartel de Valls, con relativa comodidad y trato humano, dejamos de depender de la IV División Navarra y comenzó nuestro verdadero cautiverio; fuimos llevados en vagones de mercancías, hacinados como ganado, primero a Vimbodí y luego a Zaragoza y tras pasar allí una noche en un campo de concentración, teniendo que dormir sentados en el suelo porque no había espacio para tumbarse, nos encerraron otra vez en vagones de mercancías, cuarenta hombres por vagón, y así estuvimos reclusos durante cuatro días hasta llegar al campo de concentración improvisado en la antigua vidriera de Avilés, sin dejarnos salir más que unos minutos en la estación de León para atender a las necesidades más perentorias.

Allí empezó ya la reclusión que había de durar cuatro años y de la que, por ahora, no tengo humor para escribir.

Madrid, marzo de 1981.

A manera de EPÍLOGO



Inauguración del monumento a los pontoneros en Flix, donde el Batallón de Puentes nº 3 montó el primer puente metálico. El alcalde de Flix, Julio Diamante (que presidió la ceremonia), el delegado de la Generalitat, Carmen Tagüeña y Laura Henríquez.

Las aguas del río Ebro
cantan bajo la metralla:
los hombres que aquí me cruzan
llevan el pueblo en el alma.

El interés de todo lo relacionado con la Batalla del Ebro se mantiene muy vivo. Concretamente en Catalunya y de manera especial en la Terra Alta, escenario principal del conflicto, se suceden congresos, seminarios, exposiciones, búsqueda de vestigios, no faltando tampoco simpáticos actos populares, como por ejemplo, los que, con voluntarios actuando como soldados republicanos se revive el paso del Ebro, «El pas del riu».

Durante los últimos tiempos he visitado toda aquella zona: Gandesa, con su Centro de Estudios de la Batalla del Ebro (CEBE); La Fatarella, con sus trincheras para resistir los continuos ataques facciosos, y su asociación «Lo Rio»; Flix, con su asociación «La Cana»; Corbera, con su museo «La Trinxera» y su iglesia de Sant Pere; El Memorial de Camposines; Vinebre y Ascó; Mora la Nova y Mora d'Ebre; las impresionantes sierras de Pándols, con la Cota 705, y de Cavalls.

Un acto especialmente emotivo fue la inauguración en Flix de un monumento homenaje a los que trabajaron en el puente de hierro, acto que tuve el privilegio de presidir, como hijo de Julián Diamante. Entre otras personas estuvieron presentes el delegado de la Generalitat, el alcalde de Flix, Carmen Tagüeña, hija del Teniente Coronel Manuel Tagüeña, y Laura Henríquez, hija de Julián Henríquez Caubin, jefe de estado mayor de la 35 División Internacional del XV Cuerpo de Ejército. En el aire flotaba el recuerdo de la variante de «Si me quieres escribir»,

Si me quieres escribir
ya sabes mi paradero
Batallón número tres
de Puentes, en el río Ebro.



En La Fatarella, Julio Diamante con un «grupo de soldados» de los que reviven el «Paso del Ebro».

La Medalla del Valor
reciben los pontoneros
por saber tender sus puentes
bajo una lluvia de fuego.

Es de elogiar rotundamente la emotiva y viva memoria que en toda aquella comarca se respira del último y valeroso intento del Ejército de la República, frente a un enemigo inferior en moral pero enormemente superior en medios de combate.

Julio Diamante

COLOFÓN

La idea extendida entre historiadores y estudiosos de la Guerra Civil española de que los puentes de la batalla del Ebro habían sido contruidos por ingenieros foráneos, se desvanece con facilidad al leer las memorias de Julián Diamante Cabrera, Ingeniero de Caminos al servicio de la República.

Intervino al principio de la guerra en la planificación de la defensa de Madrid y su abastecimiento de agua desde la sierra del Guadarrama para posteriormente, como mayor jefe del Batallón de puentes nº 3, ocuparse de la construcción de los famosos puentes sobre el río Ebro.

La Fundación Ingeniería y Sociedad, con la edición de este libro que recoge el sincero testimonio del ingeniero Julián Diamante Cabrera, quiere contribuir al mejor conocimiento de unos años que fueron cruciales para la historia de España.

Nuestro agradecimiento a Julio Diamante Stihl por la desinteresada cesión de los derechos de edición.

*Ángel Guerrero Ballesteros
Secretario del Consejo del Patronato
de la Fundación Ingeniería y Sociedad*

COLOFÓN DE FUNDACIÓN INGENIERÍA Y SOCIEDAD

Recibí noticias de la presentación del libro de las memorias de D. Julián Diamante Cabrerías en la librería Valterra de Madrid. No estuve en el acto en que D. Julio Diamante Stihl lo presentó, editado por el Imsero, pero recibo información de que fue un Ingeniero de Caminos que intervino en la planificación, en la sierra del Guadarrama, de la defensa del abasteciendo del agua de Madrid, que por entonces era acarreado únicamente desde el río Lozoya; fue responsable del Servicio de Distribución de agua de la Capital; y que también intervino en la construcción de los puentes de la famosa «Batalla del Ebro» (1938). No sé por qué nunca se había escrito que los puentes fueran construidos por españoles; entre historiadores y novelistas se pensaba que fueron construidos por Ingenieros foráneos, lo que no coincidía con mis pequeños conocimientos: en la Península, los Ingenieros de Caminos dejaron un buen hacer durante los primeros años del siglo XX.

Localizado Julio, me proporcionó varios ejemplares. Leí el libro con detenimiento y llego a la conclusión de que debería ser conocido. Los pocos ejemplares en mi poder los reparto entre compañeros y se lo enseñó a librerías especializadas en el campo de la Historia y de la Ingeniería, quedándose sorprendidos de los hechos históricos que reseña el libro y que no son conocidos. En las conversaciones con Julio me comenta que recientemente se celebró un homenaje en Mora del Ebro a los Zapadores del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de la Segunda República y que no asistió ningún representante del colectivo de Ingenieros de Caminos, y ésta fue la puntilla para intentar volver a publicar el libro. Ya tomada la decisión, pregunto en el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos y me entero de que su hermano Julio Diamante Cabrera fue Secretario de Organización del Colegio y que su padre y otro de sus hermanos también fueron Ingenieros de Caminos.

Mis amigos del Patronato de la Fundación Ingeniería y Sociedad aceptaron que este libro se uniera a los que tenemos editados. Esperamos que a partir de ahora otro de los errores históricos en el campo de la Ingeniería sea enmendado y sean conocidas algunas de las actuaciones de un Ingeniero de Caminos en una época crucial de la Historia Española.

Doy las gracias públicamente a Julio Diamante Stihl por ceder los derechos de edición a la Fundación.

*Ángel Guerrero Ballesteros.
Secretario del Consejo del Patronato
de la Fundación Ingeniería y Sociedad*

